

OBSERVAR Y ENUNCIAR

Categorías para el quehacer
historiográfico contemporáneo



Miguel Ángel Guzmán López • Graciela Velázquez Delgado
Miguel Hernández Fuentes • Miguel Ángel Segundo Guzmán
Coordinadores



LA HISTORIA SE ESCRIBE EN PLURAL

La Colección Historiografías del Departamento de Historia de la Universidad de Guanajuato pretende cobijar las múltiples vetas de escrituras de la historia; narraciones sobre el pasado que, si bien, están organizadas mediante un sistema de reglas académicas, siempre son la respuesta a una preocupación, a una duda: a la insatisfacción colectiva en la cual se ha pensado y relatado, hasta el momento, algún aspecto del pasado. La colección ofrece a los lectores interpretaciones renovadas para ampliar la memoria de nuestra sociedad.



Observar y enunciar

Categorías para el quehacer
historiográfico contemporáneo

·COLECCIÓN *HISTORIOGRAFÍAS*·

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Rector General

Dr. Luis Felipe Guerrero Agripino

Secretario General

Dr. Héctor Efraín Rodríguez de la Rosa

Secretario Académico

Dr. Sergio Antonio Silva Muñoz

Secretario de Gestión y Desarrollo

Dr. Jorge Alberto Romero Hidalgo

CAMPUS GUANAJUATO

Rectora

Dra. Teresita de Jesús Rendón Huerta Barrera

Secretaria Académica

Dra. Claudia Gutiérrez Padilla

Director de la División
de Ciencias Sociales y Humanidades

Dr. César Federico Macías Cervantes

Directora del Departamento de Historia

Dra. Graciela Velázquez Delgado

Observar y enunciar

Categorías para el quehacer
historiográfico contemporáneo

MIGUEL ÁNGEL GUZMÁN LÓPEZ
GRACIELA VELÁZQUEZ DELGADO
MIGUEL HERNÁNDEZ FUENTES
MIGUEL ÁNGEL SEGUNDO GUZMÁN

Coordinadores



Campus Guanajuato | División de Ciencias
Sociales y Humanidades

Observar y enunciar: categorías para el quehacer historiográfico contemporáneo. (Coordinadores) Miguel Ángel Guzmán López, Graciela Velázquez Delgado, Miguel Hernández Fuentes, Miguel Ángel Segundo Guzmán, -1ª ed.- Guanajuato: Universidad de Guanajuato, 2019. 210 pp., 22 x 16 cm. -(Historiografía)

Primera edición, 2019

D.R. Del texto:

Los autores

D.R. De la presente edición:

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Campus Guanajuato

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Departamento de Historia

Lascuráin de Retana núm. 5, zona centro,

C.P. 36000, Guanajuato, Gto., México.

Los manuscritos presentados ante el Comité Editorial del Departamento de Historia de la Universidad de Guanajuato se someten a un riguroso proceso de evaluación, bajo el principio de doble ciego por pares externos, especialistas de la temática a valorar. El Reglamento del Comité Editorial se encuentra disponible en: <http://www.historia.ugto.mx/>.

Corrección y maquetación: Diana Alejandra Espinoza Elías

Diseño de la colección y de portada: Martha Graciela Piña Pedraza

ISBN de la colección: 978-607-441-583-4

ISBN del volumen: 978-607-441-664-0

Se autoriza cualquier reproducción parcial o total de los textos de la publicación, incluyendo el almacenamiento electrónico, siempre y cuando sea sin fines de lucro o para usos estrictamente académicos, citando siempre la fuente y otorgando los créditos autorales correspondientes.

Editado en México • *Edited in Mexico*

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	9
Lo histórico mitificado: objetualidad y experiencia de consumo en la conformación de la conciencia histórica <i>Miguel Ángel Guzmán López</i>	19
Interdiscursividad y estudio de lenguajes sociales. El análisis del discurso histórico en la Escuela de Cambridge <i>Miguel Hernández Fuentes</i>	39
Leer, observar. El análisis crítico del discurso (ACD) en la interpretación de los libros de texto lassllistas: una propuesta teórico-metodológica <i>Larisa González Martínez</i>	65
La noción de observación en la historiografía contemporánea <i>Graciela Velázquez Delgado</i>	95
<i>Erlebnis y Erfahrung</i> : sobre el concepto de experiencia en Walter Benjamin y Dominick LaCapra <i>Paulina Lizeth Chávez Santillán</i>	113
Observar la carne en el cuerpo del Otro: estrategias para instituir sabiduría corporal cristiana en la Conquista de América <i>Miguel Ángel Segundo Guzmán</i>	141
La escritura de las relaciones de la conquista de la Nueva España como problema tecnológico y comunicativo <i>José Enrique Atilano Gutiérrez</i>	165
Historiografía, hermenéutica y deconstrucción <i>Ricardo Nava Murcia</i>	189
<i>Sobre los autores</i>	207

INTRODUCCIÓN

Michael de Certeau y Paul Ricœur nos proporcionaron una vía para pensar el trabajo del historiador mediante la idea de operación historiográfica: una operación que se realiza desde un lugar concreto, un lugar de producción fabril en el que se ejecutan conjuntos de labores. El concepto operación historiográfica —con su carga de metáforas para significar lo que hace el historiador más allá de lo que convencionalmente asume que está haciendo— es una puerta que abre senderos para que la reflexión se conduzca a través de direcciones que probablemente no se habían considerado en un comienzo. Para De Certeau, “considerar la historia como una operación sería tratar, de un modo necesariamente limitado, de comprenderla como la relación entre un lugar, varios procedimientos de análisis y la construcción de un texto”;¹ es decir, la adscripción del historiador a un ámbito institucional, los métodos que guían su investigación y la escritura son los componentes de la operación. En otro modelo de operación historiográfica, concebido como la forma de organizar su epistemología del conocimiento histórico, Paul Ricœur señala la presencia de tres fases: fase documental, fase explicativa/comprendensiva y fase representativa, en cada una de las cuales interviene la interpretación.² Archivo, medios de análisis y escritura de textos. Tanto en De Certeau como en Ricœur cada uno de los momentos o fases requería ser replanteado en nuevos términos.

La manera en la que actualmente asumimos el carácter de estas etapas o fases de trabajo historiográfico se ha modificado de manera sustantiva desde mediados del siglo xx, por ubicar *grosso modo* un momento de quiebre epistemológico. Hasta entonces, se concebía a la recolección de hechos del pasado como un ejercicio de apropiación directa de realidades pretéritas a través de la lectura de fuentes escritas, y a la escritura historiográfica,

¹ Michael de Certeau, *La escritura de la historia*, p. 68.

² Paul Ricœur, *La memoria, la historia y el olvido*, pp. 173-370.

simplemente, como el acto de verter lo observado en un texto; actividades que adquirirían estatus científico en la medida en que estuvieran guiadas por el rigor metodológico de la crítica documental. Como ha señalado Jörn Rüsen, en esta forma de entender la labor historiográfica, la escritura de la historia era reducida a mera función o reflejo de las etapas de investigación;³ a su vez, ésta debería proporcionar un reflejo de las realidades pasadas.

Una vez asumida la condición contingente de todo conocimiento, en la reflexión epistemológica sobre la producción de conocimiento del pasado emergieron nuevas preguntas con respecto a la historicidad de las distintas actividades que conforman el trabajo del historiador, desde la lectura de documentos en el archivo, el uso de conceptos y modelos para interpretar la información, hasta la escritura de relatos sobre el pasado. Más allá de su aparente transparencia, todas ellas estarían definidas de manera particular por las circunstancias, la cultura, los condicionamientos institucionales de cada época y del medio académico en el que se ubica el historiador. En ese sentido, las distintas etapas del trabajo de investigación histórica se han convertido en objeto de reflexión. Por un lado, las fases en las cuales el historiador adquiere conocimiento de hechos pasados y los reconfigura para hacerse de una visión de conjunto de su tema; por el otro, las dedicadas a la construcción de una trama y su traspaso a un texto, a la escritura de una historia.

Con respecto a las primeras fases, ya desde las reflexiones de especialistas de historiadores y filósofos de la historia como William Walsh, Edward Carr o Paul Veyne, se señaló el hecho de que existen diversas instancias de mediación entre las fuentes del pasado y el investigador, así como recurrentes momentos de selección. Y ya que seleccionar implica necesariamente interpretar, cabe preguntarse: ¿qué hace el historiador al leer documentos antiguos?, ¿cómo los lee?, ¿de qué manera inscribe los hechos dentro de un proceso histórico? Pasando por la lectura de su correspondiente estado de la cuestión, el planteamiento de las preguntas de investigación, la búsqueda y selección de datos en determinadas fuentes y la elaboración de un esquema interpretativo en el que ya se confiere un sentido preliminar al tema. Podríamos decir, en esas etapas de trabajo mediante las cuales el historiador dispone ante su mirada las distintas escalas del tema elegido; desde el pano-

³ Jörn Rüsen, "La escritura de la historia como problema teórico de las ciencias históricas", pp. 246-254.

rama de fondo hasta los detalles de ciertos objetos que pueden adquirir el carácter de variables en la formulación de su problemática. En estas etapas, en el trayecto de sus indagaciones, el historiador se hace de una imagen a varios niveles de su tema, advierte la presencia de elementos previamente no considerados, elimina supuestos que no se sustentan, va depurando su observación. Aquí nos referimos al acto de *observar*, y a la *observación* de los historiadores en particular, en un sentido que ya había sido apuntado por Marc Bloch, como la forma en la que inscriben hechos, datos y significados dentro de procesos históricos.⁴

Por otra parte, actualmente el historiador tiene a su disposición una considerable cantidad de recursos teóricos y metodológicos provenientes de distintas regiones disciplinarias, que le permiten pensar, en diferentes dimensiones, la forma en las que se escribieron en el pasado los documentos que utiliza en el presente como fuentes de conocimiento. Proveniente del terreno de la lingüística, y pasando, posteriormente, al trabajo de los análisis del discurso que se practica en diversas disciplinas sociales, el concepto de *enunciación* ha servido para examinar las modalidades históricas en las que se inscriben hechos y significaciones en los textos. Como explica Dominique Maingueneau, la enunciación es una puesta en juego del lenguaje que “permite representar hechos en el enunciado, pero, por otro lado, ella misma constituye un hecho, un acontecimiento único definido en el tiempo y en el espacio”.⁵ Esto coincide con los enfoques adoptados en distintas áreas de investigación histórica que se preocupan por comprender las condiciones de enunciación en las que se produjeron los textos. Asumir que los contenidos textuales están conformados por representaciones escriturísticas impone la labor de comprender los recursos simbólicos y lingüísticos que imperaban en el horizonte cultural en el que los documentos se produjeron. El texto adquiere así el carácter de mediador entre la realidad referenciada por su autor y los lectores, tanto los que fueron sus contemporáneos como los que lo serían en el futuro. Lo que en el plano metodológico se requiere es entonces un trabajo de traducción para apreciar las diversas vertientes de esta mediación.

⁴ Marc Bloch, *Introducción a la Historia*, pp. 42-64.

⁵ Dominique Maingueneau, “Enunciación”, pp. 210-213.

Además, reconocer que cada enunciación particular es un hecho histórico supone que la comprensión de su especificidad y su sentido requiere ubicarlo contextualmente. Ya que cada enunciación fue un acto de habla situado en un espacio social determinado, producido por un actor que quería efectuar acciones concretas de acuerdo con las circunstancias en las que se hallaba, y dirigido a los miembros de una comunidad discursiva específica, entonces el investigador tendrá que pensar en varios contextos para acercarse al sentido de tal enunciación. En principio, el historiador asumirá que la acción de *enunciar*, al igual que cualquier otra acción —ya sea a nivel individual o colectivo— se puede descomponer para fines analíticos en múltiples aspectos, cada uno de los cuales mantienen vínculos con otros tantos ámbitos de la vida social. En ese sentido Peter Burke señala que “a cada fuente o conjunto de fuentes estudiadas también corresponden infinitos contextos posibles”, ante lo cual el investigador emprende una tarea de selección, pues, continúa el mismo autor, “los contextos no se encuentran, sino que se seleccionan y hasta construyen, a veces de manera consciente, a partir de un proceso en el cual se abstraen situaciones o aíslan ciertos fenómenos con el objetivo de comprenderlos mejor”.⁶

Con las categorías *observar* y *enunciar* nos remitimos a una instancia de problematización de las operaciones que se realizan en la investigación histórica. La primera toca a la reflexión sobre las posibilidades de conocimiento del pasado, a las diversas mediaciones que se han acumulado entre la escritura de documentos y su lectura actual. Con la segunda, nos es posible orientar la indagación sobre las condiciones de producción de los textos, aquellas que posibilitaron introducir contenidos en discursos concretos, incluida la propia escritura de la historia, la cual se ha convertido en uno de los problemas teóricos en la reflexión historiográfica. Son múltiples las vías que se siguen actualmente en las diversas áreas de investigación histórica para procurar una lectura contextualista de los documentos, requisito ineludible para un historiador que aspire a construir una visión bien informada del pasado y que se cuide de incurrir en interpretaciones anacrónicas.

*

⁶ Peter Burke, “Context in context”, pp. 152-177.

Desde su inicio, el proyecto *Observar y enunciar* se presentó como un espacio para la cooperación académica entre profesores y estudiantes, como un modo de contribuir al proceso formativo de éstos, en un diálogo permanente entre tutor y asesorado. El eje temático de la observación y la enunciación fue el ancla que permitió escribir textos en mesas de trabajo y presentación de avances, en donde se discutieron resultados preliminares con invitados de otros posgrados. De tal forma que los textos aquí presentados comparten no sólo la unidad temática, sino que dan muestra de un intenso trabajo formativo y de diálogo institucional dentro del posgrado y con otras instituciones académicas. El abanico de textos por ello es diverso: algunos se concentran propiamente en el nivel de la reflexión teórica sobre la observación del historiador o sobre las posibilidades y alcances de la hermenéutica historiográfica; otros se proponen trazar las rutas seguidas en el uso de ciertas categorías de análisis, en los que se revisan los usos dados a determinadas vías de análisis del discurso o de comprensión de la experiencia. Finalmente, también se incluyen casos de estudio sobre la observación de realidades pasadas y la lectura de representaciones escriturísticas de otras épocas, pero en los que se aspira a realizar una lectura contextual y problemática de los mismos.

El libro comienza con el artículo de Miguel Ángel Guzmán López “Lo histórico mitificado: objetualidad y experiencia de consumo en la conformación de la conciencia histórica”, que analiza la relación entre las categorías *observar* y *enunciar* partiendo de un amplio rodeo en cuyo itinerario encontramos la preocupación teórica sobre la cual ha centrado su atención durante los últimos años: el problema de la conciencia histórica. En esta ocasión, el autor explora una manifestación del presentismo que, junto con el boom de la memoria, han determinado la manera de concebir el pasado en el tiempo presente; se trata del patrimonialismo, que a su vez ha ido derivando en prácticas como la composición y el montaje objetual tanto para finalidades educativas como para propósitos de mercado. Frente a esto, el capítulo invita al historiador a pensar al objeto más allá de su tradicional papel como fuente histórica y acercarse al mismo desde la susceptibilidad que tiene de ser parte de una composición, de un montaje, desde el cual se genera un discurso del pasado en el presente, y desde el cual la conciencia histórica contemporánea se reformula como una historia del tiempo presente. El autor concluye señalando que si ya el presentismo tuvo sus efectos disciplinares con el boom de la memoria, entonces ¿qué ocurrirá con el boom del patrimonio?

En “Interdiscursividad y estudio de lenguajes sociales. El análisis histórico del discurso en la Escuela de Cambridge”, Miguel Hernández Fuentes revisa el modo en el que se ha abordado, desde diferentes corrientes de análisis del discurso, las transferencias de elementos lingüísticos entre unidades discursivas y el empleo del concepto de interdiscurso como imagen del espacio en el que operan y se relacionan los discursos y establecen relaciones entre ellos. A fin de cuentas, son los agentes históricos quienes, a través de sus propios actos de habla, se ocupan de realizar estas interacciones, llevando elementos retóricos y conceptos de una formación discursiva a otra. El estudio de lenguajes políticos en el pasado a la manera de la Escuela de Cambridge —sobre todo en sus representantes más conocidos: J. Pocock y Quentin Skinner— ha tenido como foco de atención estos fenómenos de transferencia y apropiación discursiva, tomando como criterio de operatividad una contextualización muy exigente y el conocimiento a fondo de los mismos lenguajes.

En relación con el trabajo anterior, “Leer, observar. El análisis crítico del discurso (ACD) en la interpretación de los libros de texto lasallistas: una propuesta teórico-metodológica” explora el potencial analítico de una metodología particular de análisis del discurso. Larisa Martínez González propone que la lectura es un modo de observación, una actividad fundamental para el historiador, y que por tanto se convierte en un ejercicio hermenéutico. Sin embargo, con el fin de evitar la dispersión, es necesario decir que este trabajo centra su atención en cómo el Análisis Crítico del Discurso (ACD) puede ser una herramienta para la mirada entrenada del estudioso de la historia, especialmente cuando se trabaja con libros de texto. Aunque —al momento de trabajar con manuales escolares— es necesario no perder de vista que éstos poseen una intencionalidad que la aleja del carácter neutro que muchas veces se les atribuye de manera ingenua, lo que confirma la necesidad de una aproximación teórico-metodológica que oriente el ojo crítico y analítico del historiador.

En el artículo “La noción de observación en la historiografía contemporánea”, Graciela Velázquez Delgado propone un acercamiento a los debates llevados a cabo en la filosofía de la ciencia en el siglo xx sobre el concepto de observación, pues considera que la forma de concebirla definitivamente impactó en la historiografía, por ser considerada una ciencia que realiza un trabajo sumamente riguroso. Por supuesto, la noción de observación también estuvo presente en el vocabulario de la filosofía de la ciencia así como

en el de las ciencias sociales (sociología, antropología). En este texto se historiza la noción de observación, pues ésta no ha sido concebida de la misma manera por distintos historiadores, porque va desde la tajante separación de larga data entre la directa y la indirecta, hasta quienes consideran que no tiene sentido ya debatir sobre ella, porque el historiador no realiza observación directa, pero es importante dilucidar en algunas corrientes historiográficas qué es lo que entienden por observación de la realidad pasada, así como indagar cómo la resuelven, la indagan y la enuncian.

La noción de experiencia ha tomado auge en el campo de estudios históricos (por ejemplo, en los terrenos de la historia conceptual y la historia intelectual), de manera que vale la pena detenerse en el tratamiento dado a esta categoría en distintas tradiciones intelectuales, como se propone el artículo “*Erlebnis* y *Erfahrung* en la discusión sobre el concepto de experiencia en Walter Benjamin y Dominick LaCapra”. Su autora, Paulina Chávez Santillán, realiza un breve recorrido por el lugar ocupado por el término en la tradición medieval y el periodo moderno, específicamente en los ensayos de Montaigne, quien se encaminó en la meditación acerca de sí mismo y de su encuentro con los demás. De ahí señala que *Erlebnis* generalmente se traduce como experiencia vivida o vivencia y se caracteriza por la inmediatez. Mientras que la *Erfahrung* denota un tipo de experiencia integrada, reflexiva y acumulativa a lo largo del tiempo. Benjamin distinguió similitudes y diferencias entre ambas acepciones desde sus primeros textos, como el titulado precisamente “*Erfahrung*” (1913), hasta sus reflexiones posteriores a 1930 con respecto al potencial de la narración para restaurar la pérdida de experiencia que trajo la Primera Guerra Mundial. Posteriormente, atendiendo a la distinción benjaminiana de experiencia, LaCapra trabajó en la relación del trauma con la historiografía, específicamente cuando hace un llamado al concepto de *experiencia* en el lenguaje psicoanalítico; en este caso vincula *Erlebnis* con la reactuación, es decir, la compulsión de repetición de lo acaecido en el pasado que sufren aquellos que han vivido traumas severos, y la *Erfahrung*, con los procesos de elaboración crítica de la narración, el duelo, el pensamiento.

En “Observar la carne en el cuerpo del Otro: estrategias para instituir sabiduría corporal cristiana en la Conquista de América”, Miguel Ángel Segundo Guzmán presenta un tema central para la etnohistoria: cómo fue tematizada la *observación* de la otredad indígena en el siglo XVI, particularmente en la obra de fray Bernardino de Sahagún con relación a la carne y

el pecado. El texto aborda la institución de la memoria en la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, particularmente en el libro VI. Propone leerla como una historia de expurgación, que implicó la cristianización de los pasados paganos bajo la mirada cristiana. La escritura del franciscano enunció una sociedad en ruinas que en su representación emergió diferente; en la retórica instituida por el cristianismo se anidaban los temas importantes que organizaban el relato de ese pasado, particularmente con relación al imaginario del cuerpo. En los textos analizados las creencias del otro dejaron de pertenecer a la tradición indígena, pues el texto adquiere todo su significado en el horizonte de la *culpa* y el imaginario de la caída cristiana del cuerpo. Ese relato construyó un nuevo pasado para la sociedad indígena: aquél en donde las creencias del otro retóricamente justifican la nueva emergencia civilizatoria. El cristianismo avanzó por los cuerpos a través de las grafías, los espiritualizó y *des-civilizó*.

En “La escritura de las relaciones de la conquista de la Nueva España como problema tecnológico y comunicativo”, José Enrique Atilano Gutiérrez propone construir una ruta de acercamiento a los procesos tecnológicos, epistémicos y culturales en los que se inserta una obra como la *Relación de Zorita*, producida en la segunda mitad del siglo XVI. Lo que aquí se pretende es contextualizar las diversas maneras en las que un sistema social como la élite cortesana escribe para dar a conocer información que después será puesta en un circuito comunicativo burocrático en donde la principal finalidad es obtener algún beneficio aristocrático para quien está interpelando a través del texto. Una de nuestras principales aristas de comprensión se encuentra en la manera en que la escritura es observada, analizada y utilizada desde enfoques interpretativos del Antiguo Régimen retórico del siglo XVI y que, desde una perspectiva teórico-metodológica contemporánea (la Historia Cultural del Libro), nos puede ayudar a construir una línea de investigación dirigida a los usos e intereses por los cuales ciertos sujetos sociales recurren a la práctica escriturística para enunciar discursos que apelan a necesidades producidas en su propio contexto histórico.

El libro cierra con “Historiografía, hermenéutica y deconstrucción”, de Ricardo Nava Murcia, un trabajo que se escribe desde la paradoja de un asedio espectral, descrito por Michel de Certeau como la paradoja de todo trabajo histórico: la relación entre eso que se designa como lo real y el discurso. Porque su tarea es unir lo real (un pasado) con un discurso (la historia), y dado que esto es ya una imposibilidad en cuanto tal, tiene que

hacer como si los uniera. Se produce una ficción, en tanto la historia juega a representar literariamente un pasado del cual está alejada, ahí donde éste retorna como lo ausente. Por tanto, este trabajo plantea pensar históricamente otra relación: la hermenéutica y la deconstrucción, como formas de observación de las producciones textuales del pasado. La pregunta principal de este trabajo se emplaza en el campo de la historiografía, por lo que la cuestión asume la paradoja de este quehacer entre lo real y el discurso, en donde todo estudio sobre la escritura de la historia no puede dejar fuera la tematización de lo que significa el acto de lectura, pues un texto se lee en sus condiciones de producción, teóricas, y lo fundamental, que al ser escritura, ésta no se constituye como tal independientemente de un ejercicio de lectura. La cuestión es entonces la siguiente: ¿cómo enfrentar hoy los retos planteados por los enfoques hermenéuticos hace varios años, en el campo del quehacer historiográfico?

**

Este libro pretende insinuar pistas para pensar la naturaleza de la obra histórica. Observar y enunciar son categorías históricas que, al ser historizadas, muestran las entrañas del oficio del historiador.

Los coordinadores
Exconvento de Valenciana, Guanajuato, Gto.

Referencias

- Bloch, Marc. *Introducción a la Historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Burke, Peter. "Context in context", en *Common Knowledge*, Duke University Press, 2002, pp. 152-177.
- De Certeau, Michael. *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1993.
- Maingueneau, Dominique. "Enunciación", en Charaudeau, Patrick y Dominique Maingueneau, *Diccionario de análisis del discurso*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2005, pp. 210-213.
- Ricœur, Paul. *La memoria, la historia y el olvido*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Rüsen, Jörn. "La escritura de la historia como problema teórico de las ciencias históricas", en Silvia Pappe (coord.), *Debates recientes en la teoría de la historiografía alemana*, México, UAM Azcapotzalco-Universidad Iberoamericana, 2000, pp. 235-263.

LO HISTÓRICO MITIFICADO: OBJETUALIDAD Y EXPERIENCIA DE CONSUMO EN LA CONFORMACIÓN DE LA CONCIENCIA HISTÓRICA

Miguel Ángel Guzmán López
Universidad de Guanajuato

¿Por qué continuar mirando fotos malas en blanco y negro tomadas por ejemplo en Verdún en 1916 o en Normandía en 1944 cuando se puede tener la experiencia de estar virtualmente presente en una trinchera embarrada del Fuerte Douaumont o escondiéndose detrás de un soldado muerto en Playa Omaha?

CHRIS LORENZ. *Entre filosofía e historia.*

Inglaterra, Inglaterra

En una novela del escritor británico Julian Barnes, Sir Jack Pitman, un magnate desengañado de la sobresaturación patrimonial, llega al convencimiento de que Inglaterra no es más que una referencia vacía. Ante esta situación decide construir *Inglaterra, Inglaterra*, un parque temático que contuviera todos los lugares, todos los mitos, todas las esencias e incluso todos los tópicos de lo inglés, los mismos que, tras un proceso de consulta pública, se incluyen en una lista selecta de cincuenta elementos:

- 1) La familia real; 2) El Big Ben/Las Cámaras del Parlamento; 3) El club de fútbol Manchester United; 4) El sistema de clases; 5) Los pubs; 6) Un petirrojo en la nieve; 7) Robin Hood y su alegre pandilla; 8) El críquet; 9) Los acantilados blancos de Dover; 10) El imperialismo; 11) La bandera del Reino Unido; 12) El esnobismo; 13) Dios salve al Rey/a la Reina; 14) La BBC; 15) El West End; 16) El periódico *Times*; 17) Shakespeare; 18) Los cottages con tejado de paja; 19) La taza de té/el té con nata de Devonshire;

20) Stonehenge; 21) La flema/el labio superior tieso; 22) Las compras; 23) La mermelada; 24) Los beefeaters/la Torre de Londres; 25) Los taxis de Londres; 26) El sombrero de hongo; 27) Los seriales clásicos de TV; 28) Oxford y Cambridge; 29) Harrods; 30) Los autobuses con imperial/ los autobuses rojos; 31) La hipocresía; 32) La jardinería; 33) La perfidia/ la poca fiabilidad; 34) Los entramados de madera; 35) La homosexualidad; 36) *Alicia en el país de las maravillas*; 37) Winston Churchill; 38) Marks & Spencer; 39) La batalla de Inglaterra; 40) Francis Drake; 41) El desfile de la bandera; 42) Las jeremiadas; 43) La reina Victoria; 44) El desayuno; 45) La cerveza/la cerveza caliente; 46) La frigidez emocional; 47) El estadio de Wembley; 48) La flagelación/los colegios privados; 49) No lavarse/ropa interior pésima; 50) La Carta Magna.¹

La premisa de la novela es interesante: Sir Jack reacciona a un sentimiento de vacío, generado, curiosamente, por la saturación de lo que se le denomina patrimonial, puesto que es tal la cantidad de cosas que se consideran lo característico de Inglaterra que termina desdibujándose aquello que sería lo “auténticamente inglés”. Por eso es por lo que emprende el proyecto de construir un lugar en el que se resuma y agrupe todo aquello que caracteriza a su pueblo, lo que conduce a que desde el mismo nombre se busque el reforzamiento identitario: *Inglaterra, Inglaterra*, que es casi como decir “lo auténticamente inglés”.²

Con esta acción, empero, se genera una especie de bucle, porque, a fin de cuentas, el patrimonialismo del cual huye el magnate tuvo su inicio en la búsqueda de aquello que caracterizaría a Inglaterra, y que fue aumentando la lista considerablemente hasta que ya todo le caracterizaría, lo que sería lo mismo que decir que nada le es característico. Entonces la estrategia de Sir Jack es regresar a lo “más más” característico, iniciando una posible vuelta de tuerca en la que eso “más más” característico vaya generando un listado cada vez más grande y se terminen nuevamente desvaneciendo los rasgos que le dan identidad al pueblo inglés.

¹ Julian Barnes, *Inglaterra, Inglaterra*, 1999.

² La repetición de la palabra sugiere el uso que en México se le da al idioma español cuando, para enfatizar algo, se repite una palabra, por ejemplo: “¿Está caliente, caliente?” para expresar la idea de “¿Está verdaderamente caliente?” o “¿Está muy caliente?”

En el proyecto del magnate se encuentra expresada la inquietud humana de buscar aquello que le es característico como grupo social, de manera que no bastaría con haber nacido en Inglaterra y *vivir* la experiencia cotidiana de *ser inglés* para poder decirse inglés, sino que se genera la necesidad de identificar aquellos rasgos a través de los cuales *uno se identifique como inglés*.

La idea no estaba exenta de aplicar la lógica del mercado, pues, al final, la realización de esta selección y reproducción de rasgos identitarios, así como su concentración en un territorio mucho menor que en el que originalmente se encuentran, trae la ventaja comercial de que el turista que visitara *Inglaterra*, *Inglaterra* tendría acceso a todos estos elementos recorriendo una menor distancia y en menor tiempo. No importaría que visitara reproducciones de sitios turísticos clave, pues tendría a su favor la comodidad:

el público desea antes la copia que el original, más aún cuando la reproducción se le presenta de manera aceptable y cómoda, pudiendo visitar en un día aquello que requeriría varias semanas de fatigosos esfuerzos en la Inglaterra real. Desayunar en los acantilados de Dover, almorzar en Stratford-upon-Avon para luego tomar el té en un cottage con tejado de paja y cenar ante una espléndida puesta de sol en Stonehenge [por ejemplo]³

Inglaterra, *Inglaterra* pronto se convierte en un éxito comercial y comienza a generar consecuencias importantes. Una de ellas radica en que los actores contratados para representar a personajes históricos o legendarios, como Robin Hood, comienzan a comportarse como si realmente fueran dichos personajes, de manera que lo que originalmente era una reproducción, una copia del original, abandona el estatismo y comienza a desarrollar una dinámica propia.⁴

La consecuencia más profunda que trae el enorme parque temático de Sir Jack radica en que, ante una masa de turistas que prefieren viajar a este lugar antes que visitar a la Inglaterra real, aunado al hecho de que las copias que contiene comienzan a ser valoradas más que los originales

³ s/a, "Inglaterra, Inglaterra (Julian Barnes)", s/p.

⁴ s/a, "Inglaterra, Inglaterra (Julian Barnes)", s/p.

—y a sentirse ellas mismas originales, en el caso de los actores participantes en este montaje—, la Inglaterra real siente que le ha sido arrebatada su historia, “que ha perdido la conciencia de sí misma [...] y debe buscar una nueva”, de manera que se rebautiza como Anglia, en un intento de recuperar sus raíces históricas.⁵

El presentismo y la memoria

La premisa desarrollada por *Inglaterra, Inglaterra* finalmente nos lleva al reconocimiento de la tendencia contemporánea de sobredimensionar ciertos aspectos de la realidad, en la medida de que se percibe dicha realidad como carente de contenido. Es decir, en un sentido estricto alguien que socialmente se ubica dentro de ciertas coordenadas culturales —nacionales, digamos— podría decir que la esencia de lo inglés o lo japonés o lo mexicano radicaría en la *vivencia* misma dentro de tales coordenadas. El problema surge cuando tratamos de determinar dichas coordenadas y entonces consideramos necesario apelar a un determinado conjunto de rasgos que nos parezcan “típicamente” ingleses, japoneses o mexicanos, porque nos lleva a la tarea de buscar, dentro de la vivencia, aquello que podría ser tomado por lo más acentuadamente inglés, generando representaciones que llegan a ser espectaculares y que terminan reduciendo-mitificando, y generando estereotipos que se ofrecen como sustitutivos simbólicos de la misma.

Este fenómeno en particular nos interesa aquí con respecto a aquello que identificamos como “lo histórico” y que constituye una de esas coordenadas fundamentales de las que se han mencionado, y de la cual derivan otras categorías fundamentales como “memoria” e “identidad”, y se reconfigura lo que entendemos como presente, pasado y futuro. ¿Ocurriría con “lo histórico” también ese fenómeno de espectacularidad que llevaría a la generación de representaciones del pasado a sustituir el entendimiento de la realidad histórica, reduciéndola y mitificándolo? Suponemos que sí.

Antes de continuar por esta vía conviene plantear otra pregunta: ¿qué lleva al sujeto contemporáneo a generar representaciones espectaculares

⁵ s/a, “Inglaterra, Inglaterra (Julian Barnes)”, s/p.

que ponen énfasis en ciertos aspectos de la realidad para sobredimensionarla, aunque de una manera reduccionista? La clave puede encontrarse en el *régimen de historicidad presentista*, una de cuyas características principales radica en que el pasado irrumpe con fuerza inusitada en el presente, a diferencia del régimen de historicidad anterior, el moderno, en el cual era el futuro el que cobraba mucha importancia.⁶

No obstante lo anterior, el presentismo —como también se le nombra a este régimen de historicidad—, esta irrupción del pasado en el presente no significa que se regrese a una perspectiva premoderna en la cual el pasado se expresaba a través de una *historia magister vitae*, sin que por ello el lugar de enunciación de dicho pasado se “moviera” e “invadiera” al presente (nuestro constante espacio de la experiencia, como señala Koselleck⁷), sino que ahora, cuando se dice que el pasado irrumpe en el presente, es que ha mudado su lugar de enunciación a él. El pasado habla desde el presente y por eso es por lo que se trata de un presentismo y no de un preteritismo.

Desde 1984, en que Pierre Nora propuso el término “lugar de memoria”, el presentismo fue caracterizado por la generación de representaciones del pasado que atienden a un tiempo siempre presente y fragmentado. Así lo constata Chris Lorenz:

Nora sin duda tiene razón por lo menos acerca de una característica del régimen presentista de historicidad. Me refiero al total abandono del ideal de “resurrección del pasado” que tuvo lugar después de que la nación perdiera su estatus como espina dorsal de la historia, y a la consecuencia “epistemológica” de esta “pérdida”: el lugar central que pasó a ocupar la noción de representación. El presentismo, según Nora, implica el reconocimiento de que nuestra relación con el pasado es inevitablemente moldeada por nuestros modos presentes de representación. [...] El “presentismo” pretende

⁶ Recordemos que el término régimen de historicidad ha sido definido por François Hartog siguiendo una doble acepción: “Régimen de historicidad, según lo escribimos entonces, podía entenderse de dos maneras. De acuerdo con una acepción limitada: ¿cómo trata una sociedad a su pasado?, ¿cómo se refiere a él? Según una acepción más amplia: “régimen de historicidad” habría de servir para designar la modalidad de conciencia de sí misma por parte de una comunidad humana”. François Hartog, *Regímenes de historicidad*, pp. 30-31.

⁷ Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*.

ser su propio horizonte e intenta moldear tanto el pasado como el futuro según su propia imagen, por así decirlo, con réplicas temporales de sí mismo.⁸

Una de las manifestaciones del presentismo en este sentido lo constituye el denominado *boom de la memoria*, que antepone la memoria emotiva y vivencial a la historia racional y científica:

La memoria es arrastrada por el flujo vital, se desenvuelve en la dialéctica incesante del recuerdo y del olvido y, como tal, es selectiva y subjetiva, cargada de efectos y pasiones, revive un pasado que interviene directamente en el presente y en el futuro. La historia, sin embargo, trata de separarse del proceloso cauce vital por medio de una operación intelectual que pretende encontrar una explicación “científica” del pasado, en cuanto la historia aspira a ser universal y objetiva y para ello adopta distancia crítica respecto al pasado, que para el historiador ya no existe, sino que existió, es lo que ya no es más.⁹

La memoria, ya no entendida como mero repositorio en el cual se almacenan los datos que el recuerdo habrá de reactivar o traer a la conciencia, sino como un esfuerzo por mantener viva la relación del sujeto con el pasado (a veces inmediato, a veces no tanto), se erige como la manifestación más clara de “un pasado que no quiere pasar”, un pasado que se encuentra siempre presente y que desde el presente realiza su interpelación política y crítica para evitar que ciertos momentos traumáticos terminen olvidándose, para evitar que los grandes pendientes del pasado se clausuren —se conviertan en historia— y favorecer entonces la conciencia de que hay asuntos que todavía no están resueltos y que no deben pasar al olvido.

La memoria realiza entonces un esfuerzo para no permitir que el pasado abandone el presente. Es en este sentido que encontramos el surgimiento de los memoriales, que, a diferencia del monumento, cuyo objetivo es el de dar cuenta de un pasado heroico, lo que pretenden es hacer constar que existen temas que no deben perderse de vista, que no deben ser relegados

⁸ Chris Lorenz, *Entre filosofía e historia, vol. 1: exploraciones en filosofía de la historia*, pp. 239-40. El subrayado es nuestro.

⁹ Ignacio González-Varas Ibáñez, *Las ruinas de la memoria: ideas y conceptos para una (im)posible teoría del patrimonio cultural* (versión ebook, pos. 425).

en el pasado, para hacer justicia a quienes se vieron afectados en algún pogromo, y generar conciencia para que dichos eventos no se repitan. El memorial constituye, por así decirlo, un faro de advertencia para el porvenir.

La mitificación de lo histórico

Además de los discursos de la memoria, el presentismo tiene otra manifestación, extrañamente contraria a la primera en tanto que en lugar de surgir del reclamo por las experiencias pogrómicas, más bien derivan de la aplicación de una lógica de consumo en la cual lo histórico se presenta como un contenido cultural para el goce del turista. La recuperación del pasado ocurre bajo la égida de patrimonialismo, del rescate de lo antiguo, de la museificación de lo cotidiano, cuyo efecto en todos los casos es el de reducir —mitificar— el contenido de lo histórico a su mínima expresión reconocible. En este caso la *historia magistra vitae* no se traduce en memorial, sino en espectáculo; no contiene un mensaje crítico y de advertencia, sino una experiencia de consumo: antepone los pueblos mágicos a Auschwitz; propone el disfrute de la candorosa estética de lo antiguo antes que su interpelación crítica.

Tanto los discursos de la memoria como la reducción de lo histórico para el consumo, como manifestaciones del presentismo comparten la premisa de que hablan desde el presente, de manera que el pasado a que hacen referencia no es otro sino el que modelan desde su propio horizonte temporal, lo cual no significa que estén inventando el pasado de manera arbitraria, sino que a partir de él constituyen un universo simbólico cuyo origen está en el presente. Así ocurre, por ejemplo, con el caso del patrimonialismo, pues:

las asociaciones de Patrimonio demuestran la construcción de una memoria que no está dada, y por lo tanto tampoco perdida. Trabajan en dirección a la constitución de un universo simbólico. El Patrimonio no debería ser estudiado desde el pasado, sino más bien desde el presente y ocupándose del presente.¹⁰

¹⁰ H. Glevarec y G. Saez, *Le Patrimoine saisi par les Associations*, citado por Chris Lorenz, *Entre filosofía e historia...*, p. 240.

No obstante, es en esta generación de experiencias de consumo de lo histórico en el que es más notoria la constitución de este universo simbólico que se construye en el presente y para el presente. La historia como espectáculo es una historia mitificada: su contenido se reduce a un mínimo reconocible para el consumo de las masas; se pierden los matices y se enfatizan las características o diferencias más evidentes: los claroscuros, el maniqueísmo. Se trata de un proceso de simulacro, basado en la determinación de lo que es típico (lo más característico) para convertirlo en un tópico (tematización estereotipada):

El punto de partida se establece en lo típico de un lugar cuyo patrimonio se adopta como punto de partida del diseño temático, pues se extrae, para reproducirlo, lo más característico o representativo de ese lugar, aquello que lo diferencia del resto y que, por lo tanto, lo convierte precisamente en un lugar identificado e identificable — Torre Eiffel, rascacielos neoyorkinos, Coliseo, etc.—; pero esta categoría de lo típico es sumergida y subsumida pronto en aquella otra de lo tópico [...], más adaptada ésta a los comportamientos característicos de la sociedad de masas: en efecto, en realidad se arranca del lugar su idea estereotipada, que es soportada y vehiculada a través de sus íconos, esto es, de las imágenes de monumentos o lugares que han sido repetidas tantas veces por la publicidad y por los medios de comunicación de masas hasta el punto que han llegado a convertirse en una imagen mental simplificada que asocia a cada lugar una imagen estereotipada y difundida hasta la saciedad por la industria del turismo de masas y que se asocian a cada parque temático mediante ecuaciones simples (por ejemplo, Venetian = Venecia = paseo en góndola, Luxor = Egipto = aventura, descubrimiento arqueológico, Sahara (Marruecos) y Aladdin (Oriente Próximo) = exotismo árabe-oriental, etc.). En este proceso de tematización pienso que es importante señalar esta imposición del binomio típico/tópico, pues no sólo se erige en oposición a lo propio, lo singular y lo auténtico, sino que permite la condensación de la representación del patrimonio cultural en sus estereotipos, la simplificación de la complejidad de la propia historia por medio de un discurso condensado y fácilmente transmisible.¹¹

¹¹ González-Varas Ibáñez, *Las ruinas de la memoria*, pos. 3592-3610.

Así se genera algo similar a lo que Baudrillard definía como simulacro: aquello que anula lo real, que suprime la realidad;¹² pero ¿se trata realmente de una anulación de la realidad? Tal vez hablar de supresión sea demasiado radical cuando posiblemente se trate de una representación reduccionista de la misma, una especie de mimesis en la cual, como ocurrió con el caso narrado en *Inglaterra, Inglaterra*, las copias terminan por cobrar una dinámica propia y por obtener un sentido por sí mismas, de manera que terminan independizándose de aquello de lo que eran sólo la referencia.

Es este el fenómeno que puede encontrarse en los parques temáticos, en los pueblos mágicos. En muchos de ellos lo que menos predomina es la idea de la preservación de lo histórico, sino su simplificación, para generar un mensaje “cerrado” o “completo” como antepuesto de la realidad histórica, abierta y fragmentada. No se trata de la recuperación de un discurso perdido en las arenas del pasado, sino de la construcción de otro que desde el presente determina aquello que debe entenderse como originalmente pretérito, a lo cual se le añade el ingrediente de tener una utilidad: ofrecer una experiencia de consumo:

Quando una ciudad se tematiza de modo prioritario y exclusivo y sus calles son concurridas por masas de visitantes, es evidente que deja de ser un espacio apto para habitar y convivir y se convierte en un espacio de consumo. [...] los habitantes de un conjunto histórico son incapaces de continuar viviendo —al menos una vida real— en medio de una ciudad que cada vez es más similar a un parque temático en el que sus moradores más que ciudadanos parecen actores que animan el lugar que ocupan y a los que ya sólo cabe pedir que se disfracen con trajes de época para lograr un ambiente más verosímil.¹³

Esta tematización o museificación de los espacios urbanos está relacionada con el desarrollo relativamente reciente de la noción de “patrimonio” y su derivado político-moral: el patrimonialismo.

¹² Irina Vaskes Sanches, “La transestética de Baudrillard: simulacro y arte en la época de la simulación total”, pp. 197-219.

¹³ González-Varas Ibáñez, *Las ruinas de la memoria*, pos. 3749-3767.

En ese sentido, Hartog nos hace ver que la historia del término “patrimonio” en Europa nos remite hasta la antigüedad, pero en el transcurso de todo ese tiempo la palabra ha sido empleada con diversos significados, de manera que, para adquirir el sentido que en nuestros días adopta, debieron confluír diferentes circunstancias, tales como la práctica de la colección, la preocupación por la conservación y la restauración, y la creación gradual de la categoría de monumento histórico, pero, sobre todo y de manera fundamental, la conciencia de que algún objeto, monumento, sitio o paisaje hayan desaparecido o estén por desaparecer del horizonte.¹⁴

Así, este efecto sobre la ciudad tiene en principio la finalidad de preservar los vestigios del pasado, generando la conciencia de que el presente tiene la responsabilidad de transmitir estos vestigios a las futuras generaciones para su goce y cultura. La cuestión aquí radica en que durante este proceso se han generado dinámicas de apoyo y desarrollo económico que, si bien han servido para efectos de preservación, también han sido factor para el surgimiento de dinámicas de mercado y de consumo (creación de pueblos mágicos, desarrollo del turismo, luego la generación de atractivos turísticos que van más allá de la mera apreciación del bien patrimonial, etcétera) que terminan por hacer de “lo histórico” una experiencia de consumo.

La historialidad del objeto antiguo

La experiencia, entendida desde su acepción como todo aquello que depende directa o indirectamente de la sensibilidad, de la percepción sensible contenida en un acto cognoscitivo o vivencial, es una categoría fundamental para poder analizar este proceso a partir del cual, en esta época presentista, lo histórico puede llegar a formar parte de una experiencia de consumo.

Esto ocurre porque, en esta conformación, el contacto con el objeto es fundamental. La definición que de objeto de patrimonio ofrece Krzysztof Pomian es sumamente ilustrativa. Para él, los objetos del patrimonio son “semióforos”, es decir, “objetos visibles revestidos de significación”.¹⁵ Así,

¹⁴ Hartog, *Regímenes de historicidad*, p. 182.

¹⁵ Krzysztof Pomian, *Sur l'histoire*, Paris, Galimard, citado por Hartog, *Regímenes de historicidad*, p. 182.

señala, Hartog, “el patrimonio vuelve visible, expresa un cierto orden del tiempo, o cuenta la dimensión del pasado”.¹⁶

Todo objeto manufacturado, o todo aquel en el que al menos se ha dado la intervención humana para lograr una determinada disposición, es un objeto semióforo, tema al cual Baudrillard ha dedicado su libro *El sistema de los objetos*. En él el filósofo realiza una interesante hermenéutica del objeto —él no la llama así— para poner en evidencia la significación y las redes de significación que se tejen alrededor de los objetos con los que tratamos cotidianamente.

En este sentido, señala que al objeto antiguo no le caracteriza la funcionalidad propia del objeto contemporáneo a nosotros, sino su historialidad:

la funcionalidad de los objetos modernos se convierte en historialidad del objeto antiguo [...] sin dejar por ello de ejercer una función sistemática de signo [...]; el objeto antiguo [...] es puramente mitológico en su referencia al pasado. Ya no hay incidencia práctica, está allí, únicamente, para significar [...]. Sin embargo, no es afuncional, ni simplemente “decorativo”, sino que cumple una función muy específica en el marco del sistema: significa el tiempo.¹⁷

Si bien se trata de objetos antiguos, porque se originaron en algún punto en el pasado, tienen también una presencia actual, es decir, se encuentran en el presente y sobre él ejercen sus efectos. No habría, de hecho, mejor manera de ilustrar al presentismo que con el objeto antiguo, pues si bien se trata de “sobrevivientes” del pasado, es en el presente en el que su significación como antiguo adquiere pleno sentido y justifica las prácticas que en el presente se desarrollan para su cuidado, preservación, exposición, investigación, difusión y más.

Baudrillard señala varias características esenciales del objeto antiguo; la primera de ellas es su ser definitivo y consumado: “El tiempo del objeto mitológico es el perfecto: es lo que tiene lugar en el presente como si hubiese tenido lugar antaño, y lo que por esa misma razón está fundado en

¹⁶ Hartog, *Regímenes de historicidad*, p. 183. El subrayado es nuestro.

¹⁷ Jean Baudrillard, *El sistema de los objetos*, pp. 83-84.

sí mismo es auténtico”.¹⁸ Pero este ser consumado o definitivo no implica completitud, sino que, como señala Marc Augé, manifiesta una carencia irremediable, que le ofrece autenticidad y, paradójicamente, perfección como objeto antiguo:

Los valores que refleja una obra antigua [...] no son ya valores contemporáneos: eso es lo que se ha degradado, eso es lo que ha dejado de hablarnos. La obra habla de su tiempo, pero ya no los transmite por entero. Sea cual sea la erudición de quienes la contemplan hoy, jamás la contemplarán con la mirada de quien la vio por primera vez. Lo que hoy expresa la obra original es esa carencia, ese vacío, esa distancia entre la percepción desaparecida y la percepción actual, una distancia evidentemente ausente en la copia, que de algún modo carece de falta.¹⁹

Otra característica fundamental del objeto antiguo es la nostalgia de los orígenes, puesto que su existencia en el presente nos remite siempre a un tiempo primordial, a los orígenes: “cuanto más viejos sean los objetos, tanto más nos acercan a una era anterior, a la ‘divinidad’, a la ‘naturaleza’, a los conocimientos primitivos, etc.”.²⁰ Pero hay un punto en el cual el objeto es tan antiguo que pierde su significación, en un proceso en el cual comienza a “regresar a la naturaleza”. Tal es el caso de la ruina:

Contemplar unas ruinas no es hacer un viaje en la historia, sino vivir la experiencia del tiempo, del tiempo puro. En su vertiente pasada, la historia es demasiado rica, demasiado múltiple y demasiado profunda para reducirse al signo de piedra que ha escapado de ella, objeto perdido como los que recuperan los arqueólogos que rebuscan en sus cortes espacio-temporales. [...] [La ruina es] un paisaje que impone a la naturaleza un signo temporal y, en respuesta, la naturaleza termina por eliminar su carácter histórico empujándolo hacia lo intemporal.²¹

¹⁸ Baudrillard, *El sistema...*, p. 85.

¹⁹ Marc Augé, *El tiempo en ruinas*, p. 30.

²⁰ Baudrillard, *El sistema...*, p. 86.

²¹ Augé, *El tiempo en ruinas*, pp. 45-46.

Una característica más del objeto antiguo es la exigencia de autenticidad:

la exigencia de autenticidad, que se traduce en una obsesión por la certidumbre: la del origen de la obra, de su fecha, de su autor, de su signo. El simple hecho de que tal objeto haya pertenecido a alguien célebre, poderoso, le confiere un valor, la fascinación del objeto artesanal le viene de que pasó por la mano de alguien cuyo trabajo está todavía inscrito en él: es la fascinación de lo que ha sido *creado* y que por eso es único, puesto que el *momento* de la creación es irreversible.²²

Esta exigencia de autenticidad, parte fundamental del ser del objeto antiguo, tiene como derivados el sentimiento de placer y de goce de lo histórico,²³ así como la preocupación por su preservación y restauración, aplicando un criterio en el que se combina la conservación tanto de la existencia del objeto como de su apariencia de antiguo. La restauración se convierte entonces en un proceso de “recomposición de la ruina”.²⁴

Objetualidad y experiencia de consumo

Desde que hablamos del objeto patrimonial como “semióforo” estamos relacionando dos elementos muy importantes dentro de una comunicación: el objeto mismo y su significado; pero la significación del objeto no depende exclusivamente de sus características intrínsecas, sino también de su disposición y de la relación que en dicha disposición guarda un objeto respecto a otro. Es justo a lo que Baudrillard hace referencia cuando apela a una “sociología de la colocación”, en la cual el sujeto, convertido en “hombre de colocación”,²⁵ actúa activamente en el diseño de los espacios a través

²² Baudrillard, *El sistema...*, p. 87.

²³ Marc Augé expresa al respecto: “Un retablo, una escultura. Tienen bastantes años, y esta antigüedad forma parte de su encanto. Si me enterara de que han sido fabricados en época reciente, me sentiría decepcionado”, Augé, *El tiempo en ruinas*, p. 30.

²⁴ Baudrillard, *El sistema...*, p. 87.

²⁵ Baudrillard, *El sistema...*, pp. 24-26.

de la distribución de los objetos mediante un esquema previo, para generar un mensaje. Los museógrafos conocen muy bien esta experiencia.

Así, podría decirse que la objetualidad es aquello que permite que el objeto antiguo o histórico (ahora “bien patrimonial”) sea dispuesto y forme parte de un montaje. Hablamos de una relación que el sujeto tiene con el vestigio del pasado que no es la relación que establece el historiador con su fuente, pues éste quiere interrogar a la materia para tener acceso a un conocimiento determinado, mientras que el “hombre de colocación” manipula, opera, establece relaciones, genera un mensaje empleando al objeto como grafía. Enuncia para que alguien más observe.

La generación de un mensaje mediante una cierta distribución de objetos no es negativa en sí misma: esta práctica es la que fundamenta toda labor museográfico-pedagógica. Gracias a ella los objetos tienen algo que decir, más allá de lo que podrían hacerlo si no se encontraran dispuestos formando parte de una determinada configuración con relación a otros objetos.

Puede ocurrir, sin embargo, que la configuración objetual no obedezca a la generación de un mensaje, sino al solo hecho de configurar, tal como parece ser el caso del “mal de archivo” derridiano, en el que “la acumulación de documentos, a pesar de su ulterior abundancia, no responde a un ejercicio o a una voluntad de memoria, sino al contrario, a una hipomnesia, a una pulsión [...] de destrucción que es el mal de archivo, indisoluble de cualquier gesto que conserva”.²⁶

El mal de archivo es una manifestación del presentismo también porque se trata de un “intento de impedir que el pasado desaparezca de la escena del presente”.²⁷

No es nuestra intención profundizar sobre la propuesta derridiana, sino más bien hacer hincapié en la otra forma en la que la configuración objetual pierde su sentido pedagógico y se transforma en un medio para satisfacer la dinámica de mercado y convierte el mensaje de “lo histórico” en una experiencia de consumo que busca satisfacer la avidez de vivencias del sujeto, llevándolo más allá de lo rutinario.

²⁶ Diana Napoli, “‘Nuevas historias’: el mal de archivo”, pp. 115-116.

²⁷ Napoli, “Nuevas historias...”, p. 116.

Tal como ilustró el caso de *Inglaterra, Inglaterra*, la construcción del parque proyectado por Sir Jack se regía por el doble propósito de ofrecer al visitante una conjunción de todo aquello que representara “la esencia de lo inglés” sin el inconveniente de trasladarse grandes distancias para poder disfrutarlo todo. De igual manera, la generación de atracciones turísticas basadas en contenidos históricos no se contenta con mostrar lo genuinamente histórico, sino tienen que enunciarlo, resaltarlo, “aderezarlos” con alguna leyenda y, en no pocas veces, inventarlos.

Desde que el turismo se ha convertido en una importante fuente de derrama económica, y se le combina además con programas de protección patrimonial, que también son fuente de recursos (para el beneficio de ciudades patrimoniales, de pueblos mágicos, de zonas naturales protegidas, etcétera), los destinos turísticos se han ido especializando en generar montajes, en determinar itinerarios, en sugerir actitudes (hay que extender los brazos imitando al cristo del Corcovado cuando se le visita, por ejemplo), en reducir los contenidos históricos a una condición de superficialidad.

Lipovetsky observa este fenómeno desde una perspectiva positiva, pues para él esta “cultura-mundo” ha dejado de ser elitista, erudita y excluyente y se ha convertido en una genuina “cultura de masas”:

la cultura de masas quiere ofrecer novedades accesibles para el público más amplio posible y que distraigan a la mayor cantidad posible de consumidores. Su intención es divertir y dar placer, posibilitar una evasión fácil y accesible para todos, sin necesidad de formación alguna, sin referentes culturales concretos y eruditos. Lo que inventan las industrias culturales no es más que la cultura transformada en artículos de consumo de masas.²⁸

Por su parte, Mario Vargas Llosa presenta una visión pesimista del asunto:

esas visitas multitudinarias a los grandes museos y a los monumentos históricos clásicos no representan un interés genuino por la “alta cultura” [...] sino mero esnobismo, ya que el haber estado en esos lugares forma parte de la obligación del perfecto turista posmoderno. En vez de interesarlo por

²⁸ Giles Lipovetsky/Jean Serroy, *La cultura-mundo. Respuesta a una sociedad desorientada*, p. 79.

el pasado y el arte clásicos, lo exonera de estudiarlos y conocerlos con un mínimo de solvencia. Un simple vistazo basta para darle una buena conciencia cultural. Aquellas visitas de los turistas “al acecho de distracciones” desnaturalizan el significado real de esos museos y monumentos e igualan a éstos con las otras obligaciones del perfecto turista: comer pasta y bailar una tarantela en Italia, aplaudir el flamenco y el cante jondo en Andalucía y probar escargots y asistir al Louvre y a una función del Folies Bergère en París.²⁹

Se trata, en todo caso, de una práctica turística muy diferente de aquel viaje formativo que realizaban los jóvenes aristócratas del siglo XIX, y que tenía el objetivo de aprender, madurar, de “hacer mundo”, y se vuelve una práctica masificada y consumista, en la que “se acentúa la tendencia a presentar lo real como espectáculo y el patrimonio cultural se adentra en el territorio de lo ficticio y su recreación escenográfica llega incluso a complacer más que el contacto real con los monumentos”,³⁰ justo como ocurre en la novela de Julian Barnes.

Tanto se han estandarizado las rutas turísticas basadas en este modelo espectacular y comercial que recientemente ha surgido la tendencia de ofrecer un “antiturismo”, enfocado a la explotación turística de aspectos, zonas, sitios y actividades que se encuentran fuera de las rutas convencionales.³¹ Posiblemente esta nueva posibilidad —no ajena, después de todo, al efecto del montaje— derive del consejo que nos proporciona Marc Augé:

viajar, sí hay que viajar, habría que viajar, pero sobre todo no hacer turismo. El mundo existe todavía en su diversidad. Pero esa diversidad poco tiene que ver con el caleidoscopio ilusorio del turismo. Tal vez una de nuestras tareas más urgentes sea volver a aprender a viajar, en todo caso, a las regiones más cercanas a nosotros, a fin de aprender nuevamente a ver.³²

²⁹ Mario Vargas Llosa, *La civilización del espectáculo*, p. 29.

³⁰ González-Varas Ibáñez, *Las ruinas de la memoria*, pos. 3330.

³¹ José Ignacio Lanzagorta García, “El turismo de la ciudad perdida”, s.p.

³² Marc Augé, *El viaje imposible. El turismo y sus imágenes*, p. 16.

Marc Augé, como aquellos promotores del “antiturismo”, hace un llamado a la autenticidad, después de que la misma parece haberse ocultado por un escenario que está ahí para supuestamente acentuar las características de lo histórico y ha terminado por ofrecer un remedio, una estandarización, un viaje controlado que mantiene al espectador alejado de la realidad del lugar donde lo histórico se encuentra, pero pasa desapercibido por no aparentar su historicidad tan bien como hace el montaje que le sustituye.

Los efectos sobre la conciencia histórica. Consideraciones finales

Todo lo anterior afecta a la conciencia histórica fundamentalmente en dos sentidos: primero en cuanto a que estamos hablando de la objetualidad y de la experiencia de consumo como expresiones del presentismo en el mismo nivel en el que se encuentra el *boom de la memoria*, aunque con características que la distinguen de ésta y que ya se mencionaron líneas arriba. Ya sólo esta configuración en la percepción de los éxtasis temporales (el pasado que invade al presente y habla desde esa posición) nos remite a una forma muy particular de concebir los parámetros desde los cuales la conciencia se ubica a sí misma dentro de la trama histórica, e influye en la noción que se tenga sobre el espacio de la experiencia y el horizonte de espera, si queremos emplear las famosas categorías de Koselleck.

En segunda instancia, la objetualidad plantea un retorno a la experiencia como categoría fundamental para el acercamiento al pasado, tanto en términos disciplinares como en términos de percepción que se hacen las grandes masas con respecto a lo histórico. En otras palabras, la experiencia del pasado desde el presente mismo ofrece al historiador la alternativa de analizar los efectos que sobre la conciencia histórica de los pueblos ejercen las manifestaciones presentistas, tanto memorialistas como objetualistas, para poder entender, por paradójico que parezca, el presente mismo. ¿No estamos, acaso, tocando aquí el punto medular de la llamada historia del tiempo presente?

Así, entonces, podríamos sugerir que se requiere una hermenéutica del objeto para entender los procesos de la conformación de la experiencia histórica y, por ende, de la conciencia histórica.

Se podría aventurar, junto con Baudrillard, la idea de la constitución de una semántica del objeto que no tendría que ver con la simple definición de los objetos según su función o de las clases en las que podrían dividirse, sino de reconocer “los procesos en virtud de los cuales las personas entran en relación con ellos y de la sistemática de las conductas y de las relaciones humanas que resultan de ello”³³

En dicha hermenéutica o semántica se relacionan activamente los dos procesos sobre los que este libro llama la atención: como espectador, el turista, el curioso o el diletante, incluso el historiador, *observan* la configuración de lo histórico y, dependiendo de cuál de estos personajes se trate, se generarán diversos niveles de análisis desde los cuales la conciencia histórica obtiene sus insumos. Por otro lado, los conservadores, los museógrafos, los gestores del patrimonio, las empresas turísticas, se encargan de *enunciar*, de generar discursos encaminados a diferentes propósitos —algunos más loables que otros—, en los que adquiere sustancia este “hombre de colocación” del que habla Baudrillard.

De ahí que se requiera que el historiador se asome a las disciplinas gestoras del patrimonio cultural (museografía, restauración, archivística, etcétera) para comprender su lógica instrumental y así decodificar de mejor manera el mensaje que ellas articulan, y cómo los efectos de esta semántica afectan la ciencia histórica. Ya el presentismo tuvo sus efectos disciplinares con el boom de la memoria. ¿Qué ocurrirá con el boom del patrimonio? Es algo que el historiador debe comenzar a explorar.

³³ Baudrillard, *El sistema...*, p. 2.

Referencias

- Augé, Marc. *El viaje imposible. El turismo y sus imágenes*, México, Gedisa, 1977.
- _____. *El tiempo en ruinas*, México, Gedisa, 2003.
- Barnes, Julian. *Inglaterra, Inglaterra*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1999.
- Baudrillard, Jean. *El sistema de los objetos*, México, Siglo Veintiuno, 1970
- González-Varas Ibáñez, Ignacio. *Las ruinas de la memoria: ideas y conceptos para una (im)posible teoría del patrimonio cultural*. México, Siglo Veintiuno Editores, 2014 (versión ebook).
- Hartog, François. *Regímenes de historicidad*, México, UIA, 2007, pp. 30-31.
- Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.
- Lanzagorta García, José Ignacio. “El turismo de la ciudad perdida”, en *Nexos*, México, febrero de 2019, https://labrujula.nexos.com.mx/?p=2256&fbclid=IwAR3qDjsdf3o_Lu74qNcKYIoUyZhDn-70qIewaVif1XJdPBHcnN1gllCCrt-Q Consultado el 14 de mayo de 2019.
- Lipovetsky, Giles/Jean Serroy. *La cultura-mundo. Respuesta a una sociedad desorientada*, Barcelona, Anagrama, 2010.
- Lorenz, Chris. *Entre filosofía e historia, vol. 1: exploraciones en filosofía de la historia*, Buenos Aires, Prometeo, 2013.
- Napoli, Diana. “‘Nuevas historias’: el mal de archivo”, en *Historia y gráfica*, México, UIA, año 23, num. 46, enero-junio 2016.
- s/a, “Inglaterra, Inglaterra (Julian Barnes)”, <http://confiesoqueheleido.blogspot.com/2008/07/inglaterra-inglaterra-julian-barnes.html>, consultado el 1º de mayo de 2019.
- Vargas Llosa, Mario. *La civilización del espectáculo*, Barcelona, Penguin Random House, 2015.
- Vaskes Santches, Irina. “La transestética de Baudrillard: simulacro y arte en la época de la simulación total”, en *Estud.filos*, no. 38, agosto de 2008, Universidad de Antioquia.

INTERDISCURSIVIDAD Y ESTUDIO DE LENGUAJES SOCIALES. EL ANÁLISIS DEL DISCURSO HISTÓRICO EN LA ESCUELA DE CAMBRIDGE

Miguel Hernández Fuentes
Universidad de Guanajuato

Cuando se consideran los términos en los que un discurso fue enunciado en un contexto sociohistórico determinado, se presupone que el autor se sirvió de diversos componentes lingüísticos o conceptuales que encontró disponibles en alguna de las modalidades de expresión del medio cultural de su época; una forma particular de comunicación, probablemente asociada al ejercicio de una profesión, de una dignidad social o a alguno de los saberes predominantes, que se puede denominar de varias formas: *lenguaje, idioma, jerga*, e incluso, de un modo que hay que precisar, *tipo de discurso*.¹ Se trata de sistemas de expresión estandarizada imperante en un sector de la sociedad que supone cierto grado de estabilidad entre las relaciones sintácticas, semánticas y pragmáticas de los vocabularios a partir de

¹ Estas nociones se distinguen de la de *lengua* o *idioma*, entendida como sistema de comunicación verbal y escrito, en cuanto que se refieren a un ámbito de mayor especialización dentro de la misma lengua; habría que comprender a los lenguajes como formas de comunicación particulares que son adoptadas por ciertas comunidades de discurso. La noción de lenguaje encuentra equivalentes en otras expresiones, como la de *tipo de discurso*, que se define como “sector de producción verbal de una sociedad”, o como “las producciones verbales específicas de una categoría de locutores”. Así, por ejemplo, el discurso político, el discurso docente, discurso judicial, etc. Patrick Charaudeau y Dominique Maingueneau, *Diccionario de análisis del discurso*, p. 551. De entre estos términos elegimos el de lenguaje, ya que, de manera convencional, es la noción más utilizada en la historia intelectual.

los cuales se elabora, o de la lógica interna que establece entre sus premisas. Las del primero de estos órdenes, las sintácticas, estarían determinadas por el sistema de convenciones y normativas gramaticales de la época; las semánticas por sistemas de alianza y oposición entre los significados de las palabras y conceptos, de manera que éstos connotan valoraciones cambiantes de acuerdo con la posición relativa que se establezca entre ellos; finalmente, estas asociaciones entre conceptos y significados se encuentran sujetos a los usos que le dan los actores históricos, a lo que quieren hacer con tales palabras en el contexto de una interacción específica entre ellos y sus interlocutores.²

Otros elementos básicos de los *lenguajes*, que también establecen un grado de regularidad suficiente para que los discursos que se construyen a partir de ellos puedan ser identificados por los respectivos auditorios, son sus presupuestos teóricos o ideológicos, determinadas lógicas de argumentación características, así como estilos retóricos distintivos. Así, los usuarios de los lenguajes encuentran en éstos cierta eficacia para que sus textos o comunicaciones —o algunos de sus aspectos específicos— sean identificados e interpretados por sus destinatarios o interlocutores del modo más cercano posible a lo que ellos quieren y, de tal modo, haya más posibilidades de que éstos acepten sus argumentos, compartan sus posicionamientos, sean persuadidos de alguna manera. Por otro lado, desde la perspectiva de la investigación histórica, la identificación de los elementos sustantivos y de las regularidades de los lenguajes se asumen como la condición que posibilita al historiador distinguirlos y clasificarlos, para entonces analizar los juegos y combinaciones que los actores del pasado realizaron a partir de ellos.

En este trabajo se presenta una breve revisión de los enfoques de análisis de los discursos en referencia al fenómeno de la *dispersión*, comprendida como el conjunto de los intercambios, juegos o combinaciones que hacen los usuarios del habla con los elementos que encuentran en los lenguajes sociales para enunciar distintos tipos de discursos. En la primera parte se revisan algunos enfoques y categorías con los que se han atendido estos fenómenos, desde el concepto de *formación discursiva* hasta el de *interdiscurso*.

² Juan Herrero Cecilia, *Teorías de pragmática, de lingüística textual y de análisis del discurso*, pp. 21-25.

De manera particular, se refieren algunos aspectos del modelo trabajado por Ruth Wodack, en el que relaciona varios niveles temáticos de los discursos con géneros textuales asociados con prácticas sociales y textos concretos. La segunda parte se ocupa de la vía que siguieron los estudios sobre los lenguajes políticos de John G. A. Pocock y Quentin Skinner en el marco de la historia intelectual inglesa. Estos autores asumieron que los lenguajes son sistemas particulares de recursos lingüísticos que sirven a los miembros de una comunidad discursiva para ordenar y expresar los elementos de la realidad social. De entre los diversos aspectos de los lenguajes —o “fábricas del discurso”, como llegó a llamarlos Pocock— que ellos estudiaron, aquí nos ocuparemos de los que consideramos que estuvieron más cercanos al asunto de la dispersión o interdiscursividad: la construcción discursiva como producto de juegos de lenguajes realizados por los actores del pasado, la transformación de los lenguajes por medio de los actos del habla de sus usuarios, el vínculo entre objetivos discursivos y convenciones lingüísticas. Finalmente, se presentarán algunas consideraciones sobre los resultados alcanzados y las enseñanzas metodológicas derivadas de estos trabajos para el estudio de discursos del pasado.

La interdiscursividad como marco para apreciar la dispersión lingüística

Como uno de los efectos del ascenso de nuevos marcos epistemológicos que reconocieron el papel de mediación del lenguaje en la constitución de las realidades sociales,³ a partir de la década de los setenta del siglo pasado diversas corrientes de análisis del discurso comenzaron a consolidarse en las ciencias sociales y las humanidades, al mismo tiempo en que algunas áreas de estudio dirigieron mayor atención a los fenómenos discursivos.⁴ En el marco de la investigación histórica esta reorientación se pudo apreciar en

³ Carolina Martínez, “El impacto del giro lingüístico en la historia cultural y sus implicancias en el estudio de la literatura de viaje como fuente”, pp. 13-16.

⁴ Se puede distinguir entre estudios de los discursos al interior de disciplinas consolidadas, escuelas de análisis del discurso y tipos de análisis del discurso como nuevas áreas transdisciplinarias. Dominique Maingueneau, “Análisis del discurso”, pp. 32-36.

áreas como la historia política, la historia de las ideas, la de las mentalidades, entre otras. Enfocar la lectura de textos desde esta perspectiva significaba comprenderlos como formas de interacción social, como actos de habla dirigidos al alcance de ciertos propósitos o posicionamientos. Por otra parte, la noción de que existían campos de generación discursiva asociada con determinadas posiciones teóricas o ideológicas (escuelas de pensamiento político, tradiciones filosóficas o teológicas, doctrinas políticas, ideologías) guiaba esta etapa de los estudios sobre el lenguaje de la política.

Se tendía a identificar a estas áreas de generación discursiva con los contenidos proposicionales de las mismas (es decir, desde un discurso o lenguaje especializado se tendría sólo una lógica argumentativa, unas mismas conclusiones y un solo posicionamiento frente a un problema puesto a debate), así como la idea de que los componentes característicos de cada discurso harían de estos compartimientos cerrados. Frente a estas concepciones de los presupuestos de la producción de discursos, la crítica de Michael Foucault destacó el fenómeno de la dispersión: elementos retóricos, conceptos, lógicas argumentativas, no se hallarían enfrascadas dentro de una sola área de generación discursiva, sino que, por el contrario, habrían de moverse a través de los diversos campos discursivos, dispersándose en múltiples direcciones. Así, se puede considerar al modelo arqueológico de Foucault como un análisis de las prácticas discursivas que propone la irrupción de enunciados en contextos históricos específicos.⁵

Su arqueología de los discursos procede de una manera similar a la del arqueólogo que estudia objetos físicos elaborados en el pasado a través de su rastreo a través de las capas del subsuelo: ubicando las posiciones que los objetos tenían dentro de éstas para así encontrar las relaciones y funciones que originalmente tenían. De tal modo, al tener presente la dispersión de elementos discursivos entre los diversos lenguajes especializados que operaban en una misma época, Foucault postuló, más allá de la complejidad y aparente desorden ante un panorama de tales características, la clave para comprender la creación de objetos y conceptos. Como señala Fernando Betancourt, con la noción de *episteme*, Foucault “establece la dimensión

⁵ Fernando Betancourt Martínez, *Historia y lenguaje. El dispositivo analítico de Michael Foucault*, pp. 63-70.

de un campo sin duda indefinidamente abierto y sometido al juego de relaciones que, sin embargo, es susceptible de descripción que, en todo caso, el análisis no puede nunca agotar”.⁶ De ahí que sea correcto identificar a la arqueología foucaultiana como una “analítica de la dispersión”, en la medida en la que se proponía aislar, historizar las condiciones de existencia de los elementos discursivos. Se trata, entonces, de una forma de comprender los discursos como unidades que pueden ser descriptibles, agrupadas en función de sus elementos característicos, pero no como conjuntos cerrados. Por el contrario, el reto que se presenta al analista es encontrar los vínculos del discurso estudiado con otros, atendiendo a sus desplazamientos, interacciones, alianzas, oposiciones, transferencias, dando cuenta de los usos que los actores del pasado les daban.

Esto significó una forma distinta de comprender la regularidad y la sistematicidad de los órdenes discursivos: lo que había que identificar entonces eran los elementos que se dispersaban a través de aquellas regiones de producción de discursos y de sus textos; dispersión que no se producía de manera arbitraria o azarosa, sino en función de ciertos motivos que había que identificar, es decir, de los factores por los cuales cierto lenguaje habría alcanzado mayor prestigio o autoridad en las discusiones públicas. De tal modo, Foucault no solamente estaba atento al uso de palabras y expresiones retóricas, sino a los procesos de formación de conceptos. Para ello propuso la noción *formación discursiva* como área de producción discursiva en la que la regularidad aparece como esquema de dispersión de los enunciados; de tal modo ésta “tiene que ver con la formación de objetos, con las modalidades de enunciación, con los conceptos y elecciones temáticas, es decir, con el campo estratégico”. Señala Jacques Guilhaumou:

“Formación discursiva” designa inicialmente, en el conjunto conceptual que Michel Foucault elabora sobre el discurso - y a partir de su primera aparición en la expresión “formación discursiva individualizada” de fuerte resonancia nominalista- la individuación de configuración de enunciados en el campo de acontecimientos discursivos en relación con el archivo definido como “el juego de reglas que determinan en una cultura la aparición

⁶ Betancourt, *Historia y lenguaje*, p. 68.

y la desaparición de las declaraciones, su remanencia y su supresión, su existencia paradójica de acontecimientos y cosas”.⁷

El significado histórico de los conceptos se tendría que rastrear a través de fuentes diversas, de textos pertenecientes a diferentes formaciones discursivas, pero que, en presencia de esos entrecruzamientos, participaban de una misma episteme. Como es sabido, posterior al análisis de Foucault, el de Michael Pecheux exploró las posibilidades analíticas de la noción de la formación discursiva. En su proyecto de trabajo denominado *Análisis automático del discurso*, Pecheux buscó sistematizar las relaciones entre la formación discursiva y la formación ideológica; se propuso encontrar los mecanismos que relacionan ideología con discursos específicos. De manera parecida a la propuesta de Foucault, consideraba que las formaciones discursivas no eran espacios estructurales cerrados, puesto que se veían constitutivamente “invadidas” por elementos provenientes de otros lugares (es decir, otras formaciones discursivas) que se repetían en ella, suministrándole sus evidencias discursivas fundamentales.⁸

Como explica Dominique Maingueneau, en la actualidad la noción *formación discursiva* guarda cierta vigencia entre especialistas de las distintas corrientes de análisis del discurso, lo que parece indicar que, no obstante las dificultades, prevalece la aspiración analítica de identificar posicionamientos ideológicos en la generación de los discursos, y explicar el modo en el que se articulan unos y otros. Por ello el uso de la noción aparece, principalmente, en aquellos casos en los que son más evidentes o explícitos los contenidos ideológicos de un texto o de un discurso; por ejemplo, cuando las identidades enunciativas de los autores son más definidas (es decir, cuando éstos se asumen como portavoces o participantes de algún movimiento político, social, ideológico).⁹ Por otro lado, lo que parece ser una tendencia de aparición más reciente en los análisis del discurso es ubicar a la producción discursiva en ambientes y espacios institucionales específicos. Al considerar a las formaciones discursivas como “prácticas discursivas sociales”

⁷ Jacques Guilhaumou, “Foucault et l’ordre du corps : langue, sujet, histoire”, p. 35. [Traducción propia]

⁸ Niels Helsloot y Tony Hak, “Pêcheux’s Contribution to Discourse Analysis”.

⁹ Dominique Maingueneau, “Formación discursiva”, pp. 275-278.

que se desarrollan en instituciones particulares, se busca identificar los roles característicos que ejercen los actores productores de discurso, roles desde los cuales sus enunciados adquieren el carácter de un decir acreditado y con autoridad. Adicionalmente, estas producciones discursivas quedan delimitadas formalmente al ceñirse estilísticamente a los géneros textuales que imperan en el espacio institucional al que pertenecen (pensemos en un sermón religioso, en una cátedra especializada, en una disertación científica o en una controversia judicial).¹⁰

Cabe resaltar que el funcionamiento de las formaciones discursivas se sigue relacionando con el fenómeno de la dispersión. La imagen prevalente sobre la formación discursiva en los trabajos teóricos y metodológicos de las décadas de los setenta y ochenta del siglo pasado era la de “unidad doctrinal pretendidamente compacta e independiente de las situaciones”, imagen que ha sido superada en varios aspectos a raíz de múltiples trabajos empíricos sobre todo con relación a dos cuestiones. La primera, en consonancia con la tendencia dominante que comprende la enunciación discursiva como un fenómeno inherente a interacciones entre individuos o grupos, ya no puede considerarse como un fenómeno ajeno a contextos situacionales, como si fuera un epifenómeno desarticulado de los procesos de la vida económica, política o social; por el contrario, se tiende a considerarla como la dimensión semiótica de esos mismos procesos.¹¹ La segunda cuestión es que se asume que las formaciones discursivas sólo se constituyen y se mantienen en el tiempo mediante procesos de interacción con otras formaciones discursivas; incluso fenómenos como la creación de conceptos y significados se deberían a los intercambios y comunicaciones que se realizan entre ellas. Aquí aparece la noción de *interdiscurso* para referirse al marco de relaciones entre formaciones discursivas.

Con los conceptos de *interdiscurso* e *interdiscursividad* se alude a los intercambios e interacciones constantes, de diverso signo, que se mantienen entre unidades discursivas o campos de generación de discursos (llámense estas unidades o terrenos *tipos de discursos*, *dominios del discurso*, *formaciones discursivas* o *lenguajes sociales*), y al hecho de que son los usuarios del

¹⁰ Charaudeau y Maingueneau, *Diccionario de análisis...*, p. 277.

¹¹ Una crítica a la concepción de los fenómenos discursivos como *epifenómenos* de la vida social se puede ver en Mark Goldie, “El contexto de *Los fundamentos*”, pp. 145-146.

lenguaje quienes realizan las operaciones de intercambio, combinación u oposición entre sus contenidos, de acuerdo con las necesidades y objetivos que se plantean al emitir un discurso.¹² Así, las múltiples relaciones que se establecen entre las unidades discursivas aparece como un supuesto evidente para el conjunto de estudiosos de los discursos, pero cuyas formas concretas en cada caso hay que verificar mediante la investigación empírica. Asumir que los discursos interactúan entre sí quiere decir, en otras palabras, que la atención tiene que estar dirigida hacia los juegos y combinaciones que los usuarios hacen con los elementos de los lenguajes especializados que encuentran a su disponibilidad, en el contexto histórico en el que se encuentran, y que, por otro lado, cuando producen discursos y textos, no solamente efectúan actos de habla, sino que también pueden producir modificaciones sobre los mismos lenguajes. Supongamos el caso de un lenguaje jurídico que en determinada época y lugar se llenó de referencias, expresiones o elementos retóricos del lenguaje religioso; o un caso a la inversa: el de un lenguaje religioso que adoptó las formas propias del lenguaje jurídico, como pudo ser el caso del lenguaje de la religión hebrea.

Por diversos motivos los usuarios de esos lenguajes, sacerdotes y jueces hebreos, habrán encontrado útil emplear elementos de un campo discursivo para llevarlo a otro; posteriormente, cuando esos desplazamientos se hubieran generalizado, los nuevos elementos ya formarían parte del lenguaje receptor. De forma similar, en los diversos contextos históricos, se producen influencias recíprocas, oposiciones, desplazamientos, apropiaciones entre los elementos de diversa índole que componen los discursos; estos intercambios pueden ir desde el traslado de unidades relativamente acotadas como un concepto, una frase o un argumento tomado de un discurso o lenguaje para usarlo en otro,¹³ hasta el desplazamiento de recursos de mayor complejidad, como estilos de enunciación o lógicas de argumentación. Por otra parte, los desplazamientos pueden producirse tanto en el eje sin-

¹² En ese sentido, Dominique Maingueneau define al interdiscurso como el “conjunto de unidades discursivas [...] con los cuales un discurso particular entra en relación implícita o explícita”. Charaudeau y Maingueneau, *Diccionario de análisis...*, pp. 334-335.

¹³ Como apunta Ruth Wodack, “la interdiscursividad puede observarse cuando se toma el argumento de un discurso para usarlo en otro”. Ruth Wodack, “El enfoque histórico del discurso”, p. 104.

crónico, cuando los intercambios de unidades discursivas se efectúan entre discursos que son contemporáneos, como en el diacrónico, cuando los elementos adoptados proceden de discursos de épocas anteriores que son reutilizados.

Al corroborar la constante presencia de operaciones interdiscursivas queda de manifiesto una propiedad característica de todo discurso, como señala Ruth Wodack: “Los discursos son abiertos e híbridos, y no se trata de modo alguno de sistemas cerrados. Es posible crear nuevos subtemas y la intertextualidad y la interdiscursividad permiten nuevos ámbitos de acción”.¹⁴ El trabajo de esta autora, adscrito a la corriente del *análisis crítico del discurso*,¹⁵ es un buen ejemplo de los usos que puede tener la noción de *interdiscurso* cuando se convierte en una categoría operativa en un primer nivel de análisis, para que, a partir de ella, se propongan otro nivel de categorías referidas a las unidades discursivas en las que se hacen patentes los intercambios. Wodack elaboró un modelo para analizar el discurso de la extrema derecha austriaca durante la década de los noventa; uno de los ejes del modelo consiste en el análisis de las relaciones interdiscursivas, para lo cual eligió diversas unidades de análisis: 1) *Discursos*, comprendidos como formas de “significar un particular ámbito de la práctica social desde una particular perspectiva”; es decir: como la forma en la que un sector o grupo social se expresa, con ciertos propósitos, sobre un tema. Éste queda identificado como el tema principal o “macrotema”. 2) *Temas discursivos*, comprendidos como los subtemas en los que se subdivide el “macrotema”; cabe señalar que la misma denominación de esta categoría hace hincapié en el carácter dirigido u orientado que adquiere la exposición de un tema cuando se trata discursivamente; los aspectos pragmáticos y el posicionamiento en la arena del debate público son los principales a considerar. 3) *Variedades discursivas*, categoría equivalente a la de género o formato; y 4) *textos*, como las realizaciones concretas o muestras del discurso.¹⁶

¹⁴ Wodack, “El enfoque histórico...”, p. 105.

¹⁵ Los planteamientos y propósitos de esta corriente de análisis del discurso se pueden encontrar en Ruth Wodack, “De qué se trata el Análisis Crítico del Discurso (ACD). Resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos”, pp. 17-34.

¹⁶ Wodack, “El enfoque histórico...”, pp. 104-109.

En el modelo de Wodack los discursos son comprendidos como formas de abordaje de un tema desde un posicionamiento específico (el discurso sobre la pobreza, el discurso sobre el desempleo, el discurso sobre la migración) que se efectúa desde marcos institucionales específicos (oficinas de gobierno, partidos políticos, organizaciones no gubernamentales). Cada uno de los temas principales de cada discurso —el cual le confiere su carácter y definición— se apoya a su vez en subtemas o *temas discursivos*, los cuales, eventualmente, pueden formar parte del macrotema de otro discurso. Aquí aparece una primera forma de relación interdiscursiva. Como las combinaciones temáticas entre los discursos son abiertas, entonces el tópico que constituye un discurso principal puede ser, simultáneamente, subtema de otro, o a la inversa; estos movimientos se producen en la medida en que los usuarios del habla seleccionan contenidos, enfoques, argumentos, que pueden resultarles útiles. Adicionalmente, Wodack muestra a través de su estudio sobre la política publicitaria del partido ultraderechista austriaco *Libertad de Austria*, cómo los textos pueden combinar distintos géneros y formatos (comunicados de prensa, circulares, conferencias, entrevistas, discursos), los cuales mantienen relaciones intertextuales con los formatos propios de la actividad legislativa y partidista (leyes, proyectos de ley, enmiendas legislativas, anuncios publicitarios, etc.).¹⁷

De este modo se puede apreciar cómo un texto —al que siempre hay que considerar como una realización específica o ejemplo de un discurso— es un espacio en el que se combinan diversos lenguajes, temas discursivos, géneros, retóricas y formatos, además de contar con sus respectivas relaciones intertextuales. Así, como señala Maingueneau, en el interdiscurso se producen, simultáneamente, “fenómenos de integración y de fisura interna, dependiendo del enfoque analítico predominante”.¹⁸ Lo que el estudioso encontrará será el resultado de operaciones realizadas por usuarios de los lenguajes que buscaban incidir en su contexto social de un modo determinado. Ahora bien, tanto el estudio de Womack en el marco del análisis crítico del discurso, como las consideraciones de Maingueneau desde la sociolingüística, tienen como base estudios de fenómenos discursivos recientes o

¹⁷ Wodack, “El enfoque histórico...”, pp. 113-141.

¹⁸ Charaudeau y Maingueneau, *Diccionario de análisis...*, p. 334.

prácticamente contemporáneos para el investigador. En tales condiciones, el analista del discurso cuenta con un apreciable grado de conocimiento —quizás de primera mano— de los discursos o lenguajes entre los cuales se producen las relaciones interdiscursivas. ¿De qué procedimientos se puede valer el investigador cuando trabaja con discursos de épocas pasadas? Las experiencias de estudio generadas desde la historia intelectual por John Pocock y Quentin Skinner que revisaremos en el siguiente apartado, proporcionan pistas muy valiosas al respecto.

Los lenguajes sociales y sus transformaciones en el trabajo de John G. A. Pocock

La acepción de *discurso* como ámbito del habla especializado, que es perteneciente a un dominio particular de la vida social, o que es relativo a determinado posicionamiento político o ideológico, encuentra correspondencia con una de las categorías de análisis más distintivas de la historia intelectual inglesa: la de *lenguajes sociales*. John Pocock define al lenguaje como “un dispositivo lingüístico que permite seleccionar, de entre la información compuesta de los datos y las consecuencias normativas que implican estos datos, lo necesario para espetárselo a un interlocutor”.¹⁹ De acuerdo con esto, los lenguajes ponen a disposición de los usuarios ciertos recursos lingüísticos que ellos pueden utilizar en la elaboración de actos de habla. En los trabajos de Pocock la disponibilidad aparece como una condición de posibilidad para la enunciación de discursos por parte de los actores del pasado, mientras que, para el historiador, se convierte en un factor a verificar empíricamente, como ejercicio de contextualización, evitando así incurrir en errores de anacronismo. La relación que guardan los lenguajes con los actos de habla pareciera asimilarse a la relación entre *lengua / habla*, que se ha constituido en uno de los ejes de análisis principales de los estudios sociolingüísticos desde Saussure; lengua definida como sistema que comparten los miembros de una comunidad lingüística, diferenciada del habla

¹⁹ J. G. A. Pocock, “La reconstrucción del discurso: hacia una historiografía del pensamiento político”, p. 84.

como uso restringido del mismo sistema.²⁰ La lengua, en cuanto sistema, pone a disposición de los hablantes una cantidad indefinida de recursos tales como palabras, conceptos, reglas sintácticas, asociaciones semánticas y modos de valoración.

A partir de esto, los lenguajes posibilitan la comunicación, pero, de manera más puntual, cierto tipo de comunicación, pues proporcionan recursos para enfatizar determinados aspectos de la realidad social, para convertirlos en objetos del discurso. Tanto emisores como receptores “maniobran en una estructura de normas y convenciones [...] que regulan la forma en que debe desarrollarse este intercambio de discursos”.²¹ Pocock marca una distinción entre *lenguas* y *lenguajes sociales* que parece referirse al nivel de escala en el que existen, siendo las primeras de un carácter más general, mientras que los lenguajes siempre tienen ese carácter más puntual o restringido, por lo cual, considera el mismo autor, podrían denominarse también, como “sublenguajes o jergas”, a falta de un nombre más específico y adecuado.²² Los lenguajes que se analizan en la historia intelectual no son meros vocabularios al modo de listados de conceptos con sus correspondientes definiciones, sino sistemas de producción de enunciados. En los lenguajes, en primer término, se definen modos de designación de los objetos de la realidad, pero también se establecen asociaciones semánticas entre éstos, y, al hacerlo, se derivan cargas valorativas. Así, en los lenguajes políticos estudiados por Pocock, se encuentran objetos o entidades de la realidad, tales como sistemas de gobierno, hábitos o prácticas de los individuos, virtudes o conductas idealizadas, cuyas connotaciones valorativas quedaban definidas en términos de cuán deseables, aceptables o rechazables podían ser. Una vez establecida la valoración de determinado objeto, lo siguiente es identificar las relaciones de asociación y de antagonismo con otros términos clave.

²⁰ Herrero Cecilia, *Teorías de pragmática...*, pp. 145-152.

²¹ Pocock, “La reconstrucción...”, pp. 86-87.

²² Pocock considera que los lenguajes o jergas son el resultado de “la presión de muchas convenciones y contingencias combinadas”. Un lenguaje en el discurso político, por ejemplo, se referiría a “instituciones, autoridades, símbolos de valor y acontecimientos recordados que se presentan como parte de la política de esa sociedad”. J. G. A. Pocock, “Historia intelectual: un estado del arte”, p. 154.

Así, por ejemplo, la noción de *virtud* era un concepto fundamental en el lenguaje del humanismo cívico de la Inglaterra de los siglos XVII y XVIII y se refería a ciertas prácticas y conductas de los ciudadanos. En consideración de Pocock, este lenguaje en particular servía como un espacio retórico para formular críticas a la emergente sociedad comercial y a sus valores. Para Pocock, el sistema de reglas que ordena el funcionamiento de los lenguajes es similar al que rigen los paradigmas, de acuerdo con el modelo de Kuhn: ordenan por un tiempo lo que se puede decir, cumplen con funciones específicas que atiende las necesidades de los usuarios, pero, llegado el momento, cuando se han acumulado nuevas necesidades de expresión que el lenguaje ya no puede satisfacer —“elementos de la realidad que ya no puede ordenar o expresar”—, entonces puede ascender un nuevo lenguaje que sustituya al anterior.²³ Finalmente, estas configuraciones semánticas, con sus componentes valorativos, estaban enunciadas mediante retóricas particulares, las cuales se conformaban con detalles estilísticos, con el uso de ciertas figuras o tropos que delineaban formas características de expresión para denotar énfasis o acentos, sobre todo aquellos objetos que conforman el universo de significados del lenguaje. En breve, estas formas de expresión que son los lenguajes o retóricas cuentan “con una terminología, estilo y convenciones propias”.²⁴

Otro de los aspectos de los lenguajes sociales al que Pocock ha prestado particular atención es el de las transformaciones que sufren a lo largo del tiempo, como resultado de las intervenciones de los propios usuarios del lenguaje. Al igual que en otras corrientes de análisis de los discursos, el modelo de Pocock parte del supuesto de que los actos de habla pueden generar transformaciones sobre los lenguajes; éstas se producen, por ejemplo, cuando se vuelve común entre los miembros de la comunidad discursiva el uso de algunos elementos nuevos dentro del lenguaje, cuando otros caen en desuso, o cuando nuevas lógicas de argumentación responden de mejor manera que las anteriores a las operaciones discursivas que los miembros de la comunidad necesitan echar a andar. La nueva configuración del lenguaje adquirirá estabilidad durante determinado tiempo, hasta que, de

²³ Pocock, “La reconstrucción del discurso...”, p. 86.

²⁴ Pocock, “La reconstrucción del discurso...”, p. 90.

nueva cuenta, el agregado de actos del habla de los usuarios genere otras transformaciones.

La interacción entre lenguajes —forma figurada de decir que en una misma comunidad discursiva se echa mano de varios lenguajes, efectuando combinaciones entre ellos— es otro factor que puede ser causa de las transformaciones. Las relaciones entre los lenguajes pueden ser de muchos tipos, ya que éstos, como señaló Pocock, “pueden coexistir, converger, divergir o entrar en conflicto, y no siempre son traducibles entre sí”.²⁵ A partir de estos supuestos, el autor buscó distintos tipos de relaciones interdiscursivas entre lenguajes políticos de la Inglaterra de los siglos XVII y XVIII. La adopción o intercambio de términos entre lenguajes se producen con cierta frecuencia, tal y como se puede verificar en textos de todo tipo, cuando el investigador cuenta con conocimiento sobre los lenguajes disponibles en el momento de su producción. En vista de lo anterior, Pocock asume que las modificaciones en los lenguajes se deben tanto a factores internos, a través de los actos de habla que efectúan los usuarios, como a factores externos, mediante interacciones con otras estructuras del lenguaje. Cabe insistir en que son las necesidades de los actores históricos, orientados por cierto pragmatismo, las que los llevan a hacer estos juegos entre lenguajes, en los que incluso las barreras de carácter doctrinal o ideológico pueden ser superadas por los intereses de personas ávidas de encontrar estrategias que les den mayores posibilidades de triunfo en sus querellas.

Como se ha visto, el enfoque con el que ha trabajado Pocock a lo largo de los años tiene como prioridad la observación del entramado de lenguajes en los que se ubican históricamente los discursos y el pensamiento político. Así ha encontrado que los lenguajes de la época del renacimiento inglés se combinaban de distintas maneras a lo largo del tiempo, que cada uno de ellos se alimentaba de otros: el lenguaje jurídico tomando elementos del lenguaje religioso y del político, el del humanismo cívico retomando algunos elementos del escolástico; el lenguaje del comercio, a su vez, diseminándose entre los demás; todo esto al interior de la vigorosa cultura política inglesa de finales del siglo XVII y comienzos del XVIII.²⁶ Retoman-

²⁵ Pocock, “La reconstrucción del discurso...”, p. 84.

²⁶ “El resultado fue una diseminación —por no decir absorción— casi revolucionaria del pensamiento político por un nuevo lenguaje del comercio, los modales y la cortesía”.

do el símil entre lenguajes con la noción kuhniana de paradigma, Pocock concluye que, tanto las comunidades como los autores aislados, “pueden responder a un número simultáneo de paradigmas activos que coexisten, se solapan e interactúan, que son consonantes y disonantes, exigen al agente que elija, pero le permiten combinar, comparar y criticar”.²⁷

Pluralidad, flexibilidad y recombinación constante son algunas de las características de los lenguajes sociales, además de que se ajustan a lógicas de articulación determinadas, de lo que resulta que, durante cierto tiempo, los usuarios del habla hagan que cierto lenguaje se convierta en el medio de comunicación principal para el dominio social en el que se desempeñan. La funcionalidad de tal lenguaje, la influencia que sus términos alcanzan a adquirir para una comunidad discursiva, hace que incluso sus componentes sean utilizados en los lenguajes propios de otras áreas. Parte de esta estrategia consiste en seleccionar recursos de distintos lenguajes especializados para integrarlos en el discurso propio. Dentro de este, dependiendo del lugar social del autor y del ámbito en el que se hallan sus destinatarios, el historiador podrá identificar cuál es el lenguaje principal, el que sirve como eje central del texto, y cuáles los recursos auxiliares utilizados y la procedencia de éstos. Para explicar esta acción, que se vale del entrecruzamiento de lenguajes, Pocock utiliza la imagen del trabajo del tejido: “Imaginémonos que un autor con la suficiente autoridad se pasa el día tejiendo como Penélope, fabricando un tapiz de estampado único con los idiomas a su disposición”.

Pocock nos permite comprender mejor estos fenómenos discursivos cuando explica cómo ha procedido en sus investigaciones sobre historia intelectual: “Al desarrollarla he conseguido relacionar la modificación del pensamiento político mediante la operación, y quizá mediante los roles cambiantes, de modos de discurso distintos de la filosofía, la teología y la jurisprudencia que, según el canon, lo constituyen históricamente”.²⁸ De acuerdo con esto, las transformaciones históricas de los lenguajes consisten, fundamentalmente, en acomodados en las funciones que cumplen en contextos sociales específicos; por un tiempo, alguno de ellos es utilizado como el lenguaje propio de determinadas actividades, pero eventualmente puede ser

J. G. A. Pocock, “Fundamentos y momentos”, p. 168.

²⁷ Pocock, “La reconstrucción del discurso...”, p. 93.

²⁸ Pocock, “Fundamentos y momentos”, 2017, p. 169.

sustituido por otro. Entre los siglos XVII y XVIII, los lenguajes que tradicionalmente ocuparon los roles principales en los ámbitos políticos ingleses habrían cedido espacio a los lenguajes del humanismo cívico y, posteriormente, al de la economía política; éstos habrían funcionado como los nuevos vehículos conductores de ideas que ya se encontraban presentes, pero después de sufrir cierto índice de transformación, sobre todo en cuanto a sus “procedimientos rectores”. Los nuevos lenguajes darían cuenta de nuevos intereses y necesidades por parte de sus usuarios, pero sin que éstos desecharan por completo los anteriores, ya que los lenguajes o discursos persisten, son “reassignados en una situación histórica, o contexto, diferente de aquel en que fuera desplegado anteriormente”.²⁹ En ese sentido, el valor relativo de los conceptos se determina históricamente de acuerdo con el lugar que ocupa en el entramado de lenguajes, es decir, en el ámbito de las relaciones interdiscursivas.

Los autores de la Escuela de Cambridge han desatacado de manera recurrente el uso de elementos convencionales en los discursos políticos, incluso en textos de carácter teórico o filosófico que tradicionalmente —ya fuera desde la historia de la filosofía o desde la historia de las ideas— se consideraban expresión de lenguajes altamente especializados que no se habían contaminado por elementos de otros lenguajes de la época. Así, como señala Mark Goldie, cuando destaca las contribuciones metodológicas del trabajo de Quentin Skinner a la historia intelectual, que sería un error del investigador pretender un abordaje del texto como si fuera una obra autónoma, ajena a los usos comunes del lenguaje de la época en la que fue escrita, como si los autores “participasen de una actividad intelectual sin mediaciones, sino que deben comprenderse según la manera en que operan dentro de convenciones predominantes. Inclusive cuando es más innovadora, la teoría política es necesariamente convencional”.³⁰

El valor estratégico del uso de convenciones lingüísticas se puede apreciar, de manera particular, en textos concebidos expresamente para debates y polémicas, al notarse que la construcción argumental es un tejido en el que se utilizan distintos tipos de actos habla, con diferentes grados de con-

²⁹ Pocock, “La reconstrucción del discurso...”, p. 87.

³⁰ Goldie, “El contexto de *Los fundamentos*”, p. 148.

ciencia y de intencionalidad. En primer término, los autores hacen uso de un gran número de convenciones de lenguaje para dar forma a sus textos; tales convenciones pueden pertenecer a uno o varios lenguajes, desde los altamente especializados hasta jergas coloquiales. Los autores tienen que ofrecer a los lectores una exposición lo más clara y convincente posible de los argumentos con los que defienden sus posturas o posicionamientos,³¹ de modo que a lo largo del desarrollo de la exposición vayan emergiendo los objetos de la realidad social sobre los cuales gira el problema tal y como los lectores están acostumbrados a verlos y a identificarlos. El modo en el que los autores describen o refieren estos objetos y temas tiene que resultarles natural y familiar, es decir, tienen que estar descritos en los mismos términos en que el sentido común prevaleciente en la época los ha definido. A lo largo de la argumentación los autores van estableciendo las premisas y la lógica para avanzar en la resolución de la problemática que les ocupa. Eventualmente podrán ofrecer lógicas de discusión y planteamientos innovadores, pero incluso, en esos casos, la construcción argumental debe descansar en una buena cantidad de premisas que sean reconocibles para sus interlocutores.

Una de las cuestiones que resulta fundamental para las distintas corrientes de análisis del discurso es la de comprender en qué reside la clave del éxito de los discursos que logran persuadir a sus interlocutores, convencidos de la legitimidad de sus posicionamientos.³² Ya en la definición clásica de la retórica se señalaba que su finalidad consistía en convencer a los escuchas de las propuestas de los autores, valiéndose para ello de una exposición ordenada, coherente y estéticamente bien lograda. En los enfoques contemporáneos de estudio de los discursos distintos elementos retóricos se toman en consideración para comprender cómo es que ciertos actos de habla consiguen persuadir a sus auditorios, por ejemplo, mediante el orden que se da a los elementos de una argumentación y los recursos

³¹ Un posicionamiento implica cierta ubicación en los campos de fuerza sociales, se puede asociar con una "identidad asociativa fuerte"; Charaudeau y Maingueneau, *Diccionario de análisis...*, p. 452.

³² Sobre la noción de *poder persuasivo* inherente a todo discurso, puede consultar Teun Van Dijk, *El discurso como interacción social. Estudios sobre el discurso II. Una introducción multidisciplinaria*, p. 42.

lingüísticos a los que se recurre, conformando así lo que se conoce como *estrategias discursivas*.³³

En relación con lo anterior, en sus investigaciones sobre la historia del pensamiento político inglés Quentin Skinner ha establecido vínculos entre los factores que confieren éxito a los discursos —en cuanto a su capacidad de persuasión— y el análisis de las relaciones interdiscursivas que se producen en momentos históricos concretos, consiguiendo interesantes resultados tanto en el nivel categorial como en el metodológico. A partir de las teorías de la acción y de la comprensión de Max Weber, Skinner identificó el fenómeno de la persuasión con el término de *producción de legitimidad*, y, por otra parte, orientó su proyecto de comprensión de las interrelaciones que se producen entre los múltiples lenguajes sociales utilizados en la elaboración de un texto, privilegiando la observación y funcionamiento de convenciones lingüísticas. Con respecto a lo primero, como señala Mark Goldie, Skinner se apoyó en la concepción weberiana del poder, según la cual éste no se despliega a través de las sociedades solamente con el uso de la fuerza, sino que la persuasión se convierte en elemento fundamental para su ejercicio. De hecho, en la mayoría de los casos, grupos e individuos son convencidos de lo que deben de hacer o aceptar de manera que les parezca razonable y necesaria; de acuerdo con este análisis el peso de la explicación sobre las formas efectivas de poder social se concentra en la producción de legitimidad.³⁴ Con el uso de este concepto, Skinner fue identificando, entre los siglos XVI y XVIII distintas situaciones de trabajo intelectual, o de operación ideológica, en la que los autores de textos acomodaban ciertas posiciones u objetivos dentro de los lenguajes sociales que se hallaban más acreditados en la época, de modo que pudo concluir que “los agentes políticos son habilitados si y sólo si tienen éxito en construir públicamente sus ambiciones en términos que sus audiencias reconocen como legítimos”.³⁵ Es decir, Skinner encontró que cada propuesta política, cada programa de acción, con sus respectiva carga de intereses y ambiciones, que pretenda

³³ “Con estrategia queremos significar un plan de prácticas más o menos preciso y más o menos intencional que se adopta con el fin de alcanzar un objetivo social, político”. Wodack, “El enfoque histórico...”, p. 115.

³⁴ Goldie, “El contexto de *Los fundamentos*”, p. 146.

³⁵ Goldie, “El contexto de *Los fundamentos*”, p. 146.

lograr aceptación entre los miembros de un sector social, tiene que presentarse en la forma de un discurso en el que las acciones e iniciativas que se estén proponiendo aparezcan vinculadas, de manera evidente para los receptores, con valores vigentes, orientaciones normativas y convenciones sobre el deber ser.

De tal forma, el político, el propagandista o el pensador político conseguirán que los receptores del discurso asocien la propuesta impulsada con el sentido común imperante en el medio, sobre todo en términos normativos. Así, aparece a la vista la importancia estratégica de apoyarse en las convenciones de cada momento, lo que se ha acordado en las sociedades que debe juzgarse como apropiado o inapropiado, aceptable o inaceptable, ordinario o destacado se manifiesta a través de ciertas expresiones lingüísticas provenientes de distintos lenguajes (el teológico, el político, el jurídico). Ya que en todas las sociedades existen códigos para evaluar el carácter ético de las acciones políticas, el autor de textos saca provecho de ese conocimiento para que los lectores o escuchas acepten lo que está proponiendo. Además, estas estrategias no serían exclusivas de propagandistas o políticos pragmáticos, sino que se encontraría también presente en la obra de pensadores formales que a la larga ingresarían al canon de la historia del pensamiento político, pues estos teóricos, más que producir innovaciones conceptuales de manera constante, en realidad “operaban dentro de convenciones predominantes”.³⁶

Este planteamiento categorial de Skinner, en el que la construcción de la legitimidad se apoya en el uso de convenciones normativas, tiene algunas implicaciones de orden teórico que él mismo ha señalado. Por ejemplo, que el actor político se apoye en los lenguajes normativos disponibles implica que sus acciones tienen que adecuarse a éste y no al revés. La imagen del hombre público que pasa por encima de los códigos morales de su época de manera arbitraria y aún así puede conseguir opiniones favorables entre los miembros de la comunidad no se verifica empíricamente. Para convencer a los miembros de la comunidad política, al menos al inicio, su conduc-

³⁶ En este sentido se hace presente la teoría de los actos del habla, como dice Skinner. Está de acuerdo con Austin en cuanto a que “son precisamente tales convenciones, y no las intenciones de los hablantes, las que sirven para definir los actos ilocucionarios”. Quentin Skinner, “Interpretación y comprensión en los actos de habla”, p. 130.

ta debe coincidir de manera visible con lo que le indican las convenciones. De la misma manera, el autor de textos se encuentra “limitado a la ejecución de cierto rango de acciones”; tiene que ejecutar acciones que se encuentren dentro de los márgenes de lo convencionalmente aceptado. Estas aserciones le sirven a Skinner para sostener que la dimensión discursiva de la política no es ni un fenómeno accesorio e irrelevante que sólo distrae la atención del investigador de los procesos sociales realmente sustantivos en la vida social (un epifenómeno, según Mark Goldie). La creación discursiva es un tipo de acción social que cumple con la importante tarea de construcción de legitimidad.

Para observar e identificar las múltiples combinaciones que efectúan los actores del pasado con los lenguajes que tenían a su disponibilidad, se requiere un conocimiento sólido de las producciones textuales de un medio cultural determinado. Las consideraciones de orden metodológico que se desprenden de los trabajos de Pocock y Skinner destacan la necesidad de que el investigador esté familiarizado con los diversos aspectos, los diversos lenguajes de una época, lo que solamente se puede adquirir mediante la consulta de amplios y variados acervos documentales. Asumiendo que los discursos se forman en el contexto de lenguajes compartidos, y que los miembros de la comunidad de discurso establecieron diferentes juegos de lenguaje, considera Pocock que, por lo tanto, la tarea de analizar un discurso requiere, en primer lugar, “descubrir el lenguaje o lenguajes en el que fue escrito el texto”, para entonces, en segundo término, identificar los actos de habla que el autor se propuso realizar y, finalmente, atendiendo a la recepción por parte de los interlocutores, “demostrar con ayuda de qué lenguajes han interpretado esos textos”.³⁷

Por su parte, Skinner también privilegió el estudio de amplios conjuntos textuales en su búsqueda de las normas morales que, de manera implícita, ordenaban la escritura de textos y el establecimiento de debates. En su proyecto de investigación, a contracorriente de la tendencia predominante de la historia de las ideas que dirigía su atención al estudio de textos canónicos, confiriéndoles el carácter de unidades de sentido autónomas, prefirió atender conjuntos textuales más amplios en los que también se incluían

³⁷ Pocock, “La reconstrucción del discurso...”, p. 95.

“obras menores” de distinta manufactura genérica, para contar de esa manera con un panorama que permitiera ver la formación de convenciones y los juegos de los lenguajes. Esta elección quedaba justificada en razón de que en tales actividades participaban tanto los autores que posteriormente se considerarían canónicos, como sus interlocutores, conformando sistemas de creencias cuyo estudio “requería la investigación de géneros, escuelas, tradiciones y creencias compartidas más que de textos singulares”. La novedad del enfoque hizo que, en su momento, alguno de sus comentaristas en los años setenta expresara que su trabajo era “una historia colectivista del pensamiento político”; sin embargo, dos décadas después ya se podía apreciar que los estudiosos del pensamiento político inglés habían participado de lo que Goldie denomina “una notable expansión genérica”, en la que se incluían obras literarias, imágenes, pinturas e incluso composiciones musicales.³⁸

Consideraciones finales

La atención otorgada a los fenómenos de dispersión discursiva, así como la formulación de categorías operativas para su comprensión, han dado lugar a contribuciones significativas en el terreno de la historia política e intelectual. En primer término, el enfoque de estudio de lenguajes permite apreciar de manera más puntual el orden de los contextos lingüísticos en los que se movían los autores de textos, con lo que se ha podido dimensionar la relación de éstos con los sistemas de producción de discurso y con las prácticas sociales de la época. Consideramos que la orientación de estos procedimientos de análisis hacia una pragmática sociohistórica ha despejado algunos temores expresados al inicio del auge de los estudios sobre discursos

³⁸ Goldie señala que entre las fuentes consultadas por Skinner se encontraban “trabajos de teólogos, diplomáticos, abogados y educadores, junto con libros de consulta, panegíricos, crónicas de ciudades, anotaciones en la Biblia de Ginebra y obras de teatro de Shakespeare y de John Bale”. En los trabajos de los años noventa “el tema incluye ahora la consideración de las novelas de Jonathan Swift, la poesía de Alexander Pope y James Thompson, las obras de John Gay y Henry Brooke, las ilustraciones de Hogarth y los oratorios de Händel”. Goldie, “El contexto de *Los fundamentos*”, p. 149.

y el giro lingüístico; por ejemplo, la temida disolución del autor y su pérdida de capacidad de agencia frente a los órdenes del discurso (el lenguaje como una fuerza estructural que aprisiona a los individuos)³⁹ no aparece en las investigaciones sobre historia intelectual inglesa que se han comentado en este trabajo. En cambio, se tienen a la vista las contribuciones del autor individual —ya sea del que posteriormente ingresaría al canon del pensamiento político o de autores menores—, poniendo en contexto el medio cultural del que procedían los recursos lingüísticos y simbólicos con los que construyó su obra. Por otra parte, el estudio de las intenciones autorales, los propósitos discursivos y su interacción con las convenciones lingüísticas de una comunidad, a la manera de Skinner, dan cuenta de cómo se construye la capacidad de persuasión dentro de procesos comunicativos del pasado. Queda descubierto así un sistema de convenciones en el que hay una relación dialéctica entre las prácticas discursivas particulares y los ámbitos de acción en las que se desarrollan: marcos institucionales y lugares sociales.

Con respecto a los procedimientos metodológicos en la historia de los discursos hay que resaltar el cuidado por la contextualización y la prevención sobre lecturas literales de los textos. El análisis de discursos del pasado debe tomar en cuenta algunas distorsiones que puede producir la distancia temporal, pues descontextualización puede llevar al anacronismo, en el sentido de asumir la persistencia de algunas pautas culturales en momentos históricos en los cuales ya no tendrían condiciones efectivas de realización. Una interpretación sustentada exige señalar la relación que tuvieron estos discursos del pasado con las condiciones reales en las que se produjeron, o a las que el mismo hacía referencia. Es necesario contrastar críticamente las afirmaciones que aparecen en los textos con lo que la investigación histórica —en sus diversas ramas— ha establecido como factible en cuanto a los acontecimientos, los procesos histórico-sociales y también sus estructuras. Considerando que todo acto discursivo implica un posicionamiento que está orientado hacia ciertos objetivos, y que los actores históricos se valían de los recursos lingüísticos para armar sus estrategias, es de suponer por lo tanto que las descripciones de la realidad social que apare-

³⁹ Sobre varios momentos de recepción de giro lingüístico, véase Martínez, “El impacto del giro lingüístico...”, pp. 11-15.

cen en los textos se hayan modulado de acuerdo con los intereses de los autores; algunas se habrán amplificado, otras disminuido e incluso ocultado. Por tanto, es necesario mantenerse atento de los riesgos de la interpretación literal de los discursos del pasado, la cual, como explica Carolina Martínez, se contrarresta en la medida en la que se descubren todos aquellos factores que incidían sobre la situación en la que se ubicaba la producción del discurso, pero que “veladas en lo escrito, solo pueden descubrirse mediante el contraste con otras fuentes, y, aun más claramente, en la contextualización de las mismas”. No se puede asumir como cierta la imagen que proporcionan los propios actores sobre su desempeño en una interacción social y, al mismo tiempo, sus descripciones de la situación social sobre la que se desarrolló su participación no puede aceptarse como “correlato perfecto de lo ocurrido”⁴⁰.

⁴⁰ Martínez, “El impacto del giro lingüístico...”, p. 25.

Referencias

- Betancourt Martínez, Fernando. *Historia y lenguaje. El dispositivo analítico de Michael Foucault*, México, UNAM/INAH, 2006.
- Goldie, Mark. “El contexto de *Los fundamentos*”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, núm. 21, 2017, pp. 143-157.
- Guilhaumou, Jacques. “Foucault et l’ordre du corps : langue, sujet, histoire”, en *Vitória da Conquista*, núm. 2, 2013, pp. 32-45.
- Helsloot, Niels, y Tony Hak. “Pêcheux’s Contribution to Discourse Analysis”, en *Forum Qualitative Sozialforschung / Forum: Qualitative Social Research*, 8(2), Art. 1, <http://nbnresolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs070218>, 2007.
- Herrero Cecilia, Juan. *Teorías de pragmática, de lingüística textual y de análisis del discurso*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2006.
- Maingueneau, Dominique, “Análisis del discurso”, en Charaudeau, Patrick y Dominique Maingueneau (dirs.). *Diccionario de análisis del discurso*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2005, pp. 32-36.
- _____. “Formación discursiva”, en Charaudeau, Patrick y Dominique Maingueneau (dirs.). *Diccionario de análisis del discurso*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 2005, pp. 275-278.
- Martínez, Carolina. “El impacto del giro lingüístico en la historia cultural y sus implicancias en el estudio de la literatura de viaje como fuente”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, núm. 20, 2016, pp. 11-29.
- Palti, Elías. “De la historia de ‘ideas’ a la historia de los ‘lenguajes políticos’. Las escuelas recientes de análisis conceptual. El panorama latinoamericano”, en *Anales*, núm. 7-8, Instituto Iberoamericano/Universidad de Gotemburgo, 2004-2005, pp. 63-82.
- Pocock, J. G. A. “Historia intelectual: un estado del arte”, en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, núm. 5, 2001, pp. 145-173.
- _____. “La reconstrucción del discurso: hacia una historiografía del pensamiento político”, en *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*, Madrid, Akal, 2011, pp. 81-100.
- _____. “El concepto de lenguaje y el *métier d’historien*: reflexiones en torno a su ejercicio”, en *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*, Madrid, Akal, 2011, pp. 101-118.

- _____. “Fundamentos y momentos”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, núm. 21, 2017, pp. 159-169.
- Skinner, Quentin. “Interpretación y comprensión en los actos del habla”, en Bocado Crespo, Enrique (ed.), *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios*, Madrid, Editorial Tecnos, 2007, pp. 127-160.
- _____. “Concepts only have histories”, *EspacesTemps.net, Laboratoire*, 23.11.2007 <https://www.espacestemp.net/articles/quentin-skinner/>.
- Van Dijk, Teun A. *El discurso como interacción social. Estudios sobre el discurso II. Una introducción multidisciplinaria*, Barcelona, Gedisa, 2000.
- Wodack, Ruth. “El enfoque histórico del discurso”, en Ruth Wodak y Michael Meyer (coords.), *Métodos de análisis crítico del discurso*, Barcelona, Gedisa, 2003, pp. 101-142.
- _____. “De qué se trata el Análisis Crítico del Discurso (ACD). Resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos”, en Ruth Wodak y Michael Meyer (coords.), *Métodos de análisis crítico del discurso*, Barcelona, Gedisa, 2003, pp. 17-34.

LEER, OBSERVAR. EL ANÁLISIS CRÍTICO
DEL DISCURSO (ACD) EN LA INTERPRETACIÓN
DE LOS LIBROS DE TEXTO LASSLLISTAS:
UNA PROPUESTA TEÓRICO-METODOLÓGICA

Larisa González Martínez
Universidad de Guanajuato

—Condicionamos a las masas de modo que odien el campo—
concluyó el director.
Pero simultáneamente las condicionamos para que adoren
los deportes campestres. Al mismo tiempo, velamos para que
todos los deportes al aire libre entrañen el uso de aparatos
complicados. Así, además de transporte, consumen artículos
manufacturados. De ahí estas descargas eléctricas.

ALDOUS HUXLEY, *Brave new world*.

Todo ello puede ser indagado, todo ello supone una lectura
especial, la lectura del investigador social, la lectura
de las lecturas, una tarea compleja y ambiciosa.

LUIS JESÚS GALINDO, *Leer y escribir la historia*.
Movimiento social y vida contemporánea.

Introducción

En el segundo capítulo de *Brave new world*, Aldous Huxley describe un interesante episodio que puede situarse en el ámbito educativo. En él, un grupo de niños pertenecientes a una casta inferior (dentro de la tecnolozada y estratificada sociedad que este autor propone en su novela) son condicionados, con ayuda de la electricidad y el ruido ensordecedor, para sentir aversión hacia los libros. Todo ello sucede ante la atenta mirada de

un aplicado grupo de estudiantes, que aprenden del director del Centro de Incubación y Condicionamiento de la Central de Londres, Henry Foster, los lineamientos y las políticas para la creación y formación de individuos, mediante técnicas como la hipnopedia, el conductismo y la reproducción artificial.¹

Aunque hay que reconocer que el texto de Huxley presenta una situación límite, no es menos cierto que también muestra al lector una realidad inherente a la educación: todo proyecto educativo tiene un propósito y parte de una determinada intencionalidad. Para entender este punto se puede historizar la práctica educativa. A través de esto, se concluye que el proceso educativo posee (entre muchas otras características) una naturaleza histórica, por la cual responde a necesidades sociales e institucionales distintas, en tiempos y espacios que siempre son diversos.

Así pues, cada actor educativo posee una perspectiva particular sobre la enseñanza. Esto influye en los discursos y las prácticas, en las formas en las que el alumno es visto y concebido, y de lo cual se desprende también la manera en la que se interviene en su formación. Cuando esto se cruza con la mirada del historiador da pie a problemas interesantes. Uno de ellos es la evidente diferencia que existe entre el “pasado real” y el “pasado histórico”, y cómo ambos conceptos se ligan con la recreación del fenómeno educativo, especialmente cuando se trabaja con libros de texto.

El primero de estos términos, de acuerdo con Leon J. Goldstein, es un conjunto de hechos que ocurrieron en algún momento del pasado, mientras que el segundo nace de “eventos hipotéticos” que tienen el objetivo de “explicar evidencia histórica”.² En resumen, la construcción del discurso histórico es un ejercicio de aproximación que no podrá dar una imagen acabada y “real” de lo ya acontecido. Por tanto, si, como dice Enrique Moradiellos, el pasado es “tiempo finito, perfecto acabado”,³ del trabajo en el aula en muchas ocasiones solamente queda el texto (como en el caso de los manuales escolares) y el historiador se encargará de completar la posible forma en la que la educación pudo ocurrir en el pasado.

¹ Aldous Huxley, *Un mundo feliz*, pp. 35-44.

² Leon J. Goldstein, “Evidence and Events in History”, p. 175.

³ Enrique Moradiellos, *El oficio de historiador*, p. 7.

De esto, evidentemente, se desprende una segunda inquietud, ligada a la naturaleza, posibilidades y límites de las fuentes que conforman la evidencia histórica y la manera en la cual el historiador se aproxima a ellas. De manera particular, cuando se alude al abordaje de textos escolares no hay que olvidar que, como se dijo líneas arriba, no ofrecen la totalidad de los elementos que conformaron la realidad de lo acontecido en un determinado tiempo y lugar, cuando de prácticas educativas se trata. Al mismo tiempo, otorgan una versión establecida del fenómeno educativo.

El historiador hace muchas cosas para indagar sobre el pasado, pero, sobre todo, lee. Y lo hace porque muchos de los fenómenos sociales, económicos, políticos, educativos y culturales que analiza se han transformado en “historia textualizada”⁴ con el paso de los años. Esto hace de la Historia (y de la conformación de su relato) un fenómeno “fundamentalmente discursivo”⁵ que ofrece (y permite al mismo tiempo) fijar y establecer “una visión estática de lo móvil”,⁶ sobre todo mediante la posterior escritura de lo histórico. Sobre esto no hay que olvidar también que la lectura del historiador ha sido cualitativamente entrenada, de tal forma que ofrece un marco de lectura distinto del que poseen otros individuos.⁷

¿Acaso esta lectura formada puede ser categorizada como una de las maneras en las que el historiador observa? Ciertamente, se han manejado algunas repuestas para solucionar éste y otros dilemas de la observación en la Historia, por lo que esta área del conocimiento con su peculiar forma de ver el pasado probablemente pueda aportar una más. Pero, para ello, quizá sea necesario dejar de visualizar la observación como un paso previo únicamente de la experimentación.

En este sentido, la observación es también una fase previa para otras operaciones como la interpretación⁸ que, en el caso de la disciplina histórica, se lleva a cabo en los terrenos de la hermenéutica⁹. Esta operación, in-

⁴ Luis Jesús Galindo, “Leer y escribir la historia. Movimiento social y vida contemporánea”, p. 15.

⁵ Galindo, “Leer y escribir...”, p. 15.

⁶ Galindo, “Leer y escribir...”, p. 15.

⁷ Galindo, “Leer y escribir...”, p. 20.

⁸ Rafael Ávila, “La observación, una palabra para desbaratar y re-significar: Hacia una epistemología de la observación”, p. 191.

⁹ Nicola Abbagnano, *Diccionario de Filosofía*, pp. 617-618.

dudablemente, requiere de una lectura cuidadosa y especial (es decir, con características propias que la alejan del modo de leer de los no académicos) para llegar a la interpretación.

Así, si es verdad que, como señala Halliday, la lectura surgió como resultado de un impulso meramente funcional (es decir, porque se deseaba o necesitaba “hacer cosas que no se pueden hacer de otro modo”),¹⁰ la lectura hermenéutica nació para llevar a cabo la interpretación, que en el vasto ámbito de las ciencias sociales y las humanidades (entre ellas la Historia) es necesaria para procesar evidencia.

Por otra parte, es posible explicar el origen de esta manera de leer considerando una actividad común a todas las disciplinas académicas y científicas: el diseño de una modalidad de observación propia, “con rutas diferentes que muestran sus peculiaridades y sus tradiciones específicas, que le dan un color y una tonalidad características a sus procedimientos, sus técnicas, sus rituales, sus hábitos y sus categorías lingüísticas”.¹¹

Comúnmente se acepta que la observación científica es una operación detallada, una actividad refinada y minuciosa que requiere de mucha atención por parte del académico que la emprende. Si, como se ha dicho hasta ahora, se asume la observación como un componente de la interpretación que forma parte de todo ejercicio hermenéutico, se deduce que la mirada que observa debe estar entrenada para saber qué es lo que ve. Asimismo, debe estarlo para analizar elementos importantes de información que, en el caso de la Historia, generalmente vienen incompletos o no son numerosos, lo que da origen a un tipo de lectura muy especial.

En algún momento, Thomas Kuhn escribió sobre las modificaciones en la forma de ver de los científicos. Así pues, de acuerdo con este filósofo, físico e historiador estadounidense, el proceso del aprendizaje científico produce “transformaciones de la visión antes de que el estudiante se convierta en un habitante del mundo del científico, capaz de ver lo que ve el científico y capaz de responder como él”.¹²

¹⁰ Michael Alexander Kirwood Halliday, *El lenguaje como semiótica social: la interpretación social del lenguaje y del significado*, p. 268.

¹¹ Ávila, “La observación...”, p. 191.

¹² Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, p. 257.

La situación del historiador no es muy diferente, como en su momento lo señaló Michel de Certeau. Así, este pensador francés supo indicar la importancia del lugar social de producción del historiador; de los métodos, las definiciones; las condicionantes institucionales mediante el visto bueno o el rechazo de los pares y, por supuesto, la interpretación y el uso de las fuentes.¹³ Cabe señalar que mucho de esto se adquiere a través de lo institucional, y después de un proceso formativo como profesional de la Historia. Esto proporciona herramientas y claves de lectura particulares, que cotidianamente se ponen a prueba frente a fuentes que poseen características muy especiales, como en el caso de los libros de texto, como se verá a continuación.

Considerando todo lo anterior, el presente trabajo tiene como propósito ofrecer una propuesta teórico-metodológica para el estudio de libros de texto, basada en el Análisis Crítico del Discurso (ACD). Para ello, en un primer momento, se reflexionará sobre las características de los libros de texto; posteriormente se hará una breve descripción del Análisis Crítico del Discurso para, finalmente, elaborar un planteamiento teórico y metodológico ecléctico que, por sus características y alcances, resulte operativo para el estudio de libros de clase. Para esto último, se tomará en consideración el papel preponderante que la lectura tiene en el trabajo del historiador como una actividad crucial para la observación y la interpretación.

El libro de texto: características, posibilidades y límites

Enfocarse en el estudio de los libros de texto¹⁴ conlleva algunas dificultades teóricas y metodológicas, ligadas a las características de este fenómeno

¹³ Tomás Elias Zeitler, “Cuarenta años de *La escritura de la Historia*. Reflexiones en torno a la operación historiográfica, de Michel de Certeau a Paul Ricœur”, p. 69.

¹⁴ El cual será definido en este trabajo como “cualquier libro o cuaderno de ejercicios utilizado para comprender y memorizar los conocimientos señalados en los programas escritos por las autoridades competentes y destinados a los estudiantes en los diversos niveles preuniversitarios”. Monique Lebrun, “Avant-propos”, p. 2. Cabe señalar que, en este texto, se nombrará a este tipo de material didáctico como libro de texto. Sin embargo, por cuestiones de redacción y a fin de provocar una lectura más fluida, se emplearán también sinónimos como manuales escolares, libros de clase y textos escolares. Luz Elena Galván

no. Así, por ejemplo, para algunos especialistas de este tipo de textos (que sostienen una postura crítica), los manuales escolares “en realidad no son libros”,¹⁵ sino “colecciones de narraciones sobre temas relacionados entre sí”.¹⁶ Debido a esto, para estos críticos, el conocimiento contenido en ellos aparece fragmentado e inconexo entre sus páginas.¹⁷

Por otra parte, a diferencia de otros materiales didácticos y de algunas herramientas para la enseñanza y el aprendizaje, los textos escolares han sido siempre objeto de polémica en diversas partes del mundo y en México.¹⁸ La principal razón por la cual han sido constantemente fiscalizados radica en su papel como “materiales curriculares de gran centralidad para el aprendizaje en el aula”, por lo cual “tienen un rol directivo y configurador de la práctica docente que los hace cualitativamente diferentes de otros recursos”.¹⁹

Esto quiere decir que el papel de los libros de texto tiene una gran importancia para el maestro y el alumno, pues su influencia se extiende incluso fuera del salón de clases. Lo anterior se debe a que los maestros los toman mucho en consideración para elaborar sus planificaciones y actividades,

Lafarga y Lucía Martínez Moctezuma, “Introducción”, p. 14. Hay que precisar también que el único término que no se empleará en este artículo como sinónimo del libro de texto es el de libro escolar, pues varios autores han identificado a este tipo de texto como aquél que, si bien no es un libro de texto, sí se emplea a lo largo de la formación escolar, como en el caso de las enciclopedias, los diccionarios, los atlas y otros. M. Pilar Fernández Palop, Presentación A. Caballero García y José Antonio Fernández Bravo, “El libro de texto como objeto de estudio y recurso didáctico para el aprendizaje: fortalezas y debilidades”, p. 204.

¹⁵ Keith Crawford y Stuart J. Foster, *War, nation, memory. International perspectives on World War II in School History Textbooks*, p. XIII.

¹⁶ Crawford y Foster, *War, nation, memory ...*, p. XIII.

¹⁷ Crawford y Foster, *War, nation, memory ...*, p. XIV.

¹⁸ Para obtener un poco de información sobre este tema pueden consultarse: Chang Nam King, “Japón debe corregir de sus libros de historia las idolatrías sobre la guerra y sobre las reglas coloniales”; Valentina Torres-Septién, “Estado contra Iglesia/Iglesia contra Estado. Los libros de texto gratuito: ¿un caso de autoritarismo 1959-1962?”; Cecilia Greaves Laine, “Política educativa y libros de texto gratuitos. Una polémica en torno al control por la educación”.

¹⁹ Martha Rodríguez, “Libros de texto y sociedades: entre didáctica, política, cultura y mercado. Presentación”, p. 19.

además de que los estudiantes invierten un tiempo considerable en su uso, cuando realizan labores y tareas en casa u otros espacios.²⁰

Asimismo, otro factor que ha invitado a la supervisión permanente de los textos escolares en diferentes épocas y lugares parte del hecho de que no es menos cierto que, en la creación de este tipo de libros, influyen aspectos y se aplican parámetros no exclusivamente relacionados con la educación y la pedagogía. Esto último resulta especialmente importante cuando se considera que este tipo de escritos poseen un carácter pedagógico que, a su vez, plantea un discurso educativo que proyecta y forma ideología, por lo cual legitima una visión de la realidad en detrimento de otras. Lo anterior es particularmente delicado para algunos, debido a que el público lector de estas publicaciones no posee un criterio plenamente formado²¹ ni una capacidad para aproximarse críticamente a este tipo de materiales didácticos.

Considerando lo anterior, es necesario decir que los textos escolares (al igual que el proceso educativo) reciben una notable influencia de los intereses, las intervenciones, las regulaciones y los puntos de vista de una amplia variedad de actores como los organismos internacionales, los sistemas políticos, los funcionarios en educación y la comunidad científica; los pedagogos, los maestros, los padres de familia y las instituciones educativas; los editores y distribuidores de libros, entre otros personajes no menos importantes.²² Debido a esto, puede afirmarse que el libro de texto tiene una evidente dimensión pedagógica, pero también una faceta científica, además de una más de carácter económico, otra ideológica y, finalmente, una política.²³

Sobre los primeros de estos puntos puede decirse que los manuales escolares responden a cierta ortodoxia científica²⁴ (de hecho, es necesario que los libros de clase estén en constante comunicación con el ámbito científico, de tal manera que en ellos se puedan incluir los avances y las innovaciones de la investigación).²⁵ Es por esta razón que contienen los conocimientos que se

²⁰ Rodríguez, "Libros de texto...", p. 19.

²¹ Encarna Atienza Cerezo, "Discurso e ideología en los libros de texto de ciencias sociales", p. 544.

²² Galván Lafarga y Martínez Moctezuma, "Introducción", p. 15.

²³ Michel Allard, Paul Aubin, Soraya Bassil y Monique Lebrun, "Le manuel scolaire québécois, une mise en exposition", p. 24.

²⁴ Lebrun, "Avant...", p. 3.

²⁵ Fernández Palop, Caballero García y Fernández Bravo, "El libro de texto...", p. 204.

consideran válidos y comprobados en un determinado momento histórico, gracias a lo cual el historiador puede aproximarse a la historia de las disciplinas académicas y científicas.²⁶

Asimismo, no es menos cierto que los libros de texto procuran elaborarse con la información mínima y básica que todo estudiante debe poseer para un determinado nivel y área de conocimiento. A su vez, cabe mencionar que es en función de estos conocimientos que los alumnos realizarán los exámenes con los cuales serán evaluados, por lo que tienen carácter prioritario.²⁷ Asimismo, los textos escolares se crean mediante acuerdos educativos y pedagógicos que siguen las pautas asumidas como válidas y necesarias en un periodo determinado, que revelan información valiosa también sobre convenciones y modelos sociales respetados y enseñados.

En relación con el rol del manual escolar dentro de las complejas dinámicas del mercado y, por tanto, de la economía, no hay que olvidar que este tipo de libro es un objeto de gran interés monetario. Esto se debe a que su edición y distribución requiere de importantes sumas de dinero que son desembolsadas por el Estado y los particulares, ya sean padres de familia, instituciones educativas no oficiales, editoriales y otros.²⁸

Una muestra de la notable repercusión que el manual escolar tiene sobre la industria del libro son los relevantes fenómenos que propicia dentro de los grupos editoriales. Claros ejemplos de esto son la derrama económica que puede caer en la empresa responsable de fabricar el libro de texto seleccionado por algún sistema educativo, o bien la carencia monetaria del gremio editorial ante la competencia del libro de texto gratuito.²⁹

Una manifestación más de las dinámicas que propicia el libro de clase en el mercado proviene nuevamente de la industria editorial, que se ha caracterizado por diversas prácticas a lo largo del tiempo. Ejemplo de esto es la edición de un manual escolar diferente año tras año (resultado de supues-

²⁶ Michel Allard, Paul Aubin y Monique Lebrun, "Conclusion. Le manuel scolaire devenu objet d'étude", p. 118.

²⁷ Crawford y Foster, *War, nation, memory...*, p. XIII.

²⁸ Raquel Soaje de Elías, "Textos escolares: consideraciones didácticas", p. 76.

²⁹ Sobre este caso en México, concretamente, del desplazamiento de las editoriales que propició la distribución del libro de texto gratuito puede consultarse Elizer Ixba Alejos, "La creación del libro de texto gratuito en México (1959) y su impacto en la industria editorial de su tiempo", pp. 1189-1211.

tas actualizaciones),³⁰ o bien el manejo de estrategias de mercadotecnia empleadas para el resto de los catálogos, como el uso de portadas atractivas y la creación de colecciones³¹ que “se insertan en modelos conocidos o reconocidos”,³² como podrían ser los programas de estudio.

Como se dijo anteriormente, los proyectos educativos carecen de neutralidad, pues obedecen a fines específicos. Los libros de texto no son la excepción, de tal forma que algunos autores los conciben como “vectores ideológicos”, pues su creación obedece muchas veces a factores políticos e ideológicos³³ diversos. Ciertamente, esta idea rompe con una concepción ingenua que ve en el libro de clase un instrumento apolítico, neutro, objetivo y completamente científico.

De hecho, es necesario reconocer que los conocimientos contenidos en un texto escolar son el resultado de una selección cuidadosa, además de que son presentados de una forma que obedece a una clara intencionalidad. Asimismo, hay que subrayar el hecho de que esta elección de temas y la manera en la que se plasman en las páginas de los libros respetan circunstancias y aspectos concretos de una determinada cultura, pero también el *statu quo* de una cierta colectividad.³⁴ En esta situación, la acción y presencia del Estado destaca por su capacidad para someter a los libros de texto bajo su control, mediante los programas y las políticas nacionales en materia de educación.³⁵

Tomando en consideración lo expuesto líneas arriba, se puede concluir que el libro de texto posee una naturaleza multifacética que lo hace un vehículo ideológico y cultural, un bien de consumo, un instrumento pedagógico y el soporte material de los conocimientos que se imparten en el aula.³⁶ Debido a esto, las posibilidades que ofrece como fuente para la Historia son diversas.

³⁰ Juan Miguel Sánchez Vigil, Juan Carlos Marcos Recio y Ricardo Villegas Tovar, “Las cubiertas de los libros como mecanismo de marketing editorial”, p. 62.

³¹ Sánchez Vigil, Recio y Villegas Tovar, “Las cubiertas...”, pp. 63-65.

³² Sánchez Vigil, Recio y Villegas Tovar, “Las cubiertas...”, p. 64.

³³ Fernández Palop, Caballero García y Fernández Bravo, “El libro de texto...”, pp. 203-205.

³⁴ Christopher Barnard, *Language, Ideology and Japanese History Textbooks*, p. 18.

³⁵ Lebrun, “Avant...”, pp. 2-3.

³⁶ Fernández Palop, Caballero García y Fernández Bravo, “El libro de texto...”, p. 203.

Así, el estudio de los manuales escolares es una ventana para visualizar conflictos raciales y sociales, a través de las representaciones de etnias, mujeres, grupos afrodescendientes, extranjeros y otras colectividades contenidas en sus páginas.³⁷ A su vez, este tipo de libros puede ofrecer una visión sobre la manera en la que las disposiciones educativas fueron implementadas en el pasado con la ventaja de que, a diferencia de los discursos, las leyes o los proyectos educativos, los libros de texto proporcionan una visión más aterrizada de las grandes políticas nacionales o institucionales.

La censura también ocupa un lugar importante en los textos escolares al grado de que, muy probablemente, es un factor inherente a su elaboración.³⁸ Lo ventajoso de esta circunstancia es que, a través de lo prohibido y de lo permitido, el historiador puede adentrarse en el conocimiento de las creencias y las ideologías presentes en la sociedad, a la par de las instituciones educativas, pero también las políticas, las cuestiones religiosas y los aspectos sociales.

La formación de la masculinidad y la construcción de la feminidad también tienen un lugar en el campo de estudio de los libros de texto.³⁹ A su vez, los usos del lenguaje y los conceptos pueden ser analizados a través de estas fuentes,⁴⁰ por no hablar de las muchas posibilidades que las imágenes ofrecen al historiador, presentes en los libros de clase en todas sus modalidades.⁴¹ Finalmente, es relevante señalar que los comportamientos también tienen su lugar en el estudio de los manuales escolares, que pue-

³⁷ Para ello pueden revisarse algunos ejemplos como Sarah Corona Berkin y Rozenn Le Mür, "Racismo en la imagen de los indígenas en los libros de texto gratuitos (2012-2015)", pp. 11-33; Lourdes C. Pacheco Ladrón de Guevara, María del Refugio Navarro Hernández y Laura I. Cayeros López, "Los pueblos indios en los libros de texto gratuito", pp. 525-544.

³⁸ Un ejemplo de esto es el artículo de R. P. Dore, "Textbook Censorship in Japan: The Ienaga Case", pp. 548-556.

³⁹ Al respecto puede consultarse a Nuria Sánchez Hernández, Daniel Martos-García y Ana López Navajas, "Las mujeres en los materiales curriculares: el caso de dos libros de texto de educación física", pp. 140-145.

⁴⁰ Marlis Hellinger, "'For men must work, and women must weep': Sexism in English language textbooks used in German schools", pp. 267-275.

⁴¹ Luz Elena Galván Lafarga, "Memorias en papel. La historia como disciplina en el currículo de la escuela primaria, 1867-1940", pp. 111-140.

de realizarse mediante el análisis de los textos de cortesía y urbanidad,⁴² los manuales de historia y civismo, los tratados sobre higiene y otros documentos de naturaleza similar.

Pese a estas posibilidades, el historiador que decide adentrarse en el estudio de los libros de texto debe ser consciente de que, como se dijo líneas arriba, este tipo de fuente no ofrecen una versión acabada del fenómeno educativo. La principal razón de esto es que, al igual que todo libro, su lector (como los alumnos y los maestros, en un primer momento) se apropia de los contenidos del texto, pues, como estableció Roger Chartier, “la recepción inventa, desplaza, distorsiona”.⁴³

A pesar de esto, el ACD puede ser una herramienta para el análisis de libros de texto. Esto puede ocurrir mediante su aparato teórico poblado por numerosas categorías que pueden dirigir la lectura especializada y cualitativamente entrenada del historiador, que es nada más y nada menos una de sus formas de realizar observación y de llevar a cabo interpretaciones. Por otro lado, dentro del panorama del ACD se han elaborado algunas metodologías que pueden ayudar a procesar la evidencia aportada por los manuales escolares, lo que, indudablemente, puede clarificar los abordajes ligados a este objeto de estudio.

El Análisis Crítico del Discurso (ACD)

El ACD surgió como una red de investigadores a principios de los años noventa, a lo cual contribuyó también la publicación de la revista *Discourse and Society*, además de los libros *Language and Power* (Fairclough, 1989), *Language, Power and Ideology* (Wodak, 1989) y *Prejudice in Discourse* (Van Dijk, 1984).⁴⁴ De manera general, esta corriente de estudios puede definirse como “un tipo de investigación que se centra en el análisis discursivo y estudia, principalmente, la forma en la que el abuso de poder y la desigualdad

⁴² Valentina Torres-Septién, “Los códigos de cortesía como fuentes para la escritura de la historia”, pp. 355-363.

⁴³ Roger Chartier, *El mundo como representación*, p. XI.

⁴⁴ Ruth Wodak, “De qué trata el análisis crítico del discurso (ACD). Resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos”, p. 21.

social se representan, reproducen, legitiman y resisten en el texto y el habla en contextos sociales y políticos”.⁴⁵

Las características principales del ACD son:⁴⁶

- El interés por problemáticas del universo de lo social.
- Un abordaje interpretativo y explicativo del análisis del discurso.
- La afirmación de que “las relaciones de poder son discursivas”.⁴⁷
- Su convicción de que el discurso posee implicaciones ideológicas; además de que es histórico, “constituye sociedad y cultura” y es una “forma de acción social”.⁴⁸
- Y, finalmente, la idea de que “la relación entre texto y sociedad es mediada”.⁴⁹

La visión crítica es una característica importante del ACD.⁵⁰ Esto se debe a que los especialistas en este peculiar enfoque conciben su área de estudio “como una disciplina comprometida” más que “como una ciencia social objetiva y desapasionada”,⁵¹ lo cual no implica que sus trabajos no sean académicos y rigurosos. Una de las razones por las cuales el ACD tiene una naturaleza tan implicada en causas sociales, radica en que algunos de sus principales exponentes están involucrados en este tipo de cuestiones y actividades políticas diversas.⁵²

En este punto, es necesario mencionar también que el ACD no posee una metodología única y exclusiva, ni un marco teórico inherente.⁵³ De hecho, muchos de sus especialistas aseguran que éste más bien es un enfoque⁵⁴

⁴⁵ Teun Van Dijk, “Análisis Crítico del Discurso”, p. 204.

⁴⁶ Van Dijk, “Análisis Crítico...”, p. 205.

⁴⁷ Van Dijk, “Análisis Crítico...”, p. 205.

⁴⁸ Van Dijk, “Análisis Crítico...”, p. 205.

⁴⁹ Van Dijk, “Análisis Crítico...”, p. 205.

⁵⁰ Van Dijk, “Análisis Crítico...”, p. 204.

⁵¹ Norman Fairclough y Ruth Wodak, “Análisis Crítico del Discurso”, p. 368.

⁵² Norman Fairclough y Ruth Wodak, “Análisis Crítico...”, p. 368.

⁵³ Van Dijk, “Análisis Crítico...”, p. 205.

⁵⁴ Michael Meyer, “Entre la teoría, el método y la política: la ubicación de los enfoques relacionados con el ACD”, p. 35.

o “el estudio del discurso con una actitud”.⁵⁵ Pese a esto, hay algunas categorías compartidas y empleadas por todos los académicos versados en esta área. Aunque, evidentemente, siempre existirán diferencias en el abordaje de los temas por parte de los estudiosos más identificables de esta corriente como el enfoque neomarxista de Norman Fairclough, la perspectiva histórica de Ruth Wodak y la sociocognitiva de Teun Van Dijk.⁵⁶

El primero de estos conceptos, indudablemente, es el *discurso* (de naturaleza oral y escrita),⁵⁷ que puede definirse como un conjunto de “eventos comunicativos complejos”.⁵⁸ Asimismo, el discurso puede entenderse como “un fenómeno práctico, social y cultural”⁵⁹ que, además, es absolutamente necesario para reproducir la ideología de un determinado grupo.⁶⁰ Cabe señalar que el discurso es moldeado por la situación social, pero, a su vez, le da forma a ésta, incidiendo en las situaciones, las identidades sociales y la producción y reproducción de relaciones de poder inequitativas.⁶¹

Otro término igualmente importante para el ACD es la *ideología*, que es definida como “las representaciones sociales básicas de los grupos sociales” que “contienen los principios básicos que organizan las actitudes que comparten los miembros de un grupo”.⁶² Hay que decir que otros autores la definen como “una manera particular de representar y construir la sociedad que reproduce las relaciones desiguales de poder, las relaciones de dominación y de explotación”.⁶³

Cuando se realiza ACD es crucial no subestimar el papel que la ideología juega en la construcción de los discursos, pues impregna sus estructuras fonéticas, morfológicas, sintácticas, semánticas y pragmáticas, razón por la cual se transforman en mecanismos y estructuras que fungen como medios

⁵⁵ Van Dijk, “Análisis Crítico...”, p. 204.

⁵⁶ Sandra Soler Castillo, “Análisis crítico del discurso y educación. Una interrelación necesaria”, pp. 134-136.

⁵⁷ Fairclough y Wodak, “Análisis Crítico...”, p. 367.

⁵⁸ Van Dijk, “Análisis Crítico...”, p. 208.

⁵⁹ Teun Van Dijk, “El discurso como interacción en la sociedad”, p. 21.

⁶⁰ Van Dijk, “El discurso como...”, p. 27.

⁶¹ Fairclough y Wodak, “Análisis Crítico...”, pp. 367-368.

⁶² Teun Van Dijk, “La multidisciplinariedad del análisis crítico del discurso: un alegato en favor de la diversidad”, p. 170.

⁶³ Fairclough y Wodak, “Análisis Crítico...”, p. 392.

de persuasión y convencimiento.⁶⁴ A su vez, las ideologías marcan pauta en lo que se acepta en un grupo social como permitido y prohibido, correcto o incorrecto, bueno y malo y lo deseable y lo desagradable.⁶⁵

Asimismo, es necesario establecer también los alcances y el significado de la categoría de *contexto*. Así, en un primer momento, puede decirse que es una dimensión de análisis compuesta por factores sociopsicológicos, políticos e ideológicos.⁶⁶ Otros especialistas en ACD definen también el contexto como una construcción mental, “o modelos de la memoria” que tienen un fundamento o base social.⁶⁷ Hay que señalar también que estos esquemas resultan cruciales en la producción de discursos, aunque, ciertamente, el contexto también es influenciado por éstos.

En este punto, es relevante explicar también el uso que los estudiosos del ACD le otorgan a la noción de *poder*. Así, hay que comenzar por señalar que es indudable que posee una importancia notoria para esta corriente de estudios sobre el discurso, si bien se prefiere el término *poder social* (aunque también, en algunas ocasiones, se emplea el concepto de *hegemonía*),⁶⁸ que remite inmediatamente al poder de carácter grupal y/o institucional.⁶⁹ El poder es control,⁷⁰ principalmente mental, para lo cual los grupos dominantes favorecen la circulación libre de los temas y los elementos materiales y simbólicos que resultan convenientes para sus propósitos.⁷¹

Además de los conceptos arriba enunciados, los trabajos que han sido realizados desde la perspectiva del ACD suelen presentar un vocabulario (y una variedad de temáticas) definido, en el que palabras como raza, dominación, intereses, discriminación, orden social, estructura, género, clase y otras aparecen constantemente, dotando a este tipo de investigaciones de una identidad particular.⁷²

⁶⁴ Soler Castillo, “Análisis Crítico del Discurso de documentos de política pública en educación”, p. 79.

⁶⁵ Soler Castillo, “Análisis Crítico...”, p. 78.

⁶⁶ Meyer, “Entre la teoría...”, p. 37.

⁶⁷ Van Dijk, “El discurso como...”, p. 38.

⁶⁸ Van Dijk, “El discurso como...”, p. 43.

⁶⁹ Van Dijk, “Análisis Crítico...”, p. 207.

⁷⁰ Van Dijk, “Análisis Crítico...”, p. 207.

⁷¹ Neyla Graciela Pardo Abril, “Análisis crítico del discurso: conceptualización y desarrollo”, p. 45.

⁷² Van Dijk, “Análisis Crítico...”, p. 206.

Asimismo, los estudios orientados hacia el ACD procuran conciliar por lo menos dos niveles de análisis, que se reconocen habitualmente como el enfoque micro y el macro, es decir, lo que se sitúa “entre el discurso y la acción, entre el individuo y el grupo”.⁷³ A su vez, una explicación del ACD no estaría completa sin señalar que este tipo de aproximación toma en cuenta también lo que se omite, y no sólo lo que se dice en la construcción de un discurso.⁷⁴

Para finalizar, hay que decir que si bien el ACD se ha centrado en la prensa,⁷⁵ la publicidad,⁷⁶ los estudios de género⁷⁷ o el discurso político,⁷⁸ sus enfoques han tenido contacto con el universo educativo. Esto se debe a su naturaleza transdisciplinar, que le permite tender puentes con otras áreas de las humanidades y las ciencias sociales⁷⁹ que, en el caso de lo educativo, han dado lugar a diversas aproximaciones teóricas y metodológicas, como se verá a continuación.

El ACD en los estudios sobre educación y como una perspectiva ecléctica de análisis en el trabajo con libros de texto

En el ámbito de la educación, el estudio del poder ha cobrado un papel importante. Para ello, el ACD se ha transformado en una herramienta que permite analizar este fenómeno en todos sus espacios y niveles, que van desde las políticas mundiales y nacionales a la dinámica dentro del aula. Esto últi-

⁷³ Cynthia Meersohn, “Introducción a Teun Van Dijk: análisis de discurso”, p. 300.

⁷⁴ Emilce Moreno Mosquera, “El análisis crítico del discurso en el escenario educativo”, p. 134.

⁷⁵ Rodrigo Browne Sartori y Pamela Romero Lizama, “Análisis Crítico del Discurso (ACD) de la representación boliviana en las noticias de la prensa diaria de cobertura nacional: el caso de *El Mercurio* y la *Tercera*”.

⁷⁶ Susana De Andrés y Rosa L. Maestro, “Análisis crítico del discurso publicitario institucional sobre las personas mayores en España”, pp. 189-197.

⁷⁷ Alejandra Araiza Díaz y Alma Delia González Escalona, “Género y violencia simbólica. Análisis crítico del discurso de canciones de banda”, pp. 133-155.

⁷⁸ Gladys Lucía Acosta V., “La noción de participación en el proyecto político de la seguridad democrática en Colombia, una aproximación desde el Análisis Crítico del Discurso”, pp. 15-39.

⁷⁹ Moreno Mosquera, “El análisis crítico...”, p. 134.

mo quiere decir, a su vez, que los abordajes del ACD centrados en la educación no se circunscriben de forma exclusiva a las instituciones educativas. De hecho, un aspecto metodológico de gran utilidad para el estudio de los escenarios educativos consiste en “analizar la producción y la reproducción de los discursos educativos dentro o fuera del marco educativo, para lo cual también resultan pertinentes los campos y discursos que le dan forma a la educación (la economía, la política, las leyes, etc.)”.⁸⁰ En este ejercicio, se pueden ampliar los horizontes de análisis si además se pone atención a la dimensión internacional, nacional, regional y local de las condiciones de producción de los discursos.⁸¹

Para este tipo de abordajes es indispensable entender también que las relaciones de poder se legitiman a través de la naturalización de las prácticas discursivas y con ayuda de textos y dispositivos. Por otra parte, no hay que olvidar que el ACD “permite entender cómo las prácticas y los discursos educativos se construyen, se reconstruyen y se transforman mediante prácticas lingüísticas”.⁸²

Cabe señalar que, a la par de estos procedimientos metodológicos, diversos autores han adaptado las propuestas del ACD para el estudio de fenómenos educativos. Un ejemplo de esto es el uso del Modelo Tridimensional de Análisis Crítico del Discurso de Norman Fairclough, que concibe al discurso *como texto*, como *práctica discursiva* y como *práctica social*.⁸³ Esto significa que el discurso puede estudiarse “como unidad lingüística o ‘pieza de lenguaje’ escrito o hablado”,⁸⁴ considerando los “procesos de producción e interpretación de los textos”,⁸⁵ además de analizar el “carácter situacional e institucional del evento discursivo”.⁸⁶

⁸⁰ Moreno Mosquera, “El análisis crítico...”, p. 139.

⁸¹ Sandra Soler Castillo, “Análisis Crítico del Discurso de documentos...”, p. 80.

⁸² Moreno Mosquera, “El análisis crítico...”, p. 131.

⁸³ Rebecca Rogers, *An introduction to Critical Discourse Analysis in Education*, p. X.

⁸⁴ Héctor Gómez Cuevas, “Análisis crítico del discurso al campo del currículum de la formación inicial docente en Chile”, p. 315.

⁸⁵ Gómez Cuevas, “Análisis crítico...”, p. 315.

⁸⁶ Gómez Cuevas, “Análisis crítico...”, p. 315.

Un esquema más es el Análisis del Discurso Multimodal (ADM), también conocido como la teoría de la multimodalidad.⁸⁷ Hay que decir que esta aproximación no se centra exclusivamente en el lenguaje, sino que también considera elementos como las imágenes, los gestos, la música, el simbolismo científico y otros objetos de estudio que, mediante su combinación, provocan “expansiones semánticas”.⁸⁸ Considerando lo anterior, hay que destacar que el ADM es un enfoque diverso que, por lo mismo, hace uso de procedimientos metodológicos variados, además de que es multidisciplinario.⁸⁹ Es por esta razón que varios autores, a su vez, han elaborado perspectivas teóricas y metodológicas propias basadas en el ADM.

Volviendo al terreno de la Historia, y a fin de no incurrir en un desvío que lleve a los campos de la pedagogía, se pueden plantear algunas indicaciones teóricas y metodológicas generales que permitan el estudio formal de los libros de texto desde la perspectiva del ACD. Sin embargo, es importante aclarar que esta propuesta, para ser operativa, se sitúa en los terrenos del eclecticismo teórico (y, por consecuencia, metodológico, algo ya desarrollado por Ruth Wodak en su enfoque histórico del discurso).⁹⁰ Esto permite combinar elementos diversos, si bien no salen del campo de estudio del ACD, lo cual no impide el uso de categorías de otros campos, como la pragmática u otros universos conceptuales.

Por tanto, es importante señalar que el aparato teórico y metodológico que se propone para el análisis de libros de texto toma los aspectos desarrollados por el Modelo Tridimensional de Análisis Crítico del Discurso de Norman Fairclough, además de otras categorías y metodologías dentro y fuera del ACD. Así pues, para una lectura cuidadosa y refinada de los manuales escolares se sugiere:

⁸⁷ Benjamín Cárcamo Morales, “El análisis del discurso multimodal: una comparación de propuestas metodológicas”, pp. 147-148.

⁸⁸ Cárcamo Morales, “El análisis del...”, p. 148.

⁸⁹ Doris Patricia Rodríguez Camargo y Ana Margarita Velásquez Orjuela, “Análisis crítico del discurso multimodal en la caricatura internacional del periódico *The Washington Post*”, p. 41.

⁹⁰ Jorge E. Benavides B., “Una aproximación interdisciplinaria del análisis crítico del discurso (ACD) al estudio de la historia”, p. 22.

Definir el alcance del objeto de estudio: el papel del texto y las imágenes

Resulta crucial no olvidar que el ACD considera que el discurso “incluye la interacción conversacional, los textos escritos y también los gestos asociados, el diseño de portada, la disposición tipográfica, las imágenes y cualquier otra dimensión o significación ‘semiótica’ o multimedia”.⁹¹ Ante esto, el historiador puede optar exclusivamente por el análisis de texto del corpus documental, o bien por plantear y construir un objeto de estudio que se componga de diversos sistemas de signos, en especial cuando son gráficos.

Esto último puede ser muy útil cuando los manuales escolares poseen ilustraciones que despierten el interés del historiador, pues permiten observar la compenetración entre el texto y la imagen. Cabe señalar que esta unión ayuda a analizar de una mejor manera la difusión y el reforzamiento de ciertos discursos y representaciones en el espacio escolar. Esto, a su vez, permite visualizar más claramente las ideologías presentes en los libros de texto, entre otros datos no menos importantes.

Procesar el corpus documental en una primera revisión general y descriptiva

Algunos autores sostienen que el ACD posee una metodología de tipo hermenéutico, lo cual implica que, entre sus fases de análisis, la descripción es importante.⁹² Para el ACD esta primera etapa generalmente está revestida de una marcada revisión lingüística, aunque, por tratarse del estudio de libros de texto desde una perspectiva histórica, se propone seguir el enfoque que para tal efecto elaboró Wodak, quien sugiere acentuar el tratamiento de los problemas sociales más que las cuestiones lingüísticas.⁹³

Pese a esto, y a fin de no dejar de lado el nivel microsemántico (al cual puede accederse mediante la revisión lingüística), se puede hacer un sen-

⁹¹ Carmen Arteaga, “Una ‘lección de sociales’: representación de la ciudadanía transmitida en libros de texto de primaria venezolanos”, p. 307.

⁹² Benavides, “Una aproximación interdisciplinaria...”, p. 22.

⁹³ Benavides, “Una aproximación interdisciplinaria...”, p. 23.

cillo examen del léxico, es decir, de la selección de palabras para el texto en cuestión (con lo cual también se cumpliría con el primer nivel del modelo de Norman Fairclough, que analiza el discurso como texto). A su vez, se puede hacer un análisis somero de las formas de significado implícitas y de las omisiones en el texto.⁹⁴

Para adentrarse en un primer nivel descriptivo se han creado diversas metodologías en el vasto y complejo universo del ACD. Una de ellas es la llamada “caja de herramientas” de Siegfried Jäger. Si bien este procedimiento no fue concebido para el área educativa, sí puede marcar una pauta de elementos generales a considerar para procesar evidencia perteneciente a este campo del conocimiento, siempre y cuando se adapte a la naturaleza del ámbito escolar y de los libros de clase.⁹⁵ Por tanto, para la descripción de manuales escolares se sugiere contemplar los siguientes aspectos a manera de pasos analíticos (en los cuales, por supuesto, ya se ha adaptado la “caja de herramientas” de Jäger) que consideran también el nivel microsemántico antes aludido:

1. Análisis de la estructura:
 - 1.1. Caracterización general del corpus documental: Editorial y/o institución responsable de la producción y distribución, tiraje, área de conocimiento, temporalidad (año), etcétera.
 - 1.2. Visión de conjunto del corpus documental:
 - 1.2.1. Resumen de la temática del libro, ausencia de temas (se puede hacer un análisis comparativo entre los componentes del corpus documental).
 - 1.2.2. Asignación de temas específicos a áreas temáticas.
2. Análisis fino de la evidencia para descubrir la postura discursiva de los libros de texto.
 - 2.1. Contexto o “Marco institucional”.
 - 2.1.1. Autor. En este punto se puede complejizar la naturaleza del productor de los discursos presentes en los

⁹⁴ Sandra D'Alessandro, “Las representaciones del pasado reciente en los textos escolares de Historia de Paraguay”, p. 53.

⁹⁵ Siegfried Jäger, “Discurso y conocimiento: aspectos teóricos y metodológicos de la crítica del discurso y del análisis de dispositivos”, pp. 87-99.

manuales escolares, mediante conceptos que provienen de la pragmática del discurso como el YO-comunicante y el YO-enunciante.⁹⁶

2.1.2. Lector. Para esta categoría se pueden emplear también los términos formulados por la pragmática como el TÚ-interpretante y el TÚ-destinatario.

2.2. “Superficie textual”

2.2.1. Diseño gráfico, que se compone de las imágenes contenidas en el libro.

2.2.2. Estructura del texto en unidades de sentido.

2.2.3. Temas abordados en el manual escolar.

2.3. Medios retóricos

2.3.1. Estrategias argumentativas.

2.3.2. Composición.

2.3.3. Implicaciones e insinuaciones.

2.3.4. Simbolismos y metáforas incluso en los elementos gráficos.

2.3.5. Dichos populares, giros idiomáticos, manejo de estereotipos.

2.3.6. Vocabulario y estilo.

2.3.7. Actores (personas presentes en el discurso, estructura pronominal).

2.3.8. Referencias (es decir, características y particularidades de las fuentes de los manuales escolares).

2.4. Afirmaciones ideológicas basadas en el contenido del texto.

2.5. Otras cuestiones llamativas.

Realizar un estudio multidisciplinar en el análisis de los libros de texto como un complemento del ACD

Una vez cumplida la etapa descriptiva, es importante analizar la evidencia obtenida y procesada. Para ello se sugiere complementar las categorías pro-

⁹⁶ Herrero Cecilia, *Teorías de pragmática...*, p. 156.

puestas por el ACD con otras que provengan de distintos abordajes teóricos. Esto puede provocar que se amplíen los márgenes de análisis, pues, como todo sistema teórico, el ACD tiene alcances limitados. Así pues, *la ciudadanía*, *la formación de masculinidades*, *la infancia* y otros términos no menos importantes potencian la mirada que el historiador dirige sobre los libros de texto.

Para reforzar el estudio detallado de los manuales escolares se puede emplear también el modelo de Norman Fairclough, haciendo especial énfasis en las dos últimas categorías: discurso como *práctica discursiva* y como *práctica social*. La primera de ellas permite acceder a la construcción de los discursos, pero, sobre todo, a la resistencia de sus receptores, un fenómeno interesante para los interesados en la historia del libro y de la lectura. Por su parte, el segundo de estos conceptos puede ayudar a estudiar las dimensiones económica, social, cultural, pedagógica y política del libro de texto, entre otros problemas no menos interesantes.

Conclusiones

El ojo del historiador es diferente y siempre complejo. Esto se debe a que, por la naturaleza de su objeto de estudio y del trabajo que necesariamente se desprende de éste, la lectura es una operación importante de la investigación histórica. La razón de lo anterior radica en que esta actividad es un ejercicio hermenéutico crucial para el estudio del pasado. Pero para llevar a buen puerto esta delicada labor se requieren herramientas que guíen la mirada del historiador, entre ellas la teoría, que inevitablemente impacta en las metodologías.

Un ejemplo de ello es el ACD, cuya influencia se ha extendido a diversas temáticas, como la educación. Esta circunstancia invita a su aplicación en los terrenos del libro de clase, un objeto cargado de intencionalidad y carente de neutralidad, por lo que se transforma en una veta interesante para este tipo de abordajes. Sorpresivamente, entre la variedad y la apertura existentes en el ACD, son limitadas las propuestas teórico-metodológicas abocadas a los manuales escolares.

Así pues, para el tratamiento de estas fuentes se sugiere un aparato teórico-metodológico ecléctico, que no contradice la multidisciplinariedad

del ACD. Para ello, primeramente, se considera idóneo construir un corpus documental que deberá ser descrito y procesado. Para esto último, se recomienda adaptar un modelo de pasos analíticos como la “caja de herramientas” de Siegfried Jäger, después de lo cual hay que proceder al examen minucioso de los datos obtenidos en esta primera revisión. Para que esta última etapa sea fructífera, se invita a combinar las categorías del análisis del discurso (como las de Norman Fairclough, que tienen un uso importante en el ámbito educativo) con conceptos complementarios de otras áreas del conocimiento.

Referencias

- Abbagnano, Nicola. *Diccionario de Filosofía*, actualizado y aumentado por Giovanni Fornero, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Acosta V., Gladys Lucía. “La noción de participación en el proyecto político de la seguridad democrática en Colombia —una aproximación desde el Análisis Crítico del Discurso—”, en *Anagramas. Rumbos y Sentidos de la Comunicación*, vol. 4, núm. 8, Medellín, Universidad de Medellín, enero-junio 2006, versión digital en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=491549031001>, consultado el 27 de diciembre de 2018.
- Allard, Michel, Paul Aubin y Monique Lebrun. “Conclusion. Le manuel scolaire devenu objet d’étude”, en *Le manuel scolaire d’ici et d’ailleurs, d’hier à demain*, Québec, Presses de l’Université du Québec, 2007.
- Allard, Michel, Paul Aubin, Soraya Bassil y Monique Lebrun. “Le manuel scolaire québécois, une mise en exposition”, en Paul Aubin (director). *300 ans de manuels scolaires au Québec*, Québec, Bibliothèque et Archives Nationales du Québec / Presses de l’Université Laval, 2006.
- Araiza Díaz, Alejandra, y Alma Delia González Escalona. “Género y violencia simbólica. Análisis crítico del discurso de canciones de banda”, en *Ánfora*, vol. 23, núm. 41, Manizales, Universidad Autónoma de Manizales, diciembre 2016, versión digital en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=357848839006>, consultado el 27 de diciembre de 2018.
- Arteaga, Carmen. “Una ‘lección de sociales’: representación de la ciudadanía transmitida en libros de texto de primaria venezolanos”, en *Espacio Abierto. Cuaderno Venezolano de Sociología*, vol. 18, núm. 2, Caracas, Universidad Simón Bolívar, abril-junio 2009, versión digital en: <http://search.ebscohost.com.e-revistas.ugto.mx/login.aspx?direct=true&db=zbh&AN=43820267&lang=es&site=ehost-live>, consultado el 31 de diciembre de 2018.
- Atienza Cerezo, Encarna. “Discurso e ideología en los libros de texto de ciencias sociales”, en *Discurso y sociedad*, vol. 1, núm. 4, 2007, versión digital en: [http://www.dissoc.org/ediciones/v01n04/DS1\(4\)Atienza.pdf](http://www.dissoc.org/ediciones/v01n04/DS1(4)Atienza.pdf), consultado el 12 de diciembre de 2018.
- Ávila, Rafael. “La observación, una palabra para desbaratar y re-significar: hacia una epistemología de la observación”, en *Cinta de Moebio*, núm. 21, Santiago, Universidad de Chile, diciembre 2004, versión

- digital en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10102104>, consultado el 9 de diciembre de 2018.
- Barnard, Christopher. *Language, Ideology and Japanese History Textbooks*, London, Routledge, 2003, versión digital en: <http://search.ebscohost.com.e-revistas.ugto.mx/login.aspx?direct=true&db=nlebk&AN=106634&lang=es&site=ehost-live>, consultado el 13 de diciembre de 2018.
- Benavides B., Jorge E. “Una aproximación interdisciplinaria del análisis crítico del discurso (ACD) al estudio de la historia”, en *Revista Historia de la Educación Colombiana*, vol. 11, núm. 11, Nariño, Universidad de Nariño, 2008, versión digital en: <http://revistas.udenar.edu.co/index.php/rhec/article/view/1026>, consultado el 5 de enero de 2019.
- Browne Sartori, Rodrigo, y Pamela Romero Lizama. “Análisis Crítico del Discurso (ACD) de la representación boliviana en las noticias de la prensa diaria de cobertura nacional: el caso de *El Mercurio* y la *Tercera*”, en *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, vol. 9, núm. 26, Santiago, Universidad de los Lagos, 2010, versión digital en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30515373012>, consultado el 27 de diciembre de 2018.
- Cárcamo Morales, Benjamín. “El análisis del discurso multimodal: una comparación de propuestas metodológicas” en *Forma y Función*, vol. 31, núm. 2, 2018, versión digital en: <https://doi.org/10.15446/fyf.v31n2.74660>, consultado el 30 de diciembre de 2018.
- Chartier, Roger. *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 2005.
- Corona Berkin, Sarah, y Rozenn Le Mür. “Racismo en la imagen de los indígenas en los libros de texto gratuitos (2012-2015)”, en *Comunicación y sociedad*, núm. 28, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, enero-abril 2017, versión digital en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-252X2017000100011, consultado el 13 de diciembre de 2018.
- Crawford, Keith, y Stuart J. Foster. *War, nation, memory. International perspectives on World War II in School History Textbooks*, Charlotte, NC, Information Age Publishing, 2008, versión digital en: <http://search.ebscohost.com.e-revistas.ugto.mx/login.aspx?direct=true&db=nlebk&AN=470401&lang=es&site=ehost-live>, consultado el 11 de diciembre de 2018.

- D'Alessandro, Sandra. "Las representaciones del pasado reciente en los textos escolares de Historia de Paraguay", en *Discurso y sociedad*, v. 8, núm. 1, 2014, versión digital en: [http://www.dissoc.org/ediciones/v08n01/DS8\(1\)Dalessandro.pdf](http://www.dissoc.org/ediciones/v08n01/DS8(1)Dalessandro.pdf), consultado el 13 de enero de 2019.
- De Andrés, Susana y Rosa L. Maestro. "Análisis crítico del discurso publicitario institucional sobre las personas mayores en España", en *Comunicar*, vol. XXI, núm. 42, Huelva, Grupo Comunicar, enero-junio 2014, versión digital en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15830197021>, consultado el 27 de diciembre de 2018.
- Fairclough, Norman, y Ruth Wodak. "Análisis Crítico del Discurso", en Teun A. Van Dijk (compilador), *El discurso como interacción social. Estudio del discurso: introducción multidisciplinaria*, vol. 2, Barcelona, Gedisa, 2000.
- Fernández Palop, M. Pilar. Presentación A. Caballero García y José Antonio Fernández Bravo, "El libro de texto como objeto de estudio y recurso didáctico para el aprendizaje: fortalezas y debilidades", en *Revista electrónica interuniversitaria de formación del profesorado*, v. 20, núm. 1, Zaragoza, Asociación Universitaria de Formación del Profesorado, 2017, versión digital en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=217049688014>, consultado el 12 de diciembre de 2018.
- Galindo, Luis Jesús. "Leer y escribir la historia. Movimiento social y vida contemporánea", en *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, vol. III, núm. 7, Colima, Universidad de Colima, 1989, versión digital en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=31630702>, consultado el 21 de julio de 2018.
- Galván Lafarga, Luz Elena. "Memorias en papel. La historia como disciplina en el currículo de la escuela primaria, 1867-1940", en Luz Elena Galván Lafarga y Lucía Martínez Moctezuma (coordinadoras), *Las disciplinas escolares y sus libros*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Universidad Autónoma del Estado de Morelos/Juan Pablos Editor, 2010.
- Galván Lafarga, Luz Elena, y Lucía Martínez Moctezuma. "Introducción", en Luz Elena Galván Lafarga y Lucía Martínez Moctezuma (coordinadoras), *Las disciplinas escolares y sus libros*.
- Goldstein, Leon J. "Evidence and Events in History", en *Philosophy of Science*, v. 29, no. 2, Chicago, The University of Chicago Press Journals,

- April 1962, in: <http://www.jstor.org/stable/186544>, consultado el 15 de abril de 2016.
- Gómez Cuevas, Héctor. “Análisis crítico del discurso al campo del currículum de la formación inicial docente en Chile”, en *Estudios pedagógicos*, vol. XLI, núm. 1, Valdivia, Universidad Austral de Chile, 2015, versión digital en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=173541114018>, consultado el 29 de diciembre de 2018.
- Greaves Laine, Cecilia. “Política educativa y libros de texto gratuitos. Una polémica en torno al control por la educación”, en *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 6, núm. 12, Distrito Federal, Consejo Mexicano de Investigación Educativa, A.C., mayo-agosto 2001, versión digital en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=14001203>, consultado el 11 de diciembre de 2018.
- Halliday, Michael Alexander Kirwood. *El lenguaje como semiótica social: la interpretación social del lenguaje y del significado*, traducción de Jorge Ferrero Santana, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Hellinger, Marlis. “‘For men must work, and women must weep’: Sexism in English language textbooks used in German schools”, en *Women’s studies international quarterly*, vol. 3, núm. 2-3, 1980, version digital en: [https://doi.org/10.1016/S0148-0685\(80\)92323-4](https://doi.org/10.1016/S0148-0685(80)92323-4), consultado el 16 de diciembre de 2018.
- Herrero Cecilia, Juan. *Teorías de pragmática, de lingüística textual y de análisis del discurso*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla La-Mancha, 2006.
- Huxley, Aldous. *Un mundo feliz*, traducción de Ramón Hernández, Barcelona, Random House Mondadori, 2004.
- Ixba Alejos, Elizer. “La creación del libro de texto gratuito en México (1959) y su impacto en la industria editorial de su tiempo”, en *Revista de investigación educativa*, vol. 18, núm. 59, Distrito Federal, Consejo Mexicano de Investigación Educativa, A.C., versión digital en: <http://search.ebscohost.com.e-revistas.ugto.mx/login.aspx?direct=true&db=zbh&AN=97575918&lang=es&site=ehost-live>, consultado el 12 de diciembre de 2018.
- Jäger, Siegfried. “Discurso y conocimiento: aspectos teóricos y metodológicos de la crítica del discurso y del análisis de dispositivos”, en Ruth

- Wodak y Michael Meyer (compiladores). *Métodos de análisis crítico del discurso*, Barcelona, Gedisa, 2003.
- King, Chang Nam. “Japón debe corregir de sus libros de historia las idolatrías sobre la guerra y sobre las reglas coloniales”, en *Diálogos. Revista Electrónica de Historia*, vol. 3, núm. 1, San Pedro de Montes de Oca, Universidad de Costa Rica, octubre-febrero 2002, versión digital en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=43930106>, consultado el 9 de diciembre de 2018.
- Kuhn, Thomas S. *La estructura de las revoluciones científicas*, traducción e introducción de Carlos Solís Santos, México, Fondo de Cultura Económica, 2013.
- Lebrun, Monique. “Avant-propos”, en *Le manuel scolaire d’ici et d’ailleurs, d’hier à demain*, Québec, Presses de l’Université du Québec, 2007.
- Meersohn, Cynthia. “Introducción a Teun Van Dijk: análisis de discurso”, en *Cinta de Moebio*, núm. 24, diciembre, Santiago, Universidad de Chile, 2005, versión digital en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10102406>, consultado el 25 de diciembre de 2018.
- Meyer, Michael. “Entre la teoría, el método y la política: la ubicación de los enfoques relacionados con el ACD”, en Ruth Wodak y Michael Meyer (compiladores). *Métodos de análisis crítico del discurso*, Barcelona, Gedisa, 2003.
- Moradiellos, Enrique. *El oficio de historiador*, México, Siglo XXI, 1994.
- Moreno Mosquera, Emilce. “El análisis crítico del discurso en el escenario educativo”, en *Zona próxima*, núm. 25, Barranquilla, Universidad del Norte, junio-diciembre 2016, versión digital en: <https://www.redalyc.org/pdf/853/85350504010.pdf>, consultado el 26 de diciembre de 2018.
- Pacheco Ladrón de Guevara, Lourdes C., María del Refugio Navarro Hernández y Laura I. Cayeros López, “Los pueblos indios en los libros de texto gratuito”, en *Revista mexicana de investigación educativa*, vol. 16, núm. 49, Distrito Federal, Consejo Mexicano de Investigación Educativa, A.C., abril-junio 2011, versión digital en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=14018533009>, consultado el 16 de diciembre de 2018.
- Pardo Abril, Neyla Graciela. “Análisis crítico del discurso: conceptualización y desarrollo”, en *Cuadernos de lingüística hispánica*, núm. 19,

- Tunja-Boyaca, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, enero-junio 2012, versión digital en: <https://www.redalyc.org/pdf/3222/322227527004.pdf>, consultado el 24 de diciembre de 2018.
- Rodríguez, Martha. “Libros de texto y sociedades: entre didáctica, política, cultura y mercado. Presentación”, en *Espacio, tiempo y educación*, vol. 2, núm. 1, Salamanca, FahrenHouse, enero-junio 2015, versión digital en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=477447181002>, consultado el 9 de diciembre de 2018.
- Rodríguez Camargo, Doris Patricia, y Ana Margarita Velásquez Orjuela. “Análisis crítico del discurso multimodal en la caricatura internacional del periódico *The Washington Post*”, en *Cuadernos de Lingüística Hispánica*, núm. 17, Tunja-Boyacá, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, enero-junio 2011, versión digital en: <https://www.redalyc.org/pdf/3222/322227523004.pdf>, consultado el 30 de diciembre de 2018.
- Rogers, Rebecca (editor). *An introduction to Critical Discourse Analysis in Education*, New York, Routledge, 2011.
- Sánchez Hernández, Nuria, Daniel Martos-García y Ana López Navajas. “Las mujeres en los materiales curriculares: el caso de dos libros de texto de educación física”, en *RETOS: Nuevas tendencias de educación física, deporte y recreación*, núm. 32, Murcia, Federación Española de Docentes de Educación Física, julio-diciembre 2017, versión digital en: <https://www.redalyc.org/pdf/3457/345751100028.pdf>, consultado el 16 de diciembre de 2018.
- Sánchez Vigil, Juan Miguel, Recio, Juan Carlos Marcos y Villegas Tovar Ricardo. “Las cubiertas de los libros como mecanismo de marketing editorial”, en *Ibersid*, enero 2008, versión digital en: <http://search.ebscohost.com.e-revistas.ugto.mx/login.aspx?direct=true&db=z-bh&AN=37246463&lang=es&site=ehost-live>, consultado el 12 de diciembre de 2018.
- Soaje de Elías, Raquel. “Textos escolares: consideraciones didácticas”, en *Educación y Educadores*, vol. 21, núm. 1, Cundinamarca, Universidad de la Sabana, enero-abril 2018, versión digital en: <http://search.ebscohost.com.e-revistas.ugto.mx/login.aspx?direct=true&db=z-bh&AN=130232044&lang=es&site=ehost-live>, consultado el 12 de diciembre de 2018.

- Soler Castillo, Sandra. “Análisis Crítico del Discurso de documentos de política pública en educación”, en *Forma y función*, vol. 24, núm. 1, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, enero-junio 2011, versión digital en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=21922416005>, consultado el 28 de diciembre de 2018.
- Soler Castillo, Sandra. “Análisis crítico del discurso y educación. Una interrelación necesaria”, en Sandra Soler Castillo (compilador). *Lenguaje y educación: Perspectivas metodológicas y teóricas para su estudio*, Colombia, Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2012, versión digital en: http://die.udistrital.edu.co/sites/default/files/doctorado_ud/publicaciones/analisis_critico_del_discurso_y_educacion.una_interrelacion_necesaria.pdf, consultado el 30 de diciembre de 2018.
- Torres-Septién, Valentina. “Los códigos de cortesía como fuentes para la escritura de la historia”, en Valentina Torres-Septién, *Producciones de sentido: el uso de las fuentes en la historia cultural*, México, Universidad Iberoamericana, 2002.
- “Estado contra Iglesia/Iglesia contra Estado. Los libros de texto gratuito: ¿un caso de autoritarismo 1959-1962?”, en *Historia y Grafía*, núm. 37, México, Universidad Iberoamericana, julio-diciembre 2011, versión digital en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58922287001#>, consultado el 12 de junio de 2014.
- Van Dijk, Teun. “El discurso como interacción en la sociedad”, en Teun A. Van Dijk, (compilador), *El discurso como interacción social. Estudio del discurso: introducción multidisciplinaria*, vol. 2, Barcelona, Gedisa, 2000.
- _____. “La multidisciplinaria del análisis crítico del discurso: un alegato en favor de la diversidad”, en Ruth Wodak y Michael Meyer (compiladores), *Métodos de análisis crítico del discurso*, Barcelona, Gedisa, 2003, p. 170.
- _____. “Análisis Crítico del Discurso”, en *Revista Austral de Ciencias Sociales*, núm. 30, Valdivia, Universidad Austral de Chile, enero-junio 2016, versión digital en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=45955901010>, consultado el 18 de diciembre de 2018.
- Wodak, Ruth. “De qué trata el análisis crítico del discurso (ACD). Resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos”, en Ruth Wodak y Michael Meyer (compiladores). *Métodos de análisis crítico del discurso*, Barcelona, Gedisa, 2003.

Zeitler, Tomás Elias, “Cuarenta años de La escritura de la Historia. Reflexiones en torno a la operación historiográfica, de Michel de Certeau a Paul Ricœur ”, en *Historiografías*, núm. 9, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, enero-junio 2015, versión digital en: <https://papiro.unizar.es/ojs/index.php/historiografias/article/view/2404>, consultado el 19 de septiembre de 2018.

LA NOCIÓN DE OBSERVACIÓN EN LA HISTORIOGRAFÍA CONTEMPORÁNEA

Graciela Velázquez Delgado
Universidad de Guanajuato

No hay imposibilidad lógica en la hipótesis de que el mundo se creó hace cinco minutos, con una población que “recuerda” un pasado completamente irreal. No hay una conexión necesaria lógicamente entre eventos de épocas distintas; por lo tanto, nada de lo que sucede ahora o sucederá en el futuro puede refutar la hipótesis de que el mundo comenzó hace cinco minutos.

BERTRAND RUSSELL, *The analysis of mind*.¹

Introducción

La observación ha sido, tradicionalmente, una noción fundamental para la ciencia, y esta ha dado lugar a que las diversas ciencias se dividan de acuerdo con el tipo de observación que realizan. Las divisiones se han ordenado conforme a la observación directa o indirecta; la directa para las ciencias naturales y la indirecta para las sociales. Sin embargo, como bien dice Peter Kosso, la paleontología, la biología evolutiva, las matemáticas, la astronomía, y varias más, no hacen observación directa, y en este sentido estarían en el mismo estatus que la historia que siempre lo hace indirectamente. Por lo tanto, en este texto se analiza la noción de observación en algunas de las corrientes historiográficas contemporáneas. Para lograr este objetivo es necesario conocer, en primer lugar, lo que se ha debatido en la filosofía de la ciencia en el siglo XX, pues los cambios y propuestas que se

¹ Traducción propia.

han hecho en ella definitivamente han impactado en la historiografía. Además de que en nuestro caso consideramos que la historia es una ciencia, porque es una actividad con estándares sumamente rigurosos para producir su conocimiento. Por supuesto, no se niega que también es un discurso, pero en todo caso, un discurso científicamente construido. Claro está que este texto no pretende hacer una definición normativa de la noción, sino mostrar un acercamiento a las posiciones epistemológicas que han defendido algunas de las corrientes historiográficas contemporáneas con respecto a la observación del pasado.

La noción de observación en la filosofía de la ciencia

Lorraine Daston menciona que la observación es una noción que está en todos lados y en ninguna parte. Las ciencias en general la consideran como parte esencial de su práctica, pero no se ha llegado a un consenso acerca de su definición, ni tampoco se utiliza de igual manera en cada una de ellas.²

Por su parte, Ian Hacking afirma que esta noción no era un tema que preocupara directamente a los filósofos de la ciencia como Bacon, pero esta situación cambió a partir de 1800, periodo en el que hay varias corrientes de pensamiento que la problematizan, como el positivismo y la fenomenología.³ Daston menciona que, al menos desde el siglo XVII, los observadores científicos ya habían teorizado sobre sus prácticas, pues en las instituciones como la *Academia Naturae Curiosorum* o la *Royal Society of London* dependieron del reclutamiento y la contratación de observadores en las redes de correspondencia. Más tarde, en el siglo XVIII, la observación fue vista como una práctica esencial generalizada, un arte al servicio de la ciencia, pero después, en la mitad del siglo XIX, fue degradada al estatus de sierva del experimento en la filosofía de la ciencia.⁴

A comienzos del siglo XX los positivistas introdujeron una distinción tajante entre la inferencia y ver a simple vista, o lo que es lo mismo: la obser-

² Lorraine Daston, "On Scientific Observation", p. 97.

³ Ian Hacking, *Representar e intervenir*, p. 197.

⁴ Daston, "On Scientific Observation", p. 102.

vacación directa.⁵ Para algunos como Auguste Comte, Rudolf Carnap y Ernst Match, la realidad estaba constituida por todo aquello que era observable. Carnap y Match, en la búsqueda de un “lenguaje de observación neutral”, abrazaron la doctrina de los datos puros e inocentes de toda teoría.⁶ Estos positivistas utilizaron la lógica para analizar los enunciados de observación. Sin embargo, si nos referimos estrictamente a términos lógicos, entonces la observación se reduce a entidades teóricas que no son reales. Así que en lugar de analizar la realidad la redujeron a enunciados lógicos sumamente teóricos.⁷

La entrada a esta noción en la *Stanford Encyclopedia of Philosophy*, asevera que para los empiristas lógicos, las ciencias se distinguían unas de otras por la posibilidad, o no, que tuvieran de observar directamente a sus objetos de estudio; esto trajo consecuencias sobre la forma de considerar y distinguir las ciencias. Evidentemente, bajo esta premisa las ciencias naturales observaban directamente, mientras que las sociales no, entre ellas la historia. Sin embargo, estos empiristas lógicos tendieron a ignorar una distinción de larga data entre lo que es la observación y la experimentación, porque muchas de las ciencias no observan directamente sus objetos de estudio, sino que solamente pueden experimentar con ellos. En el caso de la experimentación lo observable empíricamente no es el objeto, sino los resultados.⁸

Alrededor de 1960, surgieron algunas perspectivas filosóficas que cuestionaron dicha noción. Norwood R. Hanson, en el capítulo “Observation” de su obra *Patterns of Discovery* (1958), plantea que no todos observamos las mismas cosas, porque la observación no se reduce a los procesos físicos que estimulan la visión, sino a la carga teórica que acompaña la experiencia de ésta. Es por eso que afirma que “son las personas las que ven, no sus ojos”.⁹ Por su parte, Thomas S. Kuhn en *The Structure of Scientific Revolutions* (1962) concuerda con Hanson en que la observación conlleva una carga

⁵ Hacking, *Representar e intervenir*, p. 197.

⁶ Daston, “On Scientific Observation”, p. 97.

⁷ Hacking, *Representar e intervenir*, p. 197.

⁸ James Bogen, “Theory and Observation in Science”, en *Stanford Encyclopedia of Philosophy*.

⁹ Norwood Russell Hanson, “Observación...”, en Olivé León y Ana Rosa Pérez Ransanz, p. 220.

teórica, y plantea que la observación es interpretada a través de paradigmas científicos, así que cuando cambia el paradigma se transforma la manera de ver y concebir el mundo.¹⁰

Otro enfoque en la filosofía de la ciencia fue el movimiento denominado *linguistic turn*, que planteaba que las teorías científicas eran estructuras de oraciones que debían ser probadas no con las cosas observadas, sino con otra serie de oraciones utilizadas para informar sobre observaciones derivadas de los experimentos realizados. Esta corriente también influyó en las ciencias sociales y las humanidades, y ya veremos de qué manera lo hizo en la historia específicamente. Claro está que este texto no pretende hacer una definición normativa de la noción, sino mostrar un acercamiento a las posiciones epistemológicas que han defendido algunas de las corrientes historiográficas contemporáneas con respecto al conocimiento histórico.

Asimismo, en las ciencias sociales se ha teorizado acerca de esta noción, sobre todo en la antropología y la sociología. Emile Durkheim ponía las primeras reglas sobre la observación en la sociología al considerar que los hechos sociales eran cosas, es decir reales, por tanto, “en efecto, es cosa todo lo que está dado, todo lo que se ofrece o, más bien, se impone a la observación”.¹¹ Sin embargo, la vida social no se puede alcanzar de forma directa, sino a través de una realidad fenoménica que la expresa. Pero, Durkheim creía que los “hechos más arbitrarios presentan al observador atento, rasgos de constancia y de regularidad, síntomas de su objetividad”.¹²

En 1948, Nicholas S. Timasheff, en su artículo “Observation in the Social Sciences” la define como “el marco de un esquema conceptual” a través del cual los hechos son establecidos, ya sea por la percepción o por introspección. Señala que la observación en las ciencias sociales es la única forma de tener acceso a los hechos, y que los enunciados forman la fundamentación de cada ciencia.¹³ Este autor distingue entre lo que es la observación directa, cuando el investigador tiene una experiencia inmediata del hecho,

¹⁰ Thomas S. Kuhn, “Las revoluciones como cambios de la concepción del mundo”, en Olivé León y Ana Rosa Pérez Ransanz (compiladores), pp. 253-254.

¹¹ Emile Durkheim, *Las reglas del método sociológico*, p. 68.

¹² Durkheim, *Las reglas...*, p. 69.

¹³ N. S. Timasheff, “Observation in the Social Sciences”, p. 259.

y cuando no tiene oportunidad, sino que conoce el hecho a través del testimonio de otra persona (informante).¹⁴

Por su parte, Henri Peretz, para el trabajo en la sociología menciona que “La observación directa consiste en ser testigo de los comportamientos sociales de individuos o grupos en los propios lugares de sus actividades o residencias, sin modificar su marcha ordinaria”.¹⁵ Ésta se distingue de la observación que es provocada por el investigador como “la de laboratorio o la de reuniones organizadas y animadas con el objeto de hacer reaccionar a un grupo preexistente (un taller, una clase, un servicio) o un grupo formado solamente para tal ocasión”.¹⁶

Ahora bien, hasta aquí se ha hablado de observación directa, tanto en las ciencias naturales como en las sociales, pero ¿qué sucede con aquella que es indirecta? En adelante hablaremos de ella, puesto que es la que define el trabajo del historiador.

La observación del pasado en la historiografía

En 1949, se publicó póstumamente un ensayo de Marc Bloch titulado “Observation”, incluido en su *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien*. En este texto, Bloch menciona que “el historiador se halla en la imposibilidad absoluta de comprobar por sí mismo los hechos que estudia. Ningún egipólogo ha visto a Ramsés. Ningún especialista en las guerras napoleónicas ha oído el cañón de Austerlitz. Por lo tanto, no podemos hablar de las épocas que nos han precedido sino recurriendo a los testimonios”.¹⁷ Hasta este punto es claro que Bloch está montado en una noción de observación directa e indirecta en la que, efectivamente, la observación del historiador no es directa, porque no puede observar los acontecimientos, sino que siempre es a través de los documentos históricos o de testimonios de otras personas.

¹⁴ Timasheff, “Observation...”, p. 259-260.

¹⁵ Henri Peretz, *Los métodos en sociología. La observación*, p. 20.

¹⁶ Peretz, *Los métodos...*, p. 21.

¹⁷ Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, p. 52.

Por eso, Bloch afirma que “toda información sobre cosas vistas está hecha en buena parte de cosas vistas por otro”.¹⁸

Por supuesto, como él mismo lo asevera, el pasado es inaccesible para cualquier ser humano; por tanto, el historiador no puede ver su objeto de estudio, no puede inspeccionarlo si no es a través de los documentos o huellas que ha dejado. Sin embargo, llama la atención que en el mismo capítulo se pregunte lo siguiente: ¿es seguro que la observación del pasado, incluso de un pasado muy remoto, sea siempre a tal punto “indirecta”?, pero sorprende mucho más la respuesta que otorga: “Los especialistas del método han entendido por conocimiento indirecto al que no alcanza al espíritu del historiador más que por el canal de espíritus humanos diferentes”.¹⁹ Pero “nuestro conocimiento de las inmolaciones murales en la antigua Siria no tiene nada de indirecto”.²⁰ De la misma forma, menciona que “otros vestigios del pasado que nos ofrecen un acceso igualmente llano”²¹ como los testimonios no escritos, y también de buen número de testimonios escritos.

Comenta que los documentos materiales no son los únicos que tienen el privilegio de poder ser captados directamente, pues “El pedernal tallado por el artesano de la Edad de Piedra, un rasgo del lenguaje, una regla de derecho incorporada en un texto, un rito fijado por un libro de ceremonias o representado en una estela, son otras tantas realidades que captamos y que explotamos con un esfuerzo de inteligencia estrictamente personal. Para ello no necesitamos recurrir a ningún intérprete, a ningún testigo”.²² Más aun, concluye aseverando que “no es cierto que el historiador se vea obligado a no saber lo que ocurre en su laboratorio, sino por las informaciones de un extraño. Es verdad que nunca llega hasta después de terminada la experiencia. Pero si las circunstancias lo favorecen, ésta habrá dejado residuos en sus ojos que no le será imposible percibir con sus propios ojos”.²³ Con lo anterior, parece que Bloch considera que el arqueólogo y el histo-

¹⁸ Bloch, *Apología...*, p. 53.

¹⁹ Bloch, *Apología...*, p. 56.

²⁰ Bloch, *Apología...*, p. 56.

²¹ Bloch, *Apología...*, p. 56.

²² Bloch, *Apología...*, p. 57.

²³ Bloch, *Apología...*, p. 57-58.

riador en algunas ocasiones no necesitan que el documento o el testigo sea el nexa objetivo entre ellos y el pasado.

Como podemos ver, parece un tanto confuso el argumento de Bloch, pues de acuerdo con la naturaleza del conocimiento histórico, esto no es posible, y para argumentarlo traeré a la palestra lo que dice Nicolás Timasheff en su artículo citado con antelación, en el que afirma que la observación se distingue de la evidencia testimonial y la evidencia contenida en las huellas históricas. Y que esto no debe ser confundido, puesto que la evidencia testimonial e histórica y el experimento son formas de acceso a los hechos o meramente modalidades de observación.²⁴ Por lo tanto, el historiador solamente puede observar indirectamente el pasado, pues observar las huellas escritas o los restos materiales de un evento, hecho o acontecimiento no es lo mismo que observar el acontecimiento. Técnicamente, la observación de los restos materiales sigue siendo indirecta y no directa como Bloch sugiere. Tanto las huellas materiales de los arqueólogos, como los testimonios que aportan los testigos al historiador y los documentos escritos tienen el mismo estatus observacional, el reino de lo indirecto.

Es verdad que aunque el historiador no puede observar directamente un acontecimiento del pasado, como señaló Marc Bloch,²⁵ no quiere decir que le sea imposible su conocimiento. La forma en que el historiador puede conocer lo que sucedió en el pasado es por medio de la evidencia y el razonamiento o inferencia que realiza al contemplarla. En este sentido, la evidencia es un medio de información a través del cual se puede llegar a conocer algo que no puede observarse (acontecimientos del pasado) y que se espera describir de forma precisa. Por lo tanto, el reto epistémico importante es ligar la evidencia con el objeto de estudio por medio del razonamiento inferencial. En pocas palabras, el historiador hace lo que menciona Bacon en el *Novum Organum*: “reducen lo no sensible a lo sensible; esto es, que hacen manifiestas las cosas que no son directamente perceptibles, por medio de otras que lo son”.²⁶

Aunque para Bloch la observación no es directa, es posible conocer el pasado por medio de la evidencia, pero para él no es problemática esa rela-

²⁴ Timasheff, “Observation...”, p. 259.

²⁵ Bloch, *Apología...*, p. 48.

²⁶ Francis Bacon, *Novum Organum*, p. 197.

ción. Una propuesta de problematización de la evidencia a través de la cual observa el historiador llega con Carlo Ginzburg, para quien la realidad no es dada, por el contrario, la considera opaca, pero no por ello es imposible su conocimiento. Ahora bien, la única forma en la que Ginzburg considera que se puede observar el pasado es a través del razonamiento inferencial que el historiador conecta con la evidencia. Como se trata de un razonamiento inferencial o hipotético, entonces prefiere hablar de signos, huellas o indicios que percibimos de la realidad, como lo hace en “Checking the evidence: the judge and the historian”, en el que afirma que los historiadores nunca tienen acceso directo a la realidad, sino únicamente a los indicios y las pruebas que permiten descifrarla.²⁷

Una pieza de evidencia histórica puede ser involuntaria (un cráneo, una huella, un vestigio de comida) o voluntaria (una crónica, un acta notarial, un tenedor). Pero en ambos casos, es necesario recurrir a un marco interpretativo específico que debe estar relacionado con un código específico de acuerdo al cual la evidencia ha sido construida. La evidencia de ambos casos puede ser comparada con un cristal distorsionado: sin un análisis profundo de estas distorsiones inherentes (los códigos según los cuales se han construido y debe ser percibidos) una reconstrucción histórica del sonido es imposible.²⁸

De esta forma, los indicios se convierten en el medio de información entre el historiador y dicha realidad, “la evidencia no es un medio transparente [...] una ventana abierta que da acceso directo a la realidad, pero tampoco es una pared, la cual por definición se opone al acceso a la realidad”.²⁹

Pero el hecho de que el historiador tenga la posibilidad de conocer el pasado por medio de los indicios, no quiere decir que las fuentes de información estén exentas de sesgos y distorsiones, por lo que él necesita estar atento de éstos para tratar de descifrar la realidad. Ginzburg problematiza la noción de indicios, por los cuales se posibilita el conocimiento histórico.

²⁷ Carlo Ginzburg, *Mitos, emblemas e indicios*, p. 162.

²⁸ Carlo Ginzburg, “Checking the evidence: the judge and the historian”, p. 84.

²⁹ Ginzburg, “Checking the evidence”, p. 83. También véase Davidson, “The epistemology of distorted evidence: problems around Carlo Ginzburg’s Historiography”, p. 149.

Para él no hay indicios, huellas o signos que sean neutrales, porque contienen un código cifrado de manera intencional por un actor del pasado que puede ser descifrado por otra persona (historiador) siempre y cuando tenga los marcos teóricos adecuados: “Códigos que parecían impenetrables pueden eventualmente ser descifrados, y nueva evidencia, codificada de nuevas formas, pueden arrojar luz sobre antigua evidencia. Cambiando nuestra interpretación de los códigos que se habían creído sin ambigüedad”.³⁰

Ahora bien, Ginzburg considera que la evidencia puede estar distorsionada por varios factores, pero incluso los documentos que proporcionan información falsa y subjetiva aportan datos importantes sobre el pasado. Asevera que la evidencia puede estar distorsionada por los marcos conceptuales con los que el historiador la revisa, la clasifica y le da un estatus de prueba, es decir por la noción de observación que ya está introyectada en el historiador. Esta noción contiene un marcado relativismo y escepticismo acerca del conocimiento histórico, pero Ginzburg cree en la posibilidad de obtenerlo por medio de las huellas que el pasado ha dejado tras de sí, propone que aunque la evidencia esté distorsionada siempre habrá alguna forma de descifrarla.³¹ En ese sentido, dice Ginzburg que “alcanzar la realidad histórica (o la realidad) directamente, es por definición imposible”,³² pero al mismo tiempo rechaza “la incognoscibilidad de la realidad” que suponga “caer en una forma de escepticismo perezosamente radical que es al mismo tiempo insostenible desde el punto de vista existencial y contradictoria desde el punto de vista lógico”.³³

Ahora bien, como lo mencionamos al inicio de este texto, la filosofía del *Lingüístic Turn* también influyó en las corrientes historiográficas, pues muchas de ellas comenzaron a observar no el pasado dado, sino los discursos sobre él, tanto en los documentos como en la narración del historiador mismo. Lawrence Stone planteó la vuelta a la narrativa, en la que los historiadores ponían más atención a la fase de la escritura, en la que se relataban los hechos y no solamente se explicaban, en la que se le dio preeminencia

³⁰ Davidson, “The epistemology...”, p. 152.

³¹ Ginzburg, “Checking the evidence”, p. 83.

³² Ginzburg, “Checking the evidence”, p. 83.

³³ Carlo Ginzburg, *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, p. 321.

a lo descriptivo antes que a lo analítico, destacándose lo literario antes que lo científico.³⁴

Por su parte, Hayden White en *Metahistory: the historical imagination in nineteenth-century Europe* (1973), consideraba que la historia no producía relatos verdaderos, sino discursos que contienen “verdad poética”, o mejor dicho, que son discursos retóricos. Los historiadores comunicaban estos relatos de diversas formas, las cuales clasificó en cuatro categorías: la metáfora, la sinécdoque, la metonimia y la ironía. Según él, el historiador realiza una reconstrucción imaginativa del pasado, que es “precognitiva” y “precrítica”, es decir, que se enfrenta al registro histórico factual no como un mero receptor pasivo, sino como portador de un conjunto de preconcepciones implícitas sobre la naturaleza y el sentido de la historia humana, y en consecuencia, lo que el historiador hace no es simplemente registrar y calcar los hechos y sus conexiones causales, sino organizarlos conceptual y significativamente en función de y mediante esas preconcepciones. Por lo tanto, las explicaciones históricas no derivan de los hechos mismos, sino de la incorporación de esos hechos a un patrón previo de representación o dispositivos lingüísticos para llevar a cabo la investigación y dar a conocer los resultados de ésta.³⁵ En esta propuesta epistémica ya no hay una pretensión de observación objetiva, así como tampoco un ideal regulativo como sería la verdad y, por lo tanto, se borran las fronteras entre lo que rige la ficción y lo que rige la historia, como la afirma Francois Dosse.³⁶

Dominick LaCapra defiende el *linguistic turn* en la historia intelectual, por considerar que permite romper con el externalismo e internalismo de los estudios históricos que se habían realizado anteriormente. Para LaCapra existen dos niveles de estudio en las obras históricas, el primero se refiere al “plano documental, que remite a la literalidad a lo fáctico, aquello de lo que da cuenta el observador cuando habla de una realidad empírica pasada y reconstruida”, y el otro plano, que remite a la parte interpretativa “de ima-

³⁴ Lawrence Stone, “El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia”, p. 120.

³⁵ Hayden White, *Metahistoria*, p. 9.

³⁶ Francois Dosse, “La historia intelectual después del *Linguistic Turn*”, p. 21.

ginación y de compromiso de una historia intelectual que establece un diálogo con el pasado a partir de las interrogantes del presente”.³⁷

Ahora bien, según Skinner “los textos eran *actos* comunicativos que dependían de las convenciones y los usos de su época para ser eficaces. Contenían argumentos con la intención de persuadir, y no sólo proposiciones sobre el mundo o expresiones de los estados anímicos interiores”.³⁸ Por lo tanto, en el caso de la historiografía, que como decía Marc Bloch “se hace con documentos”, pues no hay otra posibilidad que analizarlos como discursos que nos hablan de un contexto, pero que éste está constreñido a lo que los textos puedan informarle acerca de él. Esto definitivamente hace que la observación del historiador dependa completamente de los textos, en los que tratará de desentrañar, particularmente, las intenciones con las cuales esos textos fueron pensados y realizados. Esta situación trae consigo un escepticismo con respecto al conocimiento histórico, pues es evidente que se forma un círculo vicioso y virtuoso entre el texto y el contexto, reconstruido por los historiadores. Es por eso que Martin Jay dice lo siguiente:

En otras palabras, quizá no seamos capaces de entender un texto o documento sin contextualizarlo, pero los propios contextos sólo se preservan en residuos textuales o documentales, aun cuando incluyamos entre estos últimos los vestigios del pasado que no son lingüísticos. Y es preciso interpretar esos textos en el presente para establecer el supuesto contexto pasado que luego estará disponible para explicar otros textos.³⁹

En este sentido, la sentencia de Benedetto Croce viene muy *ad hoc* cuando dice que “toda historia es historia contemporánea”, porque los textos son interrogados desde el presente, y ya desde el aquí y el ahora se condiciona su interpretación.

Hasta aquí todas las posiciones que hemos mencionado consideran que, a pesar de que el historiador no puede observar directamente, sí existe la posibilidad de obtener conocimiento del contexto por medio de los

³⁷ Dosse, “La historia intelectual”, p. 25.

³⁸ Martin Jay, “La explicación histórica: reflexiones sobre los límites de la contextualización”, p. 146.

³⁹ Jay, “La explicación histórica...”, p. 146-147.

documentos, evidencias, huellas e indicios que ha dejado el pasado. Sin embargo, hay una posición que consideramos más radical por las consecuencias epistemológicas que entraña. En contraposición a la noción tradicional de observación planteada por los pensadores positivistas, en la que la observación es neutra, pura y objetiva, desde la teoría de sistemas, se adopta una noción de observación en la que el observador influye directamente en ella. En esta perspectiva es importante incorporar al observador en la observación del pasado, así que esto supone un giro epistémico. El observador se sitúa en un punto en el que puede observar algunas cosas y otras no, determinadas por su contexto social y cultural. Un observador de segundo orden sólo observa la observación de un observador, su propia observación o la observación de otros”.⁴⁰ En el caso de la historiografía se realiza una observación de segundo orden que es “un concepto constructivista que apunta a observar observaciones”.⁴¹

Ahora bien, como el historiador no puede observar directamente a los seres humanos que actuaron en el pasado, lo que construye es una descripción basada en observaciones de segundo orden. Incluso si el historiador hubiera observado directamente algún acontecimiento, de todas maneras el resultado narrativo de su experiencia sería una observación de segundo orden, porque realiza una observación inmediata, pero luego la narrativiza, y ese proceso ya es de segundo orden.

Alfonso Mendiola menciona, refiriéndose a la comunidad de historiadores: “Nosotros no explicamos el pasado; explicamos observaciones sobre el pasado”.⁴² Por su parte, Luhmann afirma que el “narrador aparece en lo que narra. Es observable como observador”.⁴³

De acuerdo con todo lo anterior, la narración como creación del historiador es una observación de segundo orden y una comunicación sobre el pasado. Como corolario resulta que no existe una realidad independiente

⁴⁰ Felipe Raglianti, “Comunicación de una observación de segundo orden: ¿cómo puede seleccionar el investigador sus herramientas?”, p. 303.

⁴¹ Raglianti, “Comunicación de una observación...”, p. 303.

⁴² Alfonso Mendiola, “El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado”, p. 511.

⁴³ Niklas Luhmann, *Observaciones de la modernidad. Racionalidad y contingencia en la sociedad moderna*, p. 70.

de la observación, no existe una realidad en sí, sino una observación dependiente de quien la observa. En la historiografía, lo real ya no es concebido como algo común, sino como algo que se puede ver desde distintos puntos de vista.⁴⁴

Luhmann hace notar que toda observación es una construcción de sentido comunicativo.⁴⁵ El mundo social está constituido por comunicaciones; por lo tanto, el historiador estudia comunicaciones que expresan experiencias individuales, así que la sociedad mira a través de comunicaciones.⁴⁶ En este sentido, el conocimiento no se considera como tal en tanto no es comunicado. Por lo tanto, la historia como un tipo de comunicación social está sujeta a criterios de validación que proviene y que comparte la comunidad de historiadores; en pocas palabras, las comunicaciones que ofrecen los historiadores son convenciones que construye dicha comunidad.

Ahora bien, en esta operación historiográfica los historiadores no describen el pasado, sino que realizan observaciones que describen ese pasado. Los materiales a los que el historiador tiene acceso determinan su observación, que no es una observación directa sobre el pasado a través de los elementos materiales, sino observaciones que realiza el historiador en el presente a observaciones que otra persona realizó en otro tiempo (en el pasado). Esto le da un carácter constructivista a la labor del historiador, no en el sentido de invención, sino de una actividad que fabrica observaciones sobre observaciones que se han hecho del pasado.

También, dentro de la historiografía ha surgido una corriente historiográfica que se le ha denominado historia del presente, pero ¿acaso estos dos términos no suenan contradictorios?: ¿historia, por un lado, y presente por el otro? Tradicionalmente se ha dicho que el pasado le compete al historiador, pero el presente ¿quién está autorizado para observarlo? Estamos hablando entonces, como dice Enzo Traverso, sobre historia y memoria, el campo de batalla de las ciencias sociales, pues cada una es parcela de diferentes disciplinas. Traverso define las dos nociones de la siguiente manera:

⁴⁴ Mendiola, "El giro historiográfico...", p. 513.

⁴⁵ Luhmann citado en Raglianti, "Comunicación de una observación", p. 304.

⁴⁶ Mendiola, "El giro historiográfico...", p. 511.

La memoria es un conjunto de recuerdos individuales y de representaciones colectivas del pasado. La historia, por su parte, es un discurso crítico sobre el pasado: una reconstrucción de los hechos y los acontecimientos pasados tendiente a su examen contextual y a su interpretación.⁴⁷

La historia se distanció de la memoria, como afirma Traverso, por considerarla un obstáculo para lograr convertirse en una ciencia, pues lo inmediato de la memoria resulta ser peligroso para ella, para lograr la tan ansiada objetividad que necesita el relato histórico y legitimarse como un discurso científico. La memoria es, entonces, una representación del pasado que se construye en el presente. Pero entonces ¿cómo distanciarse del presente para observarlo e investigarlo? Tal como lo afirman Marina Franco y Florencia Levin, no hay acuerdo en qué es lo que significa el pasado reciente del que se encarga la historia del presente; por lo tanto, sigue siendo un terreno en disputa esta corriente historiográfica.

Al respecto, Michel de Certeau introdujo el término “la operación historiográfica”, para describir la operación metodológica que realizaban los historiadores al tratar de investigar los acontecimientos del pasado. En esta operación se pone de manifiesto que la teoría y la práctica van de la mano, pues esta separación solamente ha sido posible mediante una operación analítica en la que, al menos en la historiografía, se le ha dado preeminencia a la práctica menospreciando la importancia que tiene la teoría en la constitución de la investigación histórica.

Michel de Certeau plantea tres dimensiones constitutivas del trabajo del historiador: la primera es el lugar social e institucional en el que se construye y se fabrica el conocimiento histórico; segunda, los procedimientos de la investigación de esta práctica y la tercera dimensión es la escritura de la historia. De Certeau considera que la historia es una actividad que trata de recuperar lo que permanece muerto, lo que está ausente para el historiador. Por supuesto, aquí se apela a las técnicas que utiliza el historiador para lograr investigar lo que está ausente, y para dar cuenta de ello se apega a las reglas de lo “no dicho” por la disciplina, pero que están implícitas en su quehacer. En este momento se apela al lugar desde donde se fabrica la pro-

⁴⁷ Enzo Traverso, *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, p. 282.

ducción historiográfica, es decir, el historiador no interroga los documentos sin un guión, los interroga siguiendo cierto tipo de reglas que han sido introyectadas a lo largo de su formación: esto es la observación.

Conclusiones

Después de todo este recorrido por algunas de las posiciones historiográficas del siglo xx, huelga decir que en cada una de ellas se encuentra subyacente una noción de observación; en varias de ellas se da por sentada, otras sí la hacen aparente. Ahora bien, esta noción dirige la observación que cada uno de los historiadores hace del pasado. Cabe señalar que a la vez que posibilita, también limita a los historiadores; puede ser muy fecunda para realizar interpretaciones novedosas sobre el pasado, pero también puede limitarlo para observar el pasado de manera diferente, pues solamente puede verlo bajo el aparato conceptual de la corriente historiográfica a la que esté adscrito.

Como hemos visto, la noción de observación no solamente ha cambiado en las ciencias, sino también en la historiografía, pues queda claro que se ha aceptado que el historiador ya no considera el pasado como algo dado, sino como una construcción que él realiza, en la que él es un observador más del pasado, siempre en un nivel de segundo orden, y por ende, se debe pensar la historiografía como un quehacer eminentemente constructor de realidades. Ya no solamente se acepta que la observación que hace el historiador es por naturaleza indirecta, sino que se acepta que, al ser de esta manera, queda condicionada por la mirada del historiador, quien establece la forma de concebir la relación entre la realidad, la verdad y la objetividad, y, al hacerlo, también constriñe la manera de pensar e interpretar el pasado.

Referencias

- Bloch, Marc. *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Bogen, James. "Theory and Observation in Science", en *Stanford Encyclopedia of Philosophy*, consultada en <https://plato.stanford.edu/>
- Certeau, Michel de. *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1999.
- Daston, Lorraine. "On Scientific Observation", en *Isis*, vol. 99, no. 1 (March 2008), pp. 97-110.
- Davidson, Arnold. "The epistemology of distorted evidence: problems around Carlo Ginzburg's Historiography" in *The emergence of sexuality: historical epistemology and the formation of concepts*. London, Harvard University Press, 2001, pp. 142-177.
- Dosse, Francois. "La historia intelectual después del *Linguistic Turn*", en *Historia y Grafía*, México, 2004, núm. 23, 17-54.
- Durkheim, Emile. *Las reglas del método sociológico*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Ginzburg, Carlo. "Checking the evidence: the judge and the historian" en *Critical Inquiry*, vol. 18, no. 1, (Autumn, 1991), pp. 79-92.
- _____. *Mitos, emblemas e indicios*, Barcelona, Gedisa, 1999.
- _____. *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Hacking, Ian. *Representar e intervenir*, México, Paidós / UNAM, 1996.
- Hanson, Norwood Russell. "Observación", en Olivé León y Ana Rosa Pérez Ransanz (compiladores), *Filosofía de la ciencia: teoría y observación*, México, Siglo XXI, 2005, pp. 216-252.
- Jay, Martin. "La explicación histórica: reflexiones sobre los límites de la contextualización", en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, núm. 16, 2012, 145-157.
- Kosso, Peter. "Observation of the Past", en *History and Theory*, vol. 31, no. 1 (feb., 1992), pp. 21-36.
- Kuhn, Thomas S. "Las revoluciones como cambios de la concepción del mundo", en Olivé León y Ana Rosa Pérez Ransanz (compiladores) *Filosofía de la ciencia: teoría y observación*, México, Siglo XXI, 2005, pp. 253-278.

- Luhmann, Nikkias. *Observaciones de la modernidad. Racionalidad y contingencia en la sociedad moderna*, Barcelona, Paidós, 1997.
- Mendiola, Alfonso. “El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado”, en *Historia y Grafía*, núm. 15, 2000, pp. 181-208.
- _____. “Hacia una teoría de la observación de observaciones: la historia cultural”, en *Historias*, núm. 60, 2005.
- Peretz, Henri. *Los métodos en sociología. La observación*, Quito-Ecuador, 2000.
- Raglianti, Felipe. “Comunicación de una observación de segundo orden: ¿cómo puede seleccionar el investigador sus herramientas?”, en *Cinta de Moebio*, núm. 27, 2006, pp. 303-313.
- Russell, Bertrand. *The Analysis of Mind*, London /New York, George Allen & Unwin LTD / The MacMillan Company, 1921.
- Stone, Lawrence. “El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia”, en *El pasado de la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Timasheff, N. S. “Observation in the Social Sciences” en *The American Catholic Sociological Review*, vol. 9, no. 4 (dec., 1948), pp. 259-271.
- White, Hayden. *Metahistoria*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

ERLEBNIS Y ERFAHRUNG: SOBRE EL CONCEPTO DE EXPERIENCIA EN WALTER BENJAMIN Y DOMINICK LACAPRA

Paulina Lizeth Chávez Santillán
Universidad de Guanajuato

Apunte etimológico y semántico

“**E**xperiencia” es una palabra que utilizamos a menudo en el lenguaje cotidiano para referirnos a algún tipo de saber o conocimiento que alguien tiene en un ámbito específico, ya sea por el trabajo y empeño dedicado en ello o por el tiempo que le ha otorgado a su realización. Con frecuencia se le relaciona con algo que el individuo tiene o de lo cual aprendió, restituyendo así una posesión o un carácter pedagógico; además, se habla de experiencia para referir un acontecimiento significativo en la vida humana, un haber pasado por algo fundamental que llega a definir un antes y un después en la historia personal o colectiva. Por otro lado, en el sentido de experimentar, se le relaciona con algo que uno hace a modo de experimento en las ciencias naturales bajo determinadas condiciones o elementos en el proceso. Estas son algunas de las formas con las que ordinariamente asociamos el término de experiencia; sin embargo, tal vocablo ha sido fuente de indagación filosófica desde la época de los griegos y hasta el momento actual.

La distinción platónica entre el mundo sensible y mundo inteligible podría equivaler a experiencia y razón, así la experiencia estaría sujeta al orden de lo cambiante más que a un conocimiento en estricto sentido. Para Aristóteles, la experiencia es la aprehensión de lo singular, sin la cual no habría posibilidad de ciencia. Ambos autores lo asocian a una determinada

práctica, ya sea intelectual en el reino de las ideas o como una habilidad para la ejecución de ciertos asuntos en la administración de la *polis*, respectivamente. “La palabra griega *experience* deriva directamente del latín *experientia*, que denota ‘juicio, prueba o experimento’”.¹ Hasta aquí, la experiencia se presenta vinculada a las sensaciones inmediatas y a una observación previa a toda reflexión, como opuesta a la razón, pero también se le asocia más a lo particular que a lo universal.

Martin Jay señala que un antecedente del concepto moderno de experiencia es otra palabra griega, a saber: *pathos*, aunque carezca del lazo etimológico. “Básicamente, *pathos* significa ‘algo que sucede’ en el sentido de lo que uno sufre o soporta. Cuando ‘experiencia’ adquiere el sentido de ‘experimento’, sus dimensiones prácticas se activan, pero cuando se vincula al *pathos* —es decir, al hecho de que la experiencia puede sobrevenirnos sin buscarla o desealarla— se destaca su dimensión pasiva”.² Esta acepción se encuentra estrechamente relacionada a la experiencia cuando se la categoriza por un haber pasado por algo por parte de un sujeto en un sentido existencial, en el transcurso de una vida, siendo ésta una de las acepciones por la que más nos interesaremos en el presente texto.

El historiador alemán Reinhart Koselleck, quien ha elaborado una teoría de los estratos del tiempo y de los modos de adquisición de la experiencia, además de investigar la historia de los conceptos, señala un cambio de significación de “experimentar” y de “experiencia” en la modernidad, puesto que antiguamente se destaca un carácter activo de estas palabras, ya que “experiencia significaba principalmente reconocimiento, investigación, examen”.³ En dicho sentido, se la sitúa próximo al griego *historein* “que —además de la narración secundaria— incluía reconocer e investigar”.⁴ El significado pasivo del vocablo tendrá lugar en la modernidad según Jacob Grimm: “De la significación originaria de experimentar se diferencia hoy casi siempre el mero percibir las cosas, sin que haya precedido un movimiento y una investigación”.⁵

¹ Martin Jay, *Cantos de experiencia: variaciones modernas sobre un tema universal*, p. 26.

² Jay, *Cantos de experiencia...*, p. 27.

³ Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, p. 43.

⁴ Koselleck, *Los estratos del tiempo...*, p. 44.

⁵ Koselleck, *Los estratos del tiempo...*, p. 44.

A partir de aquí, Koselleck destaca que se separaron dos actividades que antes estaban en un mismo término, es decir, “la experiencia como experiencia de la realidad vivida y la actividad intelectual en el sentido de la investigación histórica premoderna”.⁶ Sin embargo, estas actividades de la experiencia se habrán restituido, según el autor, a partir de 1780, en el concepto de historia (*Geschichte*), en tanto que designa la realidad experimentada como su conocimiento científico. Lo fundamental aquí sería la manera en que se unificaron experiencia y conocimiento, la impresión de la realidad a través de los sentidos y su investigación.

Además, en alemán la palabra experiencia posee dos nociones: *Erlebnis* y *Erfahrung*. La *Erlebnis* generalmente se traduce como experiencia vivida o vivencia y se caracteriza por la inmediatez. Al respecto, Jay esclarece más esta noción al señalar “que contiene la raíz de la palabra *Leben* (vida)” y a su vez que se encuentra implicada en el *Lebenswelt* (vida cotidiana), por lo que *Erlebnis* “puede sugerir, asimismo, una intensa y vital ruptura en la trama de la rutina cotidiana”. Por su parte, la noción de *Erfahrung* denota un tipo de experiencia integrada, reflexiva, acumulativa. Jay explica que:

También ha llegado a significar una noción de experiencia temporalmente más amplia, basada en un proceso de aprendizaje, en la integración de momentos discretos de la experiencia en un todo narrativo o en una aventura. Esta última visión, llamada en ocasiones una noción dialéctica de la experiencia, connota un movimiento progresivo, no siempre sin asperezas, a lo largo del tiempo, implicado por el *Fahrt* (viaje) inserto en *Erfahrung*, y por la conexión con la palabra “peligro” (*Gefahr*).⁷

Tal connotación de *Erfahrung* como un viaje a lo largo del tiempo está implicado también como *Fahren* en tanto conducir o llevar a, y encuentra eco en la afirmación de Koselleck acerca de lo que significa “hacer una experiencia”, a saber: “ir de aquí hacia allá para experimentar algo, se trata al mismo tiempo de un viaje de descubrimiento. Pero únicamente a partir del informe sobre ese viaje y de la reflexión del informe surge la historia como ciencia”.⁸

⁶ Koselleck, *Los estratos del tiempo...*, p. 44.

⁷ Jay, *Cantos de experiencia...*, p. 27.

⁸ Jay, *Cantos de experiencia...*, p. 36.

Consideramos necesario precisar estas nociones de experiencia, porque en este trabajo nos vamos a centrar en presentar algunos teóricos alemanes que se han inclinado por tal diferenciación del término, como Wilhelm Dilthey, Walter Benjamin o Reinhart Koselleck, y un norteamericano, Dominick LaCapra. Cabe resaltar desde ahora que el vocablo experiencia posee diferentes significados según se le indague en el devenir histórico y, de forma específica, en relación con los diferentes autores que se han interesado por él. Además, podríamos simplificar las connotaciones de la palabra experiencia que se van a sugerir en este trabajo, es decir, de manera activa y pasiva. La primera, cuando se la asocia al hecho de realizar un experimento o una prueba, es decir, se está haciendo algo; la segunda, como un pasar por algo que generalmente el individuo no busca, sino que le sucede, es decir, haber tenido una determinada experiencia y aprehender de ella a lo largo de una vida, en que se la piensa y reflexiona constantemente. De aquí también derivan los polos objetivo y subjetivo de la experiencia.

Una indagación elemental nos condujo a recurrir a un diccionario de filosofía y, en efecto, el término experiencia es usado en varios sentidos:

1. La aprehensión por un sujeto de una realidad, una forma de ser, un modo de hacer, una manera de vivir. La experiencia es entonces un modo de conocer algo inmediatamente antes de todo juicio formulado sobre lo aprehendido.
2. La aprehensión sensible de la realidad externa. Se dice entonces que tal realidad se da por medio de la experiencia, también por lo común antes de toda reflexión —y, como diría Husserl, pre-predicativamente.
3. La enseñanza adquirida con la práctica. Se habla entonces de la experiencia en un oficio y, en general, de la experiencia de la vida.
4. La confirmación de los juicios sobre la realidad por medio de una verificación, por lo usual sensible, de esta realidad. Se dice entonces que un juicio sobre la realidad es confirmable, o verificable, por medio de la experiencia.
5. El hecho de soportar o “sufrir” algo, como cuando se dice que se experimenta un dolor, una alegría, etc. En este último caso la experiencia aparece como un “hecho interno”⁹

⁹ José Ferrater, *Diccionario de filosofía*, p. 186.

Los dos primeros sentidos de experiencia se centran en la aprehensión sensible de la realidad por un sujeto, un estado previo a la formulación de un juicio; el tercer sentido es el que se usa coloquialmente como una práctica en la vida cotidiana, es decir, para alguien que es experto en algún ámbito se le considera con mucha experiencia; el cuarto sentido es el que más tiende a la objetividad porque exige la verificabilidad de los juicios por medio de la experimentación y la posterior emisión de los enunciados científicos; el quinto es el que relaciona a la experiencia con el *pathos*, generalmente más asociado a un sufrimiento que a algún estado placentero en el individuo que tiende a la introspección.

Es probable que una de las primeras consideraciones en torno a la experiencia como algo interno se encuentra en Agustín de Hipona, quien, a través de las reflexiones de su viaje espiritual contenidas en sus obras filosóficas y dogmáticas —principalmente en las *Confesiones*—, representa un testimonio de su fe, así como de cierta sabiduría acumulada. Jay considera que “la confianza de Agustín en la narración en primera persona y en el rol desempeñado por los propios recuerdos promovió el desarrollo de una práctica de examen introspectivo que tomaba en serio la experiencia”.¹⁰ Podríamos así comenzar a tender el puente entre experiencia, recuerdos y escritura que San Agustín heredó al pensamiento occidental.

La tradición medieval estuvo fuertemente influida por la filosofía de Platón y Aristóteles, para quienes la experiencia no podía considerarse una categoría epistemológica, puesto que no trascendía la contingencia de los eventos particulares, más acorde con la opinión que con la ciencia. Por tanto, el escolasticismo se enfocó en la búsqueda de verdades supremas impulsadas por Dios y por la demostración de su existencia, antes que por atender la relación de los creyentes con Dios, ámbito donde podría tener cabida la experiencia. Esto tendría lugar a partir de los umbrales de la modernidad, cuando el monopolio doctrinario de la Iglesia comenzó a desvanecerse, luego de la crítica de Martin Lutero a una religión cristiana que mantenía alejados a sus fieles, y propugnó un acercamiento a la cotidianidad de la comunidad piadosa.

¹⁰ Jay, *Cantos de experiencia...*, p. 34.

Además, el Renacimiento y la creciente corriente humanista prepararon el camino en que se fijaría la atención en la singularidad del hombre y de sus acontecimientos. En este contexto podríamos considerar que otro importante defensor de la experiencia de la gente común fue Michel de Montaigne, quien a través de sus *Ensayos* —cuya primera edición apareció en 1580 y fueron escritos cuando tenía 56 años— se encaminó en la meditación y reflexión sobre su vida, así como en el encuentro con los otros, además de incluir sus funciones burocráticas y diplomáticas en sus redacciones. Los *Ensayos*, como afirma Jay, “documentan su viaje de autodescubrimiento, así como sus observaciones extraordinariamente agudas de la condición humana”.

Concretamente, Montaigne dedicó uno de sus ensayos al tema que aquí nos convoca. Sin embargo, contrario a lo que podríamos suponer, no define claramente el término, sino que muestra varios ejemplos, comparte anécdotas y citas. Entonces uno accede a él por medio de la lectura. “De la experiencia” comienza con esta aseveración: “No hay deseo más natural que el del conocimiento. Los hombres ensayamos todos los medios que a ello nos pueden llevar, y cuando la razón nos falta empleamos la experiencia”.¹¹ Destaca así la negativa del autor a oponer razón y experiencia, proponiendo que ambas se complementan, puesto que la sola invocación de un razonamiento deductivo no permite apreciar el aprendizaje inserto en cada experiencia.

Se encuentra así un marcado carácter pedagógico. Por ello el autor hace participe a su audiencia de sus propias experiencias como servidor público, en especial en cuanto a la abstracción que alcanzan las leyes, aseverando que éstas deberían aproximarse mejor a los casos concretos. Propugna la infinita diversidad de las acciones humanas, la multiplicación y la mutación e incluso una condición pasajera en este empeño, por lo que su concepto de experiencia está separado de un significado unívoco, es más bien transitorio y hasta contradictorio:

Por experiencia se sabe que la multitud de interpretaciones disipan la verdad y la quebrantan. Aristóteles escribió para que lo entendieran, y si no lo

¹¹ Michael de Montaigne, *Ensayos completos*, p. 904.

logró, menos lo logrará un tercero, no tan hábil en sus propias ideas como el que las compuso. Abrimos y expandimos las materias; de un objeto hacemos mil y recaemos, multiplicando y dividiendo, en la infinidad de los átomos de Epicuro. Nunca dos hombres juzgarán análogamente la misma cosa y es imposible ver dos opiniones exactamente semejantes, no sólo en hombres diversos, sino en el mismo a diversas horas. Ordinariamente yo dejo de dudar en lo que el comentario no se dignó a tocar, y me muevo mejor en país llano, como los caballos, que trotan mejor sobre camino liso.¹²

Podríamos decir que el empeño en compartir sus experiencias está cifrado por la invitación a vivir una buena vida, conscientes de la incertidumbre y de la ambigüedad que caracterizan al mundo en el que de lo único que no podemos hacer experiencia es de la muerte: “Para morir, que es la mayor tarea que debemos realizar, la práctica no puede ayudarnos. Gracias al hábito y la experiencia, un hombre puede fortificarse contra el dolor, la vergüenza, la indigencia y otros accidentes similares; pero, en cuanto a la muerte, no podemos experimentarla más que una vez: todos somos aprendices cuando llegamos a ella”.¹³ Por ello, en el ensayo “Filosofar es aprender a morir” incita a pensar con más frecuencia en la muerte y quitarle así su extrañeza. En este sentido, se anticipa la tesis heideggeriana del ser para la muerte, así como a la enunciación de la experiencia límite como la denominarían otros autores del siglo xx —como LaCapra y Agamben—, en especial con respecto a acontecimientos extremos o traumáticos.

Otros pensadores modernos no se contentaron con la aceptación de la incertidumbre o el relativismo y apuntalaron sus esfuerzos en el encuentro de un conocimiento fiable tendiente al progreso, la realización de un proceso en el que la experiencia era sólo un apoyo al entendimiento, por lo que su valor no estribaba en sí misma como en Montaigne, sino en lo que podría aportar en el logro de un saber objetivo. Mentees como la de Francis Bacon y Rene Descartes sobresalen en esta empresa que comienza su búsqueda de un saber sistemático y universal del mundo externo que, sin duda, legaron a la cultura científica posterior, en especial a los racionalistas del siglo XVIII. A partir de aquí la invocación de la experiencia sería de for-

¹² Montaigne, *Ensayos completos*, p. 906.

¹³ Montaigne, *Ensayos completos*, p. 53.

ma ordenada y controlada como un “hacer” donde primó la realización de experimentos que condujeran a la obtención de hechos verificables, constituyéndose así un lazo epistemológico.

El interés creciente por la ciencia natural y el método científico, así como el funcionamiento mecánico y matemático del mundo, produjo que se distinguiera a la experiencia como un elemento dado que sirve para elaborar hipótesis y se colocó de tal manera en un registro distinto: “La experiencia fue reducida a un medio modesto y problemático, aunque indispensable, para conocer o, mejor dicho, para ‘comprender’ el mundo exterior [...] Más aún, el cuerpo vivo entendido como sede de la experiencia fue reemplazado por los cinco sentidos, en particular por el de la vista, como el vehículo privilegiado en la búsqueda de conocimiento ‘confiable’ (pero no seguro)”.¹⁴

Dicha preeminencia de la observación visual en las ciencias exactas trajo consecuencias a la experiencia, ya que la transformó en una etapa en la generación de conocimiento que buscaba alcanzar mayor fundamento, en tanto que no era posible una certeza absoluta. De aquí partió la tradición epistemológica, que tuvo su epítome en figuras como el filósofo Immanuel Kant. Sin embargo, cabe decir que la noción de experiencia a la que nos abocamos en este trabajo se encuentra más del lado de la interiorización del sujeto sensible que vive y siente, así como de un saber acumulado en el pasado.

Erlebnis y Erfahrung: la advertencia de Walter Benjamin acerca de la pérdida de la experiencia

Anteriormente habíamos mencionado como parte de la significación de la experiencia a una sabiduría que se acumula en el tiempo; además, es posible hablar de experiencia en la generación del conocimiento histórico, en tanto que el historiador se interesa por aquello que han experimentado los sujetos del pasado, pero así éste también se encuentra implicado en la medida en que sus experiencias vitales e intelectuales se trasladan en la búsqueda y elaboración de un relato histórico.

¹⁴ Jay, *Cantos de experiencia...*, p. 63.

A finales del siglo XIX y principios del XX se intentó reivindicar el concepto de experiencia en una manera más integrada y fuerte. En este proceso tuvo gran influencia el filósofo e historiador alemán Wilhelm Dilthey, quien popularizó el vocablo germano *Erlebnis*, valorándolo como una alternativa a *Erfahrung*. Además, se le reconoce como defensor de una cognición distinta entre las ciencias humanas o del espíritu —entre las que se encuentra la Historia— que comprenden e interpretan, y las ciencias naturales que explican.

Dilthey se interesó por los modos en que el historiador recaptura la experiencia pasada como *Erlebnis* (vivencia), puesto que conlleva una interioridad que implica las emociones y sufrimientos de los individuos, un acercamiento a la verdad de manera subjetiva, cualitativa y no cuantitativa, pero siempre vinculada con una realidad cultural. Al respecto escribió: “Una vivencia es un modo distintivo y característico en el cual la realidad está allí-para-mí. La vivencia no me enfrenta con algo percibido o representado; no me es dada, sino que la realidad de la vivencia está allí-para-mí porque tengo una conciencia reflexiva de ella, porque la poseo inmediatamente como algo que me pertenece en algún sentido”.¹⁵

Con anterioridad, hemos hecho referencia a una vertiente pasiva y activa de la experiencia, por un lado como una sensación o impresión que le acontece al sujeto, y por otro como pensamiento o etapa previa en el conocimiento de algo. Sin embargo, Dilthey criticó la reducción de la experiencia a cualquiera de éstas, ya que como escribió en la *Introducción a las ciencias del espíritu* (1883):

Por las venas del sujeto cognoscente que construyeron Locke, Hume y Kant no corre verdadera sangre, sino el diluido jugo de la razón como mera actividad mental. Pero el tratar con el hombre entero en la historia y en la psicología me llevó a ponerlo en la multiplicidad de sus facultades, como ese ente que quiere, siente y tiene representaciones, como fundamento del conocimiento y de sus conceptos (tales como mundo exterior, tiempo, sustancia, causa), aunque el conocimiento parece tejer sus conceptos sólo de la materia de la percepción, la imaginación y el pensamiento.¹⁶

¹⁵ Citado en Jay, *Cantos de experiencia...*, p. 267.

¹⁶ Citado en Jay, *Cantos de experiencia...*, p. 266.

En virtud a textos posteriores, se le ha considerado también un importante autor en la historia de la hermenéutica, puesto que el carácter relacional de la experiencia que entraña el encuentro con la otredad se manifiesta en el significado, como cuando afirmó que la vivencia “genera sus propias expresiones”.¹⁷ Para Jay, tales expresiones incluyen los enunciados lingüísticos, las acciones y los signos no verbales, como los gestos o el lenguaje corporal. Se trata entonces de descifrarlas e interpretarlas. Por ello es a través de la comprensión que podemos recuperar el pasado. Sin duda aquí, entre otras cosas, se presenta la conexión de la vivencia con la escritura, un pasaje por las narrativas de otros, que es uno de los medios privilegiados por medio de los cuales el historiador tiene acceso a experiencias pretéritas.

Walter Benjamin fue uno de los filósofos alemanes que más se interesó por la experiencia a lo largo de su obra. En su ensayo “Erfahrung”, escrito en 1913 a la edad de veintinueve años, nos permite acercarnos a sus consideraciones juveniles en torno al tema que aquí nos convoca. Podríamos decir que este primer Benjamin deplora la experiencia por oponerla a todo aquello que representan los padres, puesto que su perspectiva es generacional: “La máscara del adulto se llama ‘experiencia’. Siempre igual, inexpresiva, impenetrable. Este adulto ya lo ha vivido todo: la juventud, los ideales, las esperanzas, la mujer. Y todo era sólo una ilusión. A menudo estamos intimidados o amargados. Es posible que tenga razón el adulto. ¿Qué podemos nosotros contestarle? Todavía no tenemos experiencia”.¹⁸

La pretendida superioridad de los adultos pretende así enmascarar el hecho de que ellos también fueron jóvenes y tuvieron anhelos e ilusiones que fueron desvaneciéndose a lo largo de su vida, por eso deprecian los sueños y disparates juveniles que también ellos desearon y tuvieron, alegando que al pasar el tiempo, afirmaba Benjamin, no sin un acento irónico: “llegará la ‘gran experiencia’, los años de los compromisos, la pobreza de ideas y la falta de brío. Así es la vida. Eso nos dicen los adultos, así lo han experimentado ellos”.¹⁹

Ante esto, el joven Benjamin contrapone la existencia de valores inexperimentables a cuyo servicio se presta la generación a la que él pertenece,

¹⁷ Citado en Jay, *Cantos de experiencia...*, p. 269.

¹⁸ Walter Benjamin, *Obras, Libro II/vol. 1*, p. 54.

¹⁹ Benjamin, *Obras, Libro II/vol. 1*, p. 54.

a saber lo verdadero, lo bello, lo bueno, como cuando escribe: “Pero nosotros conocemos otra cosa que la experiencia ni nos otorga ni nos quita: que existe la verdad, aunque todo lo que se haya pensado hasta ahora resultara un error. O que hay que ser leal, aunque nadie lo haya sido aún hasta ahora. La experiencia no puede arrebatarnos esa voluntad”.²⁰ Según nuestra lectura, el autor puede ver incluso en el error un contenido positivo de la experiencia, por ello defiende el que los jóvenes puedan experimentar con plenitud aunque se equivoquen, pues asumió la perspectiva del filósofo Baruch Spinoza, para quien el error es un paso en la búsqueda de la verdad, lo cual se evidencia también en este ensayo en una cita de Schiller que Benjamin dirige al *filisteo*²¹: “Dígale que respete los sueños de su juventud cuando sea un hombre”.²²

En el fondo lo que critica el filósofo en la experiencia que han hecho los adultos es la carencia de sentido en la vida y la ausencia de espíritu que se expresa en la indolencia o en la brutalidad. Si bien concibe a la vida como “la suma de nuestras experiencias”,²³ éstas deberán de tener el contenido que le proporciona un espíritu libre que se encuentra en condiciones de crear, como el de los jóvenes. Para ellos, nada está dado de una vez por todas, el joven —puntualiza Benjamin— “quiere en cambio experimentar el espíritu; y cuanto más le cueste alcanzar lo grande, tanto más encontrará en su camino y en los seres humanos al espíritu”, concluyendo con una referencia a Nietzsche: “uno sólo se experimenta así mismo, dice al final de su camino Zaratustra”.²⁴

El joven Benjamin no ocultaba su desprecio por la experiencia del *filisteo*, por su desesperanza y la actitud acomodaticia que lo caracterizaba, las cuales lo conducían a arrebatar el entusiasmo a los jóvenes; sin embargo, no pensaba así por otros tipos de experiencia. Por ello es importante que citara

²⁰ Benjamin, *Obras, Libro II/vol. 1*, p. 55.

²¹ La palabra alemana *Philister* era utilizada desde finales del siglo XVIII por los estudiantes de universidad para referirse despectivamente a las personas de la generación de sus padres que, gozando de una situación económica acomodada, carecían de gusto artístico y literario y no se recataban en exhibir públicamente su mal gusto, Benjamin, *Obras, Libro II/vol. 1*, p. 17.

²² Citado Benjamin, *Obras, Libro II/vol. 1*, p. 56.

²³ Benjamin, *Obras, Libro II/vol. 1*, p. 55.

²⁴ Benjamin, *Obras, Libro II/vol. 1*, p. 56.

a Nietzsche; en la tercera parte de su obra se encuentra el discurso titulado “El viajero”, también traducido como “El caminante”, a propósito de la caminata solitaria que emprende Zaratustra a la cima de la montaña: “Yo soy un caminante y un escalador de montañas, decía a su corazón, no me gustan las llanuras, y parece que no puedo estarme sentado tranquilo largo tiempo. Y sea cual sea mi destino, sean cuales sean las vivencias que aún haya yo de experimentar, siempre habrá en ello un caminar y un escalar montañas; en última instancia uno no tiene vivencias más que de sí mismo”.²⁵

El tono despectivo que presenta Benjamin en torno a la experiencia del adulto se explica por su pertenencia a un movimiento estudiantil en Alemania que, en definitiva, no es exclusivo de un solo país, sino que se manifiesta en todo el mundo como esa actitud generalmente apasionada y desafiante de los jóvenes con relación a los valores establecidos. Se trata, en última instancia, de esa rebelión constante de la juventud contra la sociedad y el Estado. En el artículo intitulado “La bella durmiente”, publicado en la revista *Der Anfang* (El comienzo) en 1911 bajo el seudónimo de “Ardor”, Benjamin hace un llamado a que la juventud despierte y sea partícipe de la lucha que se ha entablado a su alrededor con respecto a la reforma pedagógica, al arte, en suma, la historia que ha de modelar tomando por ejemplo a los grandes, entre quienes situaba a Schiller, Goethe y Nietzsche, puntualizando que lo propiamente juvenil era “la fe en el ideal y el sacrificio que logra permanecer inquebrantable aunque el ideal sea irrealizable por completo o resulte incluso desdichado. (Pues a menudo la dicha y el ideal se muestran contrarios)”.²⁶ Enfrentaba justamente esto a la moralidad filistea que asociaba a la generación de sus padres.

En nuestro recorrido acerca de los cambios y permanencias que registró el filósofo alemán en diversos textos en torno a la experiencia, resulta interesante mencionar el ensayo “Sobre el programa de la filosofía futura”, escrito en 1917, en el que se avoca a establecer los elementos que habrían de definir una filosofía venidera recuperando a Platón y principalmente a Kant por ser quienes más se ocuparon de formular una justificación del conocimiento, pero con el objeto de fundamentar epistemológicamente un

²⁵ Friedrich Nietzsche, *Así hablaba Zaratustra*, p. 133.

²⁶ Benjamin, *Obras, Libro II...*, p. 12.

concepto superior de experiencia en relación a como había quedado establecido en el iluminismo, es decir, llenar ésta de contenido y significación, más allá de representar sólo una de las etapas en la generación de conocimiento o de proporcionar el material para su concepto, mayormente de orientación matemático-mecánica.

El programa de investigación filosófica que Benjamin planteaba como operación correctiva se centraba en poner el conocimiento en relación con el lenguaje, es decir, “crear, sobre la base del sistema kantiano, un concepto de conocimiento al que corresponda el concepto de una experiencia de la que el conocimiento sea la teoría”.²⁷ Puesto que todo conocimiento se expresa lingüísticamente, éste tendría que construir sistemáticamente el cúmulo de significaciones que ofrece la experiencia en su multiplicidad.

Según Martin Jay, Benjamin “no deja nunca de repetir que aún valía la pena luchar por una noción diferente de experiencia”,²⁸ a pesar del estallido de la Primera Guerra Mundial y de su desilusión con respecto al movimiento estudiantil —del que formó parte— que se adhirió al nacionalismo alemán. Sin embargo, tales acontecimientos modificaron la perspectiva que tenía el autor de la “Erfahrung” y dejaron una impronta en la escritura de ensayos posteriores que se caracterizaron por el anuncio de una crisis de experiencia en la posguerra, o un lamento por la pérdida de experiencia que a su vez se asoció a una actitud redentora en el sentido de una oportunidad para comenzar de nuevo.

El artículo “Experiencia y pobreza”, publicado durante su primer año de exilio en 1933, inicia con una referencia a una fábula de Esopo llamada “El labrador y sus hijos”, en la que un anciano lega una experiencia a sus descendientes, a saber, “la riqueza no está en el oro, sino en el esfuerzo”.²⁹ Benjamin afirmaba:

Ahí estaba muy claro qué representaba la experiencia: los mayores se la daban a los jóvenes. De manera concisa: con la autoridad de la edad, con refranes; de modo más prolijo: con su locuacidad y con historias; contando a veces cuentos de otros países, junto a la chimenea, delante de los hijos y

²⁷ Benjamin, *Obras, Libro II...*, p. 172.

²⁸ Jay, *Cantos de experiencia...*, p. 369.

²⁹ Benjamin, *Obras, Libro II...*, p. 217.

los nietos. ¿Qué fue de todo eso? ¿Dónde podemos encontrar a alguien que sepa aún relatar bien algo? ¿Dónde hay moribundos que digan frases que pasen de generación en generación, al modo de un anillo? ¿Quién se acuerda ahora de un refrán? ¿Y quién intentará despachar a la juventud apelando así a su experiencia?³⁰

A partir de este ensayo, Benjamin eludió el tono peyorativo que había caracterizado al texto escrito hacia dos décadas. Podríamos afirmar que en su conversión de ideas asoció a la *Erfahrung* con un saber pretérito que es transmitido a través de los relatos orales y los cuentos, los proverbios y refranes, así como con las historias que se transmiten de boca en boca. Posteriormente, veremos cómo introducirá a la narrativa en su discurso como otro medio privilegiado de acumulación de la experiencia.

Si en Dilthey pudimos notar una predilección por la *Erlbenis*, en Benjamin definitivamente se trata de *Erfahrung*, puesto que defendía esta versión de la experiencia por ser algo que se vive en el transcurso del tiempo y no de forma inmediata: “No hay error más grande que interpretar la experiencia —en el sentido de vivencia— conforme al modelo en que se basan las ciencias naturales. Lo decisivo no son las conexiones causales establecidas a lo largo del tiempo, sino las similitudes que han sido vividas”.³¹ Cuestionó así la supuesta fidelidad de la inmediatez de la experiencia vivida y con ello a la *Lebensphilosophie* de principios del siglo xx que representaron un Husserl o un Bergson. Las semejanzas que se manifiestan y repiten en la vida de un individuo resultan operativas en la medida en que es posible obtener un aprendizaje de ellas, una enseñanza que viene del pasado para aplicarse en el futuro.

En el citado ensayo, la pobreza de la experiencia es enunciada en diferentes momentos y también dista un poco su significado. En un sentido, se manifiesta en el enmudecimiento de la gente que venía del frente en el contexto de la Primera Guerra Mundial, que regresaba “no más rica en experiencia comunicable, sino mucho más pobre”.³² La llamada *Fronterlebnis* resultó devastadora para una generación que de pronto encontró su frágil

³⁰ Benjamin, *Obras, Libro II...*, p. 217.

³¹ Citado en Jay, *Cantos de experiencia...*, p. 380.

³² Benjamin, *Obras, Libro II...*, p. 217.

cuerpo en medio de “un campo de fuerzas de explosiones y torrentes destructivos”.³³ De tal manera fue evidente que el despliegue de la técnica trajo miseria, una pobreza de la experiencia que, según Benjamin, “no es sólo de experiencias privadas, sino de experiencias de la humanidad. Es, por tanto, una especie de nueva barbarie”.³⁴

Así es como el filósofo comenzó a manifestar un carácter redentor o positivo de tales experiencias que enseñaron una importante lección a los hombres y mujeres, es decir, comenzar de nuevo y saber arreglárselas con poco y mirando siempre hacia adelante. Una alternativa a la barbarie, ya que hace referencia a una especie de “tabla rasa”, constructores como Descartes, Einstein o Paul Klee, con relación a la filosofía moderna, la física newtoniana y el arte. Incluso, al propio Benjamin podríamos considerarlo como un constructor con respecto a la epistemología kantiana, base sobre la cual pretendió afincar un concepto superior de experiencia. Periféricamente, cabe mencionar la fascinación de Benjamin por la pintura *Angelus Novus* (1920), que adquirió en el verano de 1921 y lo acompañaría hasta el final de sus días.

Benjamin ensalzó la manera en que un pintor como Klee, un arquitecto como Adolf Loos o un escritor como Paul Scheerbart se alejaron de la imagen del hombre tradicional “siempre solemne y noble, adornado con todas las diversas ofrendas del pasado”³⁵ para aproximarse a la desnudez del hombre contemporáneo que se hizo consciente de su frágil cuerpo en la gran guerra. Criticó las habitaciones burguesas de la década de 1880, en las que no había rincón alguno en el que sus habitantes no hubieran dejado sus marcas a través de la elección y cantidad del mobiliario, así como su decoración, que representaba la impronta de su vida misma, “la huella de sus días terrenales”³⁶ —un guiño a la obra de Goethe— y las comparaba con las viviendas en las que Paul Scheerbart aloja a sus personajes, a saber, en casas móviles de cristal que son adecuadas para el hombre que allí habita según su posición social y colocándose como el constructor de una nueva realidad. Por medio de esta referencia a la novela *La arquitectura de cristal*, de 1914,

³³ Benjamin, *Obras, Libro II...*, p. 217.

³⁴ Benjamin, *Obras, Libro II...*, p. 218.

³⁵ Benjamin, *Obras, Libro II...*, p. 219.

³⁶ Benjamin, *Obras, Libro II...*, p. 220.

Benjamin expresó una frase que consideramos reveladora: “El cristal es el enemigo del misterio, y es también enemigo de la propiedad”.³⁷

A partir de aquí podemos comprender otro sentido que otorga a la pobreza de la experiencia cuando menciona: “No hay que entenderlo en el sentido de que la gente desee una experiencia nueva. No, bien al contrario: quieren librarse de las experiencias, desean un entorno en el que puedan manifestar sin más, pura y claramente, su pobreza (exterior e interior), es decir, que surja algo decente”.³⁸ Advertimos aquí una valoración del autor ante la crisis de la experiencia, puesto que la barbarie ha destruido la cultura como herencia de la humanidad; además, ante el hartazgo de las complicaciones y el sufrimiento de la vida cotidiana y la gran distancia entre los anhelos y los medios para llevarlos a cabo, él opone: “una existencia que se satisface en cada momento de la manera más simple y más sencilla y, al mismo tiempo, la más confortable”.³⁹

Al final del artículo, Benjamin recobra el lamento por la pobreza de la experiencia, especialmente porque anunció la aproximación de una crisis económica y de la próxima guerra, lo cual no deja de resultar loable, pues nos indica la sensibilidad y lucidez que caracterizó a un autor pendiente de los acontecimientos más importantes de su época. Fue su *Erfahrung*, la suma de sus experiencias, que hubieron de tender un puente hacia el riesgoso futuro que tendría sus más atroces consecuencias con el ascenso de los nazis al poder. De alguna manera, el filósofo vislumbró la catástrofe humana, como nos parece señalar en la siguiente cita:

Aguantar hoy se ha convertido en cosa de unos cuantos poderosos, que Dios sabe que no son más humanos que la mayoría; suelen ser más bárbaros, pero no en la buena forma. Y los otros tienen que arreglárselas, una vez más, con poco. Recurren a los hombres que han hecho su causa de lo completamente nuevo y que, además, lo basan en el conocimiento y la renuncia.

³⁷ Benjamin, *Obras, Libro II...*, p. 220. Un estilo arquitectónico nuevo e ideado por Adolf Loos y Le Corbusier afincado sobre el cristal y la Bauhaus sobre el acero. Al respecto, Benjamin afirmó que “han creado espacios en los que es muy difícil dejar huellas”.

³⁸ Benjamin, *Obras, Libro II...*, p. 221.

³⁹ Benjamin, *Obras, Libro II...*, p. 221.

En sus edificios, sus cuadros y sus historias, la humanidad se prepara para sobrevivir a la cultura, si es que esto le fuera necesario.⁴⁰

Cabe hacer notar un giro histórico-político en la noción de experiencia que expresa el filósofo alemán en la década de los treinta. Además, podemos afirmar que buena parte del desencanto del mundo moderno se manifestó en Benjamin en el argumento de crisis o pérdida de la experiencia, que había relacionado con la escasez de las experiencias que se comparten de boca en boca o por medio de los cuentos, los refranes y los proverbios. En el ensayo “El narrador. Consideraciones sobre la obra de Nikolai Leskov” (1936), advirtió un medio más de acumulación de la experiencia, a saber, la narración, que se hallaba también en vías de extinción.

Las causas del declive podemos ubicarlas en el enmudecimiento de la gente que regresó de la Primera Guerra Mundial, un empobrecimiento de la experiencia que ya hemos tratado en este trabajo, pero que retomaremos en líneas posteriores. También, en la incapacidad de contar bien algo y de dar o tomar un consejo. Al respecto, Benjamin señaló las dificultades que las personas encuentran para narrar algo en voz alta y que se han decantado por la inmediatez de la experiencia, léase *Erlebnis*, antes que, por una *Erfahrung*, como se expresa en el consejo:

El consejo no es tanto respuesta a una interrogante, como una propuesta ligada a la secuencia de una historia que se va desarrollando. Para poder obtenerlo, es necesario previamente poder contarla (prescindiendo de que el hombre sólo acepta un consejo en la medida en que permite expresar su situación). El consejo entretejido en la tela de la vida vivida es sabiduría. El arte de narrar se acerca a su fin, porque el lado épico de la verdad, la sabiduría, está en trance de desaparecer.⁴¹

Para Benjamin, la narración posee una utilidad práctica, entraña una lección, recomendación, o moraleja, por ello el narrador es un proveedor de consejos encarnado en dos tipos arcaicos de la que se han desprendido

⁴⁰ Benjamin, *Obras, Libro II...*, p. 222.

⁴¹ Walter Benjamin, *Sobre el programa de la filosofía futura y otros ensayos*, p. 192.

dos estirpes de narradores, a saber, el mercader y el aldeano o campesino: “Cuando se sale de viaje, bien se puede contar algo, dice un dicho popular y piensa en el narrador como alguien que viene de lejos. Pero también se presta oídos a quien, comiendo bien, se mantiene en el país y conoce sus historias y tradiciones”.⁴² Por tanto, además de escuchar, se requiere retener las experiencias que se transmiten de forma oral para luego ser llevadas a un soporte escritural. De tal manera, el filósofo creyó encontrar en Nikolai Leskov al narrador por excelencia, un hombre que, debido a su cargo, viajó por Rusia observando, escuchando y conociendo a su gente, que posteriormente ilustraría en su literatura.

“El narrador toma lo que narra de la experiencia, sea la propia o una que le ha sido transmitida. Y la trasmite como experiencia para aquellos que oyen su historia”,⁴³ afirmó Benjamin; he aquí el germen de las historias que comienzan con un narrador en primera o tercera persona, quien inicia su relato haciendo alusión a un referente externo del cual escuchó lo que a continuación va a contarnos. De cualquier manera allí se encuentran sus propias huellas, ya sea por tratarse de algo que se haya vivido en persona o por haberlo escuchado de algún otro.

Nuevamente aquí podemos resaltar el valor otorgado a la experiencia compartida, y el lamento de Benjamin por dicha pérdida, la cual implicaba elementos relacionados con la memoria, es decir, la capacidad de retención y selección, la tradición oral o la temporalidad.

Además, incluye otros aspectos como las consecuencias de la técnica en la cultura. Con el desarrollo de la burguesía se consolidó el dominio de la prensa, lo cual contribuyó, según Benjamin, a la aparición de una nueva forma de comunicación, a saber la información. Todos somos partícipes día tras día de una buena cantidad de noticias locales, nacionales o internacionales, las cuales tienen el deber de presentarse como plausibles y, sin embargo, “somos notablemente pobres en historias extraordinarias”.⁴⁴ Benjamin atribuyó esto a la necesaria explicación con que todo lo dicho debe ser plenamente justificado, lo cual nos ha conducido a participar cada vez menos de lo maravilloso.

⁴² Benjamin, *Sobre el programa...*, p. 190.

⁴³ Benjamin, *Sobre el programa...*, p. 193.

⁴⁴ Benjamin, *Sobre el programa...*, p. 194.

La sustitución del trabajo artesanal por el industrial, así como la migración del campo a la ciudad también contribuyeron a disminuir la comunidad de odores de historias, debido a que las actividades relacionadas con el aburrimiento dejaron de realizarse cada vez más para ocuparse del trabajo de las fábricas, así como de todas las exigencias de la vida moderna. Para Benjamin, “relatar historias es el arte de saber seguir contándolas, y se pierde cuando las historias ya dejan de ser retenidas. Se pierde porque ya ni se hila ni se teje en el telar, mientras se las escucha”.⁴⁵ Ello lo relacionaría hacia el final de su ensayo con la coordinación de alma, ojo y mano, a propósito de una cita de Paul Valéry,⁴⁶ las cuales determinaron una praxis cada vez menos corriente, es decir, la del trabajo artesanal que estuvo unida durante mucho tiempo al arte de narrar.

Consideramos haber expresado claramente que para el filósofo alemán la experiencia no es únicamente un dato del mundo o una etapa en la generación de conocimiento, no un *en-sí*, al contrario, un *para-sí*, de lo acaecido en el curso de una vida, de lo cual deriva su distinción determinante entre las dos versiones de experiencia: *Erlebnis* y *Erfahrung*. La primera se consume en el instante de la vivencia. No obstante, la constitución de la experiencia como *Erfahrung* requiere una distancia temporal en la relación del sujeto con lo vivido. En este sentido, Benjamin se preguntaba si la relación del narrador con la vida humana es artesanal, es decir: “si su función no reside justamente en elaborar, de una manera sólida, útil y única, la materia prima de la experiencia: de la experiencia propia y de la ajena”.⁴⁷

⁴⁵ Benjamin, *Sobre el programa...*, p. 196.

⁴⁶ “La observación artística —sostiene al observar a una artista cuya obra consiste en bordados figurativos en seda— puede alcanzar una profundidad casi mística. Los objetos sobre los cuales recae pierden su nombre. Las sombras y la claridad configuran sistemas especiales, plantean interrogantes propios que no corresponden a ninguna ciencia ni provienen de ninguna técnica práctica, sino que alcanzan existencia y valor a partir de ciertos acordes que alguien ha establecido entre el alma, el ojo y la mano, acordes que se perciben en el propio fuero íntimo y que la artista ha nacido para evocar”. Benjamin, *Sobre el programa...*, p. 211.

⁴⁷ Benjamin, *Sobre el programa...*, p. 211.

Historia, experiencia y trauma en Dominick LaCapra

El historiador estadounidense Dominick LaCapra, destacado en la historia intelectual, así como en la integración de la teoría crítica en sus trabajos, especialmente en aquellos dedicados al estudio del trauma y del holocausto, se ha interesado también por la experiencia en la comprensión histórica y anunció la aparición de un giro experiencial acaecido en la década de los noventa, que ha motivado a los historiadores a la “recuperación de las voces y experiencias de los grupos subordinados u oprimidos, de los que quizá no ha quedado rastro suficiente en los documentos e historias oficiales”.⁴⁸ Con anterioridad, ya la historia social o la historia cultural, los estudios subalternos e incluso la nueva historia política se habían ocupado de este rescate, cada una con metodologías diversas, pero buscando la voz del oprimido, del vencido, de aquellos que no habían aparecido en la imagen del pasado.

Sin embargo, quizá lo más importante del llamado giro experiencial sea justamente enfocar su análisis en la categoría de experiencia como un “haber pasado por algo” de los individuos y estar así en condiciones de hablar sobre ello, pues alude tanto a los que han tenido la experiencia como a los que se identifican o empatizan con ella, aunque en un nivel distinto se trata de un proceso que conlleva una respuesta digamos afectiva y no sólo cognitiva para comprender al otro, así sea medianamente. Esta sería la idea más básica que subyace a la experiencia que han hecho las personas cuya acumulación se inserta en el devenir y que, además, se une a la categoría de testimonio en tanto que el que experimenta es un testigo que da cuenta.

En *Historia en tránsito: experiencia, identidad, teoría crítica* (2006), LaCapra enlista los significados que el *Oxford English Dictionary* otorga al concepto de experiencia, que el autor problematiza esencialmente debido a que dichos significados mantienen una tensión constante. Sin embargo, de éstos, consideramos que el que se acerca más a la perspectiva que hemos explicado en este ensayo sería el cuarto significado: “El hecho de ser sujeto consciente de un estado o una condición, o de ser conscientemente afectado”.

⁴⁸ Dominick LaCapra, *Historia en tránsito: experiencia, identidad y teoría crítica*, p. 17.

tado por un acontecimiento. Una instancia de esto; un estado o condición visto subjetivamente; un acontecimiento que afecta al sujeto”.⁴⁹

Uno de los problemas de esta acepción es el sentido de subjetividad al que conduce, que está en oposición al sentido de objetividad al cual la historia como disciplina se comprometió al menos desde hace un siglo. Sin embargo, no debemos olvidar que la historiografía tiene su razón de ser precisamente en la historicidad de los modos de investigación del pasado, por lo que las condiciones actuales han llevado a propugnar una historia que atienda aún más a la particularidad, desde el sujeto mismo. Ello atañe a los procesos experienciales que —según LaCapra— deben llevar consigo la prueba de la realidad, es decir, sus propias reivindicaciones de verdad que van más allá del registro objetivo o exacto de un suceso, así como su relación con la elaboración de conflictos. En este sentido, cabe mencionar que los procesos estructurales cuantificables en la historia, como podrían ser la fluctuación de los precios o el aumento de la población, tienen efectos experienciales en las personas, como ser un marginado o un migrante.

Vayamos un poco atrás para retomar la *Fronterlebnis*, el regreso a los hogares de aquellos soldados que participaron en la Primera Guerra Mundial, un retorno que se caracterizó por el mutismo de quienes padecieron tales acontecimientos, como explicamos en el apartado anterior. Más allá de la dificultad de hablar de lo visto o de lo sentido, dado lo tremendo y doloroso de los hechos, Benjamin interpretó en este silencio la pérdida de la capacidad de intercambiar experiencias, lo cual se debió a la perturbación y al caos que ocasionó lo vivido.

A pesar del silencio de estos hombres, allí residió una experiencia con un potencial indescriptible, en un primer momento, cuando la posibilidad de una historia se encontraba en riesgo latente. Pero, dado que en la comunicabilidad de la experiencia se encuentra el germen de cualquier historia, debería lograrse —en todo momento— superar la indecibilidad muy frecuente en acontecimientos traumáticos. En este sentido, LaCapra recobra al filósofo alemán y señala la distinción que hace Benjamin entre *Erlebnis* y *Erfahrung*, interpretándolas de la siguiente forma:

⁴⁹ LaCapra, *Historia en tránsito...*, p. 64.

Erlebnis era experiencia no integrada, como la del impacto del trauma, por ejemplo, en la famosa e infame *Fronterlebnis*: la experiencia traumática (a menudo transvalorada para convertirla en extática o sublime) de los soldados en el frente durante la Primera Guerra Mundial. *Erfahrung* era experiencia relativamente integrada, vinculada con procedimientos tales como la narración o el relato de historias.⁵⁰

Para LaCapra, la cuestión del trauma y su relación con la historiografía es un problema que merece atención, específicamente cuando se hace un llamado al concepto de experiencia y haciendo uso del lenguaje psicoanalítico; equi-para *Erlebnis* con la reactuación, es decir, la compulsión de repetición de lo acaecido en el pasado que sufren aquellos que han vivido traumas severos, y la *Erfahrung* con los procesos de elaboración, entre los que se encuentran la narración, el duelo, el pensamiento y la práctica críticos. Partiendo de la distinción benjaminiana de experiencia argumenta:

El trauma, el *acting out* postraumático, el volver a vivir la situación o a ponerla en escena son modalidades de *Erlebnis*, “experiencia” caótica que a menudo implica una desorientación radical. La elaboración es un tipo de *Erfahrung* que no es necesario ver desde una concepción hegeliana estereotipada como si implicara una superación dialéctica plena o clausura narrativa.⁵¹

Además, realiza una distinción entre acontecimiento traumático y experiencia traumática, en tanto que el primero es datable, se ubica en el pasado, y la segunda es evasiva y puede trasladarse del pasado al presente y obstaculizar el futuro por tratarse de un pasado que no se ha cerrado. Al respecto destaca que “en la memoria traumática, el pasado no es historia pasada y superada. Continúa vivo en el nivel experiencial y atormenta o posee al yo o a la comunidad (en el caso de acontecimientos traumáticos compartidos). Es necesario elaborarlo para poder recordarlo con cierto grado de perspectiva crítica y control consciente que permita la supervivencia y, en el mejor de

⁵⁰ LaCapra, *Historia en tránsito...*, p. 82.

⁵¹ Dominick LaCapra, *Escribir la historia, escribir el trauma*, p. 46.

los casos, la capacidad de acción ética y política en el presente”.⁵² Al historiador norteamericano le preocupa de manera concreta la imposibilidad de llegar a un acuerdo con el pasado si el trauma no es atendido o elaborado, entorpeciendo así la construcción de las demandas sociales y existenciales del presente, así como la distinción no conflictiva entre temporalidades que permitan la construcción de un futuro más o menos abierto.

En relación con la experiencia y a la identidad, LaCapra también señala el trauma fundante para la vida de ciertos individuos y grupos, entendido como un acontecimiento límite o extremo que llega a convertirse en la base de una identidad individual o colectiva. Uno de los ejemplos quizá más emblemático sería el Holocausto, como marca identitaria de los sobrevivientes; como advierte el autor, también de los que nacieron después, pues no desestima la cuestión de la experiencia como un asunto transgeneracional y empático:

Las personas traumatizadas por sucesos límite, así como las que manifiestan empatía con ellas, pueden resistirse a la elaboración por algo que podríamos calificar de fidelidad al trauma, el sentimiento de que uno debe serle fiel de algún modo. Quizá parte de esta sensación provenga del sentimiento melancólico de que, elaborando el pasado para poder sobrevivir o participar nuevamente de la vida, uno traiciona a los que quedaron aniquilados o destruidos por el pasado traumático.⁵³

Bajo esta clave se puede entender a los sobrevivientes de experiencias límite que son capaces de mostrar empatía con otros que han padecido en circunstancias similares. Además, comprender el suicidio como la determinación final a un sentimiento de culpa o de vergüenza que ha acompañado a muchos de ellos, como a Primo Levi, Jean Améry o Paul Celan, quienes al no lograr desprenderse del trauma personal ni de los que perecieron, optaron por la decisión de terminar con su vida. Sin embargo, ello no significa que no hayan intentado alcanzar una clausura como lo evidencia el trabajo de escritura que realizaron, a saber: testimonial, ensayístico y poético, respec-

⁵² LaCapra, *Historia en tránsito...*, p. 83.

⁵³ LaCapra, *Escribir la historia...*, p. 46.

tivamente, que aquí estamos equiparando con procesos de elaboración de la experiencia y del trauma.

Uno de los principales aportes del historiador norteamericano es una serie de problemas relativos a la experiencia, entre los que destaca el trauma, la memoria, la empatía, el inconsciente, los procesos estructurales, la objetividad, etc. Con respecto a la memoria, que se relaciona con el trauma, podemos destacar que también forma parte fundamental de la experiencia, puesto que encuentra su significación en la correlación entre recuerdo y olvido, así como en la manera en cómo se recuerda, es decir, aquello que es seleccionado con el fin de construir narrativas determinadas para los distintos grupos. Aquí, la historiografía cumple un papel preponderante, pues según LaCapra “aporta a la esfera pública una memoria críticamente testada y certera que los distintos grupos que conforman la sociedad pueden internalizar como pasado recordado”.⁵⁴

Esto es muy importante cuando se habla de memoria, puesto que una comunidad o grupo específico podría haber fundado su identidad en una narrativa errónea o manipulada por diversos intereses económico-políticos, en estos casos la función de una historiografía crítica y comprometida con la verdad aportaría una alternativa acaso más justa o certera de un pasado que no se ha logrado superar. De tal manera, la historia y la memoria deberían mantener un trato menos tenso y articularse mejor, con el fin de aportar un discurso que permita a la sociedad relacionarse de manera menos problemática con su pasado, especialmente cuando se haya participado de una experiencia límite.

El análisis realizado por Tzvetan Todorov aquí resulta muy sugestivo, puesto que en su breve pero decidido texto *Los abusos de la memoria* (2000) plantea una hipótesis con relación al buen o el mal uso de la memoria a través de diversas formas de reminiscencia: “El uso literal, que convierte en insuperable el viejo acontecimiento, desemboca a fin de cuentas en el sometimiento del presente al pasado. El uso ejemplar, por el contrario, permite utilizar el pasado con vistas al presente, aprovechar las lecciones de las injusticias sufridas para luchar contra las que se producen hoy día, y separar-

⁵⁴ LaCapra, *Escribir la historia...*, p. 97.

se del yo para ir hacia el otro”.⁵⁵ La primera puede resultar peligrosa, pues viene acompañada de riesgos latentes que impiden contemplar una idea de futuro; la segunda es liberadora, puesto que permite elaborar críticamente dicho pasado o experiencia traumática.

Quizá uno de los más sobresalientes personajes que hicieron uso de la memoria ejemplar en el siglo xx, a propósito del Holocausto, fue David Rousset, miembro de la Resistencia francesa y preso político deportado a Buchenwald en 1943. Sobrevivió y regresó a su país de origen, desde donde se abocó a la tarea de escribir acerca de su experiencia para comprender la dinámica de los campos de concentración. Además de legarnos obras como *El universo concentracionario* (1946) o *Los días de nuestra muerte* (1988), que se convirtieron en un testimonio de las relaciones psicológicas y de poder establecidas en los campos, tuvo a bien realizar un llamamiento a los sobrevivientes en 1949, con la finalidad de investigar los campos soviéticos.

Todorov lo considera como una muestra de la memoria ejemplar, puesto que fue más allá de un deber de memoria como en el caso de Primo Levi, es decir, dar cuenta de la vivido, no únicamente para informar o para elaborar su experiencia límite, sino para actuar en el presente con una perspectiva crítica y propiciar una solución para otros individuos que estaban pasando por una experiencia similar a la que Rousset padeció con los nazis.

Conclusiones

La categoría de experiencia, según fue tratada en este texto, comparte algunas características, a saber: contingencia, singularidad y autoridad. La contingencia está dada por el advenimiento de un acontecimiento, muchas veces inesperado e irruptor en el curso de una vida, que produce un efecto devastador y paralizante.

La singularidad, que heredó de la cultura griega a través de Aristóteles, en la medida en que se trata de un conocimiento de lo particular motivado por los sentidos. De allí deviene, además, su carácter como *pathos*, es decir, como un acontecimiento que afecta al sujeto. En este sentido, lo rela-

⁵⁵ Tzvetan Todorov, *Los abusos de la memoria*, p. 32.

ciona Reinhard Koselleck, nombrándolo unicidad y relacionándolo con la sorpresa que conlleva; sin embargo, propuso también la regularidad, como otro modo de adquisición de la experiencia, es decir, la repetibilidad de un acontecimiento o una praxis forjan una experiencia.

El problema de tratar la experiencia como una máxima de singularidad se encuentra en la indecibilidad, que con frecuencia acompaña a quienes han vivido algún suceso considerado como traumático. Bajo esta condición ninguna experiencia podría ser legada, ni es posible efectuar ninguna elaboración, aunque puede ser expresada a través de gestos corporales o síntomas, como las pesadillas, la compulsión de repetición de lo vivido y la melancolía; esto únicamente puede alcanzar cierta interpretación por parte de quien lo observa o estudia. Por tanto, resulta fundamental hablar, atestiguar lo experimentado y ofrecer testimonio.

El testimonio implica la autoridad del portador de la experiencia. Más allá de decir yo vi, yo escuché, yo estuve allí, llevo conmigo las marcas del suceso, se trata del proceso de trasladar la presencia de lo ausente a través de la palabra, la escritura o de lo performativo, lo cual implica la recuperación de un pasado doloroso y casi nunca intacto por la memoria selectiva; he aquí que no se encuentra exento de falabilidad. Sin embargo, como ha advertido el filósofo italiano Giorgio Agamben: “La autoridad de la experiencia está en peligro cuando se pone en tela de juicio la idea misma de un autor autosuficiente capaz de ser su portador”.⁵⁶

Finalmente, cabe aclarar que es muy importante certificar el estar o haber estado allí del individuo, puesto que dar testimonio es, en última instancia, un esfuerzo por abordar y contar la experiencia que se ha tenido, un intento del sujeto por explicar a otros, tanto como a sí mismo, lo que se ha vivido, un texto que posee información valiosa, así como un cúmulo de elementos afectivos que necesitan extrapolarse y que difícilmente poseen otro medio de expresión que no sea la sensibilidad, la melancolía o la culpa.

Estos aspectos de espinoso abordaje forman parte de la historia a un nivel experiencial, de lo cual, en el siglo xx, así como en la historia reciente existieron sobradas evidencias. Sin duda, involucran un esfuerzo mucho

⁵⁶ Giorgio Agamben, “Infancia e historia: ensayo sobre la destrucción de la experiencia”, p. 20.

mayor y más comprometido por parte del historiador o historiadora que decida tratar estos problemas, incluso a un nivel metahistórico, puesto que requieren una comprensión y una capacidad reflexiva que cuestione detenidamente las fuentes oficiales y testimoniales e incluso proponga nuevas categorías analíticas que en ningún sentido deberán estar distanciadas de la prueba de la realidad.

Hacia el final del ensayo sobre Nikolai Leskov, Walter Benjamin afirma que “el narrador es el personaje en que el justo se encuentra a sí mismo”,⁵⁷ puesto que la tarea de elaborar la materia primigenia de la experiencia que es la propia vida, conlleva una intención de verdad y de justicia.

⁵⁷ Benjamin, *Sobre el programa...*, p. 211.

Referencias

- Agamben, Giorgio. *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2007.
- Benjamin, Walter. *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre historia*, traducción, introducción y notas de Pablo Oyarzun Robles, Chile, Arcis y Lom Ediciones, 2009.
- Benjamin, Walter. *Obras, Libro I/vol.1*, 1ª edición, Madrid, Abada, 2006.
- Benjamin, Walter. *Obras, Libro II/vol.1*, 1ª edición, Madrid, Abada, 2007.
- Benjamin, Walter. *Sobre el programa de la filosofía futura y otros ensayos*, México, Planeta-De Agostini, 1986. Colección: Obras maestras del pensamiento contemporáneo.
- Dilthey, Wilhelm. *Obras I. Introducción a las ciencias del espíritu: en la que se trata de fundamentar el estudio de la sociedad y de la historia*, México, FCE, 1994.
- Ferrater, José. *Diccionario de filosofía*, Madrid, Alianza, 1979.
- Jay, Martin. *Cantos de experiencia: variaciones modernas sobre un tema universal*, Buenos Aires, Paidós, 2009.
- Koselleck, Reinhart. *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Ediciones Paidós/ ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona, 2001.
- LaCapra, Dominick. *Escribir la historia, escribir el trauma*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005.
- _____. *Historia en tránsito: experiencia, identidad y teoría crítica*, Buenos Aires, FCE, 2006.
- _____. *La historia y sus límites: humano, animal, violencia*, España, Bellaterra, 2016.
- Levi, Primo. *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, Munchnik, 1989.
- Levi, Primo. *Deber de memoria*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2006.
- Montaigne, Michel Eyquem de. *Ensayos completos*, México, Porrúa, 2018.
- Tzvetan, Todorov. *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000.

OBSERVAR LA CARNE EN EL CUERPO DEL OTRO: ESTRATEGIAS PARA INSTITUIR SABIDURÍA CORPO- RAL CRISTIANA EN LA CONQUISTA DE AMÉRICA

Miguel Ángel Segundo Guzmán
Universidad de Guanajuato

Los hombres de una cultura, por su modo de conocimiento,
producen la cultura que produce su modo de conocimiento.
La cultura genera los conocimientos que regeneran la cultura.
El conocimiento depende de múltiples condiciones sociocul-
turales y, a su vez, condiciona esas condiciones.

EDGAR MORIN, *El método IV. Las ideas.*

Observar para escribir, instituir para des-civilizar

¿Qué origen tiene la representación escriturística que sostiene los relatos emanados de la Conquista de América?, ¿cómo funciona la economía simbólica al interior de los manuscritos contruidos por los frailes franciscanos en el siglo XVI?, ¿cuál es la relación entre la *representación* del indio y el poder desplegado en el espacio colonial que lo permite?, ¿cómo se instituyeron las imágenes sobre las tradiciones mexicas que sostienen esas crónicas americanas? La egregia obra de fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, cumple un papel central para la resolución de las incógnitas señaladas. Escrita en la segunda mitad del siglo XVI, se rescató de los archivos por los historiadores de los siglos XIX y XX, y se mimetizó dentro de un ejercicio intelectual ajeno a su naturaleza: se la trabajó como fuente de primera mano para rescatar las formas del vivir prehispánicas, las *sabidurías* de los ancestros mexicas. Desde ese lugar, la obra se ha pensado en función de la categoría escritural de *texto-testimonio*. Dicha noción ha tematizado la naturaleza de ese esfuerzo intelectual, ya

que, en el fondo, la obra tiene la intención explícita de “dejar la huella de lo sucedido”, de testimoniar y ser, en palabras de A. María Garibay, “una fuente para el alma indígena” del siglo de la Conquista.¹ Particularmente el libro VI de la *Historia general de las cosas de la Nueva España* tiene ese estatus de representación realista de un mundo que quedó atrapado en sus garras. Se escribió una primera versión del libro alrededor de 1547 en náhuatl. En 1577 Sahagún hace una versión en español para la *Historia general...* que se convierte en el libro VI “De la retórica y filosofía moral y teología de la gente mexicana, donde hay cosas muy curiosas, tocante a los primores de su lengua, y cosas muy delicadas tocante a las virtudes morales”.

Bajo el modelo *texto-testimonio*, el libro juega un papel ambiguo dentro de la obra. Se presenta como una apología del antiguo saber, como la memoria de añejas prácticas civilizatorias; pero al mismo tiempo, esos saberes fueron destruidos por la evangelización para instaurar la cristiandad india. Al ser un eco de la mirada, un testimonio producto de una *observación* de una forma de vida que se extingue, se ofrece al lector como una suerte de *rescate*, ya que, en su infidelidad, estas naciones bárbaras valoraban las virtudes morales, y en esos temas:

3.- Fueron, cierto, en estas cosas extremados, devotísimos para con sus dioses, celosísimos de su repúblicas, entre sí muy urbanos; para con sus enemigos, muy crueles; para con los suyos hermanos y severos; y pienso que por estas virtudes alcanzaron el imperio, aunque les duró poco, y ahora lo han perdido, como verá claro el que cotejase lo contenido en este libro con la vida que ahora tienen.²

La obra, pensada como testimonio, permite ubicarla en un proceso más amplio: como una versión privilegiada, una especie de ventana abierta al pasado, que permite *ver* ese momento fundador del añejo discurso realista que ha nutrido la historiografía de la Conquista de México. En esa lógica historiográfica, que se nutre del *a priori* texto-testimonio, los franciscanos juegan un papel peculiar: a la orden le tocó *armonizar* esa transición civili-

¹ Véase la introducción escrita por el padre A. Ma. Garibay para el libro VI, en la edición de Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, p. 288.

² Sahagún, *Historia general...*, p. 297.

zatoria con la conquista espiritual y de esa formar *pactar* el encuentro entre dos mundos.³ En ese *metarrelato* imaginario, que organiza las prácticas de lectura y sostiene los discursos históricos realistas, los franciscanos son *humanistas* que *salvan* de las llamas de la Conquista, saberes y formas de vida dignos de pasar a la posteridad.⁴ Por el peso y significado de sus contenidos, esos saberes se *rescatan* del cementerio de la historia, escapan de la destrucción de la vida pagana indígena porque es útil ahora para el cristianismo.

Ese *texto-testimonio* también se articula dentro de un modo de pensar el pasado desde perspectivas realistas.⁵ El texto funciona al interior de un régimen de verdad que necesita naturalizar y hacer tabla rasa de las condiciones de producción del discurso histórico al volver ahistórica la enunciación y la producción de textos: en ese modelo de análisis, *observar* y *representar*, son ejercicios intelectuales que siempre han funcionado igual. Son la base epistemológica de cualquier discurso histórico, que trata de comunicar, a partir de la transparencia del lenguaje, las cosas del mundo o del pasado. La certeza de su contenido se construye por las semejanzas en la producción de sus discursos: el pasado funciona dentro de la verosimilitud del presente y articula los hechos dentro de esa lógica, que los lee y encuentra homólogos. Por ello, según Garibay, el texto de “el buen etnógrafo” Sahagún se puede leer con una lógica realista muy clara, se escribe como *testimonio* para “la recolección de los textos que guardaban memorias y labios de nativos, antes que las alas del tiempo se los llevaran”. La obra *sahaguniana* cuenta con el respaldo historiográfico de cimentar verosimilitud gracias a un contexto

³ Véase esta discusión en el combativo artículo de Edmundo O’Gorman “La falacia histórica de Miguel León Portilla sobre el ‘encuentro del Viejo y Nuevo mundo”.

⁴ Esta interpretación se sostiene afirmando que los frailes son hombres renacentistas, que el Descubrimiento de América inaugura la Modernidad en contraste con el oscuro mundo medieval. Para una crítica a estos prejuicios historiográficos véase el trabajo de Peter Burke *El Renacimiento*, en donde analiza el llamado Renacimiento, ya no solo como esa edad de oropel de Burckhardt, sino como un movimiento intelectual de una fuerte naturaleza filológica; véase también el último libro de Jacques Le Goff, *¿Realmente es necesario cortar la historia en rebanadas?*, en donde se reflexiona las distintas duraciones de la temporalidad y las periodizaciones. Las reflexiones de Le Goff permiten hacerse la pregunta: ¿por qué pensar el tiempo histórico con divisiones tajantes, cuando los procesos históricos son más complejos que eso?

⁵ Véase la discusión en Georges Duby y Guy Ladreau, *Diálogos sobre la historia*; y, más recientemente: Ivan Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea*.

de observación-generación de conocimiento, diada central para la configuración del texto científico moderno, pero muy alejado del horizonte hermenéutico-simbólico del siglo XVI y su prosa del mundo.⁶

Esa forma de articular texto y contexto de producción, enunciado y enunciación, sostiene en el presente un gran prejuicio sobre la obra intelectual. En el fondo se presenta como el producto de una mirada, como un acto de observación que *realmente* vio así la realidad. Pero al ser un eco de la visión implica captar los elementos del medio para hacerlos inteligibles, en un horizonte de precomprensión de lo visto, que dota de sentido en esa biblioteca simbólica que genera la experiencia visual. La visión nunca es una mera re-presentación del medio: implica un diálogo con la memoria de lo observado, que instituye la cristalización de sentido de esa mirada, para tomar un lugar-en-el mundo de los observables de una época. La mirada se nutre de los observables del mundo, pero regresa sobre ellos en modelos interpretativos. El mirar baña de recurrencias de sentido lo visto; el siguiente ejercicio es transmitirlo, volverlo narrativo: se preparó para ser contado dentro de una lógica realista que presenta los datos, productos de una mirada, en un horizonte comunicativo.⁷

Incluso desde un modelo testimonial, esa escritura difícilmente es transparente con respecto a su contexto de observación. La mirada es interpretativa, se genera desde un mundo simbólico que captura la realidad a través de sus *bosques de símbolos*. El mirar es un ejercicio hermenéutico del mundo que implica comprender, es decir, familiarizar lo Otro.⁸ Para aprehender-comprender mundos extraños se han utilizado múltiples estrategias. La forma utilizada para familiarizar la diferencia cultural en el siglo XVI, en la economía simbólica del libro VI de *La historia general...* fue *cristianizar*. Así ocurrió la apropiación de lo diferente.

⁶ Véase el clásico texto de Michel Foucault *Las palabras y las cosas*. El concepto permite comprender de forma figurativa la construcción de significados a través de un modelo epistémico, el cual ha mutado dentro de la historia intelectual de Occidente.

⁷ Para este enfoque consúltese Miguel Segundo, "Mirar a lo lejos: pasos para una antropología de la mirada", en <http://www.scielo.org.mx/pdf/cuicui/v20n56/v20n56a3.pdf>

⁸ Según Hayden White, el acto de comprender "es un proceso que consiste en hacer lo no familiar o lo 'extraño' en el sentido que Freud le da a ese término, aparezca como familiar". *El texto histórico como artefacto literario*, p. 71.

Desde ese lugar, es posible trazar un desplazamiento para comprender, en otro registro de la experiencia, la obra sahuaguniana: implica pensarla bajo el modelo de *texto-inauguración*. Ese lugar sólo es visible a través de la emergencia de las siguientes preguntas: ¿Las crónicas del mundo americano qué papel juegan para la institución del dominio español?, ¿cuál es el peso de la escritura en el proceso de Conquista?, ¿cuáles son las relaciones entre sociedad y representación? Como hipótesis de trabajo habría que proponer que las crónicas sobre el Nuevo Mundo son un constructo intelectual cuya finalidad fue aplacar el ruido que la diferencia cultural indígena significó en el modelo de representación del siglo XVI. Es decir, con los escritos se ayudó a instituir imaginariamente un orden civilizatorio emergente que sustituyó a través de la violencia física y simbólica al mundo mesoamericano. Un enorme proceso de des-civilización⁹ se echó a andar, cuya naturaleza implicó mecanismos de desorganización de las culturas que chocaron con la expansión europea y que crearon diferentes cambios con un sentido muy claro: provocar la muerte de la diferencia en aras de la normalidad institucional y sociológica establecida por la Conquista. Se desestructuraron las formas de vivir prehispánicas para instaurar la normalidad cristiana sobre las poblaciones indígenas conquistadas, se reorganizó el mundo, dentro de una cultura de Conquista.¹⁰ Un orden nuevo, indo-cristiano, *des-civilizado*, que sería el eje de la emergente sociedad del Nuevo Mundo.

La *des-civilización* es un fenómeno sociológico que surge en medio de las interacciones que se dan en los territorios que el mundo occidental coloniza. Los efectos en la cultura que emerge de ese bucle de cambio social se hicieron sentir de manera diferenciada: fue un proceso de desaparición y transformación de lo étnico, particularmente de institución de ruinas sobre los relatos del pasado de las civilizaciones que trastocó. Una lógica des-civilizadora armó las crónicas americanas: al expurgar, reformular e instituir los contenidos culturales filtrados por la mirada o dar explicaciones inmersas en el aparato simbólico de la tradición de referencia. Los textos formados así funcionaron como un bálsamo, calmaron el sinsentido que la nueva

⁹ Véanse los trabajos de Robert Jaulin: *La paz blanca. Introducción al etnocidio* (1973) y *La des-civilización. Política y práctica del etnocidio* (1979).

¹⁰ El clásico trabajo de George Foster, *Cultura y Conquista*, permite comprender esas culturas emergentes en procesos de violencia.

jerarquía social implicó; ayudaron a la armonización del tiempo y a dotar de significados que sustentaran las nuevas prácticas instituidas por el vencedor. Las crónicas americanas emergieron como una nueva memoria que fuera capaz de darle significado al mundo que nacía, y de esa forma le dieron profundidad histórica a la transición civilizatoria: permitieron que hubiera continuidad en medio del violento caos, armonizaron la destrucción. Le permitieron *respirar* al Nuevo Mundo.

Paralelamente a las profundas mutaciones sociales ocurridas en el mundo indígena provocadas por las encomiendas, la evangelización forzada, los repartimientos y congregaciones —en fin, el colapso cultural que posibilitó la Conquista—, el sentido formativo de los escritos ayudaría a la instauración imaginaria¹¹ del cristianismo en tierras americanas, con un pasado fundacional y cuasi-cristiano para el Nuevo Mundo. En esas narrativas de tono y estilo edificante el papel del cuerpo fue central: debía convertirse en el epicentro de la transformación, la vieja tecnología de la carne le mostraría el camino de la contención, como la llave para sacar a los indios del mundo del pecado. La estrategia explotada en el libro VI de la *Historia general...* se ve muy clara: los viejos, el saber tradicional, se encontraba atesorado en los relatos. Había que obedecer esos ecos de la tradición, hacerles caso a sus trascendentes verdades, sujetarse a los dictados de un mundo sabio, rescatado por los frailes, y que, transformado en *su* historia, se les presentaba a los lectores indios. Al instituirse y avanzar por el pasado indiano, los relatos de los viejos parecían el caldo de cultivo adecuado para orientar sobre las prácticas corporales aceptadas en el marco de dominio cristiano de la carne, con miras a sostener el futuro del cristianismo indio.

¹¹ Cornelius Castoriadis, al reflexionar sobre el peso de la historia y su articulación para lo social, hace ver que existen “*modos diferentes de historicidad*, no a una presencia de historia aquí que se opone a la ausencia de la historia allá. Modos diferentes de institución efectiva del tiempo histórico-social por sociedades diferentes, o, en otras palabras, modalidades diferentes según las cuales diferentes sociedades representan y ejecutan su incesante autoalteración que en el límite niegan o tratan de negar”. *La institución imaginaria de la sociedad*, pp. 297-298. Las crónicas americanas configuraron, en sus retóricas y grafías, formas de instituir esa nueva temporalidad para un espacio emergente: lo indio dentro de la constelación de significado cristiano en el espacio sociológico que se estaba articulando.

La culpa y el pecado original por el altiplano mexicana

La escritura histórica es un medio de producción de significado. Es una ilusión pensar que los historiadores solo desean contar la verdad acerca del pasado.

HAYDEN WHITE. *El texto histórico como artefacto literario*.

Una estrategia fundamental de conversión en el proceso de des-civilización que implicó la Conquista de América fue reformular la relación del hombre con el mundo: el lugar de la creatura en la obra de Dios, construir una narrativa que le diera al indio su lugar en la Creación. Para la cosmovisión cristiana el pecado en ese relato tiene un peso central. El mito fundador empieza en la Creación: en el relato del Edén ocurre la caída del género humano por la debilidad del hombre ante la tentación del saber: la transgresión humaniza el mundo, es el pecado originario, a partir de ahí viene la Caída. La culpa por quebrantar las reglas divinas es el telón de fondo de la historia humana, según Agustín de Hipona, autoridad cara para Sahagún:

Porque cuando más gozaba el hombre de Dios, con tanta mayor iniquidad dejó a Dios, y se hizo digno de un mal eterno el que desdijo en sí el bien que pudiera ser eterno. Por eso fue condenada toda la descendencia del linaje humano, pues el que primeramente cometió este crimen fue castigado con toda su posteridad, que entonces estaba arraigada en él, para que ninguno escapase de este justo y merecido castigo.¹²

El castigo ocurre por la transgresión, la caída del estado de gracia es el nuevo nicho para el hombre. El sufrimiento y el dolor entran en escena por el desacato. La mancha primigenia se extiende por generaciones hasta la alianza que se inscribe en los cuerpos; después será la nueva alianza en la Iglesia. La transgresión de las reglas implica vulnerar el pacto con Dios.

La culpa, en el cristianismo, es el eje que articula la cosmovisión: caída, pecado, redención son las claves de la existencia. Forman parte del régi-

¹² San Agustín, *La ciudad de Dios*, p. 652.

men de verdad que organiza el conocimiento, que sostiene en la fe. Para los frailes, el pecado universal debía estar oculto tras las prácticas demoniacas indígenas.¹³ No era posible pensar fuera de esa cárcel de culpabilidad. Sin embargo, en el relato del libro VI se explota una veta diferente: una iluminación natural, que en el pasado abrazó a los pueblos,¹⁴ permitió que los indios comprendieran el misterio humano, ya que la revelación fue para todos. La gran mancha, el pecado, estaba sobre el mundo: ¿es posible que, en su gentilidad, los indios se dieran cuenta de ella y lucharan por limpiarla, al igual que los cristianos? El bautizo, como en la práctica cristiana, era el gran remedio para el pecado original, ya que limpia al hombre de la suciedad de la expulsión del Paraíso. Sólo en el marco de una teología de la Caída tiene sentido esa práctica purificadora, sólo dentro de los efectos de una antigua “ola civilizatoria” los indios abrazarían esa cura. En el relato de las costumbres rescatables para la evangelización de los indios, el bautismo jugaba un rol: mostrar esa práctica en el pasado constituiría una memoria digna de la cristiandad india. Por ello los relatos de los *huehues* debían mostrar cómo los indios bautizaban a los beatos:

¡Oh nieto mío, hijo mío, recibe y toma el agua del señor del mundo, que es nuestra vida, y es para que nuestro cuerpo crezca y reverdezca, es para lavar, para limpiar; ruego que entre en tu cuerpo y allí viva esta agua celestial azul, y azul clara!

¹³ Véase de Miguel Segundo *El crepúsculo de los dioses mexicas. Ensayo sobre el horizonte de la supresión del otro*, para entender la hermenéutica que se desplegó sobre el panteón mexica.

¹⁴ En el esquema histórico de Eusebio de Cesárea, expuesto en su *Historia eclesiástica*, con el advenimiento de Moisés, “entre todos los hombres” surgieron “legisladores y filósofos de todas partes, hasta el punto en que la crueldad salvaje y animal se convirtió en mansedumbre”, p. 33. Dentro de la historicidad cristiana éste pudo ser el momento de “transformación cultural” que implicó esa *ola civilizatoria*, y el momento que perfiló una identidad oculta, *semejante*, tras las todas prácticas culturales, incluso las indígenas. ¿Los historiadores cristianos de la pre-modernidad tenían claro este momento fundador?, ¿por ello todas las prácticas culturales tienen una verdad oculta, que hay que rescatar?, ¿una de las metas de la “historiografía cristiana” consiste en encontrar esos puntos fundacionales, para historizar con ellos, la cristianización de los pueblos?, ¿en eso consiste el darle profundidad histórica a la sociedad indígena?

9.- Ruego que ella destruya y aparte de ti todo lo malo y contrario que le fue dado antes del principio del mundo, porque todos nosotros los hombres, somos dejados en su mano, porque es nuestra madre *Chalchiuhtlicue*”.

“Señor, veis aquí vuestra criatura, que habéis enviado a este lugar de dolores y de aflicciones y de penitencias, que es este mundo; dadle, señor, vuestros dones y vuestras inspiraciones, pues vos sois el gran dios, y también con voz la gran diosa.¹⁵

El ritual era misteriosamente el mismo que en el cristianismo: agua limpiadora; culpa enquistada en el hombre desde el principio de los tiempos; un mundo al que se viene a sufrir. Como el obispo de Hipona lo enunció, la descendencia humana estaba condenada... debían padecer el castigo; incluso los niños no bautizados son culpables, irían al limbo. El *alma* de los infantes nahuas también tenía un lugar especial en la cosmovisión: el *chichihualquauitl*.¹⁶ Debían ser separados por el peso de la culpa, las *autoritates* lo muestran con claridad.

El franciscano relata cómo el pecado estaba presente en la sociedad mexicana, no podía ser distinto, era un marco de referencia: la vida cotidiana y natural del hombre. Al igual que entre cristianos, los indios en su infidelidad *también* se confiesan ante un dios trascendente (Tezcatlipoca)¹⁷ con la mediación de un sacerdote:

1.-Después que el penitente había dicho sus pecados delante del sátrapa, luego el mismo sátrapa hacía la oración que se sigue, delante de Tezcatlipoca: “¡Oh señor nuestro humanísimo, amparador y favorecedor de todos! Ya habéis oído la confesión de este pobre pecador, con la cual ha publicado en vuestra presencia sus podredumbres y hediondecas; o por ventura ha

¹⁵ Sahagún, *Historia general...*, p. 399.

¹⁶ Véase el folio 3 del *Código Vaticano B3773*, donde está representado el árbol con senos que alimentan a los infantes.

¹⁷ Este dios juega un papel importante en la obra de Sahagún, en la hermenéutica que realiza el franciscano este dios tiene una semejanza con Lucifer: “Este dios decían que perturbaba toda paz y amistad, y sembraba enemistades y odios entre los pueblos y reyes: y no es maravilla que haga esto en la tierra, pues también lo hizo en el cielo, como está escrito en la Sagrada Escritura: *factum est prelium magnum in celo*. (Apocar. 12). Este es

ocultado algunos de sus pecados en vuestra presencia, y si es así ha hecho burla de V. M., y con desacato y grande ofensa de V. M. se ha arrojado a una sima, en una profunda barranca, y él mismo se ha enlazado y enredado, él mismo ha merecido ser ciego y tullido y que se le pudran sus miembros, y que sea pobre y mísero.¹⁸

En las enseñanzas de los *huehues* se puede ver, medio escondida, la *Confesión*. Muchos años tardó la implantación de esta tecnología de la carne en Occidente, hasta que en el IV concilio de Letrán se volvió obligatoria. En la representación de las costumbres antiguas mexicas, el fraile muestra que también en el Nuevo Mundo, con un proceso civilizatorio distinto, se había desarrollado esa técnica corporal para espiritualizar la carne: con ella se purificaba el cuerpo en medio de una técnica de enunciación de los pecados. Al instituirlo en el pasado prehispánico, la representación aspiraba a generar *habitus*, disposiciones que permitirán volver natural el nuevo proceso civilizatorio. Si en el retórico pasado el gran dios era incorpóreo y los *indios entendidos* se confesaban ante él, ¿por qué modificar eso, si es rescatable y le da sentido a la nueva sociedad? En el libro IV, fray Bernardino de Sahagún armonizó el pasado mexica con el nuevo futuro de la evangelización: logró hacer una suave transición del paganismo al cristianismo, con la incorporación de la confesión en la historia prehispánica indígena.

En ese relato edificante y de ficción construido por el fraile sobre las *antiguas prácticas confesionales*, el *pecador* juega un papel fundamental: “ofende al Dios”, pues él “ve todas las cosas, por ser invisible e incorpóreo”. El penitente vive acongojado por sus pecados, “derrama muchas lágrimas, aflige su corazón el dolor de los pecados y no solamente se duele de ellos, pero aún se espanta de ellos”. El aparentemente oculto sentido del sacramento se expresa en el relato:

3.- es como un agua clarísima con que vos señor laváis las culpas de los que derechamente se confiesan; y si por ventura ha incurrido en su perdición y en el abreviamento de sus días, o si por ventura ha dicho toda verdad, y

el malvado Lucifer, padre de toda maldad y mentira, ambiciosísimo y superbísimo, que engañó a vuestros antepasados”. *Historia general...* p. 60.

¹⁸ Sahagún, *Historia general...*, p. 312.

se ha librado y desatado de sus culpas y pecados, ha recibido el perdón de ellos en que había incurrido como quien resbala y cae en vuestra presencia, ofreciéndose en diversas culpas y ensuciándose a sí mismo, y arrojándose a sí mismo en una sima profunda y en un pozo de agua sin suelo, y como hombre pobrecito y flaco cayó y ahora tiene dolor y descontento de todo lo pasado, y su corazón y su cuerpo reciben gran dolor y desasosiego, ya está muy pesante de haber hecho lo que hizo, ya tiene propósito muy firme de nunca más ofenderos.¹⁹

Parece una piadosa postal *inventada*: el indio es perdonado y limpiado del pecado. Todo ocurría en *ese supuesto ritual pagano*. Incluso *reza*: Otórgale “señor el perdón y la indulgencia y remisión de todos sus pecados, cosa que descende del cielo, como agua clarísima y purísima para lavar los pecados, con la cual V. M. purifica y lava todas las mancillas y suciedades que los pecados causan en el alma”. El *sátrapa* manda hacer “penitencia y a llorar sus pecados para el buen vivir”.

Es un imaginario instituido de *culpa*: vivir en el pecado para los *nahuas prehispánicos* era como caer en una barranca. El libro VI esculpe conceptos que serán trabajados posteriormente por la cristiandad: “Estos son tus pecados, que no solamente son lazos y redes y pozos en que has caído, pero también son bestias fieras que matan y despedazan el cuerpo y el ánimo”. La imagen a la que aluden es, sin duda, infernal: el humanísimo señor a los indios pecadores los “enviará a la universal casa del infierno donde está tu padre y tu madre, el dios del infierno y la diosa del infierno, abiertas las bocas con deseo de tragarte a ti, y a cuantos hay en el mundo”. Ese sitio no presenta al Mictlán como un espacio neutro, es más bien una casa de castigo. El libro muestra como a los pecadores se les dará su merecido: “de diversas maneras serás atormentado y afligido por todo extremo, y estarás zambullido en un lago de miserias y tormentos intolerables”. En el texto de Sahagún emergen verdades universales: castigo, Infierno... Toda una poderosa memoria de culpabilidad para la naciente cristiandad india, enmarcada en el horizonte del pecado.

¹⁹ Sahagún, *Historia general...*, pp. 312-313.

El cultivo de sí en náhuatl

¿De qué naturaleza es el trabajo sobre sí y las tecnologías del cuerpo²⁰ que se encuentran en las crónicas franciscanas?, ¿qué significado se transmitían a los *lectores*, aquellos para quienes estaban diseñados los relatos?, ¿qué imagen se construye de la antigua moral india al leer el libro VI?, ¿cómo funcionaron estas piadosas narrativas dentro del proceso de cambio social que detonó su representación? Las narraciones de los *huehues* que quedaron registradas en el libro VI son un conjunto muy eficaz de estrategias retóricas para construir carnalidad: la inscribían en el pasado, en “tiempos de su infidelidad”. Se presentaban como un regreso a una fuente pura, una restauración. En la prédica encabezada por los frailes, los relatos eran una poderosa arma oratoria para instituir el cristianismo en la nueva sociedad indígena en el siglo XVI. Una tecnología corporal sobre una sociedad que parece que no simbolizaba así el cuerpo. Los hallazgos arqueológicos muestran los múltiples trabajos que se despliegan en las representaciones corporales en Mesoamérica, se trabajaba de múltiples formas: tatuajes, perforaciones, uso del cuerpo.²¹ Sin embargo, esas formas del vivir están ausentes de los relatos franciscanos, no quedó registro de ellas. Hay que seguir excavando en la genealogía de los imaginarios sobre el trabajo del cuerpo en Occidente, para encontrar las columnas de odio al mundo y sus placeres que pretendían estructurar la vida del converso, del indio cristianizado en los relatos de su mundo subvertido.

Hay que *mirar lejos*, diseccionar la simbólica²² de la carne en los imaginarios y tradiciones intelectuales del mundo cristiano, para encontrar las referencias que organizaban el actuar de los frailes. En ese sentido, la palabra de Jesús es el fundamento de la tecnología corporal cristiana y se ofrecen en el gran código, la Biblia. Los evangelios muestran los arquetipos

²⁰ Véase Michel Foucault y su *Historia de la sexualidad*.

²¹ Una postal arqueológica muy sugerente que ilustra la multiplicidad de registros del trabajo corporal mesoamericano, se encuentra, por poner un ejemplo, en la colección Stavenhagen. Véase una muestra en <http://culturaunam.mx/360/ccutstavenhagen.php>

²² Véase el concepto en Paul Ricœur, *El conflicto de las interpretaciones*, en el famoso capítulo “Estructura y hermenéutica”. “Este régimen de la simbólica se pone de manifiesto, como en ninguna otra parte, en la cristiandad, donde el simbolismo natural sólo se libera y, a la vez, se ordena a la luz de un Verbo...” p. 60.

del comportamiento corporal, la senda de trabajo sobre el cuerpo. En un mundo lleno de milagros y de espera apocalíptica,²³ el perdón y el arrepentimiento son las claves de la acción. Los temas emanados de los *Evangelios* son la victoria sobre las tentaciones, el trabajo sobre sí mismo, el abandono del mundo y la negación del cuerpo. El Jesús del *Evangelio de Mateo y Marcos* se presenta como un *modelo de control*: llevado por el Espíritu al desierto, ayuna cuarenta días y es tentado por el Diablo a usar su poder para convertir piedras en alimento. Ahí sentencia que “No sólo de pan vive el hombre”.²⁴ Tiene y ejerce un control sobre sí mismo; predica que el trabajo se tenía que realizar en el interior de uno mismo, ya que ahí se encuentra la maldad: “Del corazón salen las intenciones malas, asesinatos, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, injurias. Eso es lo que contamina al hombre”.²⁵ La prédica es para los *puros de corazón*.

En los temas trabajados en los Evangelios se remarca la supremacía de lo espiritual frente a lo material. Los sentidos engañan, ya que “el espíritu está pronto y la carne es débil”.²⁶ En ese sentido se apela a la regulación de la carne: en una verdadera técnica corporal de *continencia voluntaria*, pues “hay eunucos que se hicieron a sí mismos por el Reino de los Cielos”.²⁷ Control del cuerpo, ética solidaria frente al otro, renuncia a las riquezas son los pasos para lo que vendrá, la resurrección para “ser como ángeles en el cielo”: dejar el mundo y las tentaciones. En el *Evangelio de Juan* la separación está clara: “lo nacido de la carne es carne, lo nacido del Espíritu es espíritu”. Dios es espíritu, es el que da la vida, “la carne no sirve para nada”.²⁸

El trabajo corporal ha sido establecido en la Biblia: vencer al mundo y la carne, una poderosa tecnología del cuerpo. El gran dualista en el pensamiento cristiano fue Pablo de Tarso. Al separar radicalmente la carne del espíritu se lanza contra el gran enemigo: el cuerpo. Ordena que no “reine el pecado en vuestro cuerpo mortal de modo que no obedezcáis a sus apencencias. Ni hagáis ya de vuestros miembros instrumentos de injusticia al

²³ Véase Bart Ehrman, *Cristianismos perdidos*.

²⁴ Mt 4, 4.

²⁵ Mt 15,19-20.

²⁶ Mt 26, 41 y Mc14.

²⁷ Mt 19, 12.

²⁸ Jn 6, 63.

servicio del pecado”. El cuerpo vive en el pecado, sus miembros están a su servicio, esclavizados a la impureza y la iniquidad tienen que reconsiderar su sometimiento, “ofrecedlos igualmente ahora a la justicia para la santidad”.²⁹ El cuerpo trabaja para el pecado y produce frutos perversos, “pues el salario del pecado es la muerte”. El cuerpo y su *ser-en-el-mundo* están condenados: “Cuando estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas, excitadas por la ley, actuaban en nuestros miembros, a fin de que produjéramos frutos de muerte”.³⁰ Carne, pecado, muerte, una gran prisión en el mundo...

En la tradición de negar los placeres de la carne Pablo tiene un pedestal. Recuerda que “El Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”. Es necesario tener una conducta acorde al espíritu, no a la carne que vive en el pecado, está condenada. El mundo se divide en dos: “los que viven según la carne, desean lo carnal; más los que viven según el espíritu, lo espiritual”. Los primeros están perdidos, “pues si vivís según la carne, moriréis”. La carne tiene apetitos que están fuera de lo divino: “fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, ambición, divisiones, disensiones, rivalidades, borracheras, comilonas y cosas semejantes”.³¹ Señala Pablo que el cuerpo es para el Señor, no le pertenece al hombre, le fue dado para llegar al Reino. Y cómo no salvarlo, si *el cuerpo es el templo del Espíritu Santo*.³² De la fornicación hay que huir, porque es pecar contra el propio cuerpo. En ese sentido: “Ni impuros, ni idólatras, ni adúlteros, ni afeminados, ni homosexuales, ni ladrones, ni avaros, ni borrachos, ni ultrajadores, ni explotadores heredarán el Reino de Dios”.

Las sentencias configuran el significado del mundo de la carne dentro de una teología de la caída. Máximas que avasallan el cuerpo convertido en carne, *caro*. Esa sabiduría estaba encaminada a la formación de cuerpos espirituales, es la *simbólica de la carne* que traen los monjes inscrita en sus cuerpos y organiza su *ser-en-el-mundo*: son los especialistas de la huida el mundo, han trabajado su carne en el horizonte del pecado, han vencido al mundo por superar las tentaciones. El papel que jugaban en el proceso de

²⁹ Rom 6, 19.

³⁰ Rom 7, 5.

³¹ Gál 5, 19.

³² 1 Cor 6, 19.

transformación social que implicó la evangelización era el de extender esa cosmovisión y esas prácticas. Des-civilizar instituyendo el cristianismo indio. La palabra de Dios había que labrarla en la carne a los indios, dar un orden cristiano a las ruinas de la civilización mexicana. Para que esa tecnología se replicara por el mundo, lo mejor era construir textos incuestionables basados en ese imaginario de la carne: escritos en náhuatl que hablasen de la antigua sabiduría, un ajeño saber con la autoridad de un pasado re-interpretado por los nuevos *amos de la tierra*. Los intérpretes de ese pasado serían los frailes y los indígenas cristianizados por ellos mismos: el sentido de lo escrito tenía resonancia sólo dentro de la cosmovisión del pecado y de sus modos de actuar en el mundo; los imaginarios de la carne postulados desde las celdas monacales.

En esas memorias colonizadas no podía haber otra fórmula. Los *huesos* en sus exhortaciones señalan que el único camino válido para el cultivo de sí es el gran modelo que Occidente ha trabajado por siglos: “Seáis humildes de vuestro corazón y tengáis esperanza en Dios, así como ‘paz con todos’ en todo tiempo, suspirar y orad a Dios, no perder el tiempo”. Todos tienen su camino: saber un oficio honroso y otros oficios mecánicos, cuidar el *Tonacayo tomío* (nuestra carne y nuestros huesos), trabajar sobre los mantenimientos del cuerpo.

El eje de la tecnología corporal era cultivarse arduamente para agradecer al dios; sin embargo, no queda muy claro a cuál le hablaban ...

nota lo que has de hacer de noche y de día, *debes orar* muchas veces y suspirar al *dios invisible* Yoalli Ehécatl; demándale con clamores y *puesta en cruz* en el secreto de tu cama y de tu recogimiento;

13.- mira que no seas dormidora, despierta y levántate a la media noche, y póstrate de rodillas y de codos delante de él; inclínate y cruza los brazos, llama con clamores de tu corazón a nuestro señor dios, invisible e impalpable, porque de noche se regocija con los que llama; entonces hará misericordia contigo, entonces te dará lo que te conviene y aquello de que fueres digna.

[...]

15.- Mira, hija, que de noche te levantes y veles, y te pongas en cruz; echa de ti de presto la ropa, lávate la cara, lávate las manos, lávate la boca, toma de presto la escoba para barrer, barre con diligencia, no te estés perezosa en la cama. Y después a trabajar, moler maíz, hilar, tejer, cocinar.³³

Sin duda eran símbolos conocidos para un cristiano: trabajar en la noche, simular la cruz con el cuerpo, orar con el corazón puro, no ceder al peligroso ocio, etc. Los imaginarios y los gestos de la penitencia estaban presentes en el mundo mexica, pero no lo sabían, hasta que los frailes lo resaltaron en los edificantes textos. El trabajo monacal emergía en el pasado de la sociedad mexica.

Los relatos del libro VI establecen que la sexualidad sólo es posible en el matrimonio para la procreación. Los ecos de Pablo están presentes en la sabiduría náhuatl: “Es ordenación de nuestro señor dios que haya generación por vía de hombre y de mujer, para hacer multiplicación y generación”. En el imaginario de Sahagún, el odio al placer operaba fuerte en esa sociedad:

mira que no deshonres a tus padres, ni siembres estiércol y polvo encima de tus pinturas, que significan las buenas obras y fama: mira que no los infames;

27.- mira que no te des al deleite carnal; mira que no te arrojes sobre el estiércol y hediondez de la lujuria; y si has de venir a esto, más valdría que te murieras luego.³⁴

En el libro VI las sentencias con respecto a las mujeres son severas: hay que controlarlas, se les exige que “cuando te elija un hombre no te enamores de él apasionadamente, no te juntes con otro”. Es un discurso que viene de los antepasados. La madre exhorta a la damisela que “tome y guarde las palabras de tu padre y las escribas en tu corazón”. Se les diseña una técnica de vida: cuidar que sus vestidos, sean honestos, que no sean viles o sucios o rotos; hablar poco a poco..., etc. “En el andar has de ser honesta, lleva un medio,

³³ Sahagún, *Historia general...* pp. 346-347. Las cursivas son mías.

³⁴ Sahagún, *Historia general...*, p. 348.

ni de prisa y ni despacio, irás derecha y la cabeza poco inclinada; anda con sosiego y honestidad por la calle, mira a todos con cara serena”.

La verdadera estética pagana, aquella que se deja ver en las esculturas, fue suprimida de los relatos:

nunca te acontezca afeitarse la cara o poner colores en ella, o en la boca, por parecer bien, porque esto es señal de mujeres mundanas y carnales; los afeites y colores son cosa de malas mujeres y carnales; los afeites y colores son cosas que las malas mujeres y carnales lo usan, las desvergonzadas que ya han perdido la vergüenza y aún el seso, que andan como locas y borrachas; a estas llaman rameras.³⁵

La técnica de castidad y virginidad en las mujeres es obligatoria, el saber tradicional lo enmarca en la contención y el desprecio del goce:

no des tu cuerpo a alguno; mira que te guardes mucho que nadie llegue a ti, que nadie niegue tu cuerpo.

22.- Si perdieras tu virginidad y después de esto te demandare por mujer alguno, y te casares con él, nunca se habrá bien contigo, ni te tendrá verdadero amor; siempre se acordará de que no te halló virgen, y esto será causa de grande aflicción y trabajo; nunca estarás en paz, siempre estará tu marido sospechoso de ti.

Que no te conozca más que un varón, que no le hagas traición que se llama adulterio.

[...] mira que no des tu cuerpo a otro, porque esto, hija mía muy querida y muy amada, es una caída en una sima sin suelo que no tiene remedio, ni jamás se puede sanar, según es estilo del mundo;

El castigo era implacable para las “mujeres fáciles”:

³⁵ Sahagún, *Historia general...*, p. 350.

26.- si fuere sabido, y si fueres vista en este delito, matarte han, echarte han en una calle para ejemplo de toda la gente, donde serás por justicia machucada la cabeza y arrastrada; de éstas se dice un refrán: probarás la piedra y serás arrastrada, y tomarán ejemplo de tu muerte.

Genera infamia y deshonra a los antepasados la suciedad y polvo de su pecado. La enviará al infierno.³⁶

Sólo los *castos* son recompensados: “Los mozuelos y mozuelas que mueren antes de tener experiencia de pecados ningunos, y mueren en su inocencia, en su simplicidad y virginidad... van puros y limpios a la presencia de dios”. Afortunados que no han sido manchados por la carne.

Las exhortaciones, cuando se despliegan sobre los jóvenes, no están muy alejadas del imaginario de la carne. Se les recuerda que es un tiempo difícil en donde “la pobreza se enseñoera, y tiene sobre nosotros su principado”. El condolido padre le muestra al vástago el camino en este *valle de lágrimas*: “nota hijo que la humildad y el abatimiento del cuerpo y de alma, y el lloro, y las lágrimas y el suspirar, ésta es la nobleza y el valer y la honra”. Es el discurso de la *miseria* cristiana:

sé humilde, y anda muy humilde o inclinado y baja la cabeza, y recogidos tus brazos, y date al lloro y a la devoción y tristeza, y a los suspiros, y a la sujeción de todos; sé sujeto a todos y humilde a todos.

32.- Y nota, hijo mío, que esto que te he dicho de la humildad y sujeción y menosprecio de ti mismo, ha de ser de corazón, delante de nuestro señor dios.³⁷

Los textos tienen una intención muy clara: generar un imaginario predispuesto para entrar al cristianismo. Las técnicas de los viejos son parecidas a las del monacato, claro está, si son enunciadas desde las mismas celdas: los varones deben trabajar su cuerpo, contenerse de los placeres del mun-

³⁶ Sahagún, *Historia general...*, p. 351.

³⁷ Sahagún, *Historia general...*, p. 355.

do: “Mira que te apartes de los deleites carnales y en ninguna manera los deseas; guárdate de todas las cosas sucias que ensucian a los hombres, no solamente en las animas, pero también en los cuerpos, causando enfermedades y muertes corporales”.

El sexo ensucia, es una mancha que lleva al pecado, sólo es posible para aumentar el reino de Dios:

mira que el mundo ya tiene este estilo de engendrar y multiplicar, y para esta generación y multiplicación ordenó dios que una mujer usase de un varón, y un varón de una mujer; pero esto conviene se haga con templanza y con discreción; no te arrojes a la mujer como el perro se arroja a lo que ha de comer, no te hagas a manera de perro en comer y traga lo que le dan, dándote a las mujeres antes de tiempo; aunque tengas apetito de mujer resístete, resiste a tu corazón hasta que ya seas hombre perfecto y recio.³⁸

El amor desgasta, viejo tema en Occidente; sin embargo, una vez casados, como en la predicación cristiana, se busca la templanza en el acto carnal: “Conviene tener templanza en usar de ella, pero sábetete que te matas y te haces gran daño en frecuentar aquella obra carnal”. Serás como “un maguey chupado”.

En los relatos de ese idílico pasado de antes de la Conquista, el joven mexica, sin saberlo, vivía ya bajo la tecnología del cuerpo cristiana: orar de noche, caminar con honestidad y madurez. Los *huehues* comentan: conviene que hables con mucho sosiego, un tono moderado, ni bajo ni alto en hablar, suave. No mires curiosamente. No escuches las cosas que no te incumben. Responde a la primera cuando te llamen. En tus atavíos sé templado y honesto. El discurso de los *huehues* era más cristiano que los cristianos, ese era el efecto que querían instituir en el lector.

La gran metáfora evangélica de *la pureza de corazón* articula el trabajo espiritual desde los padres de la Iglesia hasta el Renacimiento. Y, sin embargo, también en el mundo mexica existían los *puros de corazón*:

³⁸ Sahagún, *Historia general...*, pp. 357-358.

40.- Pues ¿qué piensas e imaginas? ¿Qué es de madera, o piedra, o de hierro su corazón y su cuerpo? También llora como tú, y se entristece como tú. ¿Hay nadie que no ama el placer?

41.- Pero, porque es recio su corazón y macizo se va a la mano, y se hace fuerza para orar a dios, para que su corazón sea santo y virtuoso, llégase devotamente a dios todopoderoso con lloros y suspiros; no sigue el apetito de dormir, a la media noche se levanta a llorar y suspirar, y llama y clama a dios todopoderoso, invisible e impalpable; llámale con lágrimas, ora con tristeza, demándale con importunación que le dé favor.³⁹

El trabajo para llegar a la pureza se presentaba como un camino largo y difícil, era una prolongada penitencia:

42.- De noche vela en el tiempo de dormir, no duerme, y si es mujer cuerda y sabia, duerme aparte, en otro lugar de casa hace su cama, allí vela y está esperando cuando será la hora de levantarse a barrer la casa y hacer fuego, y por esto la mira dios con misericordia, y por esto le hace mercedes aquí en este mundo, la da corazón varonil para que sea rica y bienaventurada en este mundo para que tenga de comer y beber y que no sepa de dónde le viene la abundancia; lo que sembrare de sus heredades crece y multiplicase; si quisiere tratar en el mercado, todo lo que quiere se le vende a su voluntad.

43.- También por esta causa de velar y orar, le hace merced dios de buena muerte.

El libro sexto de la *Historia general de las cosas de la Nueva España* es una des-civilizada versión de los mexicas. Postal piadosa de una sociedad atravesada por el imaginario de la carne, espiritualizada en sus contenidos culturales, imaginaria dentro de la cosmovisión del pecado. Su escritura no obedeció a un ejercicio de observación-traducción que implicaría una *investigación* empírica sobre los temas que trabaja; sus temas se labraron bajo una lógica *des-civilizadora-instituyente*: se eligieron añejos *tropos* para ser

³⁹ Sahagún, *Historia general...*, p. 335.

las *estrategias* que difundieran el trabajo sobre la carne, baluarte del cuerpo cristiano en Occidente, por la nueva comunidad de indios cristianizados. Las formas cristianas de fraguar el cuerpo se cincelaron dentro de las narrativas de los *huehues*; modos de ser, de virtud y de piedad avanzaron por los cuerpos nahuas; prácticas piadosas ocultas, veían la luz por los edificantes relatos, listos para la predicación de esa cosmovisión por el mundo mexica.

La mirada cristiana colonizó ese espacio de saber-vivir pagano para establecer los mecanismos de recuerdo en la economía de la salvación: los discursos de los *huehues*, al atesorar el buen pasado, aseguraban la continuidad de contenidos. Por las fojas de las crónicas de América se trazaron indios de papel, indios imaginarios, listos y mansos para la conquista espiritual.

Familiarizar lo extraño: cristianizar la memoria

Considero que cuando nos ocupamos de la historia del escrito histórico, son las intenciones del texto las que deberían interesarnos, no las intenciones del escritor.

HAYDEN WHITE. *El texto histórico como artefacto literario*.

¿Cuál es la *intención* del libro “De la retórica y filosofía moral y teología de la gente mexicana...” de la *Historia general de las cosas de la Nueva España*? La representación que Sahagún hace de la antigua moral mexica, al ser tematizada en dos estrategias de las múltiples que se utilizan en el libro, muestra que está organizada para edificar mundos predispuestos al cristianismo: se escriben los textos para evangelizar con ellos, para instituir saber y verdad a través de sus fojas. Con ese libro se familiarizó una parte toral de la extrañeza radical de una cultura: los usos del cuerpo prehispánico se volvieron inteligibles a través de una mutación, de la espiritualización de esa corporalidad pagana. Un trabajo de alquimia escriturística expurgó el pasado me-soamericano. Para entender el cuerpo del otro había que transformarlo en carne, mirarlo con los añejos ojos de la culpa, viejo motor de la cultura cristiana que se desplegó en el Nuevo Mundo.

Fray Bernardino de Sahagún es un colosal referente en la historia de las escrituras sobre la alteridad en el Mundo Occidental. Su obra, más que

un trabajo de observación y registro, es un trabajo de *expurgación* y de *institución*: de expurgación de la antigua moral indígena, de institución de culpabilidad cristiana en el pasado de los *vencidos*. Ese movimiento intelectual implicó la cristianización y desarticulación de la historia pagana bajo la observación cristiana. Esa historia no era nueva, era la vieja carta de presentación del cristianismo frente a la alteridad. El franciscano enunció una sociedad en ruinas, colonizada, pero acicalada dentro de imaginarios de la culpa. La representación ayudaría a que emergiera una novedad: sembrar la certeza de que cristianismo se encontraba anidado en los temas importantes de la sociedad vencida, organizando el relato de ese pasado para que fuera la piedra angular de la naciente memoria re-construida por los franciscanos. El resultado implicaba que la moral cristiana se encarnara en instituciones paganas, para que funcionara como una bisagra: al conectar dos espacios de experiencia, permitía imaginar un mundo afín al cristianismo naciente. Utilizar el viejo truco cristiano de la iluminación natural y así poder armar una eficaz historia de conversión. Al menos dos estrategias ayudaron al proceso: la instauración de un horizonte de la culpa y la contención corporal.

Ese proceso des-civilizador creó un sistema de experiencia corporal diferente en el Anáhuac. En medio del colapso social por el “encuentro entre dos culturas”, un régimen artificial de memoria aparecería para armonizar la transformación y funcionar como el baluarte de la nueva sociedad en el siglo XVI. La imagen del cuerpo, que se estaba corrigiendo por la censura evangelizadora, se reescribió en el pasado bajo el signo de la carne, el inconfundible imaginario cristiano. Esas experiencias textuales, doctrinarias, establecieron la única posibilidad de pensar el pasado indígena: la *observación* franciscana sobre los usos del cuerpo entre los antiguos nahuas amalgamó en el imaginario cristiano un mundo culpable, instituido para darle soporte y verosimilitud al *pasado indio des-civilizado*. Un sendero de espinas para la “antigua moral mexicana”.

Referencias

- Burke, Peter. *El Renacimiento*, Barcelona, Crítica, 1993.
- Berman, Morris. *Cuerpo y espíritu. La historia oculta de Occidente*, Santiago de Chile, Editorial Cuatro Vientos, 2002.
- Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2000.
- Brown, Peter. *El cuerpo y la sociedad. Los hombres, las mujeres y la renuncia sexual en el cristianismo primitivo*, Barcelona, Muchnik Editores, 1993.
- Castoriadis, Cornelius. *La institución imaginaria de la sociedad*, México, Tusquets, 2013.
- Cesárea, Eusebio de. *Historia eclesiástica*, 2 vols., Barcelona, CLIE, 1998.
- Certeau, Michel de. *La escritura de la historia*, México, UIA, 1993.
- Duby, Georges, y Guy Ladreau. *Diálogos sobre la historia*, Madrid, Alianza, 1994.
- Ehrman, Barth. *Cristianismos perdidos. Los credos proscritos del Nuevo Testamento*, Barcelona, Ares y Mares, 2004.
- Foster, George. *Cultura y conquista. La herencia española de América*, México, Universidad Veracruzana, 1985.
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad, vol. 1. La voluntad del saber*, México, Siglo XXI, 1991.
- _____. *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1995.
- _____. *Historia de la sexualidad, vol. 2. El uso de los placeres*, México, Siglo XXI, 2009.
- _____. *Historia de la sexualidad, vol. 3. La inquietud de sí*, México, Siglo XXI, 2009.
- Fumagalli, Vito. *Solitud carnalis. El cuerpo en la Edad Media*, Madrid, Nerea, 1995.
- Jaulin, Robert. *La paz blanca. Introducción al etnocidio*, Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo, 1973.
- _____. *La des-civilización. Política y práctica del etnocidio*, México, Nueva Imagen, 1979.
- Jablonka, Ivan. *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto para las ciencias sociales*, Buenos Aires, FCE, 2016.
- Le Goff, Jacques. *¿Realmente es necesario cortar la historia en rebanadas?*, México, FCE, 2016.

- _____, y Truong, N. *Una historia del cuerpo en la Edad Media*, Barcelona, Paidós. 2005.
- Morin, Edgar. *El método IV. Las ideas*, Madrid, Cátedra, 2006.
- O’Gorman, Edmundo. “La falacia histórica de Miguel León Portilla sobre el ‘encuentro del Viejo y Nuevo Mundo’”, en *Quinto centenario*, núm. 12, Universidad Complutense- Departamento de Historia de América, 1987, pp. 17-32.
- Onfray, Michel. *Las sabidurías de la antigüedad. Contrahistoria de la filosofía I*, Barcelona, Anagrama, 2007.
- Ranke-Heinemann, Utha. *Eunucos por el reino de los cielos. Iglesia católica y sexualidad*, Madrid, Trota, 2005.
- Ricœur, Paul. *Tiempo y narración II*, México, Siglo XXI, 1995.
- _____. *El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica*, Buenos Aires, FCE, 2006.
- Rousselle, Aline. *Porneia. Del dominio del cuerpo a la privación sensorial*, Barcelona, Península, 1989.
- Rozat, Guy. *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, México, Tava, 1993.
- Sahagún, Bernardino de. *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa, 1999.
- Segundo, Miguel. *El crepúsculo de los dioses: ensayo sobre el horizonte de la supresión del otro*, Madrid, Editorial Académica Española, 2012.
- _____. “Mirar a lo lejos: pasos para una antropología de la mirada”, en *Cuicuilco*, vol. 20, número 56, enero-abril 2013, pp. 35-52.
- Senett, Richard. *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Madrid, Alianza Editorial, 1997.
- White, Hayden. *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós, 2003.

LA ESCRITURA DE LAS RELACIONES DE LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA COMO PROBLEMA TECNOLÓGICO Y COMUNICATIVO¹

José Enrique Atilano Gutiérrez
Universidad Iberoamericana

[...] el saber del siglo XVI se condenó a no conocer nunca sino la misma cosa y a no conocerla sino al término, jamás alcanzado, de un recorrido indefinido.

MICHEL FOUCAULT, *Las palabras y las cosas*.

Introducción

A quinientos años del desembarco de las naves de Hernán Cortés en suelo americano aún existen frentes históricos e historiográficos que siguen vertiendo ríos de tinta y construyen interpretaciones y representaciones de aquel acontecimiento que ha sido, por bastantes años, puesto en la mesa de discusión académica y de construcciones nacionalistas. ¿Hacia donde deberíamos de dirigir hoy en día estas reflexiones? Seguimos desempolvando aquellos registros archivísticos que, por alguna especie de fortuna o desgracia, incrementan los derroteros por los cuales se sigue alimentando aquella idea que significó el “descubrimiento” y/o la “invención” de América.

Existen tres aristas intelectuales que nos ayudan a profundizar en este tema: la caballeresca, la religiosa y la cortesana. De las dos primeras tenemos un sinnúmero de textos y ejercicios reflexivos académicos que nos van

¹ El presente escrito fue posible gracias a una estancia de investigación con beca mixta de Conacyt en la Universidad de Guanajuato en su Programa de Doctorado en Historia, donde el profesor responsable fue el Dr. Miguel Ángel Segundo Guzmán, a quien le agradezco atentamente sus observaciones y apoyos académicos.

guiando a lo largo de un laberinto de jardines escriturísticos en donde las percepciones y tesis se bifurcan y nos presentan resabios bajomedievales en la escritura de ciertos acontecimientos de la conquista,² profecías milenaristas del cumplimiento de los tiempos últimos cristianos³ o todo un panorama empresarial privado que raya en un “precapitalismo moderno”; mientras que la última arista nos presenta un despliegue cortesano lleno de ideales y promesas políticas por cumplir ante la nueva realidad monárquica erigida por un rey burócrata.⁴ Es de la tercera arista de la que nos ocuparemos a lo largo de estas páginas.

Y es que, desde la postura que queremos presentar como hipótesis general, en un periodo que abarca de 1524 a 1585, hay varias transiciones en el orden de presentación de los géneros discursivos que dan referencia a los acontecimientos solicitados por las dos coronas reales (la de Carlos V y la de Felipe II) con referencia al Nuevo Mundo. Desde las cartas que Hernán Cortés mandó a Carlos V en los primeros meses después de la toma de Tenochtitlán, pasando por los diversos escritos religiosos que las órdenes mendicantes fueron mandando a la Corte Real (encabezadas por los franciscanos) para dar aviso que las profecías escatológicas ya se habían cumplido en suelo americano; hasta llegar a los escritos que los funcionarios y miembros de aquella élite político-cortesana hicieron desfilar delante los ojos de Felipe II en su refugio intelectual que fue la Biblioteca de El Escorial.

El cuerpo argumentativo del presente escrito está estructurado de la siguiente manera: en la primera parte, centraremos nuestra discusión en algunas reflexiones teóricas que competen a la manera en la que se producían y circulaban los textos durante el siglo XVI y pondremos en la mesa de discusión la problemática historiográfica que hace que dichos textos sean pensados, actualmente, desde una perspectiva comunicativa o, si más bien, cumplen ciertas características tecnológicas discursivas en cuanto al tipo de conocimiento que construyen; en los puntos dos y tres, haremos uso de ciertos pasajes de las obras del capitán Hernán Cortés y del franciscano Gerónimo de Mendieta con la finalidad de hacer ver la manera en la que la

² Véase Alfonso Mendiola, *Bernal Díaz del Castillo: verdad romanesca, verdad historiográfica*.

³ Véase John L. Phelan, *El reino milenario de los franciscanos*.

⁴ Véase Marialba Pastor, *Cuerpos sociales, cuerpos sacrificiales*.

información tocante al Nuevo Mundo, en tiempos de Carlos V, era manufacturada, para, de esta manera, tener una idea de los principales intereses por los que estos actores sociales escribían a la Corte Real; en el punto cuatro, nos apoyaremos en la figura de Alonso de Zorita y analizaremos algunos fragmentos de su obra con la finalidad de observar y analizar los cambios y/o permanencias discursivas que éste presenta a los ojos institucionales y burocráticos de Felipe II; el último punto está centrado en presentar, como reflexión final, los retos intelectuales e historiográficos que la figura de Felipe II y su Corte Real nos presentan en la actualidad al momento de adentrarnos en la construcción del saber acerca del Nuevo Mundo en los albores de la modernidad occidental.

Lo que aquí se pretende exponer son algunas posturas planteadas desde lo que la llamada Historia Cultural del Libro ha venido trabajando en los últimos treinta años. De esta manera, lo que llama nuestra atención es la circulación del conocimiento y la información que se da a través de la producción comunicativo-tecnológica (epístolas, crónicas, historias, relaciones) de los autores y la manera en la que los receptores construyen y/o representan lo dicho por los primeros.

El mundo sobre el papel: semejanzas discursivas de un Nuevo Mundo conquistado por la escritura

[...] el discurso no es nada más que un juego, de escritura en el primer caso, de lectura en el segundo, de intercambio en el tercero; y ese intercambio, esa lectura, esa escritura nunca ponen en juego más que los signos. El discurso se anula así, en su realidad, situándose al servicio del significante.

MICHEL FOUCAULT. *El orden del discurso*.

Para Michel Foucault, el triángulo que conforma el discurso pone a los signos en constante movimiento y juego. Recordatorios de códigos, emblemas, pasajes y memorias previamente establecidas culturalmente. Toda realidad vertida en la escritura y, por consiguiente, leída, siempre está condicionada; nunca se dice algo de manera directa y sin filtros. ¿Podríamos decir que esta realidad escrita, en tanto que pasa por un circuito interpre-

tativo, interpela al conocimiento de los actores que decodifican aquellas grafías vertidas en un trozo de papel? El enunciado, en sí, abre un sinfín de connotaciones potencialmente condicionadas a un sistema cultural definido. Dicho con otras palabras: todo enunciado, en tanto que signo, presenta, a su vez, una semejanza que pluraliza su intención hermenéutica. De signos y semejanzas es que está conformada la prosa del mundo occidental a finales del siglo XVI.⁵ Dicha prosa no es estática, al contrario, adquiere un matiz heterotópico⁶ con el cual va dando luz e interpretación a los acontecimientos que se presentan en el recién llamado Nuevo Mundo; y a medida en que éste es poco a poco *inventado*⁷ a través de la escritura y lectura de sus interlocutores.

A partir de lo anterior, se desprenden dos problemáticas que quisiéramos abordar de manera muy general y se hacen presentes con la siguiente interrogante: ¿lo que se escribe acerca del Nuevo Mundo nos acerca o aleja de las conciencias de quienes escriben al respecto? Walter Ong nos dice:

La escritura da vigor a la conciencia. La alienación de un medio natural puede beneficiarnos y, de hecho, en muchos sentidos resulta esencial para una vida humana plena. Para vivir y comprender totalmente, no necesita-

⁵ “Hasta finales del siglo XVI, la semejanza ha desempeñado un papel constructivo en el saber de la cultura occidental. En gran parte, fue ella la que guio la exégesis e interpretación de los textos; la que organizó el juego de los símbolos, permitió el conocimiento de las cosas visibles e invisibles, dirigió el arte de representarlas”. Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, p. 26.

⁶ “Hay también, y esto probablemente en toda cultura, en toda civilización, lugares reales, lugares efectivos, lugares que están dibujados en la institución misma de la sociedad, y que son especies de contra-emplazamientos, especies de utopías efectivamente realizadas en las cuales los emplazamientos reales, todos los otros emplazamientos reales que se pueden encontrar en el interior de la cultura, son a la vez representados, impugnados e invertidos, especies de lugares que están fuera de todos los lugares, aunque sin embargo sean efectivamente localizables. Estos lugares, porque son absolutamente distintos de todos los emplazamientos que ellos reflejan y de los que ellos hablan, los llamaré, por oposición a las utopías, las heterotopías”. Michel Foucault, *El cuerpo utópico. Las heterotopías*, pp. 69-70.

⁷ Nos adscribimos a los planteamientos historiográficos que Edmundo O’ Gorman plantea acerca del concepto *invención* en su libro *La invención de América*.

mos sólo la proximidad, sino también la distancia. Y esto es lo que la escritura aporta a la conciencia como nada más puede hacerlo.⁸

Alfonso Mendiola señala lo siguiente:

En los relatos de las crónicas no tenemos acceso a la experiencia interior o individual de un probable testigo de los hechos, sino a la producción contextualizada⁹ de una comunicación literaria. Dicho de otra manera, las crónicas no son la objetivación de una operación psíquica, sino de una operación comunicativa. Esta distinción nos sirve de orientación, pues hace que no perdamos de vista el mundo literario donde se produce el enunciado narrativo.⁹

De esta manera, podemos ver el problema de la escritura en el siglo XVI desde dos enfoques: el primero como un problema tecnológico (Ong) y el segundo como uno comunicativo (Mendiola). Lo anterior, más que obstaculizar nuestro estudio, enriquece la manera en la que los historiadores tenemos que acercarnos a los textos producidos a lo largo de esta época. Si bien es cierto que hacer la distinción metodológica tecnología-comunicación es netamente una adecuación hecha desde nuestro presente, creemos que este punto de partida nos asegura una fortaleza epistemológica al momento de comprender los usos que algunos actores sociales hacían de la práctica de la escritura y lectura en tiempos tan diferentes de los nuestros. Retomando la postura de la escritura como un asunto tecnológico, Walter Ong nos dice que ésta “ha moldeado e impulsado la actividad intelectual del hombre moderno” y “representa un adelanto muy tardío en la historia del hombre”.¹⁰ Lo siguiente es preguntarse si aquellos hidalgos, soldados, frailes y políticos-cortesianos tenían una noción sobre lo que significa ser moderno. Para François Hartog:

Esta larga historia [la de Occidente], señalada por traumas sucesivos, recorrida por fallas y malentendidos, podría resumirse a grandes rasgos de la siguiente manera: primero fueron los Antiguos, luego surgieron los Modernos y, de ahí, los Modernos frente a los Antiguos, en situación de mano a

⁸ Walter Ong, *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*, p. 85.

⁹ Alfonso Mendiola, *Retórica, comunicación y realidad*, pp. 28-29.

¹⁰ Ong, *Oralidad y escritura...*, p. 86.

mano. Hasta el siglo XVI, el juego se llevaba a cabo entre ellos únicamente. E incluso, si nos remontamos a antes del siglo VI, se jugaba sólo entre los Antiguos, sin los Modernos.¹¹

Desde esta perspectiva, que la escritura pueda ser pensada como una tecnología nos inserta en un pensamiento donde sea pensada como una constante modernización en las maneras de referirse a la realidad que se narra, las cuales van más allá de los procesos de concientización del sujeto que escribe. Si esto lo tomamos como cierto, entonces veríamos todo texto producido desde este régimen como un metalenguaje que puede cubrir toda interpretación sin importar lo lejos que esté del tiempo en el que haya sido escrito. La dificultad de lo anteriormente dicho recae cuando nos cuestionamos si existen *viejas* o *modernas* formas de leer lo escrito para un tiempo determinado. La presente tesis nos pone en un dilema, ya que de adscribirnos a la misma, el triángulo discursivo mencionado líneas atrás sufriría una especie de *oximorización*, puesto que nosotros, en tanto que nos denominaríamos Modernos, tendríamos la constante necesidad de volvernos más Antiguos, y así comprender la escritura vertida en nuestros objetos-textos de estudio. La paradoja que se presenta ante nuestros ojos es de una envergadura considerable, pues la *distante cercanía* que los textos del siglo XVI producen, presenta, para nosotros, una *extraña familiaridad* en los modos de comprender los acontecimientos narrados por nuestros interlocutores hispanos. ¿Sucede lo mismo si trabajamos la escritura desde una perspectiva comunicativa? Evidentemente, hay singularidades que vale la pena exponer a continuación.

Si pensar la escritura como tecnología es adscribir una conciencia modernizadora al sujeto, problematizarla desde un enfoque comunicativo es fijarse en la sociedad que produce dichos circuitos del habla. Alfonso Mendiola dice al respecto:

La sociedad se reproduce por medio de comunicaciones: orales, escritas, electrónicas. La comunicación trasciende el ámbito de la privacidad y de la representación propios de la conciencia; ella es pública, externa. Por esto consideramos un error sostener que la sociedad se reproduce por represen-

¹¹ François Hartog, *De los antiguos a los modernos, de los modernos a los salvajes*, pp. 17-18.

taciones que operan intencionalmente. La comunicación se sujeta a reglas de orden social, pues cuando alguien cuenta algo lo hace ya siempre inmerso en una tradición narrativa bajo ciertas convenciones de género literario, es decir, pasa por otros filtros distintos a los que sigue la conciencia.¹²

Primera distinción: la escritura, vista como una comunicación, es considerada como producto de una sociedad determinada. Segunda distinción: la escritura pertenece a un ámbito público, por lo tanto, existen reglas que normativizan su uso. Estas características nos colocan en una posición en la que ya no importa el *quién* dice tal cosa, sino que más bien nos invita a centrarnos en el *cómo* es que una sociedad interpreta los enunciados de una comunicación. Este posicionamiento resulta interesante, ya que, desde el siglo XIX, la metodología histórica nos ha enseñado que debemos darle una conciencia individual y racional a los enunciados que un autor vierte en sus textos. Estamos comprometidos a una búsqueda de la verdad histórica desde una perspectiva científica. Lo cierto es que, para el siglo XVI, la figura del autor como productor de conocimiento individual y moderno no está presente,¹³ ya que toda verdad producida en estos tiempos está permeada más por un halo escatológico que científico. Por lo tanto, la propuesta en la que se nos invita a participar es una en la cual todo texto se adscribe de manera pública, institucional y social a un juego de reglas establecidas para tener acceso a sus significados. Tal y como David R. Olson señala: “La cultura escrita es una condición social; al leer y escribir textos se participa de una ‘comunidad textual’, un grupo de lectores (y autores y oyentes) que comparten un modo de leer e interpretar un corpus de textos”.¹⁴ Lo siguiente que debemos preguntarnos es si dicha cultura escrita puede ser pensada fuera de sus márgenes, es decir, si existe algo más allá de las reglas que dicha so-

¹² Mendiola, *Retórica...*, pp. 34-35.

¹³ “Finalmente el nombre de autor funciona para caracterizar un determinado modo de ser del discurso: para un discurso, el hecho de tener un nombre de autor, el hecho de que se pueda decir ‘esto ha sido escrito por tal’ o ‘tal es su autor’, indica que ese discurso no es una palabra cotidiana, indiferente, una palabra que se va, que flota y pasa, una palabra inmediatamente consumible, sino que se trata de una palabra que debe ser recibida de cierto modo y que una cultura dada debe recibir un estatuto determinado”. Michel Foucault, *¿Qué es un autor?*, p. 20.

¹⁴ David R. Olson, *El mundo sobre el papel*, p. 301.

ciudad enmarcará como las únicas posibles para interpretar los enunciados vertidos en un texto.

Elisa Ruiz señala que para el siglo xvi “coexistían tres sistemas de comunicación verbal: el oral, el manuscrito y el impreso”.¹⁵ Cada uno de estos sistemas tenía su propio circuito de comprensión informativa. Una de las constantes inquietudes dentro del ámbito lingüístico e histórico es comprender los flujos dominantes de dichos sistemas comunicacionales. Walter Ong señala: “Más que la visión, el oído había dominado de manera significativa el mundo intelectual en la Antigüedad” y, para la época del Renacimiento, la “escritura servía principalmente para recircular el conocimiento al mundo oral”; y, con relevancia al tema de la impresión, que ésta “reemplazó el persistente predominio del oído en el mundo del pensamiento y la expresión con el predominio de la vista, que tuvo sus inicios en la escritura, pero que no pudo prosperar sólo con el apoyo de ésta”.¹⁶ La metáfora por la que Eric Havelock intitula su obra tiene un gran acierto para estos tiempos: la musa aprendió a escribir.

Ahora bien, lo que debemos de tener claro es que dichos sistemas comunicacionales (lo oral, lo escrito y lo impreso) están presentes al unísono en cuanto a las maneras en las que los sectores reales solicitarán información respecto a los acontecimientos que en el Nuevo Mundo van desarrollándose. El siguiente punto que desarrollaremos tiene que ver, precisamente, con la manera en que dichos sistemas comunicacionales circulan en las diferentes áreas del circuito real español y los alcances que éstos tuvieron al momento de construir sus propias versiones de lo que consideraban que eran estas nuevas tierras.

Hernán Cortés: grafías fundacionales de un género caballeresco

Resulta interesante que uno de los primeros testimonios de los que tenemos noticia acerca de las exploraciones geográficas de lo que hoy es el suelo

¹⁵ “El artificio librario: de cómo las formas tienen sentido”. En Antonio Castillo (comp.), *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*, con prólogo de Armando Petrucci, p. 288.

¹⁶ Ong, *Oralidad y escritura...*, pp. 118-120.

mexicano, sea llevado de la mano por un hombre de armas; nos referimos a Hernán Cortés. Los primeros trazos y representaciones de este Nuevo Mundo se fundan como resultado de la guerra, matriz fundacional de Occidente. Aparte de los enfrentamientos bélicos culturales entre dos bandos hasta ese momento desconocidos, en el papel también se está llevando otra forma de guerra, una escriturística; la grafía negra empuñada va construyendo siluetas oracionales que, a su vez, construyen y erigen la memoria de los vencidos. Para Miguel Segundo:

El descubrimiento y conquista de América es un hito esclarecedor: mediante la violencia guerrera y de los lugares que posibilitó, se generó un saber que inscribió la alteridad. Las grafías bélicas se reactualizaron, permitieron apropiarse de un Nuevo Mundo, lugar en donde se contarían viejas historias *de lo Mismo*. En esa larga duración propongo situar las cartas de relación de Hernán Cortés.¹⁷

América, una invención bélica caballerescas; ideal de una suerte de figuras que nos recuerdan aquellas glorias pasadas que la tradición occidental siempre se ha vanagloriado de profesar. ¿Qué conlleva que el relato de esta *invención* del Nuevo Mundo tenga una génesis instaurada en el acto de la violencia? Miguel Segundo señala que “el conquistador es la Fuente para entender la sociedad que destruyó”.¹⁸ Las distinciones vencedor/vencido rajan y condicionan la comprensión de los acontecimientos perpetuados en las tierras indígenas. Este binomio irá esculpiendo memorias que serán constantemente infundadas en el imaginario de los habitantes que quedan por convertir. La Guerra Justa también estará acompañada de procesos de conversión y evangelización escriturísticas: en una mano la espada, en otra la pluma. ¿Cómo están conformadas estas *cartas de relación*? ¿Por qué se elige este género para dar fe de lo sucedido? Hay un punto interesante que nos permite ampliar la discusión. Segundo nos dice:

¹⁷ Miguel Segundo, “Grafías del conquistador: horizontes de significado señorial en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés”, p. 179.

¹⁸ Segundo, *Grafías del conquistador...*, p. 180.

A las cartas hay que pensarlas como una experiencia originaria: *nacen* del choque entre la novedad experimentada por el sujeto y el regreso a la tradición del intérprete en su apropiación e inscripción del acontecimiento en el relato de los hechos. Sus contenidos no pueden ser todos inventados por la retórica, pero están muy lejos de ser descripciones modernas.¹⁹

La interpretación que se nos señala en la cita anterior nos coloca en una postura de reflexión acerca del posicionamiento que un personaje como Hernán Cortés tenía al momento de dar cuenta de lo sucedido en el evento de la conquista de México. Para empezar, tenemos la postura de considerar que estas cartas deben ser vistas desde un punto de vista experiencial. De acuerdo con lo expuesto páginas atrás, pensar toda producción escriturística del siglo XVI desde un binomio experiencia (conciencia)-comunicación (sociedad) siempre debe de tener sus debidas precauciones. Y es que si consideramos que el binomio novedad-tradición también implica un impacto en la configuración de la realidad de la que se está hablando, lo que se debe de tener en cuenta es un modo de hacer que la lectura de estas cartas cumpla el propósito para las que fueron elaboradas. Lo anterior debe de estar encaminado a una actitud de la investigación en la que “[se] precomprende un acontecimiento dentro de las tradiciones para contarlo, se escribe dentro de las retóricas para contar el mundo de la época y se deja presto para ser actualizado por sus lectores”.²⁰ La actualización llevada a cabo por los lectores indica que se hace presente una distancia epistemológica y semántica de lo que se está leyendo y de la manera en que se interpretan aquellas figuras y oraciones que inundan los textos de la época. ¿Dicha distancia puede ser observada por parte del propio Cortés al momento de redactar sus cartas? ¿Es posible darse cuenta de la manera en la que este capitán configura sus enunciados de verdad referidos a lo que se observa en el Nuevo Mundo? ¿Qué elementos hacen que su relato pueda ser considerado verosímil dentro de su propia simbólica y horizonte cultural de producción? De aquí se desprenden los elementos de fundación, épica caballeresca y conquista bé-

¹⁹ Segundo, *Grafías del conquistador...*, p. 180. Cursivas en el original.

²⁰ Segundo, *Grafías del conquistador...*, pp. 180-181.

lica al servicio de la Corona Real, tópicos que permean las *Cartas* de Cortés a lo largo de toda su comunicación hacia la figura de Carlos V.

Llama nuestra atención que durante el periodo de 1519 a 1526, Cortés haga uso de este género discursivo para referir lo acontecido en el Nuevo Mundo. En este género podemos encontrar que “el ideal heroico de la guerra, en el comportamiento del conquistador, no se remite nada más a los sentimientos caballerescos: tiene su génesis en la imagen del guerrero antiguo y atraviesa la Edad Media, en una simultaneidad de imágenes a partir de los tropos de Homero, Virgilio, César, Flavio Josefo y Vegecio, que son modelos para actuar e interpretar los sentimientos bélicos”.²¹ Dicho con otras palabras, la conquista e invención de América a ojos de los conquistadores nos remite a un pasado en el que hay cientos de imaginarios repartidos para que esta *nueva* guerra y conquista tenga las *antiguas* referencias del pasado por el que siempre se ha construido la memoria occidental. Este primer periodo fundacional del Nuevo Mundo construye una memoria parecida a la de la Grecia Antigua; reminiscencias de la *kleos* cantada por los aedos, pero ahora desde un ideal cristiano y caballeresco. Lo que uno cabría por preguntarse a continuación tiene que ver con la manera en que estos actores sociales adquirirían el uso de la retórica: ¿de qué manera la aprendían y cuáles eran sus funcionalidades respecto al manejo de información y producción de conocimiento? La respuesta la encontramos cuando Alfonso Mendiola dice:

¿Qué tan indispensable era para la elite estudiar retórica? Si sólo se tratara de “aprender algo” no sería tan indispensable, pero se pretendía adquirir un sello particular: el aristocrático. Si entendemos la función de la retórica de esta manera, nos damos cuenta de que todo aristócrata —por inferior que lo fuera (un hidalgo)— estaba obligado a pasar por ella. La retórica no es un saber ajeno a la configuración del grupo social, como pudiera ser hoy para la burguesía el conocimiento del álgebra, sino que es algo que le da identidad y le permite diferenciarse de los otros estratos. Mientras hay saberes que si no se practican se olvidan, en cambio la retórica no es así. Pues ella es un saber vinculado con el proceso de integración de la corporalidad aristocrática a la vida social; por ello se queda integrado en la persona hasta su muerte.

²¹ Segundo, *Grafías del conquistador ...*, p. 206.

Dicho de otra manera, la retórica queda inscrita en el comportamiento de la elite. Es el saber psíquico y corporal que constituye a todo aquel que anhela comportarse como cortesano.²²

Los elementos que conforman la retórica como principal conducto del saber en las esferas sociales de la aristocracia nos dan la pauta para comprender las direcciones por las que personajes como Hernán Cortés, Gerónimo de Mendieta o Alonso de Zorita escriben: su mirada está puesta en la Corte Real para la adquisición de beneficios otorgados por ésta en recompensa de los servicios prestados o en atención a los requerimientos que sus grupos institucionales necesitaban. La retórica, vista desde estos términos, constituía la gestualidad social de la sociedad elite del siglo XVI.

Un último punto que queremos presentar para este apartado tiene relación con la importancia que la forma discursiva²³ de la carta tenía para el circuito comunicativo en el siglo XVI. Fernando Bouza nos dice: “Las cartas, como expresiones del ánimo o la intención efectuadas por escrito, pudieron gozar en los procesos judiciales de un estatuto que las hacía casi equivalentes y, en ocasiones, incluso preferibles, a las deposiciones orales de algunos testigos”.²⁴ De esta manera, podemos decir que, para la época en la que Hernán Cortés está haciendo llegar sus comunicaciones a la Corte de Carlos V, los elementos jurídicos, señoriales y feudales aún persistían, y eran interpretados bajo la mirada de un imperio cristiano en donde los elementos bélicos y caballerescos eran la referencia de voluntad y saber del mundo.

²² Mendiola, *Retórica...*, p. 229.

²³ Tomo como referencia conceptual acerca de la *forma discursiva* lo dicho por Perla Chinchilla: “Una forma discursiva sería el artefacto compuesto por una semántica condensada en un discurso verbal y por una materialidad, cuyo conjunto denota una regularidad que permite una distinción específica en el contexto de múltiples campos culturales. En otros términos, cada forma ha de cumplir una función ‘selectiva’ de contenidos que le permite guiar las expectativas del que se aproxima a su lectura”. “Las ‘formas discursivas’. Una propuesta metodológica”, *Historia y Grafía*, p. 16.

²⁴ Fernando Bouza Álvarez, *Del escribano a la biblioteca. La civilización escrita europea en la alta Edad Moderna (siglos XVI-XVII)*, p. 40.

Gerónimo de Mendieta: escrituras ilocucionarias y apocalípticas de una memoria cristiana fallida

La cultura indígena del Valle de México cayó en manos de Hernán Cortés y de un puñado de hispanos; una victoria bélica, estratégica, que cae en un relato hagiográfico en tanto que representa el triunfo de la religión cristiana contra una pagana. Momento es que ahora se instituya una memoria evangélica que dé cuenta de las peripecias por las que los cristianos tuvieron que pasar para erigir la Buena Nueva en estas tierras. Los encargados de esto, en un primer lugar, serán las órdenes mendicantes, encabezadas por los franciscanos, quienes llegaron a tierras americanas en 1524. Uno de sus correligionarios, fray Gerónimo de Mendieta, ve la actividad franciscana realizada en México desde tres ideas:

Una, que el significado profundo de la historia del Nuevo Mundo era escatológico. La segunda, que el periodo entre la llegada de los doce franciscanos 'apóstoles' en 1524 y la muerte del virrey don Luis de Velasco, padre, en 1564, era la edad dorada de la iglesia indiana. Su tercera idea era que las décadas que mediaban entre 1564 y 1596 (cuando dejó de escribir) fueron tiempos de grandes calamidades para la nueva iglesia.²⁵

El proceso de conquista espiritual y evangelización cristiana será de los elementos más importantes para consolidar la identidad y memoria del Nuevo Mundo.

La importancia que le damos a la figura de Mendieta para abordar esta etapa del acontecimiento espiritual en México se debe a que, por más contradictorio que parezca, la posición que su obra *Historia eclesiástica* tiene para el imaginario cristiano radica en que ésta se escribe desde los derroteros de un proyecto fallido. Dicho con otras palabras: la obra de Mendieta es el último bastión vivo del proyecto franciscano para resurgir de manera discursiva, ya que, desde hacía años, su presencia había dejado de producir una directriz que se adecuara a las nuevas necesidades que se le presentaban. ¿A qué se debió este fracaso? Para John Phelan, Mendieta atraviesa el cambio

²⁵ John L. Phelan, *El reino milenarismo de los franciscanos en el Nuevo Mundo*, p. 65.

del favorecimiento que las órdenes mendicantes habían estado recibiendo por parte de Carlos V, quien se ve comprometido una vez que Felipe II llega a tomar el poder.²⁶ Cual sueño de Nabucodonosor, de aquella etapa dorada en la que el proyecto mendicante menor había tenido su máximo esplendor, ahora se transitaba a una época de plata en la que, junto a las demás órdenes religiosas, la manera en la que se venía evangelizando el imaginario indígena debía de ser abordada a través de otras prácticas más sólidas que representarían una ganancia real para la Corte Real. Uno de los puntos alarmantes por los que se hace presente este cambio hacia la población indígena es que ésta estaba desapareciendo gracias a la presencia de enfermedades, pestes, explotación laboral y un exceso en el poder de los conquistadores; no se puede mantener un imperio únicamente con muertos. Desde esta perspectiva, lo que toca preguntarse a continuación es por los horizontes simbólicos a los que Mendieta se allega para escribir su *Historia*.

Para Phelan:

El humanismo erasmista, como se interpretó en México, se unió a la tradición joaquinista modificada y el ascetismo franciscano observante para crear ese clima especial de opinión que puede ser evocado mejor mediante el término *philosophia Cristi*.

Tal era la herencia ideológica de Mendieta. Su importancia estriba en que de hecho articuló estas aspiraciones en forma literaria, después de que esos ideales habían perdido parte de su fuerza inspiradora de la empresa misionera. La imagen de la iglesia apostólica primitiva sería el concepto clave en esta constelación de ideas.²⁷

Un retorno a la iglesia primitiva acompañado de elementos humanistas, milenaristas y apocalípticos: he ahí la principal apuesta de Mendieta para su obra. Lo interesante aquí es que esta apuesta escriturística también estaba secundada por el apoyo del capitán Hernán Cortés, principal responsable de que esta orden fuese la primera en ser llamada para empezar el proce-

²⁶ “Mendieta se percató de que los agentes de Felipe II estaban explotando toda oportunidad de limitar los privilegios que los frailes habían adquirido durante el reinado de Carlos V para convertir a los nativos”. Phelan, *El reino...*, p. 66.

²⁷ Phelan, *El reino milenarista...*, p. 72.

so de evangelización en el Nuevo Mundo; todo el esfuerzo ecuménico había venido realizando desde tiempo atrás no podía ser tirado a la borda así porque sí. Se tenía que ver el gran avance franciscano respecto al tema; se había vuelto a encender la flama de la pasión por el amor a Dios que en el Viejo Mundo había casi desaparecido y que estaba atravesado por el gran cisma de la reforma encabezada por Lutero. En el Nuevo Mundo se estaba haciendo presente una nueva oportunidad para remediar los errores que se habían venido haciendo por la falta de fe y creencia en Cristo. Estos nuevos territorios eran la prueba de que Dios estaba permitiéndole a la humanidad acercarse de nueva cuenta a Él, y que era la Corona Española, junto a la orden de los hermanos menores, los principales heraldos de esta Buena Nueva. Sin embargo, un halo de desilusión permeaba esta titánica labor religiosa: los intereses representados por Felipe II condicionaban exponencialmente los ideales religiosos de esta orden, ¿cómo anteponerse ante esta situación? Mendieta encontró, por medio de la escritura, una posibilidad de hacer frente y colocar la idea franciscana como una posibilidad aún viable. Era necesario, entonces, crear una memoria que diera cuenta de todas las acciones realizadas en nombre de Dios y de la Corona Cristiana que, poco a poco, se debilitaba ante la presencia de una legalista y burocrática. En palabras de Phelan: “La edad de los descubrimientos fue para Mendieta la fase crítica en la historia de la sola y única Iglesia apostólica, la cual llegaba a ser, por vez primera, geográficamente mundial”.²⁸ El proyecto de cristianización en el Nuevo Mundo que los franciscanos habían estado cultivando tenía intereses más grandes que únicamente pensar en el engrandecimiento económico por el cual Felipe II estaba obsesionado. El franciscano no se explicaba la falta de interés del nuevo monarca por no invertir en nuevas diócesis y engrandecer las filas de los mendicantes, pero sí en apostar por el clero secular. Se veía en la escritura de Mendieta una alegoría que recordaba a lo que San Agustín había escrito en su obra cumbre, *La Ciudad de Dios*, ya que la preferencia por los beneficios que la *civitas terrena* obnubilaba los ojos de la Corona, alejaba a ésta y a sus súbditos de las riquezas espirituales que la *civitas dei* ponía a su alcance.

²⁸ Phelan, *El reino milenarismo...*, p. 80.

Después de esta presentación contextual y temática en la que se ve inserta la *Historia* de Gerónimo de Mendieta, para retomar nuestro hilo argumentativo que tiene que ver con los procesos de escritura y lectura en el siglo XVI, quisiéramos ahora abordar algunas inquietudes sobre la manera en que esta obra puede ser usada desde la historia cultural del libro.

David Olson señala: “El modo en que deben tomarse expresiones y textos puede analizarse en términos de distinción entre acto ilocucionario (decir algo) y fuerza ilocucionaria (pretender algo al decirlo)”.²⁹ Estas dos distinciones nos sirven como punto de partida para ver la disposición verbal por la que un texto se encuentra inmerso, es decir, si éste pertenece a una cultura en la que la oralidad aún permea las aristas interpretativas de lo que se dice, o si, más bien, la escritura produce un saber totalmente distinto del oral. Podríamos decir que nos encontramos en el ya conocido problema de forma-fondo de un enunciado. Para nosotros, el acto ilocucionario sería únicamente ver todas las formas lingüísticas y enunciativas por las que un texto está conformado. El orden de los enunciados, podríamos decir, prefigura y limita las intenciones de lo que se pretende decir. Sin embargo, si nos quedamos con esta idea estaríamos dejando de lado todo el potencial que se encuentra inmerso en las intenciones que dan cuerpo a lo que se quiere decir en un escrito. Por ello, decidimos centrarnos más en la fuerza ilocucionaria, es decir, en dar a conocer las intenciones y creencias que un sistema escriturístico apertura al momento de realizar su lectura.

En primer lugar, se debe reconocer la fuerza ilocucionaria como la expresión de una intencionalidad personal y privada. ¿Estaríamos diciendo, entonces, que en la *Historia* de Mendieta existe cierta subjetividad en lo que éste escribe? No olvidamos que habíamos planteado, páginas atrás, una distinción entre tecnología y comunicación al momento de referirnos a la práctica de la escritura. Lo que hace particular el tema de la fuerza ilocucionaria es que en ella vemos insertos tres conceptos interesantes: la creencia, el deseo y la intención en lo que se dice. David Olson lo expresa de la siguiente manera:

²⁹ Olson, *El mundo...*, p. 292.

¿Qué son las creencias? Son los estados en que uno se encuentra cuando enuncia con sinceridad. ¿Qué son las intenciones? Son los estados en que uno se encuentra cuando promete sinceramente hacer algo. ¿Qué son los deseos? Son los estados en que uno se encuentra cuando pide algo sinceramente.³⁰

Por lo anteriormente dicho, nuestra apuesta al momento de acercarnos a los textos producidos en el siglo XVI está en la de construir una teoría cognitiva en la que estudiemos al conjunto de conceptos mentales que corresponden a la expresión de la fuerza ilocucionaria de los enunciados que alguien perteneciente a la cultura escrita plasma en un texto.

Para el caso de la *Historia* que Gerónimo de Mendieta escribe, observamos que esa fuerza se encuentra en los estados de desilusión, impotencia y de derrota que él va describiendo en relación con el estado en el que se encuentra el proyecto franciscano al que pertenece. No se pueden negar los actos enunciativos a los que el franciscano se allega para presentar los acontecimientos por los cuales su orden ha estado lidiando desde su instauración en tierras americanas. Sin embargo, tampoco podemos hacernos de ojos y oídos ciegos al darnos cuenta del estado en el que su escritura deja impregnados aquellos sentimientos y situaciones que gritan por ser escuchados y atendidos.

Lo último que queda por decir al respecto de este apartado es que, a medida en que los escritos que van dando cuenta de los acontecimientos que en el Nuevo Mundo suceden, las esferas sociales que conforman a la élite y aristocracia se están nutriendo de los mismos para construir su propia versión del pasado y presente americano.

Alonso de Zorita: los libros de los conquistadores al servicio del saber aristocrático

¿Qué significan todos aquellos versos, todas aquellas genealogías imperiales, todas las alocuciones a pasajes grecolatinos que inundan las primeras

³⁰ Olson, *El mundo ...*, p. 298.

páginas de aquellos manuscritos del siglo XVI? ¿Consideraríamos que cumplen una función específica en tanto la conformación total del texto en sí mismo? ¿O es que más bien deberían de considerarse escritos ajenos al cuerpo de las obras? Ya es tiempo de que nos centremos a profundidad en la figura de Alonso de Zorita y de su obra intitulada *Relación de la Nueva España*.

Para finalidad del presente escrito, nos centraremos en las tres partes que conforman la introducción que Zorita hace para su *Relación...* Éstas son: una *Dedicatoria*, un escrito *Al lector* y un *Catálogo de los autores que han escrito historias de Yndias o tratado algo de ellas*. A partir de aquí, la referencia narrativa que haremos de estos textos estará englobada en una simbología: texto A, texto B, texto C.

En el texto A, Zorita hace gala del conocimiento genealógico del presidente del Real Consejo de Indias, don Hernando de la Vega, a quien dedica su *Relación...*, mostrándonos hasta siete generaciones al servicio del Reino de Castilla. En esta *Dedicatoria* encontramos una importante cantidad de enunciados retóricos en los que se ensalzan las virtudes, actitudes, servicios y personajes que envuelven a la familia De la Vega. Lo interesante aquí es que Zorita construye enunciados que asemejan la piedad de esta familia real con las hazañas y narraciones clásicas grecolatinas que lo pudieran, a Zorita, colocar como a un Homero de su tiempo, que, sin embargo, él no está ni siquiera a la altura de tan loable referencia:

era cierto necesario para lo poder significar la habilidad y suficiencia de vuestra señoría adornada de tantas y tan buenas letras como en vuestra señoría hay, lloró aquel grande Alexandro delante del sepulcro del valeroso Achilles movido con envidia por haber tenido a Homero porregonero que tan gloriosamente cantó sus hazañas, yo empero, lloro con dolor y no pequeño porque en mí no hay la facundia y habilidad que era necesaria para alabar y decir algo de lo mucho que en vuestra señoría hay con que a los buenos cause admiración y a los no tales espanto.³¹

³¹ Alonso de Zorita, *Relación de la Nueva España*, p. 98.

Aun así, nuestro nuevo aedo hace uso de toda su retórica para colocar al servicio del reino de Castilla y del emperador Felipe II su *Relación*... :

con la voluntad muy generosa que de tan ilustre se espera y que entre sus muchas y muy necesarias ocupaciones se ocupe algunos ratos en la leer porque después de vista si supiera que a vuestra señoría le agrada intentaré otras cosas que tengo trazadas y si no le agradare como abortiva y mal ordenada y no merecedora de ser leída la mande vuestra señoría echar a donde le parezca, juntamente con el intento que para lo demás me quedaba, y si acaso fuere tan feliz que merezca ser aprobada por vuestra señoría osaré con tan gran merced y favor acabar lo demás, sin miedo de mordaces y maldicientes que en semejantes cosas y otras más subidas no suelen faltar porque yo les doy licencia³²

Al final del texto A, hay un dato en suma importante. Zorita fecha este texto el 20 de octubre de 1585 y nos revela su edad: 73 años. ¿Qué tantos otros cronistas o relatores no nos vienen a la mente cuando ponemos atención a este tipo de datos? Están los bandos militares (Bernal Díaz del Castillo) o los bandos religiosos (encabezados por los franciscanos), quienes intentan disputarse la verdadera forma de relatar el pasado indígena. Ya sea a través de la narración de batallas y acontecimientos cotidianos que aquellos viejos soldados plasmaron en sus voluminosas memorias o a través de la construcción escatológica de una memoria religiosa en decadencia, lo importante aquí es ver en qué tipo de circuito comunicativo se inserta la *Relación*... de Zorita. ¿Es que acaso un doctor, juez, oidor y servidor político de la corona puede tener un juicio más centrado en cuanto a la apropiación y disputa del pasado de los indios? El fluir de las fuerzas discursivas y de sus intencionalidades, hoy más que nunca, se abre como una veta de investigación actual.

De esta manera, cabe preguntarse lo siguiente: en tanto que esta relatoría pasa a convertirse en un discurso al servicio y beneplácito para la Corona de Castilla, ¿no querrá decirnos que la intención-ilocución subyacente del texto de Zorita era la de colocar al discurso político que él profesaba y del cual tantos años había trabajado tan arduamente como una guía que

³² De Zorita, *Relación*..., p. 99.

podiera darle algún beneficio para su persona?, ¿no será más bien que textos como el de Zorita, Bernal Díaz o Mendieta tienen su emergencia a partir del fracaso de la fuerza discursiva a la que pertenecen? Dicho con otras palabras: un texto memoria-guía como la *Relación* de Zorita tiene su emergencia discursiva en tanto que el proyecto al que se adscribe fracasa en la aprehensión institucional del relato que está profesando.

Lo anteriormente dicho se puede ver representado en un fragmento del texto B:

Vespasiano reprende a los que fallaron los nombres de aquellos de quién se ayudaron en lo que escribieron, y alaba a los que los nombraron, a cuya imitación referiré yo los de quien me he ayudado para escribir esta Relación / no me atreví a intitularla Historia porque no sé si se lo merece, y porque creo prudente lector que os dará gusto saber quién son los que han escrito historias de Yndias o han tratado algo de ellas pondré aquí los nombres de los que han venido a mi noticia así de las que andan impresas como de las que aún no han salido a la luz y también se nombrarán algunos autores que aunque no han escrito historia tratan en sus libros algunas cosas incidentalmente de Yndias, y de sus conquistas y conquistadores, no se guardará en los referir antigüedad sino según me ocurrieren a la memoria.³³

El texto B está dividido en dos partes. La primera narra aquel fracaso institucional del cual hace poco se hizo referencia. ¿Cómo observamos esto? La tesis es la siguiente: ¿a quién o a qué tipo de saberes les pertenece la autoridad de una fuerza discursiva? Aquí nos interesa esa pequeña duda enunciada, esa debilidad de lugar de producción al que Zorita se adscribe: “por mí mismo no logro intitular mi texto como una Historia”. ¿Será meramente una figura retórica? Aquel docto juez y oidor tambalea en su ilocución. La segunda condiciona la emergencia de su texto: “presentaré todos aquellos discursos impresos o no que han narrado sucesos de las Yndias”. Por lo tanto, tenemos dos situaciones: a) La institución política para la que tantos años trabajó Zorita necesita un texto guía-memoria que la coloque en el centro de la discusión enunciativa de los acontecimientos que se están

³³ De Zorita, *Relación...*, p. 101.

llevando a cabo en este Nuevo Mundo y; b) su propia condición institucional le permite allegarse de aquellos textos que la Corte y Reino de Castilla retienen para producir esa fuerza discursiva que para sus propios intereses tanta falta le hace.

Es así como llegamos al texto C de Zorita. Las preguntas que nos permiten abordar esta sección son las siguientes: ¿qué tan cierto es que los sujetos que escriben acerca del acontecimiento americano tenían una cultura de la lectura?, ¿qué tan cierto es que existía una afluencia escriturística que permitiera un diálogo entre las producciones librescas y sus autores? De manera mucho más copiosa, y con un orden excesivamente detallado, Alonso de Zorita nos extiende una genealogía del saber libresco que va más allá de los intereses mostrados en el texto A. Encontramos un poco más de treinta y cinco autores y obras de diversa índole, estilos, instituciones e intenciones en el texto C de Zorita. Aquella condición institucional privilegiada que le confería su posición política hizo que Zorita, al igual que lo referido por Carlo Ginzburg en sus trabajos históricos, él estuviera observando a espaldas de todos estos actores sociales las ilocuciones de sus textos para elaborar la propia. Su fuerza discursiva la hace efectiva él mismo cuando dice que conoció, escuchó y vio tanto a los autores como a las versiones preliminares, sujetas o ya impresas de todas esas narraciones que circulaban en la Corte de Castilla. La posición geopolítica de la cual disfrutó le permitió crear un vasto espectro escriturístico para configurar aquella memoria política por la que tanto deseaba dar a conocer a sus mayores. Aquellos círculos de la corte tan característicos para la sociedad en la que vivió Zorita dan veracidad al porqué de su producción: ahora es tiempo de que el saber cortesano narre los pormenores que se han acumulado en referencia al Nuevo Mundo para que sirvan de deleite, entretenimiento y conocimiento de aquellos círculos.

Tomar la figura de un nuevo aedo en la Corte de Castilla es la última apuesta de Zorita para gozar de los beneficios de su Corona y del beneplácito de Dios. Al tiempo en el que escribe el texto C, Zorita hace evidente su propia producción escriturística del pasado y cuenta que, en esos momentos, está escribiendo unos *Discursos de la vida de humana*, una

obra larga y de mucho trabajo y conveniente para el mismo fin que lo demás que he escrito porque éste siempre ha sido mi intento y en ello pienso acabar la vida porque creo que en esto sirvo a nuestro Señor y a la majestad

real aunque hasta ahora no he sacado de ello provecho alguno temporal ni sé si lo sacaré pero confío en la Majestad Divina que ninguna cosa que se hace en su servicio deja sin premio eterno así por su gran misericordia me lo dará a mí por los méritos de su santísima pasión.³⁴

La vida y servicio a la Corona de Castilla a través de su escritura significan, para Zorita, sí producir ese texto guía-memoria para una institución política que ha venido sufriendo cambios generacionales degenerativos (de la edad de Oro de Carlos V a la edad de Plata de Felipe II), pero, sobre todo, construir un texto que haga referencia a esas fuerzas discursivas que dan cuenta de un Nuevo Mundo en un Viejo Papel.

Consideraciones finales: la Araña Real de Felipe II

La complejidad burocrática que el reinado de Felipe II fue adquiriendo a lo largo de sus casi más de cuarenta años de vigencia es meritorio de un cuento de Borges. Las imbricaciones políticas, culturales, económicas y sociales que se detentan desde aquel monasterio en El Escorial, si bien no se observan tangiblemente, para todos aquellos que se han adentrado a estudiar esta parte de la historia universal se han topado con una infinidad de pasillos, escondrijos y cámaras que, al momento de ser estudiados uno por uno, arrojan diversas representaciones de lo que el equipo de trabajo cortesano y de la propia figura de Felipe II quisieron ver. Nosotros sólo queremos centrarnos en un pequeño pasillo de tan vasta estructura: la predilección ocular escriturística de Felipe II para construirse una idea de la realidad que lo rodea.

Uno llegaría a pensar que, entre más pares de ojos, la posibilidad de aprehensión de lo observado viene a más, pero eso no es cierto. Sobre todo cuando se habla de una mirada arácnida: son de limitado campo de visión y no tienen la nitidez necesaria para saber por dónde se encuentran y qué es lo que tienen frente a sus ojos en ese preciso momento. Miradas que llegan a cubrir trescientos sesenta grados, pero que, por desgracia, sólo captan borrosas sombras en movimiento a la distancia. De ahí la imperiosa necesidad,

³⁴ Alonso de Zorita, *Relación...*, pp. 113-114.

por contradictorio que parezca, de depender del tacto (de la mano) a medida en que se recorre cada hilo de aquella magnífica telaraña comunicativa. Visto de esta manera, Felipe II se convirtió en una figura de transición que no encaja del todo en la narrativa de la modernización mediante la racionalización, porque conjuga un modo de gobierno relativamente moderno con una religiosidad personal y un providencialismo político. De aquí se desprende una tesis interesante. Estamos de acuerdo con Arndt Brendecke cuando nos dice que existe un trasfondo comunicativo en el que, si bien el rey seguía siendo el responsable supremo de las decisiones, ya sólo se accedía a él a través de unos pocos canales: la correspondencia, los secretarios personales, los libros solicitados bajo demanda por las distintas Audiencias, Cortes y organismos políticos y sus consejeros relatores.

Existe una relación realmente interesante hasta este punto. Este trasfondo comunicativo anteriormente referido reportaba un incremento del poder y del saber: la imagen del rey que se recluye en un palacio-monasterio para dirigir desde allí los destinos de su imperio tal vez sea poco precisa desde un punto de vista histórico, quizá también porque Felipe II, con frecuencia, se hallaba también en otros palacios, residencias de caza y de verano. No obstante, se detenta la imagen de un poder inmóvil, estacionario, de estructuras centralistas de decisión y de un proyecto de “saber completo”.

Referencias

- Baudot, Georges. *Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983.
- Bouza Álvarez, Fernando. *Del escribano a la biblioteca. La civilización escritora europea en la alta Edad Moderna (siglos xv-xvii)*, Madrid, Akal, 2018.
- _____. *Imagen y propaganda. Capítulos de historia cultural del reinado de Felipe II*, Madrid, Akal, 2018.
- Brendecke, Arndt. *Imperio e información. Funciones del saber en el dominio colonial español*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2016.
- Castillo, Antonio (comp.). *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*, Barcelona, Gedisa, 1999.
- Cortés, Hernán. *Cartas de relación*, Madrid, Promo, 2003.
- Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, México, Siglo XXI, 2008.
- _____. *El orden del discurso*, México, Tusquets, 2010.
- _____. *¿Qué es un autor?*, Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2010.
- Mendiola, Alfonso. *Retórica, comunicación y realidad. La construcción retórica de las batallas en las crónicas de la conquista*, México, Universidad Iberoamericana, 2003.
- Olson, David R. *El mundo sobre el papel. El impacto de la escritura y la lectura en la estructura del conocimiento*, Barcelona, Gedisa, 1998.
- Ong, Walter. *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Phelan, John L. *El reino milenarista de los franciscanos en el Nuevo Mundo*, México, UNAM, 1972.
- Segundo Guzmán, Miguel Ángel. “Grafías del conquistador: horizontes de significado señorial en las ‘Cartas de relación’ de Hernán Cortés”, en *Historia y Grafía*, México, año 23, núm. 46, ene-jun 2016, pp. 177-209.
- _____. *Historia y mirada en las crónicas de América*, México, Universidad Guanajuato, 2018.
- Zorita, Alonso. *Relación de la Nueva España*, II tomos, México, Cien de México, 2011.

HISTORIOGRAFÍA, HERMENÉUTICA Y DECONSTRUCCIÓN

Ricardo Nava Murcia
Universidad Iberoamericana

La historiografía (es decir “historia” y “escritura”) lleva inscrita en su nombre propio la paradoja —y casi el oxímoron— de la relación de dos términos antinómicos: lo real y el discurso. Su trabajo es unirlos, y en las partes en que esa unión no puede ni pensarse, hacer como si los uniera.

MICHEL DE CERTEAU, *La escritura de la historia.*

Hay un espectro que asedia a la historiografía: la paradoja de la relación entre eso que se designa como lo real y el discurso. Esta paradoja se plantea aquí desde la particularidad de lo que se entiende por hacer historia. Entiendo este hacer historia no como aquello reducible a dar cuenta de los llamados hechos fácticos, sino al esfuerzo continuo del historiador por pensar históricamente aquello de lo que habla desde los distintos modos de diferenciar sus relaciones con el tiempo. Porque su tarea es unir lo real (un pasado) con un discurso (la historia), y dado que esto es ya una imposibilidad en cuanto tal, tiene que hacer como si los uniera. Se produce una ficción, en tanto la historia juega a representar literariamente un pasado del cual está alejada, ahí donde éste retorna como lo ausente. En consecuencia, no es posible pensar históricamente fuera del asedio espectral de esta paradoja.

El trabajo que propongo aquí se escribe desde la paradoja de este asedio espectral, en tanto se plantea pensar históricamente una relación: la hermenéutica y la deconstrucción, como formas de observación de las producciones textuales del pasado. La pregunta principal de este trabajo se emplaza en el campo de la historiografía, por lo que la pregunta asume la paradoja de este quehacer entre lo real y el discurso, en donde todo estudio sobre la es-

critura de la historia no puede dejar fuera la tematización de lo que significa el acto de lectura, pues un texto se lee en sus condiciones de producción, teóricas, y lo fundamental, que al ser escritura, ésta no se constituye como tal independientemente de un ejercicio de lectura. La cuestión es entonces la siguiente: ¿cómo enfrentar hoy los retos planteados por los enfoques hermenéuticos hace varios años, en el campo del quehacer historiográfico?

La hipótesis que guiará la apertura de esta cuestión es que, a partir de los nuevos enfoques teóricos que indagan sobre las condiciones de validez del discurso histórico, así como de las nuevas metodologías planteadas para proponer acercamientos al pasado, que suscriban la no ingenuidad respecto a sus objetos, se propone que analizar los trasfondos y los presupuestos mismos de la hermenéutica en su mismo nivel teórico puede ayudar a la comprensión de las cuestiones que son de la competencia de la historiografía. Por tanto, en este trabajo se sostendrá que la hermenéutica, en sus aspectos generales, al tener una de sus condiciones de posibilidad en una concepción de la escritura vinculada a la primacía de la voz, esto es, como representación del habla y auxiliar de la memoria, y, por tanto, de la presencia plena como origen del pensamiento, constituye lo que Jacques Derrida llama metafísica de la presencia.

Dicha concepción de la escritura clausura los procesos interpretativos al hacerlos depender de una idea de contexto que se sostiene como saturable y determinante del sentido en el acto mismo de leer y en su momento de actualización en múltiples interpretaciones (polisemia). Con este planteamiento lo que se busca indicar aquí es que la recepción de un texto reducida a sus aspectos fenomenológicos deja fuera la importancia de la relación, para la producción de sentido, entre escritura y soporte de inscripción, que para el caso de la historia, esta relación es la que da a ver el acontecimiento, acontecimiento que un lector o un observador recibe alterado por los procesos de inscripción en los que está implicado.

Hermenéutica e interpretación como relación dialógica

Para los fines de este trabajo, por hermenéutica quiero designar aquella que se conoce más como nueva hermenéutica o hermenéutica de la comprensión, articulada por Hans-George Gadamer, entre otros, y que ha sido el re-

sultado de una renovación teórica, durante la segunda mitad del siglo xx, de los procesos de la comprensión e interpretación en los distintos campos de conocimiento que competen a toda pregunta por el sentido de algo. Toda pregunta por el sentido implica un cierto tipo de observación que busca dar cuenta el significado de algo. Que algo tenga significado es comprender una relación particular con el mundo. En consecuencia, en toda pregunta por el sentido está implicada la lectura como un modo de observación que busca comprensión para atribuir sentido al mundo.

Con Gadamer queda integrado el camino de lo que se puede señalar como el paso de una hermenéutica de la producción a una hermenéutica de la recepción, ahí donde toda comprensión implica una relación dialógica entre texto y lector, entre mundo de vida originario y mundo de vida del lector, entre un texto que interpela y un lector interpelado y viceversa. Se trata de una relación dialógica que tiene como condición de posibilidad una situación hermenéutica (el lugar social desde donde se interpreta y, a su vez, la relación con el lugar social del texto que se interpreta) hecha de prejuicios (para Gadamer no puede haber comprensión sin los juicios previos que la hacen posible), de una tradición (toda herencia cultural, todo aprendizaje recibido, todo espacio de experiencia) y afincada en el principio de autoridad (aquello que se ha vuelto clásico, determinante y que condiciona nuestra comprensión). Dicha situación hermenéutica no es otra cosa más que determinados horizontes de comprensión. Comprensión que se realiza cuando tanto el horizonte del texto como el horizonte del lector se fusionan, logrando así el alcance de una generalidad mayor en la comprensión. Podría decirse, en consecuencia, que esa interacción dialógica entre texto y lector que lleva a una determinada comprensión implica una actualización del texto al presente como reducción de la distancia histórica entre los dos horizontes, de ahí que pueda decirse que, desde el punto de vista hermenéutico, todo texto es polisémico.¹ La condición de posibilidad de esta polisemia es, para Gadamer, la intervención de lo que designa como el principio de la historia *efectual*, el cual indica que toda interpretación es la historia de sus interpretaciones. Dicho de otra manera, cuando se lee un texto por primera vez, se hace a partir de una historia sucesiva de interpretaciones que dicho texto ha tenido en su devenir temporal, por lo que

¹ Hans-Georg Gadamer, *Verdad y Método I*, pp. 331-370.

no hay una lectura propiamente dicha fuera de las interpretaciones que en su historia un texto ha tenido.²

La hermenéutica, por tanto, busca en la interpretación de los textos, y mediante el establecimiento de la relación dialógica entre texto y lector, restituir lo que ocurre en la comunicación viva, esto es, aquella que ocurre entre dos conciencias presentes como comunicación de las conciencias.³ Como se comprenderá más adelante, Gadamer estaría inscrito en una noción de escritura que se indicará aquí como tradicional, esto es, aquella que concibe la escritura como representación y transcripción del habla; en consecuencia, subordinada a la voz. En esta concepción, los textos, en tanto escritura, tienen una ausencia de presencia, y como consecuencia inmediata, una pérdida del modo de lo dicho, constituyéndose esto en la subordinación de la escritura como mero vehículo de la comunicación del sentido y de la conciencia. Se trata de la comprensión como lectura que escucha a la voz, en la que un sujeto se deja interpelar por el texto, como si este resguardara, a su vez, cierta presencia lista para hacerse manifiesta.

Para la hermenéutica, la distancia histórica que media entre texto y lector es importante desde el punto de vista del contexto y bajo el principio de la historia efectual. Como se trata de actualizar el sentido original de un texto al presente desde donde se lee, la hermenéutica enfatiza la contemporaneidad del texto al momento de la actualización. Para esto, la hermenéutica propone la necesidad de la reconstrucción del contexto, del referente, pero bajo la conciencia de que se interpreta desde un contexto, desde una situación historia particular. Aquí, el problema importante que se contrastará más abajo con la deconstrucción es que esta hermenéutica termina enfatizando la continuidad entre el pasado y el presente, antes que la discontinuidad y diferencia. Se trata de una contextualización, de una cierta manera finita, pero polisémica. Un texto puede tener múltiples inter-

² Gadamer, *Verdad...* pp. 370-377.

³ Al respecto de esta estructura dialógica, puede verse la noción de comprensión gadameriana en la explicación que éste hace tanto del círculo hermenéutico como del principio de historia efectual, en donde la comprensión se realiza en una tradición desde la cual se busca comprender la opinión del otro estableciendo una conversación. Gadamer, *Verdad...*, pp. 363-377.

pretaciones, pero estas tienen validez si y sólo si se ha inscrito el texto en su contexto originario de producción y recepción.

Si bien Gadamer no asume la posibilidad de una interpretación definitiva o transparente y total, el principio de historia efectual, considerando la sucesión de las diferentes interpretaciones de un texto, sigue partiendo de las determinaciones históricas de los intérpretes, por tanto, del contexto.

Deconstrucción, huella y soporte de inscripción

La pregunta pertinente enunciada al principio de este trabajo es: ¿cómo enfrentar hoy los retos planteados por la hermenéutica en el quehacer historiográfico? Enfrentar la cuestión implica entonces reiterar el supuesto mencionado como hipótesis: que la hermenéutica de Gadamer supone una noción de escritura anclada a una metafísica de la presencia que viene a clausurar los procesos de interpretación, al hacerlos depender de contextos entendidos como saturables haciendo que la contextualización y recepción de un texto deje fuera los efectos de sentido que se producen también a partir de la relación entre una escritura entendida como huella (inscripción, marca, impresión) sobre un soporte exterior permanentemente diferida, y que, para el caso de la historia, esta relación viene a alterar el acontecimiento mismo dándolo a ver (esto es, también, a ser leído) alterado, producido y, por tanto, bajo una hechura ficcional.

Derrida llama la atención de lo que podría llamarse una idea tradicional de escritura que recorre el pensamiento occidental y la historia misma de la filosofía. Se trata de aquella que la entiende como mera transcripción del habla, representativa y auxiliar de la memoria; que privilegia la voz por encima de la escritura. Esta idea de escritura está presente en la hermenéutica de Gadamer. Este privilegio de la voz por encima de la escritura, que la coloca como derivada, secundaria y limitada en cuanto a la comunicación y la apropiación del sentido, tiene consecuencias al momento de interpretar los textos y de estudiar el acto mismo de lectura: toda lectura de un texto no puede eludir, en el fondo, la búsqueda final de lo que el autor ha querido decir en acto y en intención, aunque esto no sea recuperable en su totalidad. De ahí que las diferencias entre la hermenéutica y la deconstrucción puedan indicarse, de momento, subrayando que la hermenéutica no se sustrae

al concepto metafísico de presencia. Como ya se explicó más arriba, para Gadamer, el que la interpretación se sostenga como una relación dialógica, implica ya la presuposición de cierta presencia, pues se debe dialogar con el texto como si éste fuese otra conciencia con la que se dialoga a partir de la lógica pregunta-respuesta.

Derrida partirá de una nueva idea de escritura que llamará *archiescritura*.⁴ Ésta la articula a partir de una lectura de la historia de la filosofía que es como la historia de una represión misma de la escritura en nombre de la voz viva y natural. Son varios los trabajos que por economía de espacio no explicitaré en su totalidad, en los cuales Derrida elabora cómo históricamente la escritura fue considerada como algo degradado y subordinado a la voz. Incluso si hoy se quisiera sostener que la modernidad ha sido una cultura que se sustenta en la escritura y no en la oralidad, con Derrida se podría mostrar que, a pesar de esta creencia, en el fondo, la cultura occidental sigue despreciando la escritura en nombre del habla viva, pues si de verdad creyéramos en lo que la escritura dice, no habría ninguna necesidad de teorías de la interpretación, pues en lugar de suponer que el texto resguarda un sentido oculto, o un algo más que revela el *querer decir* del autor, tomaríamos la escritura en lo que dice en sí sin suponer que hay algo que se esconde detrás. Sin embargo, la desconfianza en la escritura obliga a sospechar que hay algo más allá de ésta, que no es otra cosa más que la presencia del autor en lo que ha querido decir en acto y en intención.

Derrida, en su ensayo “La farmacia de Platón”, realiza una lectura del diálogo *Fedro o del amor*, en la cual muestra que es Platón quien sitúa, poniendo en boca de Sócrates, a la escritura como un veneno peligroso para la memoria, gesto que más que una condena de la escritura en nombre del habla viva, se trata de la preferencia entre una escritura buena (la voz como simiente generadora) a una escritura perversa y añadida (hija bastarda que es simiente desperdigada).⁵ La escritura aparece de esta manera como una mera transcripción del habla y como un veneno peligroso para la memoria, es decir, que la escritura para Sócrates es un mero fármaco.

⁴ Jacques Derrida, *De la gramatología*, p. 73.

⁵ Jacques Derrida, “La farmacia de Platón”, pp. 91-260.

Derrida describe cómo Sócrates cuenta a Fedro acerca del origen de la escritura. Se trata del mito egipcio que pone en escena la forma en que ésta llega a los hombres como don de los dioses. Zeus, antigua divinidad, que ya había descubierto la ciencia del número, del cálculo, la geometría y la astronomía, se presentó ante Zamus, quien reinaba en todo Egipto. Éste le pregunto a Zeus para qué servían cada una de las artes que pensaba ofrecer a los hombres. Cuando llegó el momento en que éste le presentó los caracteres de la escritura, le dijo que estos ofrecerían a los hombres un conocimiento cuyo efecto sería hacerlos más instruidos y capaces de recordar, de tal manera que la memoria tendría su propio remedio.⁶ Para Sócrates, lo que los dioses dieron a los hombres fue un fármaco. El sentido de esta palabra para el pensamiento socrático será el de veneno. La escritura, al ser un auxiliar de la memoria, volverá a los hombres tardos en pensamiento y les impedirá el desarrollo de la facultad de la memoria. Así, la escritura queda narcotizada como un veneno peligroso para recordar.

Sin embargo, Derrida sostendrá que la palabra fármaco tiene un doble sentido contradictorio: por un lado veneno y por otro cura o remedio. Por tanto, lo que Derrida demuestra es que la escritura-fármaco es tanto cura como veneno, esto es, dos cosas a la vez. Un lenguaje indecible, en el sentido que no se puede decidir de manera absoluta y determinada por uno de los dos sentidos que ésta tiene. Sócrates es quien decidió de manera juiciosa, sostiene Derrida, por uno de los dos sentidos, aún al haber visto que los dioses dieron la escritura en otro sentido también.⁷ De esta forma, la escritura aparecerá en su propia deriva como ambas cosas en donde es imposible decidir si es cura o veneno. Pero será vista al interior un sistema binario, en el que el segundo término, que es la escritura, está subordinado al primero, que es la voz. Este sistema establece una jerarquía y un valor positivo al primero por encima del segundo. Para Roberto Ferro, este binarismo muestra cómo el habla se presenta para la tradición occidental como la forma de expresión de un pensamiento que, a pesar de su mediación, produce el efecto de una comunicación natural y directa, meras marcas físicas separadas del pensamiento que las produjo, que funcionan en ausencia de la presencia, permitiendo un acceso incierto al pensamiento de cualquier hablante o au-

⁶ Derrida, "La farmacia...", pp. 110-111.

⁷ Derrida, "La farmacia...", p. 102.

tor. De esta manera, el habla aparece como transmisión natural y directa, mientras que la escritura como artificial e incierta.⁸

Al final es el texto platónico el que subordinará la escritura a la voz, condenando a la escritura en lo escrito, como hace ver Derrida. Platón presenta a partir de la muerte de Sócrates sus escritos como juegos, acusando a lo escrito en lo escrito.⁹ La escritura es emplazada en una condición metafísica: representación del habla, por tanto puesta en una red de oposiciones binarias. La escritura será considerada como algo sensible, corporeidad, materia; exterior al espíritu, al logos. Es por eso que Platón la consideró como un fármaco peligroso que separa de la realidad, pero sin poder superar la contradicción de que la escritura cura y contamina a la vez. En oposición a la escritura, va a confrontar las ideas, pues estas hacen presente al ser, en tanto pura presencia.¹⁰

Derrida lee en el texto platónico, según Ferro, que hay contradicciones. La escritura, en tanto fármaco-veneno, aparece como hija bastarda, y, por tanto, se abre la posibilidad de que tenga una hermana buena, bien nacida, que es el habla. Esto implica, como consecuencia, que el habla podría ser considerada solamente como otro tipo de escritura. Ahora bien, en tanto hermanas, ambas remiten a un padre o madre originarios. De esta manera, muestra Ferro, hay una buena escritura, natural, sabia, viva, inteligente, interior y hablante, que se opone a una mala escritura, artificial, moribunda, ignorante, sensible, exterior y muda.¹¹ Por lo tanto, este autor observa también que la buena escritura es designada sólo a partir de la mala al interior de una red de oposiciones binarias. De esta manera, la implicación importante es que hay dos tipos de escritura, y esto lleva a Derrida a concluir que el *Fedro* no es tanto una mera condena de la escritura en nombre de un habla que se hace presente, sino la preferencia de una escritura a otra; es decir, la preferencia por una huella fecunda y no por una huella estéril como es la escritura; la preferencia por una simiente generadora depositada en el interior, y no por una simiente desperdigada, depositada en el exterior a riesgo

⁸ Roberto Ferro, *Escritura y deconstrucción. Lectura (h) errada con Jaques Derrida*, p. 97.

⁹ Derrida, "La farmacia...", p. 240.

¹⁰ Ferro, *Escritura y...*, p. 100.

¹¹ Ferro, *Escritura y...*, p. 100.

de una diseminación.¹² Por eso, para Derrida, lo importante es comprender que, para Sócrates, se trata de la preferencia de una escritura a otra.

En adelante, y a todo lo largo de la historia de la filosofía y de la tradición occidental, la escritura permanecerá subordinada a la voz, considerada como derivada y secundaria, atrapada en la red de oposiciones binarias que constituyen la metafísica de la presencia. Esta subordinación no es otra más que la de su repetición en la tradición, a lo largo de la historia.

Derrida también mostrará en otra lectura esta repetición de la tradición. Rousseau reproduce el gesto platónico de considerar la escritura como un veneno peligroso para la memoria, pero agregando un elemento más que, sin percatarse, viene a poner en jaque la idea de una escritura viva, sabia, inteligente, natural y directa.¹³ Rousseau considerará que la escritura es un peligroso suplemento. En el *Ensayo sobre el origen de las lenguas* de este filósofo, Derrida no lee otra cosa más que la reproducción del platonismo. De la mano con otro trabajo de Rousseau, *Emilio o acerca de la educación*, muestra cómo éste cuestiona el habla viva y la presencia que ésta conlleva, sin poder evitar darse cuenta de que, mediante la escritura, el sujeto no puede menos hacerse presente a través de ella, por lo que, observa Derrida, Rousseau tiene más prisa por conjurar a la escritura que por asumir su necesidad.¹⁴ En consecuencia, el propósito del *Ensayo* es el de restaurar el habla por encima de la escritura. Derrida presenta cómo Rousseau condena la escritura porque ésta destruye la presencia y no es otra cosa más que una enfermedad del habla.¹⁵ Este gesto se realiza en el marco en el que Rousseau reflexionaba sobre cómo el habla había venido siendo desplazada por la escritura, desposeída por el valor de ésta. De ahí la necesidad de que éste haya buscado restituir el habla mediante la condena de la escritura, reproduciendo el platonismo y la red de oposiciones binarias. La marca gráfica,

¹² Ferro, *Escritura y...*, p. 100.

¹³ Éstas, y algunas mencionadas más arriba, son las características importantes que la lectura de Roberto Ferro deduce de la lectura que hace Derrida de Sócrates y Rousseau, particularmente del *Ensayo sobre el origen de las lenguas* en su libro *Escritura y...*, pp. 97 y ss.

¹⁴ Jacques Derrida, "Ese peligroso suplemento" y "Génesis y estructura del *Ensayo sobre el origen de las lenguas*", *De la gramatología*, pp. 181-335.

¹⁵ Derrida, "Ese peligroso...", p. 182.

por tanto, resta presencia, sentido y verdad, mientras que la voz garantiza el acceso al sentido en la comunicación.

También Rousseau reflexiona sobre su actividad de escritor. Para éste, señala Derrida, la escritura es la restauración mediante cierta ausencia y calculada cancelación de la presencia, decepcionada de sí en el habla. Por eso es que para el autor del *Essay*, escribir es sin duda retomar el habla ahí donde ésta no puede hacerse presente.¹⁶ Así, el acto de escribir se muestra para éste como un sacrificio dirigido a la restauración simbólica de la presencia.¹⁷ Se reproduce, en consecuencia, el sistema de oposiciones binarias: voz/escritura, presencia/ausencia.

La idea que Derrida enfatiza es que, para Rousseau, la escritura resulta entonces algo miserable, pues ahí donde el habla fracasa, la escritura se vuelve necesaria. El habla es expresión natural del pensamiento, y a ella se le añade la escritura, se le adjunta como una imagen o representación.¹⁸ Esta observación es la que Derrida hace, y es la que viene a cuestionar el texto de Rousseau. La escritura se constituye como lo opuesto: artificial y no natural. La escritura aparece entonces como un añadido a la voz, esto es, como un suplemento peligroso para el habla.¹⁹ La representación simula la presencia, y el signo la cosa misma. Para Derrida, Rousseau, al introducir la idea de que la escritura es un suplemento de la voz, coloca al mismo tiempo lo protésico como la propia deriva de ésta, pues, como describe Derrida, a Rousseau se le escapa cuál es la lógica de todo suplemento: que todo suplemento suple algo que está carente, esto es, que todo suplemento compensa una falta; aquello que recibe el añadido está incompleto. La voz no está completa, puesto que necesita un suplemento que es la escritura. De esta manera, el discurso de Rousseau muestra, sin percatarse, que la presencia está aplazada, diferida, y que lo suplementario es posible porque existe una carencia originaria.²⁰

En la lectura que Derrida hace del texto platónico *Fedro* y de Rousseau, pone a la escritura a una deriva esencial: rompe el sistema de oposiciones

¹⁶ Derrida, "Ese peligroso..." p. 182.

¹⁷ Derrida, "Ese peligroso..." p. 183.

¹⁸ Derrida, "Ese peligroso..." p. 184.

¹⁹ Derrida, "Ese peligroso..." p. 185.

²⁰ Derrida, "Ese peligroso..." p. 190.

binarias en la que ha estado inscrita a lo largo de la historia del pensamiento occidental, llevándola hasta su *différance*.²¹ También Ferro muestra esto en su lectura de Derrida, pero enfatizando que la escritura, pensada como suplemento del habla, implica que esta última, a su vez, esté marcada con las características de la primera: ausencia y mal entendido.²² La escritura, a su vez, también está marcada por cierta presencia, hace que un autor sobreviva de algún modo en la posteridad. Si la presencia está siempre diferida, el sentido de un texto nunca podrá ser aprehendido de modo estable y unívoco. El sentido estalla con perseverancia en una diseminación.

Con estos dos trabajos de Derrida aquí explicados, y otros que por el momento no se analizarán, es que este filósofo construye un nuevo concepto de escritura. Así como muestra la subordinación de la escritura a la voz, también, a partir de la lectura de otros dos pensadores, enseña como éstos, lejos de condenar la escritura, le permitieron poner en escena esta nueva idea de escritura como *archiescritura*, y que tiene consecuencias para la lectura de textos. Se trata de Edmund Husserl y de Sigmund Freud como aquellos que la escenifican.

²¹ Con la palabra *différance*, Derrida emplaza una conceptualidad que tiene su complejidad en cuanto a lo que es y no es, si es que acaso esta palabra puede explicarse en términos de ser. Se trata de un gesto que pone en acción, por una parte, la denuncia de que toda escritura es fonética (que implica la prioridad de la voz por encima de la escritura), al introducir el cambio de la letra “e” por la “a”, pues, con ambas, la palabra se pronuncia igual, pero su diferencia (con “a”) sólo es visible en la marca gráfica y no audible; por la otra la recuperación de una semántica olvidada históricamente en el origen de la palabra diferencia que ya no designaría solamente que algo es diferente a otra cosa. Se trata de la recuperación del verbo latino *differre* que inscribe la acción de diferir y de diseminar. Así, la palabra *différance* recupera una semántica temporal y una espacial. En cuanto al sentido temporal, por *différance* Derrida recoge la acción de posponer, retardar, reservar, resguardar, o bien dejar para más tarde. Espacialmente, recobra la acción de desvío o diseminación. Por tanto, el sentido de una palabra o de un texto está a la deriva de su *différance*: siempre pospuesto, diferido, desviado y esparcido. Esto implica que toda decisión está pospuesta, que nada es absoluto porque está en constante movimiento diferido. Así, entre la voz y la escritura ninguna está subordinada a la otra, pues la deconstrucción que hace Derrida del concepto tradicional de escritura lleva la oposición hasta su *différance*. Esta es la consistencia de la *archiescritura*. Véase Jacques Derrida, “La *différance*”, pp. 37-102.

²² Ferro, *Escritura y...*, p. 101.

Del primero, frente al problema epistemológico de cómo mantener ideas puras que puedan cumplir la condición de universalidad y producir conocimiento, al mismo tiempo que cumplan también la condición de su historicidad (que implicaría singularidad, y por tanto la imposibilidad de su universalidad). Husserl toma a la marca escrita como aquella que se historiza al ser trazada sobre una superficie, logrando, de cierto modo, la pureza de la idea como cumplimiento de las condiciones de objetividad en el conocimiento, al mismo tiempo que las de su historicidad, como ejemplifica con el caso de la geometría.²³ Ésta, señala Derrida, es para Husserl la condición de posibilidad como prueba, no porque se da en el paso de una subjetividad que la haga evidente al tornarla —a la geometría— objetiva, sino porque se vuelve evidente en tanto objetividad ideal en el momento en que es puesta en circulación intersubjetiva; y a su vez, se vuelve histórica en el momento en que, al ser trazada, queda liberada de toda subjetividad que la determine, permitiendo que la marca pueda ser reconocida como la misma en diferentes tiempos y circunstancias. Es la traza escrita en tanto trazo, la condición de posibilidad de su dimensión temporal en tanto idea pura. Derrida, en su lectura de Husserl, desprendió como consecuencia la importancia de una marca escrita liberada de toda intención originaria de un autor.

De Freud, Derrida podrá articular lo que éste pone en escena. Una escritura como huella mnémica inscrita en un soporte exterior.²⁴ En su “Nota sobre la pizarra mágica”,²⁵ Freud muestra un artefacto que cumple con los modos de registro y permanencia de los pensamientos, esto es, de la memoria, que el papel y el pizarrón, pero que al mismo tiempo permite que las inscripciones no sean borradas, como buscaba mostrar que ocurría con el funcionamiento del aparato psíquico en las percepciones que se emplazaban como represión en la región inconsciente. El bloc mágico, para Freud, resultó ser la mejor analogía para demostrar el funcionamiento del aparato psíquico, pues permitió observar que tenía mayor rendimiento que el papel y que el pizarrón en dos cosas, similar al aparato perceptivo: una superficie siempre dispuesta a registrar nuevas percepciones, y otra, que será la tablilla de cera del bloc mágico, para preservar de modo duradero huellas de

²³ Jacques Derrida, *Introducción a “El origen de la geometría” de Husserl*, pp. 11-88.

²⁴ Jacques Derrida, “Freud y la escena de la escritura”, pp. 271-317.

²⁵ Sigmund Freud, “Nota sobre la ‘pizarra mágica’”, pp. 239-247.

impresiones recibidas, pero que ya no son visibles a primera vista, sino sólo con una luz adecuada. En otras palabras, para Freud, la tablilla de cera del bloc mágico permitió un ejemplo de los procesos de represión, y al mismo tiempo, como dirá Derrida, la puesta en escena de una escritura como huella o marca que imprime memoria y porvenir de esa memoria. La escritura, como prótesis de la memoria, pone en su acto de inscribirse, la borradura y alterado de su ser huella, en tanto traza y trazo impensables sin la idea de la represión. Para Derrida, Freud pone en escena la idea de una escritura diferida, iterable, que no se deja atrapar en la oposición voz/escritura, abriendo la cuestión de la relación entre el tiempo de la huella y la técnica del soporte de su inscripción.

En consecuencia, la *archiescritura* es la puesta en escena de la *différance*, que tiene como característica fundamental la iterabilidad. Esto es que la escritura no se agota en el presente de su inscripción, pues se repite en ausencia y más allá de la presencia de un sujeto empíricamente determinado, independientemente del contexto en el que se ha producido. Toda escritura o marca, al ser iterable, tiene una fuerza de ruptura con el contexto en el que se ha producido.²⁶

De este nuevo concepto de escritura que articula Derrida se puede desprender lo que interesa en este trabajo: 1) un texto no está determinado de manera absoluta por el contexto de emisión, ni por la intención originaria del autor, por tanto, puede ser sacado de su propio contexto y ser injertado en otros contextos. Dicho de otra forma, los textos así leídos pasan de una polisemia a una diseminación. 2) Toda escritura es inscripción sobre un soporte material, por tanto, una huella que es trazo y traza, que introduce el tiempo en el juego entre la memoria y el olvido; que al inscribirse es portadora de la posibilidad de su borradura y de dejar su resto, como ceniza, del borrado.

Como espero que ahora pueda observarse, la hermenéutica presupone que hay una experiencia fenomenológica de la lectura que da sentido final al texto, pero esta experiencia no considera los efectos de comprensión e interpretación que vienen también determinados por la relación entre escritura y soporte de inscripción. Se puede decir que el soporte, al vehicular

²⁶ Jacques Derrida, "Firma, acontecimiento, contexto", pp. 347-372.

la marca, da a ver no sólo el sentido, sino que produce efectos sensibles de este. El desliz de la hermenéutica es no considerar la materialidad (soporte de inscripción) y la escritura (huella) como las que producen también efectos de sensación y no sólo de sentido. La historicidad de la lectura está afectada por la materialidad de la escritura y por el cuerpo del lector. Todo texto es también una inscripción en el cuerpo propio y en el cuerpo del otro.

A modo de conclusiones

El aporte de la deconstrucción para la lectura de textos de historia, fuentes y documentos puede indicarse de la siguiente manera, considerando que no se trata de una superación de la hermenéutica ni su cancelación, sino más bien de un desvío que podría venir a radicalizar algunos ámbitos de la comprensión. Quizá podría decirse esto de otra manera: no se trata de que un texto se lea fuera de su contexto de manera simple, se trata de entender que un contexto no es absolutamente determinable para el sentido de un texto. Un texto en su contexto tiene múltiples sentidos, es polisémico. Con la deconstrucción, la diferencia se instituye en que los textos, fuera de su contexto originario, disparan los posibles sentidos más allá de éste, multiplican al infinito la interpretación.

En consecuencia, la manera en que pueden indicarse algunos elementos a partir de los cuales pueden leerse los textos en la perspectiva de la deconstrucción son:

1. La escritura, vista en términos derridianos, permite observar los textos como una textura, como un conjunto de huellas originariamente diferidas. La escritura como huella no existe independientemente de un soporte de inscripción. En consecuencia, el sentido o el acontecimiento vienen mediados por el soporte que los da a ver. Esto hace que lo que aquí se ha inscrito como textura, muestre que se trata de un sistema de diferencias, una red de significaciones que remite y entrecruza con otros textos, otros contextos, ininterrumpidamente e infinitamente. Por tanto, no como un corpus finito de escritura, enraizada en un libro u otro soporte como meras representaciones del pasado, de intencio-

nes o de un querer-decir. Un laberinto textual que acaba con la autonomía del texto, con su supuesta verdad y su orden lineal, anulando también la garantía del autor.²⁷

2. De esta noción de texto y escritura, la historiografía puede ser también leída como interpretación de interpretaciones. Se trata, además, de poner énfasis en los márgenes textuales. Una lectura deconstructiva podría tomar al texto poniéndolo en juego con esa red de significación, donde todos los textos y sus cadenas diferenciales sean leídos en sus discursos no centrales. Una nota al pie de página; un texto que no es considerado generalmente por la crítica o la academia por ser tenido como de poca importancia; un texto poco conocido; un comentario de pasada; la identificación de contradicciones de términos o conceptos en oposiciones binarias, que permiten que el discurso historiográfico, los nudos, los puntos, márgenes y límites del propio se topen a través de sus enunciados, afirmaciones, y explicaciones historiográficas, con su ilegibilidad y legibilidad.
3. Para la historiografía en particular, puede observarse que se da una crítica a la pretensión metafísica de un querer-decir el pasado de manera unívoca y absoluta.
4. La contingencia del discurso histórico, en tanto su posibilidad de repetición en la alteridad, es consecuencia de la iterabilidad de toda marca inscrita o sonido.
5. La indecidibilidad del pasado, cuyos efectos impiden toda centralidad de la historia, en tanto que disciplina, como única forma de registro de la memoria, de explicación o comprensión del pasado.
6. La anulación del referente, que sólo aparece como referencia diferida, en tanto que no hay referente último, pues su único referente es otro texto que remite a otro, y éste a su vez a otro, etc.

²⁷ Sobre la idea del texto como una textura, que los muestra como un recorte de textos y de injertos regidos por la relación que se establece directa o indirectamente entre los textos en la textura misma del texto, véase Cristina de Peretti, *Jacques Derrida. Texto y deconstrucción*, p. 146.

7. Como táctica de lectura, la deconstrucción permite claridad en las distinciones que se despliegan al realizar una lectura, pudiendo poner todo texto en juego con otros textos y, así, señalar las distinciones que permiten una diseminación de interpretaciones.

La deconstrucción como diseminación, como juego de las diferencias, aportaría a la historiografía una táctica de lectura en la interpretación de los textos historiográficos y en el modo en que se pueden leer las fuentes. En su paso, y luego desvío de la hermenéutica, señala además que el conocimiento histórico no tiene fundamento ni base en determinaciones absolutas de los contextos, ni en una conciencia fundadora de objetividad o trascendental. Se trata como de un juego infinito de espejos que indican la imposibilidad de hacer presente la presencia del pasado tal y como fue. Sí, un laberinto de las lecturas como lugar en donde perderse, cuyo único resguardo es quizá la asunción de que un texto está siempre por leerse. Tal vez aquí tienen otro sentido las palabras de Foucault, quien dijo alguna vez que escribía para perder el rostro.

Para el caso de la historiografía, podría decirse que toda fuente y libro de historia están sujetos a las múltiples reiteraciones (iterabilidad) propias de toda escritura. Éstas fabrican el acontecimiento, dando a ver sólo la ficción de aquello que pudo haber ocurrido. De esta manera, la materialidad gráfica por la que viene mediado el acontecimiento lo coloca bajo las condiciones que hacen de todo texto, no la reducción de éste a la historia de sus interpretaciones, sino a la diseminación del sentido y la deriva de su *différance*. Se trata de una especie de des-realización del acontecimiento que lleva a cabo la escritura de la historia produciendo una (im)posibilidad de su aprehensión.²⁸ Toda escritura se deconstruye en su propio movimiento cuando es leída, descifrada o apropiada, borrándose, pues no sucede sino repitiéndose y alterándose. En consecuencia, el asedio espectral de las relaciones entre lo real y el discurso pasa por esta alteración de la huella, inscribiéndose, buscando unirlos. Ahí donde es imposible, sólo puede hacer como si los uniera.

²⁸ Sobre la expresión “des-realización del acontecimiento”, véase Jacques Derrida y Bernard Stiegler, *Ecografías de la televisión. Entrevistas filmadas*, pp. 15-42.

Referencias

- Certeau, Michel de. *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1993.
- Derrida, Jacques. “Freud y la escena de la escritura”, en *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Editorial Anthropos, 1989.
- _____. “La différance”, en *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1998, pp. 37-102.
- _____. “Firma, acontecimiento, contexto”, en *Márgenes de la filosofía*, Madrid, Cátedra, 1998, pp. 347-372.
- _____. *Introducción a “El origen de la geometría” de Husserl*, Buenos Aires, Manantial, 2000.
- _____. *De la gramatología*, México, Siglo XXI Editores, 2000.
- _____. “La farmacia de Platón”, en *La diseminación*, Madrid, Editorial Fundamentos, 2007.
- _____, y Bernard Stiegler, *Ecografías de la televisión. Entrevistas filmadas*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1998, pp. 15-42.
- Ferro, Roberto. *Escritura y deconstrucción. Lectura (h)errada con Jacques Derrida*, Buenos Aires, Biblos, 1995.
- Freud, Sigmund. “Nota sobre la ‘pizarra mágica’”, en *El yo y el ello y otras obras (1923-1925)*, vol. 19, Buenos Aires, Amorrortu Editores, pp. 239-247.
- Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y Método I*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1996.
- Peretti, Cristina de. *Jacques Derrida. Texto y deconstrucción*, Barcelona, Editorial Anthropos, 1989.

SOBRE LOS AUTORES

MIGUEL ÁNGEL GUZMÁN LÓPEZ. Es profesor-investigador del Departamento de Historia de la Universidad de Guanajuato. Doctor en Filosofía por la Universidad de Guanajuato. Como investigador se ha especializado en el estudio de la historia de Guanajuato de los siglos XIX y XX; y en teoría de la historia, ontología y hermenéutica de la conciencia histórica. Perteneció al Sistema Nacional de Investigadores.

MIGUEL HERNÁNDEZ FUENTES. Es profesor-investigador del Departamento de Historia de la Universidad de Guanajuato. Doctor en Historia Moderna y Contemporánea por el Instituto Mora. Se especializa en el estudio de conceptos de temporalidad en el discurso político y la historia de la historiografía en México, siglo XIX.

LARISA GONZÁLEZ MARTÍNEZ. Es candidata al Doctorado en Historia por la Universidad de Guanajuato. Autora del libro *Participación de la orden carmelita y la Compañía de Jesús en la polémica por la canonización de don Juan de Palafox y Mendoza* (Universidad de Guanajuato, 2013).

GRACIELA VELÁZQUEZ DELGADO. Es profesora-investigadora del Departamento de Historia de la Universidad de Guanajuato. Doctora en Filosofía por la misma institución. Sus líneas de investigación son: historia novohispana, historia y filosofía de la ciencia y epistemología de la historia. Perteneció al Sistema Nacional de Investigadores.

PAULINA LIZETH CHÁVEZ SANTILLÁN. Es candidata al Doctorado en Historia por la Universidad de Guanajuato. Autora del libro *La educación socialista en Guanajuato 1934- 1940. Oposición y conflicto social en torno a la reforma educativa* (Universidad de Guanajuato, 2014).

MIGUEL ÁNGEL SEGUNDO GUZMÁN. Es profesor-investigador del Departamento de Historia de la Universidad de Guanajuato. Doctor en Antropología por la Universidad Nacional Autónoma de México. Es especialista en el análisis historiográfico de las crónicas de América. Perteneció al Sistema Nacional de Investigadores.

JOSÉ ENRIQUE ATILANO GUTIÉRREZ. Es estudiante del Doctorado en Historia de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México, en la línea de Teoría de la Historia e Historiografía. Maestro en Historia por la misma institución. Su tema de investigación se aboca a las crónicas e historiografía del siglo XVI.

RICARDO NAVA MURCIA. Es profesor-investigador del Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México. Doctor en Historia por la misma universidad. Se ha especializado en estudios sobre la noción de archivo, el acontecimiento y la escritura de la historia. Perteneció al Sistema Nacional de Investigadores.

Observar y enunciar: categorías para el quehacer historiográfico contemporáneo se terminó de editar en octubre de 2019, en la División de Ciencias Sociales y Humanidades, Campus Guanajuato, Guanajuato, México.

Para su composición se utilizó la fuente Arno Pro.
Sus interiores han sido impresos en papel bond ahuesado de 90 gramos y para los forros se utilizó cartulina sulfatada de 14 puntos.



OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

*Más allá de lo disciplinario.
Enfoques teóricos, historiográficos
y metodológicos para el estudio
del pasado*

Miguel Hernández Fuentes,
Miguel Ángel Segundo Guzmán,
Miguel Ángel Guzmán López,
Graciela Velázquez Delgado
Coordinadores

*Historia y mirada
en las crónicas de América*
Miguel Ángel Segundo Guzmán

*Fantasmas de la Nueva España
Discursos y representaciones políticas
y sociales de las apariciones
de ultratumba en documentos
novohispanos de los siglos XVI y XVII*
Javier Ayala Calderón

CON LAS CATEGORÍAS *OBSERVAR* Y *ENUNCIAR* nos remitimos a una instancia de problematización de las operaciones que se realizan en la investigación histórica. La primera toca a la reflexión sobre las posibilidades de conocimiento del pasado, a las diversas mediaciones que se han acumulado entre la escritura de documentos y su lectura actual. Con la segunda, nos es posible orientar la indagación sobre las condiciones de producción de los textos, aquellas que posibilitaron introducir contenidos en discursos concretos, incluida la propia escritura de la historia, la cual se ha convertido en uno de los problemas teóricos en la reflexión historiográfica. Son múltiples las vías que se siguen actualmente en las diversas áreas de investigación histórica para procurar una lectura contextualista de los documentos; requisito ineludible para un historiador que aspire a construir una visión bien informada del pasado y que se cuide de incurrir en interpretaciones anacrónicas.

El presente libro es producto del trabajo de los integrantes de la LGAC Teoría y filosofía de la Historia de la UG. Los textos que lo conforman son de carácter diverso: algunos se concentran propiamente en el nivel de la reflexión teórica sobre la observación del historiador o sobre las posibilidades y alcances de la hermenéutica historiográfica; otros se proponen trazar las rutas seguidas en el uso de ciertas categorías para el análisis del discurso o de comprensión de la experiencia



Campus Guanajuato

División de Ciencias
Sociales y Humanidades